INSPECTORA TERESA VILLA

LA CIUDAD DEL CRIMEN



LUIS J. PEDRERO

LA CIUDAD DEL CRIMEN

INSPECTORA VILLA
LIBRO 1

LUIS J. PEDRERO

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Epílogo

PRÓLOGO

Cuando Isabel se dio cuenta de que había sido un grave error presentarse sola en la nave industrial, ya era demasiado tarde.

Un hombre la perseguía.

—Tranquila, Isabel, tranquila… —se dijo a sí misma, mientras corría buscando con desesperación una salida.

A través de los ventanales rotos del techo, se veía el resplandor de la luna. El aire estaba impregnado de óxido y humedad.

La información que había conseguido sobre el caso que investigaba era muy valiosa. Ferrer le había asegurado que la nave industrial era un lugar seguro, aunque estuviera abandonado. Ahora comprendió que se trataba de una trampa.

Por Dios santo, tenía que haber una puerta, una ventana, lo que fuese para escapar de ahí...

Recordó con un escalofrío la reciente amenaza de muerte. Debería haber sido más precavida. Por su culpa, nadie sabría la verdad.

Al echar la vista atrás, su corazón se desbocó. El hombre estaba cada vez más cerca. Isabel huía para salvar la vida.

Tropezó con un trozo de madera podrida, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El contenido del bolso se desparramó. A pesar de que sintió un fuerte dolor en la rodilla, la adrenalina la impulsó a levantarse casi al momento para seguir corriendo. Se olvidó del bolso. Sería una estupidez perder tiempo recuperando sus cosas.

Se detuvo de repente. Para su horror, estaba atrapada. Una ruinosa pared llena de grafitis se alzaba delante de ella como un obstáculo infranqueable. Por encima, había una cristalera, pero estaba demasiado alta para llegar de un salto.

Casi sin aire, miró hacia izquierda y derecha. Si había una salida al exterior, era imposible distinguirla a simple vista.

A su alrededor, escuchó el asqueroso correteo de las ratas.

El pánico se apoderó de ella. Pensó en los reportajes que ya nunca escribiría. Pensó en los besos que ya no daría. Pensó en sus padres, a los que ya no volvería a ver.

El hombre que iba a asesinarla caminaba hacia ella sin prisa. Aún estaba demasiado lejos para que Isabel viese las facciones. Su silueta iba atravesando la oscuridad como si se fundiera en ella.

—No, por favor —dijo Isabel, con la respiración entrecortada.

Lentamente, apoyando la espalda en la pared, se fue deslizando hasta el suelo. El hombre quedó frente a Isabel.

—Reconozco que has llegado muy lejos —dijo él.

Su áspera voz resonó como un viento helado en la inmensidad de la nave.

—No diré nada —suplicó Isabel, entre sollozos—. Lo prometo, por favor. No diré nada.

Se oyó un chasquido, y enseguida apareció una llama de unos veinte centímetros. El hombre sujetaba un soplete.

—Al contrario, es el momento de hablar —dijo—. Antes de morir por meterte donde no te llaman, vas a decirme el nombre de tu fuente.

Desesperada, Isabel se apretó como pudo contra la pared. Poco a poco, la llama se fue acercando. Era imposible dejar de mirarla. Parecía surgir del mismísimo infierno.

Isabel dejó escapar un profundo grito de terror.

1

La inspectora Teresa Villa llegó en coche a la nave industrial abandonada. Aparcó junto a la furgoneta de los compañeros de Científica y el vehículo de Gavira, el forense. Su jefe le había informado de que en la escena del crimen encontraría el cadáver de una mujer.

Antes de bajarse, se colgó la placa al cuello y cogió un juego de guantes, patucos y un gorro. Desde hacía dos años pertenecía al Grupo 7 de Homicidios y Secuestros de la Policía Nacional, con jurisdicción en Madrid.

Bajo la llovizna de la mañana, se dirigió con paso decidido hacia la pareja uniformada de agentes que custodiaba la entrada.

Villa tenía treinta y cuatro años. Vestía una cazadora, vaqueros y calzaba unos botines. Echó una ojeada a su alrededor. Un terreno llano y ancho de cereales se extendía a lo largo de medio kilómetro. Se encontraba en el distrito Villaverde, al sur de la ciudad. A lo lejos se veían los edificios de viviendas.

Un lugar aislado de todo, pensó.

Villa saludó con un leve gesto de la cabeza. La pareja estaba formada por un hombre y una mujer.

—¿Fuisteis vosotros quien dio el aviso? —les preguntó.

—Sí —respondió ella.

—Unos adolescentes que paseaban con su perro encontraron el cuerpo, y nos llamaron inmediatamente —dijo el otro agente, de

mayor edad—. Ahora mismo están declarando en la comisaría acompañados de sus padres.

—¿Paseando por aquí? —preguntó, desconfiada—. Un poco lejos de sus casas.

—Es lo que ellos dijeron —respondió la agente.

—¿No estaban en clase?

—Las clases se suspendieron. Eso fue lo que nos dijeron.

Villa sonrió.

—Supongo que lo que de verdad pasó fue que se saltaron las clases, y vinieron aquí a fumar porros —afirmó la inspectora—. Y se encontraron con el cadáver.

La pareja intercambió una mirada.

—Sí, puede ser —admitió el agente.

—Les hemos dicho a los de Científica que hemos encontrado huellas de neumáticos por allí —dijo la agente, señalando al otro lado de la nave.

—¿Qué grosor tienen?

—De unos veinte centímetros.

Villa pensó que se podría extraer un molde y compararlo con la base de datos. No estaba mal para empezar la investigación.

Se colocó el gorro, los guantes y los patucos, y entró a la nave. Enseguida se vio envuelta por un olor a humedad, sudor y orina. Sus ojos no tardaron en acostumbrarse a la penumbra.

Lo primero que vio fue un colchón viejo, botellas vacías de cerveza y cartones amontonados. El suelo estaba lleno de desconchados. Debía de ser un lugar habitual de reunión para drogadictos. Al fondo, los de Científica tomaban fotos y vídeos de todo lo que encontraban.

Alzó la vista y, a través de la cristalera rota, entrevió una franja gris de cielo. Siguió caminando entre columnas de hierro oxidadas, y un aire cada vez más cargado de fetidez. Qué lugar más horrible para morir.

El forense estaba acuclillado frente al cadáver, tomando muestras. Al oler a carne quemada, Villa sintió el escalofrío de una premonición.

Gavira se giró para saludarla. Era el más joven del equipo de forenses. Llevaba unas finas gafas que le daban un aire de precoz intelectual.

—¿Te ha tocado a ti? —le preguntó a Villa.

—Sí —respondió secamente.

—Pues prepárate porque esto es una salvajada.

El cuerpo vestido de la mujer estaba tumbado en posición fetal. Sobre uno de los brazos descansaba la cabeza, que estaba tapada por su larga melena. Desde el muslo, empezaba el rastro de una espeluznante quemadura que llegaba hasta el pecho. La carne era un amasijo rojizo y reseco de piel, tejidos y ropa.

Villa sintió una arcada tan fuerte que tuvo que apartarse y, corriendo, fue a vomitar lo más lejos que pudo. Su boca se llenó del sabor amargo a bilis. Después, se quedó en silencio con la cabeza agachada, mientras las emociones la abrumaban.

Esa quemadura… No, no puede ser… Es él.

Se incorporó y se limpió con la manga de la cazadora. Por instinto, se llevó la mano a un costado del abdomen, el lugar de la cicatriz. Intentó que su mente no la arrastrara a ese lugar oscuro al que pensó que tardaría en volver.

Se dio cuenta de que era el centro de las miradas de los de Científica. Suspiró y regresó junto a Gavira. Debía disimular delante de ellos.

—¿Estás bien?

Villa asintió con la cabeza. Repasó la quemadura como si fuera la primera vez que veía una, centrándose en los detalles. Era un surco con profundidades irregulares, cuyos bordes estaban enrojecidos y desprendían pus. Se imaginó muy bien el dolor que pudo haber sentido la mujer. Un dolor atroz e inhumano.

—Teresa… —dijo Gavira.

—¿Eh?

—Te estoy hablando.

—Perdona, estaba pensando…

—Te preguntaba si ves el sangrado en los bordes —dijo, apuntando con el dedo.

—Sí.

—Significa que la mujer estaba viva cuando la quemaron.

—No me sorprende —dijo sin pensar.

Gavira la miró fijamente.

—¿Por qué?

Villa se dio cuenta de que con su comentario había cometido un error. El forense aún no podía conocer lo que ella ya sabía. Debía salir del paso como pudiera.

—Porque tiene pinta de que fue un psicópata, y a esos la tortura les excita.

Gavira se reajustó las gafas.

—Bueno, hay muchas clases de psicópata.

—¿Murió de la quemadura? —preguntó Villa, para cambiar de tema.

—Sí, de un shock hipovolémico. La sangre inundó sus órganos vitales. Lo que ignoro de momento es el arma del crimen. Pudiera ser un soplete o un soldador.

—Un soplete —dijo Villa sin vacilar.

—¿Cómo estás tan segura?

—Una intuición —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Hora del crimen?

—Entre diez y quince horas. Es decir, a lo largo de la noche. Lo sabremos con más precisión cuando lo abramos.

—¡Inspectora, aquí hay un bolso! —gritó uno de Científica, desde la otra punta.

Villa se acercó hasta donde se encontraba el compañero, que estaba fotografiando el hallazgo. Se puso de cuclillas. Era un bolso de mujer, grande y de tela. ¿Sería de la víctima? Como llevaba guantes, lo abrió.

Había un paquete de pañuelos, cigarrillos, un tampón, un juego de llaves, chicles de menta, un lápiz de labios, una libreta y, por último, un monedero. Dentro, encontró una tarjeta de crédito, una del seguro privado y el DNI.

Isabel Lanzas Ojeda. Domicilio en Madrid. Leyó el nombre de sus padre. Carmen y Alberto. Después, su fecha de nacimiento. Quedaban dos meses para su cumpleaños. Hubiera cumplido veintiocho.

Calculó la distancia entre el bolso y el cadáver. Entre cuarenta y cincuenta metros. Era posible que el asesino la atrapó en este mismo lugar, y la fue arrastrando hasta donde la torturó y mató. O quizá a la víctima se le cayó el bolso mientras huía, y el asesino no lo vio.

Siguió hurgando en el bolso por si quedaba algo más de importancia, como por ejemplo, el móvil. Sacó una credencial con la foto de Isabel. Su cabello castaño estaba recogido en un moño. Sus ojos eran claros, grandes y miraban fijamente a la cámara con una sonrisa. No era justo que una vida tan joven terminara tan pronto, y de esa manera tan cruel.

Se fijó en el nombre del periódico, La Época.

—Periodista —murmuró.

¿Qué estaría ella haciendo aquí?

2

Como deseaba privacidad para hablar con el inspector-jefe, salió de la nave industrial. Se quitó los guantes y regresó al coche. Estaba a punto de apretar el contacto en la pantalla del móvil, cuando se dio cuenta de que necesitaba un instante para procesar el hallazgo del cadáver. Y todo lo que significaba para ella.

Aspiró por la nariz y soltó el aire por la boca. Deseaba quitarse de encima la rigidez que se había adueñado de su cuerpo desde que vio la quemadura.

Para ella no había duda. La firma del asesino era la de él. El hombre que la había torturado en su aparcamiento con un soplete, y que había desaparecido sin dejar rastro. Ahora, dos años después, daba por fin señales de vida.

Le vino a la mente el nombre de Salvador Ortega. Su primera víctima. Cómo olvidar ese nombre, el proxeneta vinculado a una red de extorsión y prostitutas de lujo. Asesinado de la misma manera que a Isabel, quemándole con un soplete.

Esta vez tenía que atrapar al asesino. Costase lo que costase.

Llamó a Álvarez, el inspector-jefe, y esperó a que contestase. Pensó en la sorpresa que iba a llevarse cuando le contara que el asesino del soplete atacaba de nuevo. Él sabía de primera mano todo el caso. Al igual que Barrios, su antiguo compañero. ¿Cómo le iría la jubilación? Aunque fuera obligada, seguro que la estaba disfrutando.

—Dime, Teresa.

—Ha vuelto —dijo Villa.

—¿De qué estás hablando?

—El asesino del soplete. Ha asesinado a otra persona de la misma manera que a Salvador Ortega.

—¿Estás segura?

—He visto la quemadura. Es parecida a la mía.

—Joder…

—La víctima es una periodista de La Época. Llevaba la credencial en el bolso.

—¿Una periodista? No parece el perfil de ese loco. ¿Estás completamente segura?

—Sí, ya te lo he dicho. Estoy segura.

—Ese hombre dirigía una mafia de prostitutas y extorsión. ¿Qué hace cargándose a una periodista?

—Es lo que hay que averiguar.

—¿Quieres llevar el caso?

—Por supuesto.

—Se lo puedo decir a Calde y Novoa. De hecho, creo que es lo mejor.

—Soy la que mejor conoce el caso anterior. Yo me encargo.

—Como quieras… —dijo Álvarez, no muy convencido—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a seguir aquí un rato más.

—Ven a la Jefatura en cuanto puedas.

Villa colgó y salió del coche. Se acercó a la pareja de agentes y le pidió a uno de ellos que le enseñaran las huellas de neumáticos. El más veterano se ofreció, y los dos rodearon la nave industrial en medio de arbustos y maleza. Un inquietante silencio flotaba en el ambiente, como si de un momento a otro pudiera oírse un grito de horror de la víctima.

Las huellas se encontraban marcadas en el barro, a un par de metros de la pared. Alrededor había matorrales resecos y varios pedruscos. Villa se acuclilló para estudiarlas. No eran profundas ni anchas, así que descartó que se tratase de un vehículo pesado. Debían de pertenecer a una furgoneta pequeña o un utilitario.

—Se ven frescas —dijo Villa.

—Por suerte, me dio por dar una vuelta mientras veníais. ¿Cree que tienen relación con el crimen?

—Ojalá que sí.

Villa hizo una foto con su móvil. Las huellas estaban alejadas de la entrada a la nave. Los motivos podían ser varios. Quizá al asesino le interesaba ocultar su vehículo para no alertar a la periodista. O el vehículo pertenecía a ella y, al ser de noche, lo dejó ahí mismo y se fue a la entrada.

Uno de Científica apareció llevando un maletín para levantar el molde. El agente y Villa se apartaron. La inspectora conocía el procedimiento. Fotografiar la zona, limpiar la huella, crear el marco de yeso, rellenarlo y dejarlo secar. En el laboratorio, analizarían la banda de rodadura y la buscarían en la base de datos para conocer el modelo de vehículo. Sería una pista importante.

A lo lejos oyeron el ronroneo de un coche. Villa pensó que debía de ser el juez acompañado del secretario, que acudían para declarar oficialmente el deceso. Dejó al de Científica tomando fotografías desde varios ángulos, y el agente y ella regresaron a la entrada.

Villa torció el gesto cuando reconoció a la jueza Ana Pérez. No hacía mucho, ella fue la responsable judicial de un caso en el que trabajaba Villa. Se trataba de la investigación del asesinato de un vendedor de coches de segunda mano. El robo se estableció enseguida como motivo del crimen, porque en el domicilio se encontró la caja fuerte reventada y vacía.

Villa solicitó la intervención telefónica del socio del vendedor, pero Pérez la denegó aduciendo que era una medida desproporcionada. Ese fue el primer encontronazo de varios durante las pesquisas iniciales.

Villa la consideraba una burócrata, y Pérez la veía como una inspectora que solo se guiaba por corazonadas. A pesar de que se detuvo a los culpables, dos mecánicos que trabajaban para la víctima, quedaron heridas abiertas entre las dos.

La jueza la saludó con frialdad, por lo que Villa respondió de idéntica manera. Pérez tendría unos cuarenta años. Llevaba el cabello corto y teñido de rubio, peinado hacia atrás. Villa la acompañó para que hablase con el forense, mientras le informaba

de la identidad de la víctima. Ni se le pasó por la cabeza desvelar su vínculo con el asesino en ese momento.

Gavira informó a la jueza de los datos que ya conocía Villa. Al terminar, Pérez consultó su reloj y se dirigió al secretario.

—Que consta en acta la hora del levantamiento. Las 10:21.

Después se volteó hacia Villa.

—Cuando tenga la identificación confirmada, avise a la familia.

—De acuerdo.

Sin decir nada más, la jueza y el secretario se marcharon. En la puerta, Villa pidió a los agentes que les diera más detalles sobre los chicos que encontraron el cadáver.

—Tienen unos dieciséis o diecisiete años, viven en el barrio —dijo la agente—. Vinieron con el perro a dar una vuelta.

—Suelen venir por la tarde, pero como se suspendieron las clases… —dijo su compañero.

—El perro se volvió loco de repente. Se les escapó y se metió ahí dentro. Fueron detrás de él y encontraron el cadáver. Dijeron que nos llamaron inmediatamente.

—La chica estaba afectada.

—Sí, estaba nerviosa.

—Yo creo que eran novios, aunque no lo podría asegurar.

El forense salió de la nave, y la conversación con los agentes se interrumpió. Villa se acercó a Gavira.

—¿Tienes todo? —le preguntó.

—Por supuesto —y añadió—. Entonces, ¿estás convencida de que fue con un soplete?

—Conozco esa firma. La he visto en otra parte.

—¿Un soplete? Hay que ser un animal. Esa pobre chica…

—Te pasaré por correo los números de expediente de los casos anteriores.

—Vale.

Al cabo de unos minutos, Villa subió al coche y se dirigió a la Jefatura por la A-42. Las preguntas empezaron a acosarla. ¿Por qué la periodista acabó aquí sola? ¿Iba a verse con su asesino? ¿La mataron para silenciarla? ¿Qué estaba investigando?

No pudo evitar que le entrara el recuerdo de su primer día en el Grupo 7, cuando a Barrios y a ella le asignaron el caso de Abebi, en el que estaba involucrado el nombre de Salvador Ortega.

Ninguno de los dos policía podría haber adivinado en ese momento lo que se les vino encima después. Barrios cojo para el resto de su vida, y ella con una cicatriz.

Pero ahora la vida le brindaba una nueva oportunidad para detener al asesino. No podía fallar. Se lo debía a su compañero y a ella misma.

3

Eran pasadas las doce cuando Villa se sentó en su mesa de la Jefatura. Debía empezar a escribir el informe para la jueza en el que se solicitase conocer el número de móvil de la víctima, así como acceder a sus cuentas bancarias. También necesitaba el listado de números de móviles conectados a la red más cercana de la nave industrial, durante la noche anterior.

Tenía claro que empezaría la investigación respondiendo a las preguntas: ¿quién era Isabel Lanzas, y qué hizo en las últimas veinticuatro horas?

Su móvil vibró sobre la mesa. Un mensaje de texto de Leo.

«¿Cenamos mañana?».

Villa sonrió. Le había conocido en el cumpleaños de Ramiro, el marido de su hermana menor. Leo y Ramiro trabajaban juntos en la agencia de publicidad. Leo era uno de los diseñadores gráficos. Lo que le gustaba de él era que no la presionaba para que se vieran cada fin de semana. Comprendía que ella se debía a su trabajo.

Además, tenía secretos que no deseaba revelarle. Como la cicatriz de la quemadura. Un día, en la cama Leo se había sorprendido al descubrirla. Intentó acariciarla, pero ella se lo impidió.

No preguntes nunca, le advirtió con firmeza.

Llevaban tres meses y a Villa le parecía bien tener a alguien con quien desconectar de su rutina diaria. Iban al cine, cenaban y follaban. Generalmente, en el piso de Leo. Se habían ido un par de

veces de escapada rural. Era agradable olvidarse por unas horas de los atestados, detenciones y homicidios.

Cuando Villa ingresó en la Academia en 2011, le avisaron de que mantener una relación a lo largo del tiempo iba a ser casi un milagro. Aun así, Villa soñaba con que algún día sería capaz de encontrar a alguien con el que llevar una vida normal. ¿Sería Leo esa persona?

Le respondió mediante un mensaje de voz diciendo que aún era demasiado pronto para saber si estaría libre. Sin esperar la respuesta, reanudó las gestiones más urgentes, y después repasó el testimonio de los chicos que encontraron el cadáver.

En términos generales, su testimonio coincidía con lo comentado por los agentes que dieron el aviso. Los chicos fueron a dar un paseo, se escapó el perro, encontraron el cadáver y llamaron a la policía.

Le interesaba saber algo más de la nave industrial. ¿Por qué ese lugar y no otro? Debía ponerse a rebuscar entre los expedientes policiales, por si encontraba un hilo del que tirar. Sin duda, el asesino estaba familiarizado con el sitio. Era perfecto para un crimen de esa naturaleza tan salvaje.

Recibió una llamada de un auxiliar del Anatómico Forense. Se confirmaba la identidad de la víctima, Isabel Lanzas Ojeda. En cuanto Villa colgó, buscó en Sidenpol el domicilio. Leyó la dirección y se levantó para marcharse. Tenía que avisar cuanto antes a la familia en persona.

Cuando estaba a punto de salir, la puerta del despacho de Álvarez se abrió. El inspector-jefe vestía su eterna camisa de manga corta, aunque lo más llamativo era su frondoso bigote.

—¿Adónde vas? —preguntó a Villa.

—Voy a avisar a la familia de la víctima de la nave industrial. Se ha confirmado la identidad.

—Llévate a Font.

El inspector-jefe se apartó del umbral para dejar pasar a David Font, que sonrió ampliamente mientras alzaba la mano a modo de saludo. Con rango de oficial, Font apenas llevaba un mes apoyando al Grupo 7 en tareas de vigilancia. Había trabajado solo con Calde y

Novoa, por lo que la relación entre Villa y él había sido escasa. Hola y adiós.

—No hace falta, gracias —dijo Villa, sonriendo según se dirigía a la puerta.

Álvarez la fulminó con la mirada.

—Ven a mi despacho —ordenó, y se metió adentro a esperarla.

A regañadientes, Villa obedeció. Font iba a entrar con ella, pero Villa le cerró la puerta en las narices.

—Te guste o no, Font te va a acompañar —dijo Álvarez, ya sentado detrás de su escritorio—. Acabo de recibir la llamada del comisario provincial. Ya me está dando calor, que no quiere un circo mediático y que esta vez el asesino no escape. Va a estar respirando encima de mi cogote.

Como siempre en ese despacho, el olor a tabaco rubio la envolvió. Incluso con la ventana abierta, era imposible deshacerse de él. Parecía que estaba adherido a las paredes.

—Pero no necesito a Font, jefe. Que siga dando apoyo a los compañeros.

—Muy bien, tú lo has querido. Estás fuera del caso.

—¿Qué?

—Si de verdad se trata del mismo hombre que te atacó, es demasiado personal. Sabes que estás poniendo en riesgo la investigación.

—Sé hacer mi trabajo —dijo Villa, apoyando las manos sobre la mesa.

—Elige: Font o estás fuera —replicó Álvarez—. No hay más que hablar.

Villa sintió la rabia bullendo en su pecho. Dio un manotazo en la mesa y se dio media vuelta para marcharse. Por nada del mundo iba a dejar el caso, así que no tenía otra opción más que ceder.

—Me preocupo por ti —dijo Álvarez.

Villa se detuvo un instante antes de abrir la puerta. Si de verdad te preocupas por mí, habrías ido a verme al hospital cuando me quemaron, pensó.

Salió escopetada del despacho sin decir nada a Font que, cuando se dio cuenta de que se largaba sin él, decidió seguirla. Font tenía

veintinueve años. Vestía una cazadora bomber oscura, y unos pantalones ocres con bolsillos laterales. Al llegar el pasillo, la alcanzó.

—Oye, ¿siempre caminas así de rápido? —le preguntó, sonriendo.

—Si no puedes seguir mi ritmo, quédate —respondió Villa sin detenerse.

—Entendido, jefa.

Villa se giró hacia él. Font llevaba el pelo corto en punta y una perilla de tres días.

—Ni se te ocurra llamarme jefa. ¿Entendido? —Señaló con el dedo.

—Entendido, entendido —respondió alzando las manos.

Villa y Font reanudaron la marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—A dar una mala noticia.

4

Durante el trayecto en coche, Villa no tuvo más remedio que desvelar a Font el vínculo personal que la unía al caso actual. Sabía que al evocarlo le iba a ser imposible desligarlo de las emociones que guardaba desde entonces.

—Todo empezó con el secuestro de una chica llamada Abebi, una prostituta de lujo. Iba a declarar en un juicio contra Salvador Ortega. Abebi iba a apoyar la denuncia de su amiga Gabriela por abuso y agresión sexual. Los tres formaban parte de una red que chantajeaba a los clientes, gente con dinero e influencia.

—Joder… —dijo Font.

—Barrios y yo…

—¿Barrios era tu compañero? —interrumpió Font.

—Sí, ¿lo conoces?

—No, pero he oído hablar de él.

A Villa le gustó que su excompañero y mentor aún tuviera una buena reputación, incluso después de abandonar el Cuerpo.

—Barrios y yo dimos con un testigo que había visto todo. Un grupo de albanokosovares la había secuestrado. Ellos también estaban implicados en la trama. Junto con Ortega y otros más, gestionaban las citas de las prostitutas y buscaban clientes a los que tender una trampa.

—¿Los grababan mientras follaban?

Villa asintió.

—El caso se nos complicó cuando apareció Ortega asesinado. Lo quemaron con un soplete.

—¿También con un soplete? ¿Entonces el asesino de Isabel Lanzas es el mismo? ¿Esa es la conexión?

—Sí.

—¿Por qué lo mataron?

Villa recordó lo mucho que les costó saber el auténtico motivo. Ni Abebi ni Gabriela lo pusieron fácil. Dieron palos de ciegos hasta que al final ataron cabos. Para ser su primer caso, fue jodido de narices.

—Disputas internas entre la organización. La *madame* y Ortega se llevaban a matar.

—Un clásico de los malos —dijo Font, como si fuera lo más evidente—. Nunca están contentos con lo que pillan.

—Encontramos a Abebi viva de milagro, pero lo pagamos caro.

—¿Por qué?

Villa se tomó un instante para responder. Tenía que sobreponerse al recuerdo de ver a Barrios tendido en el suelo, aullando de dolor.

—Uno de los detenidos le disparó a Barrios en la rodilla y se quedó cojo. Los altos mandos le dieron un reconocimiento, palmaditas en la espalda y le buscaron un puesto administrativo, pero no lo quiso y se fue.

Font negó con la cabeza. Cuando una desgracia le tocaba a un compañero, se cernía sobre los demás un presagio de lo que pudiera sucederles en cualquier momento.

—Un final agridulce —dijo Font.

—Sí, pero eso no fue todo.

—¿No?

Villa sintió una opresión en el pecho. Lo que iba a revelarle a Font, solo lo sabían sus compañeros del Grupo 7. No le quedaba otra opción que vencer su reticencia a compartir un detalle tan personal. Saber que Villa había estado delante del asesino de Lanzas dos años atrás, aunque sin verle la cara, era un dato crucial que Font debía conocer. De lo contrario, quizá no comprendiese alguna de sus futuras decisiones durante la investigación.

—El jefe de la red me esperó en el aparcamiento de mi casa, y junto con otro, me quemaron con un soplete.

—Joder… —dijo Font, asombrado—. Pero ¿por qué?

—Venganza —respondió, con la vista al frente.

—¡Pero ese tío es un psicópata de manual! Dios, el mundo está jodido, completamente jodido… A este paso, se va al garete.

—Dime algo que no sepa.

Font giró la cabeza hacia ella.

—Lo siento, compañera.

Se formó un silencio incómodo. Iban ya por Bravo Murillo, a punto de llegar al domicilio de la familia Lanzas. Como siempre, el denso tráfico de la capital aumentaba el tiempo de desplazamiento hasta la desesperación.

Villa analizó cómo se sentía después de revelar algo tan personal a Font, casi un desconocido. Se había expuesto demasiado y eso le frustraba. Solo esperaba que fuera la única vez durante el caso.

—¿Alguna vez has informado de una muerte a la familia? —preguntó Villa.

—No, pero tiene que ser jodido, ¿eh?

—Vamos a aplicar la siguiente técnica: calla y escucha.

5

El barrio de Almagro se encontraba dentro del distrito de Chamberí, en el corazón de Madrid. Villa aparcó en una zona azul, y los dos se bajaron. El edificio de tres plantas era de los más pequeños de la calle. Los árboles plantados en la acera acababan de ser podados y ofrecían un aspecto esquelético.

Villa pulsó el portero automático, mientras Font echaba una ojeada a su móvil. Enseguida oyeron la voz de un hombre.

—¿Quién es?

—¿Alberto Lanzas? —preguntó Villa.

—Sí.

—Policía, tenemos que hablar con usted. Abra, por favor.

—¿Policía?

—Sí. Abra, por favor.

La puerta emitió un zumbido eléctrico y entraron al portal. Suelo limpio, buzones sin vandalizar y escaleras decentes. Clase media.

Subieron por el ascensor en completo silencio, preparándose para la dramática escena que les esperaba. Sin duda, anunciar la muerte de un hijo a sus padres era la parte más desagradable del oficio.

Cuando las puertas se abrieron, para su sorpresa los padres ya estaban ahí. Habían presentido que les aguardaba una mala noticia. La mujer juntaba las manos como en una plegaria. El hombre tenía los labios apretados, expectante.

—¿Qué le ha pasado a mi Isa? —preguntó Carmen.

—Anoche no vino a dormir —dijo él—. Llevamos todo el día preocupados.

—No sabíamos qué hacer, si llamarles o esperar un poco más…

—¡No contesta al móvil!

—Hablemos dentro, por favor —dijo Villa.

En cuanto cruzaron el umbral, la mujer se desmayó.

—¡Carmen! —exclamó Alberto, sujetándola a tiempo para que no se desplomase.

Font le ayudó a llevar a su esposa al dormitorio. Villa fue a la cocina y abrió varios armarios hasta que encontró un vaso, que llenó de agua del grifo. Por el pasillo, siguió las voces y entró también al dormitorio. Carmen ya estaba tumbada en la cama, consciente. Le entregó el vaso y la ayudó a beberlo con calma.

—¡Díganos qué ha pasado, por Dios! —exclamó Alberto.

Villa no se anduvo por las ramas. Lo mejor era ser claro y directo.

—Su hija ha fallecido. Les acompaño en el sentimiento.

Alberto se sentó sobre la cama, abatido. De repente, parecía haber envejecido diez años. Carmen negó con la cabeza y rompió a llorar.

—¿Cómo ha... ? —preguntó él, con los ojos empañados.

—Se la ha encontrado en una nave industrial de Villaverde. Murió por una hemorragia que inundó sus órganos vitales —dijo Villa, intentando suavizar la verdad—. Fue un asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó Carmen—. Dios mío, mi pobre Isa.

—Pero tiene que ser un error —dijo Alberto con voz ronca—. Mi hija es periodista.

—Estamos investigando la causa —dijo Villa—. Le prometo que haremos todo lo posible para encontrar al culpable.

Los padres no reaccionaron a sus palabras, simplemente ya no estaban presentes. Eran dos seres llenos de dolor.

—¿Vivía con ustedes? —preguntó Font, pasado un instante.

Alberto asintió con la cabeza sin mirarles.

—Con su permiso, vamos a llevar a cabo una inspección en el dormitorio de Isabel —dijo Villa—. El tiempo es esencial para encontrar pistas.

—Está bien, hagan su trabajo —susurró Alberto.

—¿Necesitan algo? —preguntó Villa.

—No, gracias.

Villa y Font fueron al dormitorio. La cama estaba pegada a la pared y, al otro lado, el escritorio. Había una ventana por la que se veía el edificio de enfrente. La mesilla de noche era de madera y constaba de dos cajones. Quizá lo llamativo era el tamaño del armario, pequeño para el vestuario de una mujer.

Font examinó los libros de la estantería. Había biografías de Federico García Lorca, Alejandro Magno, Steve Jobs y Carl Bernstein. Sobre el escritorio, reposaba un portátil. Lo abrió y la pantalla se iluminó. Font chasqueó la lengua.

—Pide contraseña —le dijo a Villa.

—Habrá que entregar el ordenador a los técnicos para que la averigüen.

Sobre la mesilla de noche había una fotografía enmarcada de Isabel, en la que sonreía. Lucía un vestido de noche con tirantes. Rodeaba por el hombro a una chica, ¿una amiga, su pareja?

—Tenemos que saber si Isabel tenía coche —dijo Villa, abriendo el armario y examinando el interior—. De alguna manera tuvo que llegar a la nave.

—Viviendo con sus padres supongo que sería el de ellos, o uno de segunda mano.

—No se ha encontrado ningún vehículo cerca, por lo que el asesino se deshizo de él o vinieron en el mismo coche.

Font abrió el primer cajón de la mesita. Había varias cremas, pañuelos y pastillas anticonceptivas. Le llamó la atención un estuche de terciopelo. Al abrirlo, había una pluma estilográfica. El clip brillaba como un diamante. Impresionado, Font lanzó un silbido.

—Mira esto —le dijo a Villa—, parece caro.

La inspectora se acercó. La pluma era un Montblanc de color gris con ornamentos plateados. Al quitar el capuchón, observaron que el plumín tenía un grabado decorativo con el nombre de la marca y el año de fabricación. Parecía un objeto de lujo.

—Tiene su nombre grabado —señaló Font.

—Sí, «Isabel». ¿Cuánto puede costar esta pluma?

—No lo sé.

—Quizá fue un regalo de sus padres.

—No lo he visto en mi vida —dijo Alberto, desde el umbral.

Los policías se giraron. Absortos en la inspección, no se habían dado cuenta de su presencia.

—¿Su hija tenía novio? —le preguntó Font.

—No que yo sepa —Hizo una pausa—. Isa estaba muy centrada en su trabajo. Se levantaba temprano y llegaba por la noche. Solo los domingos veía a alguna de sus amigas de la facultad.

—¿Cuándo la vieron por última vez? —preguntó Villa.

—Ayer en el desayuno.

En su móvil, Font buscaba en internet información sobre la pluma.

—¿Cómo la vio de ánimo?

Alberto se tomó unos segundos para responder. Desde el dormitorio, les llegaron los lamentos de Carmen.

—La verdad es que la noté un poco ausente. Suele ser habladora incluso por las mañanas, pero la noté distraída, no sé.

—¿Sabe en qué estaba trabajando actualmente?

—No lo sé. A ella solían darle reportajes de toda clase. Sobre todo de Sociedad. La tenían bien considerada —dijo con orgullo.

Font resopló.

—¿Qué pasa? —le preguntó Villa.

—La pluma vale dos mil euros.

—¿Su hija solía comprarse regalos caros? —preguntó Font a Alberto.

—No, al contrario, era muy ahorradora.

Villa le pidió permiso para fotografiar la pluma. Alberto no puso objeciones. Quizá no fuera una pista, pero nunca se sabe.

6

Después de que Villa y Font enseñaran sus placas en la recepción del diario La Época, pidieron hablar con el jefe de Isabel Lanzas. El conserje habló brevemente por teléfono, colgó y les pidió que lo acompañaran. Él mismo iba a conducirles a la persona que buscaban.

La sede del periódico de tirada nacional era un lugar diáfano de espacios abiertos. Recorrieron un pasillo decorado con portadas de gran tamaño y que habían sido relevantes en la trayectoria del diario.

Villa observó a un regimiento de periodistas revoloteando entre las mesas pobladas de ordenadores. Le pareció que se encontraba dentro de un ministerio.

Subieron por unas anchas escaleras de mármol y, al cabo de unos veinte metros, el conserje les dijo que se encontraban en la redacción de Sociedad. Se oía el rumor incesante de teclados, teléfonos y conversaciones.

—Ese es el despacho de Saturnino Ruiz —les dijo el conserje, señalando al fondo.

A través de los cristales, los policías vieron a un hombre rollizo conversando con dos personas. A medida que se fueron acercando, notaron las curiosas miradas de los periodistas. Pudiera ser que alguno les hubiera identificado. Para Villa, la colaboración con la prensa era un arma de doble filo, por lo que se cuidaba de congeniar con ellos.

El conserje les abrió la puerta y entraron. Al ver que ya habían llegado, Ruiz disolvió la reunión con unas palmadas. El conserje volvió a su puesto.

—Siéntense, por favor —les dijo Ruiz, sonriendo—. ¿En qué les puedo ayudar?

El redactor-jefe tendría unos sesenta años. Vestía una americana de pana con un pañuelo asomando a la altura del pecho. A Villa le pareció un toque excéntrico.

—Venimos a hablar de Isabel Lanzas Ojeda.

La expresión de Ruiz se oscureció.

—¿Qué ocurre con ella? Llevamos toda la mañana intentando localizarla.

—Ha fallecido —dijo Villa.

Ruiz se quedó con la boca abierta. Sacudió la cabeza, como si no acabara de creérselo. A Villa le pareció una reacción natural.

—¿Cómo ha sido?

—Asesinada.

Ruiz se levantó de golpe de la silla. Se paseó de un lado a otro, pasando la mano una y otra vez por su escaso pelo canoso.

—¿Están seguros?

—Sí —respondió Font.

—¡No puede ser, imposible! ¡Ayer hablé con ella!

Villa dejó que Ruiz se calmara antes de empezar con las preguntas. Se fijó en que en una estantería había una vieja cámara réflex. A su lado había una serie de fotos de Saturnino Ruiz con personalidades de la política, el deporte y la cultura. Supuso que un jefe de redacción era como un comisario, más pendiente de los de arriba que los de abajo.

Finalmente, Ruiz volvió a sentarse, aunque seguía negando con la cabeza. Aún no era capaz de asimilar la noticia.

—Tenemos que hablar sobre ella —dijo Villa.

—¿Eh? Está bien. Sí, adelante.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Ayer mismo, donde está usted sentada.

—¿Qué hora sería?

Ruiz alzó la vista y se quedó pensativo.

—Las tres o cuatro de la tarde.

—¿De qué hablaron?

—Del reportaje que tenía entre manos, solo eso. Un posible caso de corrupción en el Ayuntamiento.

Villa y Font intercambiaron una mirada. Era inevitable pensar que ahondar en un tema de esa envergadura podría tener graves consecuencias.

—Cuénteme más —pidió Villa.

Ruiz suspiró.

—Llevaba tiempo con el tema, como nueve meses. Avanzaba a paso de tortuga y más de una vez le pedí que lo dejara para dedicarse a otra cosa, pero ella no daba su brazo a torcer.

—¿Qué había descubierto?

—Las concesiones públicas para adquirir las licencias de retirada de vehículos y la gestión del depósito municipal estaban amañadas. El negocio de las grúas a las que la policía llama para retirar un coche mal aparcado. Un negocio muy lucrativo. Como les digo, llevaba meses atascada. Sus fuentes no hacían más que mentirle o cambiar de versión.

—¿Conoce el nombre de sus fuentes?

—Eso es una información privada de cada periodista. Conmigo no la compartió.

—¿Había recibido amenazas de muerte?

Ruiz hizo una larga pausa.

—No, me lo hubiera dicho.

A Villa le pareció que había tardado demasiado en contestar.

—¿Alguna otra investigación más que llevara? —preguntó Font.

—Con esa era más que suficiente. El resto del tiempo hacía artículos de Sociedad y Tecnología. Ya saben que hoy en día se valora mucho ser multidisciplinar.

—¿Cómo era Isabel? —preguntó Teresa.

—Una periodista ambiciosa, con ganas de dar la campanada —respondió sin titubear, como si lo hubiera reflexionado con anterioridad—. Si tenía que echar doce horas al día, las echaba sin problema.

De repente, se quedó callado. Se pasó la mano por la cara.

—Perdonen, pero no puedo creer que haya muerto —continuó—. Tan joven, en la flor de la vida. ¿Lo saben sus padres?

—Ya se lo hemos notificado —respondió Font.

Ruiz suspiró.

—¿Puede seguir? —preguntó Villa.

—Sí.

—¿Cómo era la relación con los compañeros?

—Correcta, que yo sepa. Nunca tuvo un problema significativo con sus compañeros. Cuando se terciaba, solía quedar para tomar unas cañas. Sobre todo con Jose Espinosa.

Villa pidió llevarse el ordenador de Isabel para analizarlo. Ruiz no se opuso, y además añadió que estaba dispuesto a colaborar con lo que fuera necesario.

—Ahora convocaré a toda la redacción y les comunicaré la trágica noticia —dijo, con un tono apagado.

Los tres salieron del despacho. Algunas caras los miraban con extrañeza. El comportamiento de Ruiz les habría alertado de que algo no andaba bien. Desde lejos, un hombre de unos cuarenta años con gafas y pelo gris fruncía el ceño.

—¿Cuál es el ordenador de Isabel? —preguntó Font.

—Ese —respondió, señalando uno pegado a una ventana.

Ruiz se dirigió a un chico que estaba mostrando un documento a una compañera.

—Saúl, hazme el favor, convócame a todos en mi despacho —le dijo.

—Claro, sin problema.

Una voz les llegó desde el fondo.

—¿Todo bien, Saturnino?

Era el hombre que antes les había mirado. Ahora estaba de pie, con expresión seria.

—Ahora te cuento, Jose.

Font empezó a desenchufar los cables de la torre del PC de Isabel. Villa aprovechó para formularle una pregunta más a Saturnino.

—¿Quién más sabía la investigación sobre los contratos?

—Solo yo —dijo señalándose a sí mismo.

Unos minutos después, Font, cargado con la torre, y Villa abandonaron la sede del periódico. Era ya mediodía y el cielo era del color de un cenicero, gris intenso casi negro.

Villa pensó en Isabel, en lo que le conectaba a ella. No solo era el arma del crimen, sino también en cierta medida su profesión. Villa se encargaba de detener a los malos y, si no resultaba posible, de frustrar sus planes. Por eso la quemaron, porque junto a Barrios había desmantelado la red de prostitución y chantaje a gente poderosa.

Isabel deseaba exponer a los corruptos ante la sociedad, y que se terminara su impunidad. Pero no la dejaron. El mismo hombre que torturó a Villa con el soplete, se interpuso en su camino y acabó con su vida de una manera monstruosa. El asesino era el puente entre ellas.

7

En la Jefatura, después de entregar el ordenador a los técnicos de Criminalística, Villa y Font se sentaron en sus escritorios. Álvarez estaba reunido con Calde y Novoa. En unos minutos hablarían con él sobre el caso para exponer la información recogida por ahora.

—Font, ponte a buscar en los expedientes si en la nave industrial de Villaverde ha habido otros casos —dijo Villa.

—Oído cocina.

—A lo mejor el asesino eligió la nave industrial por algo más que por ser un sitio aislado.

—Si Isabel estaba atascada con su investigación, como nos dijo Saturnino, no me extraña que se citara con alguien en ese lugar.

—Sí, debía de estar desesperada por avanzar, pero ¿no avisó a nadie para cubrirse las espaldas?

—Es verdad, no había caído en eso —dijo Font, mirando a Villa—. Ni siquiera a Saturnino, qué raro, ¿verdad?

Villa abrió su correo electrónico. Comprobó que la jueza Pérez había autorizado la orden para las gestiones sobre el número de móvil de Isabel. Por lo tanto, Villa redactó las diligencias para contactar con el proveedor de telefonía.

—¿Y el soplete no se puede rastrear? —preguntó Font.

—Imposible, se puede encontrar en cualquier ferretería del mundo. Se usa en muchas profesiones.

—En el ataque en el aparcamiento, ¿no obtuviste ni una jodida pista?

—Nada. Él y su compinche desaparecieron.

Villa recordó la investigación posterior a su ataque con frustración y amargura. A pesar del empeño de Calde y Novoa, el resultado había sido descorazonador.

Revisaron durante semanas las grabaciones de las cámaras de los comercios de alrededor, puesto que el aparcamiento carecía de ellas. Además, los de Científica habían peinado sin éxito la zona buscando rastros de ADN.

Los vecinos tampoco aportaron mucho. Uno mencionó haber escuchado un grito, pero pensó que era la televisión del vecino. Nadie vio nada, nadie escuchó nada. Como si sus atacantes hubieran sido fantasmas.

Ante el temor de un nuevo ataque, Villa vendió su plaza de aparcamiento y decidió alquilar una en un aparcamiento público. La mensualidad era cara, pero ella se sentía más segura.

—Pero sobreviviste… —dijo Font.

—Sí —dijo Villa con sequedad.

Volvió a recordar el momento en el que la siniestra llama del soplete se encendió en medio de la oscuridad. El escalofrío posterior, el grito de horror y el abismal dolor que la desgarraba.

Sí, sobrevivió, pero porque él quiso. Ella se vio muerta y enterrada.

Todo eso había quedado oculto en su mente esperando el momento para emerger. Y ese momento era ahora. Villa se obligó a mantener la serenidad. Bajo ningún concepto podía afectarle evocar el despiadado ataque.

Además, si Álvarez detectaba algo fuera de lugar en su comportamiento, la apartaría del caso. La presencia de Font era un aviso alto y claro.

Sintió que alguien la cogía del brazo.

—Jefa…

—¿Eh?

Otra vez Villa se había quedado absorta en sus pensamientos. Font estaba de pie, a su lado.

—Te estoy llamando y…

—No me llames jefa. Ya te lo he dicho. ¿Está claro?

—Vale, vale.

—¿Qué quieres?

—No he encontrado nada en los expedientes, pero ahora voy a rastrear en el catastro. Quizá consigamos el nombre del dueño de la nave.

—Me parece bien.

Villa se levantó. Le dijo a Font que iba a la cafetería. En el pasillo, revisó el móvil. El mensaje de texto Leo la estaba esperando. «No te preocupes. Avísame cuando sepas si podemos cenar juntos».

Siguiendo un impulso, Villa decidió llamarle mientras subía por las escaleras hacia la última planta. Necesitaba oír una voz amiga. Alguien que no supiera nada del pasado y que la mirara de otra forma.

—Teresa… —dijo Leo al contestar.

—¿Qué haces?

—Terminando el diseño de unos folletos para una marca de helados. Estás en el trabajo, supongo.

—Claro.

—¿Y cómo vas?

—Me han puesto un compañero nuevo.

—Uf, el pobre, ya se puede ir preparando.

—Desde luego, la que le espera… —dijo ella, sonriendo.

—¿Ya sabes si podemos cenar mañana?

—Me encantaría, pero no lo sé. Lo siento, ya sabes cómo es esto. ¿Qué tenías pensado?

—Un mexicano, pero de auténtica comida mexicana.

—Suena bien.

—Por si acaso, he reservado para dos.

—Como siempre, previsor.

—Tienen comida para llevar, así que es otra opción.

—Suena también interesante. Me gustan los dos planes —Villa consultó su reloj—. Tengo que dejarte, Leo.

—Vale, tranquila.

Se despidieron. Villa llegó a la cafetería y se pidió un americano largo para llevar. En principio, se lo iba a tomar allí, pero ya se le estaba haciendo tarde a la reunión con Álvarez.

Al regresar, Font le informó que la propiedad de la nave industrial correspondía a una empresa que había quebrado hacía ocho años. Una fábrica textil que llegó a contratar a cincuenta empleados en su mejor momento.

—¿Por qué cerraron? —preguntó Villa.

—La competencia china. Ofrecieron precios insuperables.

Villa se fijó en que su compañero llevaba un collar plateado, del que colgaba una pequeña brújula. Supuso que tendría un valor simbólico para él.

Álvarez les llamó de un grito. La reunión previa había terminado. Villa y Font entraron en el despacho, y se sentaron.

—¿Qué me contáis sobre el cadáver de la nave industrial? —preguntó.

Durante unos diez minutos, Villa desgranó la información que habían recopilado sobre la víctima, tanto en su casa como en su trabajo. Gracias a lo que sabían del asesino por el caso anterior, la primera hipótesis era evidente: la investigación sobre los contratos municipales era la causa directa de su muerte.

Álvarez chasqueó la lengua, contrariado.

—De puta madre, justo lo que necesitábamos ahora: políticos corruptos. El teléfono va a estar sonando a todas horas.

A Villa le importaba poco o nada la presión de los de arriba a su jefe. Ella solo quería detener a ese psicópata antes de que causara más muertes.

—Quiero que mantengáis una absoluta discreción sobre este caso, incluido con vuestros compañeros. No quiero que nada externo salpique a este departamento, ¿estamos?

—No se preocupe, jefe —dijo Font.

Álvarez miró a Villa y ella asintió con la cabeza. Al cabo de un rato, la reunión se dio por finalizada. Al salir, la inspectora se sintió irritada por la actitud tan egoísta de Álvarez. Descubrir que su prioridad era no llamar la atención de sus jefes, la decepcionó. Y no era la primera vez que lo pensaba.

A pesar de que Álvarez contaba con más de diez años de experiencia como inspector-jefe, aún no se había ganado el respeto de Villa. Recordó que Barrios tampoco le habló bien de él.

Su móvil sonó de repente. Llamaban de la centralita de la Jefatura.

—Inspectora, hay una persona en la entrada que quiere hablar con los encargados del caso de Isabel Lanzas. ¿Es usted?

—¿Quién es esa persona?

—Dice que fue compañero de la víctima.

—Dejadlo pasar.

8

En la sala de interrogatorios, bajo una luz fría, Villa y Font estaban delante de Espinosa, el periodista de La Época. Tendría unos cuarenta años, y un pelo grisáceo tan abundante que le confería un aire bohemio más que de incisivo periodista.

—Usted dirá —dijo Villa, expectante por la inesperada visita.

—Les vi en la redacción.

—Y nosotros a usted —dijo Font.

Espinosa se reacomodó las gafas. Villa se fijó en que llevaba una alianza.

—¿Para qué quiere vernos? —dijo Villa—. ¿Tiene algo que contar?

—Todavía no me lo creo.

El periodista tenía los brazos cruzados sobre la mesa. Villa supuso que acababa de saber la noticia de que su compañera había sido asesinada.

—Cuando Saturnino nos lo ha dicho, que Isabel está muerta, ha sido un golpe tremendo. Se la apreciaba mucho a esa chica.

Villa asintió.

—¿Cuánto tiempo llevaban trabajando juntos? —preguntó Font.

—Un par de años —respondió, y después sonrió—. Recuerdo la primera vez que la vi. Yo estaba escribiendo una pieza de última hora cuando llegó ella y se sentó enfrente de mí, sin preguntar antes si el puesto era de alguien. Supongo que Isabel es, era —rectificó— así.

—¿Viene a hablarnos de lo que ella estaba investigando? —preguntó Villa.

—Ah, sí, perdone. Me enrollo mucho —dijo Espinosa—. Verán, les vi hablar con Saturnino, y no sé qué les contó sobre eso. Isabel conmigo tenía confianza. Creo que veía en mí a un mentor. Bueno, aunque eso no es relevante. Lo que quiero decir es que ella estaba investigando un caso de corrupción en el Ayuntamiento. Eso lo saben ya, ¿no?

—No podemos comentar nada, debería saberlo —dijo Villa.

—Vale, lo pillo —dijo con un ligero tono de reproche—. Pues eso es lo que estaba investigando. Corrupción a la hora de conceder las licencias de grúas. Un tema muy goloso en el que ya me hubiera gustado a mí haber participado. Pero lo que no sé si saben es que hará como una semana o así, quizá dos, sí, dos, vi en ella una actitud que me extrañó.

—¿A qué se refiere?

—Que empezó a fumar.

Villa asintió. Sin duda, era un dato relevante para conocer su estado de ánimo en los días previos a su muerte.

—Fue como de cero a cien —continuó Espinosa, gesticulando con las manos—. Un día echaba pestes del tabaco y al siguiente fumaba una cajetilla. Una cosa asombrosa.

—¿Le preguntó usted el motivo de ese cambio tan brusco?

—¡Claro! Pero no me lo dijo de primeras —respondió negando con el dedo—. Tuve que insistir unas cuantas veces hasta que, por pesado, me lo dijo. Me lo confesó por teléfono. Joder, me preocupo por…

—¿Qué le dijo? —interrumpió Villa.

—Que la habían amenazado de muerte.

Villa asintió. Eso explicaba su interés repentino por fumar. Los nervios la desbordaban.

—¿Quién y cuándo? —preguntó Font.

Espinosa metió la mano en el interior de su chaqueta. De uno de los bolsillos, asomaba el capuchón de una pluma estilográfica. Sacó su móvil. Bajo la atenta mirada de los policías, lo desbloqueó.

—Aquí lo tengo.

Espinosa les mostró que, en el apartado Recientes del teléfono, había el registro con fecha y hora de una llamada a Isabel. Villa calculó que fue realizada seis días antes del crimen.

—¿Le importa si hago una foto a la pantalla? —preguntó la inspectora.

—Por supuesto que no —respondió Espinosa, con un gesto despreocupado—. Estoy aquí para ayudar.

—¿Qué le contó Isabel exactamente sobre la amenaza? —preguntó Font—. Díganos todos los detalles que recuerde, aunque le parezcan irrelevantes.

—Fue una llamada anónima. Era temprano, antes de entrar a la redacción para grabar un pódcast. Me dijo que la voz era de un hombre maduro, español. La amenazó y colgó enseguida.

—¿Qué palabras usó ese hombre?

—No lo recuerdo, pero supongo que sería algo así como «deja de investigar o tendrás que asumir las consecuencias».

Villa tuvo la intuición de que ese hombre era el mismo que la había torturado, y que había matado a Salvador Ortega.

—¿Lo sabía Saturnino? —preguntó Font.

—Le dije que se lo contara a él antes de que fuera a la policía a poner la denuncia.

—¿Pero lo sabía o no? —insistió Font.

—Sí. Ella se lo contó, pero él no se lo tomó muy en serio. Vamos, eso fue lo que me dijo Isabel. Saturnino es un jefe al que solo le interesan los números de ejemplares que se van a vender. Todo lo demás, se la suda. Se lo digo yo, que lo conozco como si lo hubiera parido.

—¿Qué sabía usted de lo que Isabel estaba investigando? —preguntó Villa.

—Conocía el tema de fondo, la licitación de los contratos municipales de las grúas. Una mina de oro para quien los pillara.

—¿Mencionó ella algún nombre?

—No, pero supongo que tendría bajo la lupa a Joaquín Ferrer, el concejal de Urbanismo. Todos los contratos pasan por sus manos.

Mientras Espinosa continuaba hablando, Villa anotó el nombre en su móvil.

—También sabía que todo empezó por un chivatazo de una fuente anónima, pero no sé nada más de eso. Eso es una información muy personal que no se suele compartir.

Villa escribió algunas notas más. Gente interesada en que no saliera el reportaje a la luz. Políticos y empresarios. Las dos caras de la misma moneda.

—¿Sabe si ella tenía alguna relación sentimental? —preguntó Font.

Espinosa se volvió a ajustar las gafas.

—No que yo sepa.

Unos minutos después, se dio por terminado el testimonio de Espinosa.

—Seguiremos en contacto —dijo el periodista al marcharse, como si tuviera la intención de establecer una línea directa con ellos.

Los policías no dijeron nada ante esa muestra de arrogancia. Se quedaron en la sala de interrogatorios.

—¿Qué te parece? —le preguntó Font a Villa.

—¿Sobre la amenaza de muerte? Saturnino o él mienten.

Font se pellizcó la barbilla en actitud pensativa.

—O Isabel mintió a Espinosa.

—¿Por qué iba a mentir con respecto a recibir una amenaza de muerte?

—A lo mejor quería algo de él.

Villa inclinó la cabeza hacia un lado, como en un gesto de duda.

—Lo que sabemos por ahora es que estaba nerviosa, que se veía señalada. Lo que significa que estaba avanzando con la investigación. No estaba atascada como dijo Saturnino.

—Quedó con la fuente anónima en la nave industrial, y ahí la mataron.

—Eso parece lo más probable.

Villa suspiró.

—¿Qué pasa?

—Este caso va a ser jodido, David.

Justo en ese momento recibió una llamada de Gutiérrez, uno de los técnicos forenses.

—Villa, vente para acá, que tengo una sorpresita —dijo con un tono jovial.

Mientras los dos policías se encaminaban hacia el laboratorio, Villa pensó que, al igual que el caso de Abebi y Ortega, este también sería un rompecabezas. Solo que esta vez el verdadero culpable de todo no se le podía escapar.

9

Villa y Font llegaron al laboratorio técnico forense. Era un lugar que no destacaba por su orden. Estanterías repletas de discos duros, teclados y placas base. En el centro, una mesa gigantesca llena de ordenadores de marcas y modelos diferentes.

Gutiérrez estaba sentado frente al portátil de Isabel que encontraron en su dormitorio. Al lado, la torre que se llevaron de la redacción de La Época, conectada a una pantalla.

El portátil mostraba un texto en blanco sobre fondo negro que se desplazaba hacia abajo a una gran velocidad. Mediante un *software* comprado a una empresa israelí, la Policía disponía de una herramienta muy útil para desbloquear sistemas con contraseña.

—¿Qué te cuentas, buen hombre? —preguntó Font a Gutiérrez.

Jonás Gutiérrez era alto y delgado, y con una nariz aguileña. No se molestó en mirar a los policías.

—Yo también me alegro de verte, David —respondió, tecleando sin cesar.

—Dinos que tienes el nombre y apellido del asesino, su DNI y su historial clínico —dijo Font, dándole una palmada amistosa en el hombro.

—¿Quieres dejar que hable, David? Que nos cuente para qué nos ha llamado —dijo Villa, mirando a su compañero.

En silencio, Font hizo el gesto de cerrar la boca con una cremallera. Gutiérrez alargó los brazos y cogió un portátil que pertenecía al laboratorio.

—He *crackeado* el portátil de la víctima, he volcado una copia y me he puesto a cotillear —dijo, sonriendo como un niño travieso—. Enseguida hemos encontrado esto.

Se apartó para que los dos policías obtuvieran una amplia visión de la pantalla. Villa reconoció el programa por defecto para enviar y recibir correo electrónico.

—Lo primero que miré fueron los archivos adjuntos, y encontré unas capturas de pantalla —dijo Gutiérrez—. Gracias al *zoom* pude observarlo con más detalle. Son extractos de una auditoría.

—¿Qué dice? —preguntó Villa.

—«El departamento auditado fue la Concejalía de Obras y Servicios Públicos del Ayuntamiento de Madrid —leyó Gutiérrez—. Se detectó una diferencia significativa entre el monto autorizado para este contrato y el costo estimado de mercado».

—¿De cuándo es eso?

—No aparece en las capturas —dijo Gutiérrez—, pero la fecha del correo es de hace cuatro días.

—«Los criterios de adjudicación utilizados para conceder los contratos a esta empresa son vagos y subjetivos —continuó leyendo Font—. Esto permite la posibilidad de favoritismos y sugiere un potencial conflicto de interés no declarado». Joder, este documento es oro puro. Isabel lo recibió y lo iba a hacer público, y por eso se la cargaron. Así de simple.

A Villa le encajaba el nuevo dato con el modus operandi del asesino. Cuando alguien desafiaba su *negocio*, lo pagaba caro. Además, seguro que querría saber la persona que le envió las capturas.

—¿Quién la encargó? —preguntó Villa.

—Eso no está en el correo.

—Quizá algún interventor del Ayuntamiento —sugirió Font.

—Por cierto, me adelanto a vuestra siguiente pregunta —dijo Gutiérrez—. El correo es temporal, así que no se puede rastrear.

—Mierda… —dijo Font—. Hubiera sido demasiado fácil.

Villa recordó la conversación con Espinosa.

—Oficialmente nuestro primer sospechoso es el concejal de Urbanismo, Joaquín Ferrer.

—Tiene sentido. Como responsable, tenía mucho que perder si La Época publicaba la auditoría —dijo Font.

Villa consultó su reloj. Eran las nueve de la noche. Demasiado tarde para ir al Ayuntamiento o a su casa. Además, antes debían preparar el interrogatorio.

—Hablaremos con él mañana —dijo Villa.

10

Teresa y Leo llegaron al piso de ella. Al final, habían decidido en el restaurante mexicano pedir la cena para llevar. Mientras Teresa cogía platos, servilletas y cubiertos en la cocina, Leo sacaba la comida de las bolsas. El salón se vio inundado del suculento aroma del chile, las quesadillas y el guacamole.

Leo sacó también las bebidas. Para él, una Corona. Para ella, un *ginger ale*. Se sentaron por fin a la mesa. Teresa estaba hambrienta. Desde el almuerzo apresurado en la cafetería de la Jefatura, no había comido nada.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó a Leo.

—Genial. Al cliente le gustaron los diseños de los folletos.

—¿El de los helados?

—Sí, es un cliente muy particular.

Villa bebió un sorbo de *ginger ale*. Le encantaba el sabor picante y frío del jengibre.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—El dueño del negocio es un francés que empezó abriendo una panadería en París, ¿y sabes qué nombre le puso?

—No, ¿cuál?

—La Marsellesa —dijo Leo, sonriendo—. El colmo de la originalidad.

Mientras él hablaba, Teresa no pudo evitar el repaso a todo lo que debía hacer mañana a primera hora. El perfil social y profesional

de Ferrer, pedir un estudio de su patrimonio, números de móviles, etc. ¿Cuál podía ser el vínculo de Ferrer con el psicópata del soplete?

—¿Me escuchas, Teresa?

Oyó la voz de Leo como muy a lo lejos.

—¿Qué?

—Pareces distraída.

—Sí, perdona. Trabajo, ya sabes.

Leo estrechó su mano con suavidad, a la vez que le dedicaba una mirada de reproche.

—Tengo que desconectar —admitió ella.

—Ya sé que prefieres mantener separado lo personal de lo profesional, pero ya sabes que puedes contarme lo que sea. Puedes confiar en mí.

Teresa sonrió.

—Lo sé.

—Por cierto, una curiosidad, ¿cuándo fue la última vez que fuiste al cine?

—Buf, ni me acuerdo.

—Podemos ir la semana que viene. Me apetece ponerme morado de palomitas.

—Me parece bien —dijo, aunque dudaba de que el caso que llevaba entre manos la dejara mucho tiempo libre.

Teresa pensó que Leo tenía el físico que nunca pensó que la atraería. El cabello rizado, la piel lampiña y una nariz fina y delgada. Pero había algo en sus ojos claros que le hacían sentir un temblor en las rodillas.

En la cama, los dos desnudos, Teresa se dejó hacer. Como siempre, necesitaba que él tomase el control porque ella se sentía demasiado agotada de asumir esa responsabilidad en el trabajo. Quería obedecer, entregarse, olvidarse de quién era y dejarse arrastrar al placer más absoluto. Descendió al abismo y volvió para refugiarse en sus brazos, un lugar cálido y tranquilo en el que nadie la miraba. Solo necesitaba eso para enfrentarse al día a día.

Leo era consciente de que Teresa no respondería a sus preguntas sobre la cicatriz. Aun así, la cubría aquí y allá de tiernos besos. Ella

cerraba los ojos, y sentía sus labios sobre la piel como una brisa oscura.

Se abrazaron y se quedaron dormidos.

Pasada la medianoche, Villa se despertó y algo la impulsó a irse al salón. Sin encender la luz, se tumbó en el sofá. Imaginó lo que los dos podrían hacer al día siguiente si ella dispusiera de tiempo libre. Quizá ir de compras o dar un paseo por la montaña.

Oyó los pasos de Leo desde el dormitorio, y el sonido de la puerta al abrirse. Entre las sombras, apareció en el salón y se acercó en sigilo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No paraba de dar vueltas en la cama. No quería despertarte.

—¿Te cuesta dormir habitualmente?

—A veces.

Teresa se recostó en su hombro. Él la rodeó con el brazo.

—Estaba pensando en nosotros —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué te hiciste diseñador gráfico? ¿Lo sabías ya desde pequeño?

—Fue el resultado de estar matriculado en Comunicación Audiovisual y no ir nunca a clase. Me quedaba en casa trasteando con el PC y aprendiendo por mi cuenta. Fue una manera extraña de dar con mi vocación, pero fue así. Empecé creando páginas web y la madre de un amigo me contrató para montar una. Me pagó una miseria, claro, pero aprendí un montón.

Leo la besó en la coronilla. Una parte de Teresa quería contarle la siniestra historia de la cicatriz, pero finalmente no pudo.

—Ha estado bien lo del mexicano —dijo ella.

—Hay que repetirlo.

—Cuando quieras.

—Vamos a la cama, ¿no tienes frío?

—Un poco.

Leo se levantó y le ofreció la mano para que también se levantase. Volvieron al dormitorio en silencio. Acabaron abrazados y dormidos.

11

Desde primera hora de la mañana, Villa y Font se encontraban en la Jefatura analizando el informe del número de móvil de Isabel Lanzas, y el de la antena del área donde se halló su cadáver. Sobre la mesa, había una copia de la denuncia a la policía que interpuso Isabel a causa de la amenaza telefónica.

—Creo que tengo algo —dijo Font, pasado un rato.

Villa se levantó de su puesto y se acercó al suyo. A lo lejos, oía a Álvarez bramando al teléfono.

—Me he ido a la fecha donde Isabel recibió la amenaza, he cogido los números de teléfono con los que interactuó, y los he cruzado con los conectados a la antena la noche en la que murió.

—¿Y?

—Un número se repite, así que lo he buscado en nuestros sistemas. El titular es un tal Amir Faras.

Villa apretó los labios. Ese nombre le sonaba…

—Dame un segundo —le dijo a Font.

La inspectora abrió una nueva pestaña en el navegador de su portátil. Recuperó el expediente del caso Abebi. Le bastó unos segundos para confirmar lo que presentía.

—El nombre apareció durante la investigación que llevamos Barrios y yo. Era el nombre titular del móvil de Chari, la *madame* de la red de prostitución y chantaje.

Font silbó por lo bajo.

—Otra conexión más con ese caso. ¿Y qué pasó?

—El nombre era falso, una tapadera. Llegamos a un callejón sin salida.

En la mente de Villa, apareció con nitidez la cara de Chari. Recordó su frialdad y ambición sin límites. Su detención un mes después de su ataque en el aparcamiento tuvo un sabor agridulce.

Le cayeron cinco años de condena por complicidad. Sin embargo, Chari no reveló el nombre del jefe de la red. «Tiene demasiado poder», le dijo. Si lo hubiera desvelado, quizá lo hubieran detenido e Isabel seguiría viva, y ese cabrón estaría en la cárcel por el asesinato de Ortega y torturarla a ella.

—Espera, me estoy acordando de una cosa —dijo Font, sonriendo—. En San Sebastián, desmantelamos una mafia de compraventa de identidades falsas para dar de alta móviles. Quizá los compañeros puedan darme un par de nombres a los que preguntar aquí en Madrid.

—Vale, ponte con ello.

Álvarez salió de su despacho con una expresión avinagrada.

—Han encontrado un coche calcinado en las afueras, un Ford Fiesta. ¿Tenéis la matrícula del coche de Isabel Lanzas?

—Sí —respondió Villa.

—Toma, a ver si es este —dijo Álvarez, entregando un trozo de papel donde estaba anotada la matrícula del vehículo carbonizado.

Villa consultó el atestado y comprobó que, en efecto, era el mismo coche.

—Hay que pedir que lo analicen —dijo.

—Olvídate de eso, no queda nada en el interior, solo ceniza —dijo Álvarez—. Será imposible conseguir algo decente. ¿Con qué estáis?

Font le contó la pista de Amir Faras. Villa añadió que iban a interrogar a Joaquín Ferrer en breve. También que había que visitar a Chari, pero que necesitaban el permiso de Autoridades Penitenciarias.

—Vale, pero tengo al comisario provincial respirando sobre mi cogote —dijo Álvarez, mirando a uno y otro—. Quiero resultados pero ya.

Álvarez dio media vuelta y regresó a su guarida. Font y Villa intercambiaron una mirada. Pasados unos minutos, Villa terminó de

elaborar el perfil del concejal de Urbanismo.

—Joaquín Ferrer se graduó como Ingeniero de Caminos por la Complutense, contratado durante diez años en una constructora donde trabajó como Jefe de proyectos. A partir de ahí fue encadenando puestos cada vez con mayor responsabilidad, hasta que llegó a ser Concejal de Obras y Servicios públicos.

—¿Edad? —preguntó Font.

—Cuarenta y seis. Casado, sin hijos. Su domicilio está en La Moraleja. No hay denuncias contra ni él, ni una sola multa. Lo interesante es que lleva unos diez años como Concejal resistiendo incluso a cambios de gobierno.

—Sabe moverse bien —dijo Font, con un tono de admiración.

Villa le puso un vídeo que había encontrado en YouTube de una rueda de prensa antigua. Joaquín Ferrer vestía traje azul marino y una corbata de color rosa. Era calvo y con la cara afeitada. Cruzado de brazos, transmitía soltura delante de las cámaras. Su sonrisa era confiada, casi arrogante.

—Impresionante —dijo Font, apoyado sobre el borde de la mesa —. El perfecto político de carrera.

—Sin una sola mancha en su expediente —añadió Villa.

—Nadie es tan perfecto —Font sonrió con aire pícaro—. ¿Cómo le abordamos?

Villa se reclinó en su silla y consideró las opciones.

—No le mencionaremos a Isabel directamente. Le diremos que investigamos una denuncia anónima sobre irregularidades en los contratos de las grúas.

—Y observamos cómo reacciona —asintió Font—. Me gusta. Podríamos presionar un poco sobre sus finanzas personales, a ver si se pone nervioso.

—Prefiero un enfoque más indirecto —respondió Villa—. Dejemos que baje la guardia antes de acorralarlo. Si tiene algo que esconder, acabará dándonos alguna pista.

Los dos policías recogieron sus cosas y salieron de la oficina.

—Deberíamos comer algo antes —sugirió Font en el pasillo—. Pienso mejor con el estómago lleno.

—Si nos da tiempo, comeremos algo después de hablar con Ferrer.

Font hizo un gesto de resignación, pero no protestó.

—Pero tú invitas.

—Ya veremos.

—¿Como qué ya veremos? Para algo cobras más que yo.

—Sí, pero tú comes por dos.

12

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Villa a Font en el coche, camino al Ayuntamiento.

—Es un caso muy jodido, pero me mola.

—¿Por qué te *mola*?

Font se pellizcó la barbilla, pensativo.

—Porque es como lanzarse al mar sin tener un salvavidas.

Villa tenía unos años más que él. Pensó en lo diferentes que eran. Font parecía buscar adrenalina con ansia, mientras que ella buscaba la verdad por encima de todo.

—O sea, que nos vamos a ahogar —dijo Villa.

Font sonrió.

—Es que eso es lo divertido.

—Deberías presentarte a la próxima convocatoria de los GEO.

—Lo he pensado, no creas. Pero eso de pasarme una noche entera en un río helado, como que no es lo mío.

Rodearon la fuente de Cibeles y aparcaron frente al Ayuntamiento. La barroca fachada de piedra blanca se alzaba como un imponente castillo. La bandera de España ondeaba felizmente. En lo más alto, el reloj marcaba las once y diez.

Al mostrar sus placas en el mostrador de información, se les franqueó el paso hacia las oficinas. Allí pidieron hablar con Ferrer a una señorita, que les preguntó si tenían cita. Respondieron que no, y aun así les condujo hasta la segunda planta.

—Los políticos no me caen bien —dijo Font.

—Seguro que les entristecerá oír eso.

Villa pensó en el caso. Con toda probabilidad, la auditoría había salido de alguien que trabajaba en el Ayuntamiento. ¿Habría sido esa persona la que se la envió directamente por correo a Isabel? ¿O quizá fuera a través de un tercero? Quizá eso era lo que buscaba el asesino de Isabel. La auditoría y saber quién se lo entregó.

Unos minutos más tarde, un joven alto y peinado con una raya tan recta como una autopista, apareció con un brillo de desconcierto en los ojos. Se identificó como el secretario de Ferrer.

—Me han dicho que son de la policía y que quieren verle.

—Así es —dijo Villa.

—Es que verán, pasa algo. Hoy no ha venido.

—¿Qué ocurre, está de baja o se ha tomado el día para asuntos propios? —preguntó Font.

—Debía venir y no ha venido. Le hemos llamado al móvil un montón de veces, pero no contesta. Es muy raro. Desde que trabajo aquí nunca ha faltado un solo día, incluso ha venido estando resfriado.

—Con lo que cobran, me parece bien —dijo Font por lo bajo.

Villa le lanzó una mirada de reproche.

—¿Han llamado a su casa? —preguntó la inspectora.

—Tampoco contesta. ¿Qué tengo que hacer?

—Nosotros nos encargamos —dijo Villa.

—¿Van a ir a su casa, quieren la dirección?

—La tenemos, gracias —respondió Font, guiñándole el ojo.

Se despidieron del secretario, salieron con apremio del edificio y se subieron al coche. Villa añadió el domicilio de Ferrer en el navegador del móvil. Por culpa del tráfico, tardarían en llegar una media hora.

—Llama al jefe y mantenle al tanto —ordenó Villa, mientras miraba por el retrovisor externo para incorporarse a la rotonda.

Font cogió el móvil.

—Qué sospechoso que no aparezca el concejal, ¿eh? —dijo él—. Este está metido en el ajo, seguro.

—Estoy deseando hablar con él. Tiene mucho que contar.

Al cabo de un rato, llegaron a la urbanización residencial más conocida de Madrid por su alto poder adquisitivo, La Moraleja. En el Paseo de los Parques redujeron la velocidad hasta que dieron con el número de la casa de los Ferrer.

—Aquí es —dijo Villa.

—Joder, qué pasada. Igualito que mi piso de Móstoles.

Era un moderno chalé protegido por un denso seto. Asomaban copas de frondosos árboles y otra estimable vegetación de diseño. Detuvieron el coche justo delante de la reja. Villa bajó la ventanilla y llamó al telefonillo. Se oyó una voz masculina.

—¿Quién es?

—Policía, queremos hablar con Joaquín Ferrer.

—Un momento.

Mientras esperaban, se recrearon de nuevo en el suntuoso chalé. Observaron una terraza amueblada a la perfección, y decorada con un sinfín de coquetas plantas.

—Me intriga, ¿cuántos baños tendrán? —preguntó Font, fingiendo seriedad.

La reja se abrió lentamente con el ruido del engranaje. Villa metió primera y entraron. Dejaron el coche justo al lado de un BMW. En silencio, se dirigieron a la entrada. El cielo era una enorme sábana gris.

Antes de que llamaran, la puerta se abrió y apareció un hombre vestido con un mono de jardinero.

—Pasen, la chica ha ido a avisar a la señora.

Los policías pisaron el recibidor y desde ahí extendieron la mirada por todo el salón. Albergaba tres ambientes, el comedor, para las visitas, y el más alejado, para disfrutar de la compañía del televisor. Al otro lado del ventanal, la piscina se lamentaba de su soledad invernal.

La chica a la que se refería el jardinero bajó las escaleras, y les anunció que la señora acudiría enseguida. Les invitó a sentarse y después les preguntó si deseaban tomar algo, a lo que respondieron que no, gracias.

El contraste entre la tensión que sentían por dentro por la injustificada ausencia de Ferrer del Ayuntamiento, y la calma que se

respiraba dentro de la casa, les producía una cierta inquietud.

—¿Cuándo nos dirán algo sobre las huellas de neumáticos? —le preguntó Font a Villa.

—Dentro de muy poco —respondió, mirando una vieja mesa de madera. Le entraron ganas de ver el resto de la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó una tensa voz femenina.

Los dos policías voltearon la cabeza. Susana Ferrer tendría alrededor de unos cuarenta años. Vestía una bata estampada que parecía un kimono. Alta y delgada como una modelo de lencería. En su cara sin maquillar, se observaba una honda preocupación.

—Buenos días —dijo Villa, poniéndose de pie—. Soy la inspectora Teresa Villa y él el agente David Font.

—¿Le ha pasado algo a Joaquín? —preguntó, con la mano sobre el pecho.

—Siéntese, señora —respondió Font, señalando el sofá—. No lo sabemos. En el Ayuntamiento no lo localizan.

—Pero ¿cómo es eso posible?

—¿Le ha visto hoy? —preguntó Font.

—Mmm… no.

—Llámele ahora mismo —dijo Villa.

—Sí, vale, eh, ¿dónde he dejado mi móvil? —preguntó mirando a su alrededor—. Ah, tendré que subir al dormitorio.

Se marchó y volvió con el dispositivo en la mano.

—¿Le llamo? —preguntó de nuevo, nerviosa.

—Sí —respondió Font.

La Sra. Ferrer se llevó el móvil a la oreja. Villa y ella intercambiaron una fugaz y tensa mirada. El silencio era tan abrumador que se oían los tonos de llamada sin necesidad de conectar el altavoz. A cada tono, parecía aumentar la angustia de la Sra. Ferrer.

—No contesta —dijo, y apretó los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Font.

—Ayer por la noche. Llegó muy tarde de trabajar.

—¿Sobre qué hora? —preguntó Villa.

—No lo sé, tarde.

—Haga un esfuerzo.

La Sra. Ferrer resopló.

—Creo que… diez y media, once, doce, no lo sé.

—¿Le dijo por qué llegaba tarde?

—Solo que había estado reunido de urgencia, pero sin darme más detalles. Le vi cansado y no le pregunté. Bueno, me dijo que quería irse a la cama. Dios mío, ¿le habrá pasado algo? —Se llevó las manos al pecho.

—¿Ha notado si falta ropa o algún artículo personal de su marido? —preguntó Font.

La Sra. Ferrer fue a comprobarlo. Villa supo que sin Ferrer allí ya no pintaban nada en la casa.

—Creo que todo está en orden —dijo la Sra. Ferrer al regresar.

—No se preocupe, vamos a dar un aviso para que lo busquen —dijo Villa.

La Sra. Ferrer asintió. Villa le pidió el número de DNI de su marido, el del móvil y la matrícula de su coche. Cuando la Sra. Ferrer reunió toda la información y se la entrego, era el momento de marcharse.

—Si logra hablar con él, llámenos al momento —dijo Villa, tendiéndole una tarjeta de visita.

—La mantendremos informada —dijo Font.

—¿Qué hago yo mientras tanto?

—Esperar.

Los dos policías se dirigieron al vestíbulo. Villa llamó a Álvarez para que activara la alarma de desaparecidos.

—Pero ¿por qué querían hablar con él? —preguntó la Sra. Ferrer.

—Nada grave, solo un asunto de trabajo —respondió Font, intentando calmarla—. Volveremos otro día.

La Sra. Ferrer les acompañó hasta la puerta y se despidió de ellos.

—¿Desaparición voluntaria o forzada? —preguntó Font a Villa, ya en el coche.

Villa tomó aire y lo soltó. A cada paso que daban, el caso se iba volviendo más complejo.

—No lo sé, pero pinta mal.

—Yo pienso que desaparición voluntaria, ¿qué te apuestas?

—Nada, no soy de apostar.

—Vaya, qué sorpresa —dijo con ironía Font.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada —respondió Font, alzando los brazos.

Villa siguió reflexionando sobre el caso, esta vez sobre Isabel. Había algo que no encajaba. De sus ordenadores, solo habían podido extraer unas notas y las capturas de la auditoría. Demasiado poco para la investigación de una periodista.

—Seguro que Isabel, si investigaba un caso grande, tenía que llevar una libreta o una agenda, ¿no crees?

—Sí, por supuesto.

—¿Dónde lo guardaría? En los ordenadores no hay nada.

—Yo lo tendría bien escondido en alguna parte.

—Sí, yo también. Vamos a tener que volver a inspeccionar el dormitorio de Isabel, pero ahora muy a fondo.

13

Los padres de Isabel, Carmen y Alberto, estaban sentados en el sofá cogidos de la mano. Villa y Font les explicaron de manera resumida lo averiguado sobre la investigación de su hija.

Añadieron que habían encontrado su coche calcinado en las afueras. Para los padres ya nada tenía relevancia. Habían perdido a su hija y no podían pensar en otra cosa.

—Pero ¿han detenido a alguien ya? —preguntó Alberto, en cuya cara ojerosa se reflejaba una larga noche de insomnio.

—De momento no, pero cuando pase serán los primeros en saberlo —prometió Villa.

Con el permiso de los padres, Villa y Font empezaron a registrar con minuciosidad el dormitorio de Isabel. Ya no era una simple inspección, sino una búsqueda a fondo. Font se encargaba del escritorio y la cama. Villa de la ropa, complementos y calzados. Eran pasadas las cinco, y afuera el barrio se desperezaba después de la siesta.

Con las manos enfundadas en guantes de látex, Villa palpaba cada una de las prendas. Había de todo, como corresponde a una mujer joven que ha de pisar la calle a diario y en diferentes ámbitos. Combinaba ropas de marca con otras baratas, y si había un color predominante era el violeta.

Los zapatos se alineaban en una fila colgada del perchero: botines, botas, pantuflas y zapatillas de correr. Apoyándose en una silla, alcanzó la parte más alta. Vio jerseys de diferentes colores, que

fue palpando y colocando sobre la cama hasta que obtuvo una visión clara del estante. Después fue golpeando el interior en busca de un doble fondo. Nada.

Font tampoco tenía suerte. Había examinado con minuciosidad el escritorio, los cajones, la cama y el cabecero.

—Las mesitas de noche son mi especialidad —dijo Font con orgullo.

—¿Y eso?

Font le contó acerca de un registro que hizo en Barcelona hacía unos años. Se encontraba en el dormitorio de un sospechoso de homicidio, que defendía su inocencia con arrogancia. Con él presente, Font se puso con una de las mesitas de noche.

Sin mucha convicción, tiró con suavidad de la repisa de mármol. Para su sorpresa, se movió. Cuando la retiró completamente, descubrió una fotografía. En ella aparecía el cadáver de la víctima. La cara del sospechoso se volvió pálida.

Era lo que buscaban. La prueba que echaba por tierra su inocencia. A nadie extrañó que el sospechoso, acorralado, confesara en ese momento ser el autor del crimen. Para Font, fue su primer tanto como agente. Desde entonces, siente predilección por revisar mesitas de noche.

—Ojalá tengas suerte aquí también —deseó Villa.

Por desgracia, en la de Isabel no halló nada. Font suspiró, contrariado. Pero no se rindió, enseguida echó una mirada a su alrededor en busca de posibles escondrijos. De repente, alzó la vista y se fijó encima de la ventana.

—El cajón de la persiana —dijo en voz alta, con los brazos en jarras.

—No es mal sitio para guardar algo importante —dijo Villa.

Con la misma silla que usó la inspectora, Font se subió e intentó abrir el cajón, pero no hubo manera.

—¿Quieres un destornillador? —preguntó Villa—. Puedo preguntar a los padres.

—No hace falta.

Se metió la mano en uno de los bolsillos laterales del pantalón, y sacó una pequeña navaja. Introdujo el filo por el resquicio, tiró y se

oyó un crujido de madera. Cajón abierto. Font sonrió, besó la navaja con cariño y se la guardó.

—Bueno, a ver qué encontramos por aquí —dijo, echando una ojeada.

Observó a una araña correteando por el rollo de la persiana. Había polvo y olía a yeso. En una esquina, reparó en algo.

—Premio… —dijo mirando a Villa.

—¿Qué hay?

Font alargó la mano y cogió el objeto. Era una agenda de bolsillo. Se la enseñó a Villa como si fuera el Santo Grial. Ella la cogió y la examinó. Era de tapas duras y color amarillo.

Abrió el broche y fue pasando las páginas.

—¿La usaría para la investigación? —preguntó Font.

Villa no respondió, concentrada en la agenda. Había alguna que otra anotación a mano. Una le llamó la atención: *Alm SF*. ¿Qué podía significar?

Buscó la fecha en la que murió Isabel. ¿Qué habría agendado para ese día? Llegó a la página en cuestión. Solo había un registro, también a mano. A las diez de la noche: *Cita con F*.

—Cita con Ferrer. Lo que buscábamos —dijo Villa mirando a Font —. El vínculo entre Isabel y el concejal.

—Ferrer le tendió una trampa. Avisó al psicópata de que iba a verse con ella, para que se encargara de cerrarle la boca.

—Tenemos que hablar con él —dijo Villa—. ¿Dónde se habrá metido?

14

En la Jefatura, Villa y Font pillaron unos cafés, comida basura y se dispusieron a pasar las siguientes horas centrándose en la agenda. Eran cerca de las nueve de la noche. En la calle, se respiraba un ambiente extrañamente tranquilo. Villa pensó que se debía a que emitían fútbol por la televisión. No tenía ni idea de quién jugaba, aunque tampoco le importaba en exceso.

—Al ocultar la agenda, Isabel sabía que pisaba un terreno peligroso —dijo Font—. ¿Sabría alguien más que llevaba un registro aparte?

—No veo a quién se lo podía haber dicho.

Fotocopiaron las páginas de la agenda con anotaciones, y las colgaron en el tablón, para así obtener una visión más amplia de lo que Isabel tenía entre manos.

Villa lanzó una mirada general. Sin duda, se trataba de un trabajo meticuloso. Además de *Alm SF,* leyó en otro día *MS contratos*, y en otro, *valioso AGM.* De alguna manera, eran las últimas palabras de Isabel. Tenían que adentrarse en su mente para encontrar al asesino.

—Nos hará falta más contexto —dijo Villa, mirando las páginas—. David, necesito que redactes las diligencias para su señoría. Hay que registrar tanto el despacho de Ferrer en el ayuntamiento, como su domicilio.

—Oído cocina —dijo Font, sentándose frente al ordenador.

—Justifica bien la agenda con el concejal y su desaparición repentina. Hubiera estado bien estudiar su patrimonio, pero eso nos llevaría mucho tiempo. Con lo que tenemos, debería ser suficiente para que Pérez autorice la orden.

Había otras anotaciones más claras, aunque de las que poco se podía rascar. *Visita a la sede de la empresa*. *Consulta en la hemeroteca*. *Visita al registro de la propiedad*.

Villa se imaginó a Isabel sentada en el escritorio de su dormitorio, escribiendo las entradas, atando cabos y preparando sus siguientes pasos. Ilusionada por los avances.

Sintió una punzada de tristeza por una vida que había terminado de manera tan violenta. ¿La razón? Luchar por un mundo mejor.

Con un rotulador rojo, señaló el registro que le llamó la atención en el dormitorio de Isabel, *Alm SF.* ¿Qué significaba? ¿Almacén, almirante, almendro..?

—Almorzar con SF —sugirió Font, después de haber visto a Villa pensativa.

Villa asintió. Sí, podía ser una cita para almorzar con alguien.

—¿Qué anotación puede referirse a su informante? —preguntó Villa—. ¿SF o MS? ¿o AGM?

—O ninguno —dijo Font—. Supongo que sería muy cuidadosa, quizá ese dato lo guardase en la cabeza. El informante podría estar en peligro.

—Dudo que no lo anotara. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—No veo tampoco nada referente a la auditoría.

—No, yo tampoco.

Álvarez salió de su despacho.

—Me acaban de llamar. Ya están avisados todos los controles de aeropuertos y estaciones de tren —dijo, y reparó en el tablón—. Ferrer no saldrá del país sin que lo sepamos. ¿Qué tenemos aquí?

—La agenda de Isabel —respondió Villa—. Estamos intentando identificar sus registros.

—¿MS? ¿Alguna idea de qué significa?

—Aún no —admitió Villa—. Pero aparece vinculado a contratos, supongo que se refiere a los contratos municipales de las grúas. Isabel estaba siguiendo algún tipo de pista relacionada con eso.

—Dios, la corrupción y los políticos, la misma vieja historia de siempre —Álvarez negó con la cabeza—. Esto es carnaza para los periodistas. Seguro que sacarán algo dentro de poco. El comisario no va a dejarme tranquilo.

—También tenemos SF—dijo Villa, señalando otra entrada en la agenda—. Podría ser cualquier cosa. ¿Servicios Financieros? ¿Segundo Funcionario?

—O podrían ser simplemente las iniciales de alguien —sugirió Font—. Un nombre y un apellido.

Los ojos de Villa centellearon por un instante.

—Necesitamos una lista de todas las personas vinculadas al Ayuntamiento con esas iniciales.

—¿Y qué hay de AGM? —preguntó Álvarez.

Villa recorrió el tablón con la mirada, intentando conectar los registros.

—Aparece junto a *valioso*. Podría ser una persona, un lugar, un documento...

—O una empresa —añadió Font, sin levantar la vista del ordenador donde redactaba las diligencias—. Muchas empresas utilizan iniciales o acrónimos.

Villa tomó un sorbo más de café, ya frío, y se apoyó sobre el borde de la mesa. Ordenó mentalmente las entradas por fecha.

—Isabel empezó a hacer anotaciones sobre MS hace dos meses. Las referencias a SF son más recientes, de las últimas tres semanas.

—Como si hubiera ido subiendo por una escalera —comentó Álvarez—. De un peldaño a otro.

—Y AGM solo aparece una vez, hace cinco días —Villa señaló la entrada—. Justo después de que Isabel recibiera la auditoría.

Álvarez se cruzó de brazos mientras contemplaba el tablón con interés. Villa se extrañó de verle tan involucrado en la conversación. Por regla general, le gustaba estar al tanto del caso pero sin profundizar.

—He visto mucha corrupción, y todos siguen el mismo patrón —dijo el inspector-jefe—. Alguien habla de más, un periodista tira del hilo y al final todo se destapa.

—Pero no todos terminan con un asesinato —replicó Villa.

—Por suerte, no.

Font apoyó su espalda sobre la silla y se rascó la barbilla. Pasado un instante, tomó la palabra.

—La pregunta es ¿quién más estaba con Ferrer sacando tajada de todo?

—Claro, los contratos municipales equivalen a una lluvia de millones —dijo Álvarez—. Como si hubiera tocado la lotería. Muchos quieren hincar el diente, nos ha jodido.

Villa trazó una línea con el rotulador desde *contratos* a MS.

—Isabel primero investigó los contratos, después se reunió con SF y finalmente recibió algo *valioso* de AGM.

—Que probablemente sea la auditoría —añadió Font.

—Exacto —dijo Villa—. AGM podía ser su fuente.

Después de consultar la hora, Álvarez cogió su abrigo y se despidió hasta el día siguiente. Font y Villa continuarían un poco más.

—Las diligencias están listas —dijo Font—. ¿Quieres revisarlas antes de enviarlas?

Villa asintió. Leyó el documento e hizo algunas correcciones menores.

—Envíalo y esperemos que la jueza Pérez no nos haga esperar demasiado.

Villa volvió al tablón. En algún lugar de esa maraña de iniciales y referencias crípticas estaba la clave para resolver el caso.

—Mañana a primera hora con la orden iremos al Ayuntamiento —dijo.

—¿Seguimos esta noche o lo dejamos para mañana?

Villa miró su reloj. Era casi medianoche.

—Vamos a descansar. Mañana será un día largo.

Recogieron sus cosas. En su móvil, vio dos notificaciones de mensajes, una de su hermana y otra de Leo.

Con el móvil pegado a la oreja, primero escuchó el de Elena. Le contaba que su madre había sufrido un golpe con el coche, nada grave, pero la puerta estaba un poco abollada. Solo para que lo supiera. El mensaje de Leo le deseaba buenas noches.

Villa se dijo que les contestaría en casa. Font y Villa salieron al pasillo en medio del silencio que reinaba en la Jefatura.

—Estaba pensando una cosa —le dijo Villa a Font.

—¿Qué?

—Si el asesino del soplete fue a por Isabel, quizá también vaya a por AGM. Puede ser la siguiente víctima.

15

A LAS OCHO de la mañana, con la autorización de su señoría en la mano, se procedieron a los registros. En el domicilio de Ferrer, encabezado por Villa. En el despacho del Ayuntamiento, por Font. Se necesitó un refuerzo de agentes para cargar el material requisado en las furgonetas.

No se reportaron incidentes, aunque la esposa de Ferrer se negó a colaborar. Villa tuvo que soportar una conversación tensa con ella. Susana Ferrer se quejaba de que no se concentraran los esfuerzos en encontrar a su marido, que llevaba ya veinticuatro horas desaparecido.

Además, calificó a la policía de inútil mientras los agentes salían de la casa llevando cajas y objetos personales, como un portátil, carpetas y archivadores encontrados en la habitación que usaba Ferrer como segundo despacho.

En la Jefatura, dejaron todo en una misma sala procurando establecer un área específica para cada registro.

Villa y Font contemplaban con resignación la faena que tenían delante, cuando entró Álvarez.

—¿Esto es lo que habéis conseguido? —preguntó, echando una ojeada con cierto desprecio—. Ojalá me equivoque, pero pienso que será una pérdida de tiempo.

—Gracias por los ánimos, jefe —dijo Villa.

—Me jode que tengo a dos buenos policías enfangados hasta la mierda, y ¿cuáles son las probabilidades de éxito? Muy pocas. Esto

se acabará cerrando en breve y sin resultados, ya lo veréis.

—Acabamos de empezar —dijo Font.

—Y ya hay un periodista muerto, un concejal desaparecido y una agenda que es un galimatías. ¿Qué será lo siguiente?

Se instaló un silencio incómodo en la sala. Font le dio a Álvarez una palmada amistosa.

—Jefe, ¿entonces cuándo viene alguien a echarnos una mano con todo esto?

—Mañana a primera hora.

—¿Ah, sí? Genial.

Font miró a Villa para ver su reacción, pero ella estaba de brazos cruzados con cara seria. Álvarez se marchó a una reunión con el comisario.

—Olvídate de la ayuda —dijo Villa—. No vendrá.

—Pero si ha dicho…

—Te estoy diciendo que no va a venir, David. Álvarez no nos va a conseguir ayuda. «Mañana a primera hora» es solo una frase al aire.

Font asintió.

—Manos a la obra —dijo Villa—. Hay mucho por hacer.

Durante las dos horas siguientes, se dedicaron a organizar el material. Leyeron una enorme cantidad de documentos personales del matrimonio Ferrer. Encontraron facturas de múltiples servicios, declaraciones de la renta, pago de impuestos de sucesiones, las escrituras del chalé. Todo se leía con minuciosidad y en silencio, como si estuvieran en una biblioteca.

—Esto es interesante —dijo Villa, con unos papeles en la mano—. Aquí está el pliego de condiciones para las concesiones de las licencias de grúas, lo que investigaba Isabel.

—¿Qué dice?

—Contar con un seguro de responsabilidad civil de mínimo de un millón de euros. Disponer de instalaciones autorizadas para almacenamiento temporal de vehículos, acreditar experiencia en gestión de residuos o desguace, no tener sanciones previas en materia ambiental o urbanística…

—Son unos requisitos muy rigurosos.

—Parecen hechos a la carta, para una empresa en concreto.

Se tomaron un descanso de unos quince minutos para comer y beber, y después volvieron a la carga. Continuaron por lo incautado en el Ayuntamiento: infinidad de cartas, contratos, actas, planos, informes, presupuestos…

Poco a poco, se formaron una idea del día a día de Ferrer. Supervisar los plazos de las obras, el mantenimiento de infraestructuras de agua, luz y alcantarillado. La gestión de los servicios públicos como recogida de basuras, parques, jardines, alumbrado público, etc. En definitiva, un puesto clave en el Ayuntamiento.

Font encontró un documento que le llamó la atención. Lo leyó y se lo tendió a Villa.

—Mira esto —le dijo—. Es una nota simple del catastro de una propiedad en San Fernando de Henares.

—¿Y?

—El SF que sale en la agenda puede ser San Fernando de Henares.

—¿Dónde estaba?

—En los documentos de su despacho.

Villa copió la dirección del inmueble en el navegador de su móvil. Pulsó el primer resultado y apareció un mapa de San Fernando, un municipio al este de Madrid. Usando la vista de satélite distinguió un polígono industrial.

—*Alm* SF —dijo Villa, recordando la anotación—. *Alm* puede ser almacén en San Fernando. Sí, tiene sentido. Bien visto, David.

—¿Qué podría haber en ese almacén?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—¿Vamos para allá?

—Por supuesto, quizá obtengamos alguna respuesta a todo este misterio.

16

En media hora se plantaron en el polígono industrial de San Fernando de Henares. No se diferenciaba en nada del resto de polígonos del mundo. Un conjunto de austeras naves industriales y un constante trasiego de vehículos. Había salido el sol, aunque la temperatura seguía baja.

Se metieron en una pequeña calle y aparcaron junto a otros coches. A unos doscientos metros, se fijaron en un bar solitario y más allá en más naves de parecido tamaño. Les envolvía un estresante ruido de maquinaria que parecía surgir de todas partes.

Tenían delante el inmueble de los Ferrer que se referenciaba en el catastro. Había una puerta gigantesca de metal y otra más pequeña separadas por unos cuatro metros. En lo alto, tres ventanas y una mancha oscura que destacaba en la fachada.

—Una manita de pintura no le vendría mal —dijo Font.

Como era de esperar, las puertas estaban cerradas. Pulsaron el timbre en la pequeña pero, pasados unos minutos, nadie dio señales de vida. Villa movió el picaporte. Parecía cerrado a cal y canto. Chasqueó la lengua, contrariada.

—Habrá que pedir una orden a su señoría, y llamar a los del GOIT para que fuercen la cerradura.

—No hace falta esperar tanto —dijo Font, metiendo la mano en el bolsillo lateral del pantalón—. La abro en un abrir y cerrar de ojos, y después pedimos la orden.

—Pero ¿de dónde has salido tú?

—¿Qué pasa? —dijo con aire chulesco, sacando sus herramientas —. Soy un hombre con recursos.

Ayudándose de una ganzúa y usando la punta de su navaja como tensor, Font abrió la puerta con sorprendente rapidez. Al entrar, se encontraron con un inmenso vacío. No había nada. Unos trescientos metros cuadrados de aire.

—Ve por ahí —dijo Villa, señalando un ala—. Yo iré por aquí.

—Vale.

La luz entraba con amplitud por las claraboyas. Font fue inspeccionando su lado en silencio. Entró en lo que parecía una oficina o un despacho, vacío también. En este almacén, ¿qué actividad hubo?, pensó.

Estaba a punto de irse cuando reparó en un fino cable enchufado a la pared. Al acercarse, comprobó que era para cargar móviles. Sacó un guante de látex del bolsillo trasero del pantalón, se lo enfundó y lo quitó de la corriente junto con el adaptador de corriente.

El cable estaba en perfectas condiciones. El adaptador era de 25 vatios con toma de entrada de USB-C, por lo que dedujo que debía cargar un móvil de gama reciente.

—¿Qué encontraste? —preguntó Villa, al asomarse por la puerta.

—No sé si valdrá para algo —respondió Font, mostrando el cable.

—Al menos es un indicio de que ha pasado alguien por aquí.

Un rato después, salieron del almacén. En el coche, Font guardó el cable en una bolsita trasparente y la guardó en la guantera. Villa se quedó pensando en el siguiente movimiento. Regresar a la Jefatura y seguir indagando en la agenda. Parecía lo más lógico.

Pero se volvió a fijar en el bar. Antes de marcharse, quizá no sería mala idea acercarse y ver si sacaban algo potable.

—Vamos a hacer trabajo de calle, compañero.

—Genial, me apasionan las nuevas tecnologías de investigación —replicó Font con sorna.

El bar se llamaba Manolo. El rótulo tenía el estilo y los colores de Coca-cola. En la fachada, habían colgado una pizarra con el menú del día. De primero, ensalada de la casa. De segundo, lentejas. Postre y café, aparte. Doce euros.

En la barra había un hombre de aspecto serio limpiando la cafetera. Tendría unos sesenta años. Vestía una rebeca y las gafas de leer colgaban sobre el pecho. Al ver a la pareja, les saludó con un gesto de la cabeza. Los policías pidieron dos cafés solos.

—A la orden —dijo el hombre.

A través de la cristalera, Villa echó un vistazo a la calle. Una nube de preguntas la rodeó. ¿Por qué Ferrer era dueño de un almacén en el que no guardaba nada? ¿Tendría más almacenes? ¿Isabel había llegado a entrar?

Cuando el hombre sirvió los cafés, Villa aprovechó el momento.

—Somos de la policía —dijo, enseñando su placa—, ¿le importa que le hagamos unas preguntas?

Su mirada se volvió tensa y desconfiada.

—¿Sobre qué?

—Sobre ese almacén que está al fondo —dijo Villa, después de tomar un sorbo de café.

—¿El de las dos puertas?

—Ese mismo. ¿Qué nos puede decir sobre él?

El hombre se apoyó con las dos manos sobre la barra, y se quedó pensativo.

—No mucho, nunca he visto movimiento. Vamos, que yo recuerde.

—¿Sabe que para qué es el almacén, qué guardan? —preguntó Font.

—Antiguamente guardaban fruta, pero eso ya terminó.

—¿Desde entonces está cerrado?

—Sí, aunque ahora que lo pienso, a veces veía a uno de seguridad rondando. Entraba, estaba un rato y después se marchaba.

—¿Todos los días?

—Casi todos, por la mañana.

—¿Cómo se llama la empresa de seguridad?

—No lo sé, pero el uniforme es azul.

A pesar de que no habían terminado sus cafés, pagaron y se marcharon dando las gracias al buen hombre.

—Qué raro que se contrate a una empresa de seguridad, aunque el almacén esté vacío —dijo Villa.

—Puede ser una manera de evitar a los okupas.

—Bastaría con una alarma con aviso a la central.

El móvil de Villa sonó. En la pantalla, leyó el nombre de Álvarez.

—Teresa, me acaban de llamar los de Autoridades Penitenciarias. Han aprobado que interrogues a Chari.

—¿Cuándo puedo ir?

—Cuando quieras.

—Ahora mismo.

17

En el centro penitenciario de Alcalá Meco, Villa accedió al módulo de mujeres. En el puesto de control, entregó al funcionario el móvil y su arma reglamentaria. Comprobaron que estaba autorizada para reunirse con Rosario Garrido, Chari, y después la acompañaron hasta la sala de visitas.

—Espere aquí, vamos a buscarla —le dijo el funcionario.

La sala estaba llena de mesas vacías en las que habitualmente esperan los familiares de los presos el día establecido, los domingos. Villa se frotó las manos, expectante ante el encuentro con Chari.

Tenía la esperanza de que los dos años en prisión, más los tres que le quedaban por delante, la hubieran disuadido de proteger a su jefe. Quizá pecaba de ingenua, pero debía intentarlo.

Chari había sido una pieza clave en la red de prostitución y chantaje que Villa y Barrios desmantelaron. Recordó que Chari había ascendido de prostituta hasta ser una de las responsables de captación, lo que decía mucho sobre sus habilidades.

Con una enorme sagacidad, Chari había diseñado la caída y muerte de Salvador Ortega, su encarnizado rival dentro de la organización. Había manipulado a Abebi, la chica nigeriana, para que robara un *pendrive* con vídeos comprometedores, y que la culpa recayera sobre Ortega. Todo mientras ella se mantenía en la sombra, dejando que otros dieran la cara.

Chari jamás había revelado la identidad del verdadero jefe de la organización, el hombre que había dejado su siniestra firma en la

piel de Villa con un soplete.

Pero ¿cuál era el vínculo que unía a Chari con el misterioso jefe y asesino? Tenía que haber algo íntimo, quizás una relación sentimental. ¿Amantes? ¿Al principio el asesino fue un cliente de Chari, y desde ahí forjaron una alianza inquebrantable? ¿O solo era puro miedo?

La puerta del fondo se abrió y el funcionario y Chari entraron. A pesar de que llevaba una simple sudadera rosa y unos pantalones de malla, Chari conservaba una elegancia innata. Su cabello, que Villa recordaba rubio, había recuperado su color natural, castaño. Al ver a la inspectora, la antigua *madame* esbozó una sonrisa arrogante.

Villa hizo un gesto con la cabeza al funcionario para que las dejaran a solas. Se retiró unos metros, pero por seguridad no abandonó la sala. Las dos mujeres se sentaron a la mesa, frente a frente.

—¿Cómo estás, Chari?

—Estupendamente, inspectora. El servicio de habitaciones deja mucho que desear, pero me he adaptado. Como siempre.

Villa se fijó en un mechón de canas que caía sobre un lado. Una reveladora señal del paso del tiempo.

—Ha muerto una periodista, Isabel Lanzas. Estaba investigando una trama de corrupción.

—¿Ah, sí? Qué lástima —dijo, con sarcasmo.

—Quemada con un soplete, como Salvador Ortega.

Los ojos de Chari centellearon.

—Ya entiendo por qué está aquí, inspectora.

Villa decidió que lo mejor era ir al grano.

—Has tenido tiempo para pensar. Estoy dispuesta a ayudarte con lo que te queda de condena, si nos das el nombre de tu antiguo jefe.

—Por curiosidad, ¿de cuánta reducción de la pena estamos hablando?

—Tendría que consultarlo, pero si ahora me das algo para empezar como muestra de buena voluntad, volveré con una propuesta en firme de parte del ministerio fiscal.

Chari sonrió fríamente.

—Olvídelo, inspectora, jamás va a poder detenerlo. Él está por encima de la ley.

—Si cooperas, saldrás antes e incluso entrarías en el programa de protección de testigos. Podrías empezar de cero en un lugar muy lejos de esta ciudad.

—Me acabaría encontrando. Tiene muchos contactos.

—Tarde o temprano, caerá.

Chari se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué tal con su nuevo compañero? ¿Se llama David Font, verdad? Un hombre muy interesante…

Villa disimuló su sorpresa. No sabía cómo había recibido esa información, pero era evidente que Chari seguía con vínculos en el exterior.

—¿Cómo lo sabes?

—Me mantengo informada. No hay mucho más que hacer por aquí.

—Es un asesino. ¿Por qué lo proteges tanto?

—No hay que morder la mano que te da de comer.

Villa se dio cuenta de que la visita había sido una pérdida de tiempo. Avisó al funcionario para que se llevara a Chari.

—Vaya, ¿ya hemos terminado, tan pronto, inspectora? —preguntó Chari sin dejar de sonreír.

—Piensa en mi oferta. Cuando él caiga, te quedarás sin apoyo.

—Venga, vámonos —dijo el funcionario a Chari.

La antigua *madame* se puso de pie y miró a Villa.

—Yo me andaría con ojo —dijo Chari—. Él aún no ha acabado con usted.

Villa guardó silencio mientras la veía alejarse. Sabía que no iba a olvidar esas palabras fácilmente. Nadie olvida una amenaza.

18

—¿Cómo ha ido con Chari, Teresa? —preguntó Font a Villa, en cuanto ella entró en la oficina del Grupo 7.

—Mal.

Villa se dejó caer sobre su asiento. Se sentía agotada hasta la médula. Afuera, una fina lluvia caía sobre Madrid.

—Pues yo no me he quedado cruzado de brazos —dijo Font.

Villa giró la cabeza hacia su compañero.

—¿Buenas noticias?

—Buenas no, excelentes.

—Dispara.

—He estado investigando esa anotación, MS, que encontramos en la agenda de Isabel —Font señaló el tablón—. Pensamos que podrían ser las iniciales de alguna persona, pero recordé algo cuando estábamos en el almacén.

Villa lo miró con interés.

—¿El guardia de seguridad que mencionó el dueño del bar?

—Exacto. Dijo que a veces veía a un tipo con uniforme azul. Y ¿sabes qué empresa de seguridad usa uniformes azules? Magna Security.

Font giró el portátil para mostrarle a Villa la página web de la empresa.

—MS. Magna Security. Estoy casi seguro de que Isabel estaba investigando esta empresa. Así que me puse a revisar los contratos municipales relacionados con las grúas y el depósito de vehículos.

Font deslizó unos documentos sobre la mesa de Villa para que los estudiase. Villa los fue leyendo mientras escuchaba a su compañero.

—Magna Security se ha llevado una cantidad desproporcionada de contratos para el servicio de grúas en los últimos tres años. Todos firmados por el concejal Ferrer.

—Bien, David. Otra prueba más que tenemos en su contra.

Font había indagado también acerca del máximo responsable de la empresa. Se trataba de Mónica Benítez. Era hija de un empresario que en la década de los noventa montó la empresa en Las Rozas. A base de costosas campañas de publicidad, se expandió con rapidez por el país.

Una vez fallecido, su hija tomó el relevo. A pesar de que muchos presagiaban una estrepitosa caída de beneficios, Benítez demostró que estaban equivocados. Abrió una sección de ciberseguridad que era puntera en el mercado, y además sacó la empresa a bolsa. Todo eso sirvió para que ya nadie se manifestara en su contra.

—Además, he encontrado algo muy interesante en su perfil de Facebook.

En el portátil, cambió de pestaña del navegador y le mostró una fotografía.

Aparecían seis personas. Tres hombres y tres mujeres. Su ropa elegante y lujosa, así como la expresión alegre de sus caras, invitaba a pensar que se encontraban en una boda. Eran Ferrer y su esposa, Susana. Mónica Benítez y un hombre que podía ser su marido. Por último, una pareja desconocida para los policías.

—Así que Ferrer y Benítez, los mejores amigos del mundo, formando una trama de corrupción. ¿Dónde está tomada la foto?

—No se sabe.

Villa dejó sobre la mesa los contratos, y se restregó los ojos con la mano. El siguiente paso era evidente: hablar con Benítez e investigarla.

El edificio de Magna Security era un cubo acristalado que desprendía una imagen de señorial modernidad. A su alrededor, como si fueran

súbditos, se extendía una flota de vehículos con el color azul característico de la empresa.

Villa y Font observaban el panorama desde el coche, junto a la garita de seguridad. Un vigilante alto y calvo se acercó.

—Buenos días —dijo, inclinando la cabeza.

—Venimos a hablar con Mónica Benitez —dijo, Villa mostrando la placa.

—Un momento —pidió, y volvió a la garita.

El vigilante regresó al cabo de unos minutos, les indicó dónde debían aparcar e informó que los recibirían en recepción. Villa asintió con la cabeza, metió primera y entró en el suntuoso complejo.

—El negocio de las grúas es solo una parte más de todo lo que mueve esta empresa —dijo Font.

—Se lo han montado bien, sí.

Después de bajarse del coche, caminaron hasta el vestíbulo. Un hombre trajeado ya les estaba esperando.

—Acompáñenme, por favor.

Fue guiando a los policías por una escalinata y varios pasillos de mármol. Villa y Font observaban todo en silencio. Finalmente, el hombre abrió una puerta y entraron en un despacho más grande que el piso de la inspectora.

La empresaria se levantó de la mesa y caminó hacia ellos para estrecharles la mano. Los tacones crujieron sobre el parqué.

—¿En qué les puedo ayudar? —preguntó, con una cálida sonrisa.

Mónica Benitez lucía un vestido de azul a juego con los colores corporativos. Su piel era luminosa pero no de una manera natural, lograda con un esmerado maquillaje y tratamientos eficaces. Tendría entre cincuenta y sesenta años.

—Venimos a hablar con usted sobre Joaquín Ferrer —dijo Villa.

—¿Le ha pasado algo?

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Vaya por Dios, pero ¿qué ha pasado?

—No se lo podemos contar.

—Lo comprendo —Señaló las sillas frente a su mesa de cristal—. Tomen asiento, por favor.

—¿De qué conoce a Joaquín Ferrer? —preguntó la inspectora.

—Es amigo de mi marido, Juan Carlos. Comparten aficiones deportivas. De vez en cuando, solemos cenar junto a su esposa.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Benítez alzó la vista y resopló.

—No lo sé, la verdad. ¿Un mes? Sí, más o menos. Cenamos en su casa, una velada muy agradable.

—¿Le notó extraño?

—¿Cómo «extraño»?

—Algún comportamiento fuera de lo normal, nervioso.

—No, todo bien.

—Así que se ven de vez en cuando, y se lo pasan bien. Lo que viene siendo una amistad sólida —dijo Font.

—Sí, en efecto.

—¿Tienen negocios personales juntos?

—No, ninguno.

—Qué raro —dijo Villa, con tono inocente—. Según nos consta su empresa vigila el almacén del matrimonio Ferrer que tienen en San Fernando de Hares.

Benítez se quedó rígida por un instante.

—Ah, eso —dijo, como cayendo en la cuenta—. No es un negocio, es un pequeño favor personal que les hago. Solo comprobar que su inmueble se encuentra seguro. No les cobro nada.

—¿Desde cuándo le viene haciendo ese *favor*? —preguntó Font.

—Tres o cuatro años, si no recuerdo mal.

—¿Es amiga de más funcionarios del Ayuntamiento? —preguntó Villa.

Benítez se sumergió en un revelador silencio.

—Pero ¿eso es importante?

—¿Qué más le da? —replicó Villa—. Usted conteste y lo demás es cosa nuestra.

Benítez echó la cabeza hacia atrás. No estaba acostumbrada a que le hablaran de esa manera tan brusca.

—Pues no, no conozco a nadie más.

La empresaria carraspeó.

—Perdonen, no es por nada, pero tengo una reunión ya mismo. ¿Qué más necesitan?

—Nada más —dijo Villa—. Muy amable por su tiempo.

—Les diré que les acompañen a la salida —dijo Benítez, cogiendo el teléfono fijo.

—No se moleste, conocemos el camino —dijo Villa.

—Como quieran.

Benítez se levantó y les estrechó la mano.

—Para cualquier cosa, estoy por aquí —les dijo sonriendo.

Los policías salieron del despacho, y recorrieron el camino de vuelta en completo silencio. Cada uno sumergido en sus pensamientos. Solo cuando subieron al coche sintieron que podía hablar con libertad.

—Esa mujer está pringada hasta las cejas —dijo Font.

—Estoy de acuerdo, pero lo que hay que hacer es vincularla con Isabel y el psicópata del soplete.

—¿Cómo?

—Voy a pedirle a Álvarez que solicite un seguimiento a Benítez. Tenemos que saber con quién se relaciona a partir de hoy.

19

En la Jefatura, Villa entró en su correo electrónico. Por fin, le habían enviado el informe de la huella de neumáticos que encontraron en los aledaños de la nave industrial abandonada.

Modelo del vehículo: Mercedes Benz Clase C. No pertenecía a Isabel, ya que el de sus padres era un Ford Fiesta, ahora calcinado.

Resultaba una de esas pistas que intuyó que sería de utilidad en el futuro. Ahora poco podrían hacer con esa información, puesto que existirían unos cinco mil de ese modelo matriculados en Madrid. Con los escasos recursos de los que disponían, era imposible investigarlos a todos.

Villa se levantó de su puesto y fue a hablar con Álvarez.

—¿Algo sobre Ferrer? —preguntó Villa.

—De momento, nada. Sigue en busca y captura.

—Jefe, hay que poner un seguimiento a Mónica Benítez.

—¿Quién es?

Villa le detalló las sospechas que se cernían sobre ella, sus vínculos con Ferrer, así como su visita a su empresa.

—No es suficiente lo que tenemos.

—Ella está metida en el ajo. Sus conexiones con Ferrer son evidentes, y van más allá de jugar al golf.

—Si nos descubre, cortará toda comunicación con la red de corrupción.

—Hemos agitado el avispero, ahora hay que ver qué ocurre.

—Averiguadlo de otra manera. No quiero que Benítez se escape por precipitarnos.

Villa se pellizcó el labio inferior, conteniendo su frustración. Las pistas apuntaban a Benítez, y ahora Álvarez les cortaba las alas.

—Siempre estás poniendo pegas.

—Yo estoy del lado del Cuerpo Nacional de Policía. No del tuyo, deberías saberlo —dijo, fulminándola con la mirada—. Ahora, dejadme trabajar. Tengo muchas cosas que hacer.

Teresa volvió a su puesto y se concentró en las tareas pendientes. Averiguar la identidad de la pareja de la fotografía en la que aparecían Ferrer y Benítez, acompañados de sus parejas. Por suerte, le bastó consultar la imagen en fuentes abiertas para obtener los nombres y apellidos.

El hombre era Alfonso Ruiz Serna. Teresa rastreó las redes sociales de Alfonso y su esposa para averiguar su estilo de vida. Descubrió que habían disfrutado de un viaje a Cancún por todo lo alto no hacía mucho. En una fotografía aparecían sonrientes posando con dos copas de champán.

En otra, aparecían con sus cuatro hijos. Sería interesante descubrir si el dinero del viaje había salido directo de su cuenta bancaria.

Alfonso Ruiz era un abogado licenciado en una universidad privada, y con un máster en derecho mercantil. Sus primeros pasos laborales los había dado en un despacho de prestigio donde desempeñó la mayor parte de su carrera, hasta que la abandonó hacía diez años para fundar su propio despacho, Ruiz Abogados.

Una trayectoria discreta pero eficaz. Necesitamos hablar con Ruiz, ver cuál es su papel en la trama, pensó Villa.

Se levantó y se dirigió al tablón. Quería comprobar si las iniciales de Alfonso Ruiz Serna, ARS, correspondían con alguna anotación de la agenda que hubieran pasado por alto.

No encontró las iniciales, por lo que supuso que Isabel ignoraba la identidad del abogado.

Dejó de lado la agenda, y se decidió a probar fortuna entre el material requisado a Ferrer. Quizá ahí encontraría un vínculo entre Ruiz y él. Se fue a otra sala dentro de la misma planta, donde habían

guardado todo lo confiscado al concejal de urbanismo. Cajas y cajas de documentos.

¿Dónde se había metido Font? Le necesitaba para no tardar cien años buscando una pista. Estaba a punto de llamarle al móvil, cuando apareció por la puerta.

—Jose Espinosa, el compañero de Isabel de La Época —dijo Font —, quiere hablar con nosotros.

—¿Dónde estabas?

—En la cafetería, charlando con un viejo conocido de Barcelona que está de visita. Me lo he encontrado de casualidad. Le han llamado los del Grupo 3 por un caso. Nos hemos puesto hablar de los viejos tiempos en Seguridad. No veas…

—Vale, vale —interrumpió Villa—. Tampoco hace falta que me sueltes el *briefing* entero.

—Tú me has preguntado. ¿Hablamos entonces con el periodista?

—¿Está aquí?

—Sí, he dicho abajo que le dejen pasar. Está subiendo ahora mismo.

Villa miró la ingente cantidad de documentos y suspiró. Su búsqueda tendría que esperar. Los dos policías esperaron a Espinosa en la puerta de la sala de interrogatorios. ¿Para qué querría verles esta vez?

—Por cierto, Álvarez ha negado el seguimiento a Benítez por falta de pruebas —le dijo a Font.

—No me jodas. Qué raro, ¿no?

Villa se encogió de hombros. Ya no sabía qué pensar sobre la actitud del jefe. Cuando vieron aparecer a Espinosa, el periodista sonreía.

—¿Han avanzado en el caso? —les preguntó, ya en la sala.

—No podemos compartir los detalles de la investigación —dijo Villa—. Ya lo sabes.

—Era nuestra compañera, y estaba detrás de un caso importante que os puede traer mucha repercusión —dijo Espinosa, dando a entender que la policía se beneficiaría del prestigio de llevar a los culpables ante la justicia—. Estaría bien compartir algún dato. Por supuesto, *off the record*.

—¿Qué es lo que quieres, Espinosa? —espetó Font.

El periodista se ajustó las gafas y se dirigió a Villa, ignorando a Font.

—Después de hablar con vosotros, me puse a darle vueltas al asunto, por si recordaba algo, un detalle por pequeño que sea, que pudiera ser importante. Esta mañana, al despertarme, me acordé de una cosa. Isabel me contó que un policía fue a su casa para hacerle preguntas, sobre la denuncia que puso por la amenaza que recibió por teléfono.

Villa arrugó el entrecejo.

—Esa visita no consta en el expediente —dijo, mirando a su compañero.

—Es verdad —ratificó Font.

—Eso fue lo que me contó. Que fue un policía a su casa y le preguntó si sospechaba de alguien, y cosas así.

—¿Qué respondió ella?

—Supongo que no dijo nada sobre su investigación, o diría lo mínimo. La verdad es que no lo sé. No lo recuerdo con exactitud.

—Tampoco te dijo el nombre del agente.

—No.

Villa se preguntó por las razones por las que un agente en su reporte no incluiría la visita. Probablemente, un descuido a la hora de volcar la información en el sistema. O un fallo del sistema. La informática no es infalible. De todas formas, el dato de Espinosa no cambiaba el curso de la investigación.

—¿Algo más? —preguntó Font a Espinosa.

—Vamos a publicar un reportaje sobre la muerte de Isabel y sus circunstancias.

Font resopló.

—Qué pésima idea, Jose —dijo Villa—. ¿Cuándo?

—En unos días.

—Nos vais a joder la investigación —soltó Font.

—No necesitamos vuestra aprobación. En este país hay libertad de prensa.

—¿Hay algo más que nos quieras decir?

—No.

—Pues se acabó la reunión—dijo Villa, dando una palmada sobre la mesa.

El periodista se levantó, se despidió con frialdad y salió de la sala. Font y Villa intercambiaron una mirada.

—¿Qué hacemos con lo que nos ha dicho? —preguntó Font.

Villa respiró hondo. De repente, se sintió desbordada. El caso se complicaba cada vez más. Primero, la muerte de Isabel. Después, desaparece Ferrer y surge un nuevo nombre: Alfonso Ruiz. Además de los obstáculos de Álvarez y la presión mediática que se avecinaba.

Y por si todo esto fuera poco, estaban sus cuentas pendientes con el psicópata del soplete. Su amenaza a través de Chari.

¿Cómo voy a salir de todo esto?, pensó.

20

Villa se frotó los cansados ojos y consultó su reloj: las cuatro y media de la tarde. Llevaban casi dos horas revisando la documentación de Ferrer y apenas habían avanzado. La sala parecía un trastero: siete cajas grandes de cartón, tres carpetas y un par de discos duros.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —se quejó Font, cerrando otra carpeta de mala gana—. ¿Estás segura de que encontraremos algo sobre Ruiz aquí?

Villa apoyó la espalda sobre el respaldo de la silla.

—La fotografía demuestra que se conocen Ferrer y él. Si Ruiz es abogado y aparece con Ferrer en eventos sociales, tiene que haber alguna conexión profesional.

Font se levantó para estirar las piernas, agarrotadas de tanto tiempo sentado.

—Hemos revisado contratos municipales, actas de plenos, documentos personales... y nada.

—Voy a por otra caja —dijo Villa.

—Espera, yo voy por la caja. Examina tú el disco duro, por si a mí se me ha pasado algo.

—Vale.

Durante los siguientes minutos, el silencio se instaló solo interrumpido por el sonido del teclado del portátil y el paso de las páginas.

—Creo que tengo algo —dijo Villa.

Font, expectante, levantó la mirada.

—Un poder notarial para gestionar cuentas en el extranjero. Está en inglés.

—¿A nombre de quién?

—De una sociedad llamada Inversiones Secadero.

—Inversiones Secadero… —repitió Font, mientras dejaba de lado su montón de papeles y cogía su portátil—. No tiene que costar mucho saber quién es el administrador.

Al cabo de rato, Font averiguó el dato.

—Se llama Clara Olmo.

—¿Clara Olmo? ¿De qué me suena ese nombre?

Villa consultó las notas de su móvil sobre la fotografía de la boda.

—Es la esposa de Alfonso Ruiz —dijo ella.

—Bien, otro vínculo más con Ferrer, y quizá también con Mónica Benítez.

—Tenemos suficiente para justificar hablar con él. Solo tenemos que saber dónde está.

Font ojeó la cuenta de Instagram de Alfonso Ruiz. En la última fotografía que había subido se veía un campo de golf.

—Está en el club de golf de La Moraleja.

—En marcha.

Club de golf de La Moraleja. Hora: 17:22. Paisaje de un verde resplandeciente. Bellos lagos artificiales. Calma de lujo. Villa y Font aparcaron frente a la sede que dominaba el reino del lucimiento.

En la recepción, se identificaron y pidieron hablar con Alfonso Ruiz. El recepcionista les informó de que estaba tomando unas copas en el bar. Él mismo les guio.

Los policías llamaron la atención de algunos clientes por su atuendo informal, que contrastaba con su armoniosa ropa de marca.

—Esperen aquí, por favor —pidió el recepcionista en el umbral—. Voy a avisarle.

Que los policías se presentaran en el club y no en el despacho o domicilio del abogado, era un movimiento estratégico para

presionarle, dejar en evidencia a Alfonso Ruiz delante de amigos y socios.

Vieron cómo el recepcionista se acercó a una mesa de cinco personas. Se inclinó sobre un hombre de pelo gris y que vestía un polo de color rosa. Le susurró algo al oído. Alfonso Ruiz miró a los policías con cara de desconcierto.

El abogado sonrió nervioso a sus acompañantes, que también repararon en los policías. Se levantó y cruzó el bar con una mano sobre el pecho.

—¿Qué desean? —preguntó con voz baja.

—¿Alfonso Ruiz?

—Sí, soy yo.

—Soy la inspectora Villa y él el agente Font. Acompáñenos, queremos hacerle unas preguntas en la Jefatura.

—¿A mí? ¿En relación con qué?

—Se lo diremos en la Jefatura —respondió Villa.

Alfonso Ruiz echó la vista atrás. Sentía la presión de las curiosas miradas de su amigos.

—Está bien, está bien —aceptó a regañadientes—. Pero déjenme que me despida.

—Dese prisa.

Ruiz asintió y volvió a la mesa, donde intentó mostrarse despreocupado. Se despidió con una sonrisa simulada. Regresó con los policías y los tres salieron del bar.

21

En la sala de interrogatorios de la Jefatura, Alfonso Ruiz se pasaba una y otra vez la mano sobre su cabello gris. Villa y Font estaban sentados frente a él, cada uno con su portátil.

—Queremos hacerle unas preguntas sobre su relación con Joaquín Ferrer —dijo Villa.

El abogado asintió con la cabeza.

—¿Sabe que está desaparecido? —preguntó Villa.

—Hace un par de días me llamó Susana, su mujer, para preguntarme si sabía dónde estaba Joaquín. Pero les digo a ustedes lo mismo que le dije a ella. No tengo ni idea de dónde está. Se lo podía haber dicho en el club.

—¿Dónde se conocieron Ferrer y usted? —preguntó Font.

—Somos amigos del colegio, desde que teníamos unos trece o catorce años. Nuestras esposas también son amigas.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Inspiró aire por la nariz y lo dejó escapar con calma.

—Hará unas dos semanas en el club. Jugamos un par de hoyos, tomamos un aperitivo y cada uno a su casa.

—¿Qué sabe usted del trabajo de Ferrer y sus negocios?

—Que le va muy bien y está contento siendo concejal. Cuando nos vemos, no hablamos de trabajo sino de la familia y esas cosas.

—¿Y con Mónica Benítez, de qué suele hablar? —preguntó Villa.

Sorprendido, Ruiz se removió en su asiento.

—¿Pero esto no iba sobre Joaquín?

—Va de lo que nosotros queramos —espetó Villa—, que es investigar un asesinato.

—¿Cómo? ¿Un asesinato? ¿De quién?

—Una periodista llamada Isabel Lanzas.

Desde su portátil, Font le enseñó una imagen de la autopsia en la que aparecía el cadáver quemado de Isabel, tendido sobre el suelo de la nave industrial.

—No quiero hablar más. Conozco mis derechos, soy abogado —dijo Ruiz, apartando la mirada.

—Muy bien, si es lo que quiere pero no está detenido —Villa señaló el montón de documentos que había sobre la mesa—. Alfonso, la cosa es muy simple. Tenemos información que le vincula a usted con Ferrer a través de la empresa Inversiones Secadero. Usted es su testaferro y usa el nombre de su esposa, Clara Olmos.

—Eso no es un delito.

—Sí lo es si se pretende cubrir un delito —replicó Villa.

—No es mi caso.

—¿Sabe su esposa que ella es la testaferro de Ferrer? —preguntó Font.

Ruiz se quedó callado. Villa le mostró la hoja donde había impreso el poder notarial.

—Con esto tenemos indicios suficientes para registrar su casa y el despacho de arriba a abajo —dijo Villa—. En cuanto salga por esa puerta hablaremos con la jueza. Vamos a encontrar lo que sea que ha escondido, no solo dinero, sino documentos que le vinculen a Ferrer y Benítez. Congelaremos sus cuentas. Su vida y la de su familia van a cambiar de arriba a abajo. Se verá expuesto. ¿Es eso lo que quiere?

La cara del abogado era cada vez más pálida.

—Ayúdenos y le ayudaremos —dijo Font.

Ruiz se pellizcó el labio inferior. Los policías esperaron en silencio su respuesta.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó al fin, cabizbajo.

Villa se inclinó sobre la mesa.

—¿Dónde está Ferrer?

—Si se lo digo, ¿me dejarán en paz a mí y a mi familia?

—De momento, sí.

Ruiz se tomó un instante para reflexionar. Villa pensó que la máxima preocupación del abogado era que su magnífica fachada no se derrumbara delante de los demás.

—En Cádiz, en un chalé de Sotogrande.

Font deslizó una hoja en blanco y un bolígrafo sobre la mesa para que Ruiz escribiera la dirección.

—¿De quién es ese chalé? —preguntó Villa.

—De Mónica Benítez.

—¿Cuándo vio de verdad a Ferrer por última vez? —preguntó Font.

Ruiz se aclaró la garganta.

—El jueves por la noche se presentó en mi casa, muy nervioso, para pedirme las llaves del chalé. Me dijo que necesitaba urgentemente marcharse por unos días. Le pregunté por qué, qué cojones pasaba, me dijo que ya me lo contaría, y que no dijera a nadie dónde estaba. Le di las llaves y se fue.

—¿Él no tenía las llaves?

—No, habíamos firmado la escritura hacía unas pocas semanas.

—Cuéntenos qué hacía para Ferrer.

—Yo solo firmaba propiedades o cuentas bancarias como representante legal de la empresa.

—¿De dónde venía el dinero?

—Eso no lo sé.

—Algo tiene que saber.

—Sabiendo que Joaquín es concejal de Urbanismo puedo intuir de dónde saca el dinero, pero cuando nos veíamos de eso no hablábamos. Yo tampoco quería indagar demasiado.

—Solo recibir su tajada y callar, ¿verdad? —soltó Font.

—Sí, la verdad —admitió Ruiz—. Como si fuera el primero en hacerlo…

—¿Y de Benítez qué nos puede decir? —preguntó Villa.

—Ella y Ferrer son amigos desde hace tiempo. A Mónica siempre le ha convenido llevarse bien con él. Le hacía favores, regalos y supongo que mucho más, pero de eso no sé nada.

—Hemos visto el pliego de condiciones para la licitación de los contratos municipales de las grúas —dijo Font—. Están hechos a medida para una gran empresa como Magna Security.

—Me imagino que no se extrañarán.

—¿Las iniciales AGM le suenan de algo? —preguntó Villa.

Ruiz frunció los labios, pensativo.

—No, para nada.

Unos minutos más tarde, dejaron que Ruiz se marchara con la prohibición de que se fuera de la ciudad. Villa y Font se dirigieron al despacho de Álvarez para informar de que iban a iniciar el trámite para registrar el chalé de Sotogrande. ¿Seguiría Ferrer allí?

22

A LAS 4:07 de la madrugada, dos vehículos policiales procedentes de Madrid entraron discretamente en la urbanización La Perla, en Sotogrande, Cádiz. Se trataba de un coche patrulla camuflado y un furgón de los GEO.

Con los faros apagados, se acercaron a uno de los chalés al borde de la playa. En medio de la penumbra, detuvieron los motores a unos cien metros. El ambiente era de pura calma. Solo se oía el rumor de las olas.

Dentro del coche, Villa y Font contemplaron el chalé donde se escondía Joaquín Ferrer. Un muro de unos tres metros rodeaba la propiedad. No se veía luz en el interior de la casa.

—¿Quieres apostar veinte euros a que nuestro querido concejal no está solo? —Susurró Font.

Villa le miró, medio indignada.

—Déjate de apuestas, no estás en un casino.

—Gallina… —soltó por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Se dirigieron al furgón, donde les esperaba el comando con Manuel Campaña a la cabeza. Un hombre con el que Villa había trabajado en el caso de Abebi. Campaña y los suyos habían descubierto dos años atrás el cadáver quemado de Salvador Ortega.

—Tú ya sabes cómo funcionamos —le dijo a Villa.

—Explícaselo a Font.

El plan era sencillo. Los GEO irrumpirían en el chalé, reducirían a Ferrer y avisarían a los dos policías para que accedieran a la casa.

Villa y Font se quedaron en la parte de atrás del furgón. Font recibió un mensaje de texto al móvil.

—Mi colega de San Sebastián me ha contestado.

—¿Qué te ha dicho?

—Me pasa un contacto, Imran Malik, un paquistaní. Tiene un locutorio en Lavapiés. Dice que está bien enterado de cómo funcionan las mafias de los teléfonos de los prepagos.

—Habrá que hacerle una visita. Si conoce el mundillo, no perdemos nada por preguntarle si sabe quién está detrás de Amir Faras.

—Le debo una buena comida a mi colega.

A través de la ventanilla enrejada, observaron actuar a los GEO. Todo sucedió en cuestión de un par de minutos. Los golpes del ariete en la puerta resonaron en la noche. Después, los pasos apresurados cruzando el jardín. De nuevo, el uso del ariete sin contemplaciones. La segunda puerta también se abrió de par en par. Sonó una alarma pero ya estaban dentro. En la planta de arriba, el resplandor de las linternas moviéndose de un lado a otro.

Por radio, Campaña les dio la mala noticia.

—La casa está vacía. Repito, la casa está vacía.

—Mierda —susurró Villa.

Los dos policías intercambiaron una mirada de resignación. ¿Habrían avisado a Ferrer o nunca había estado ahí?

Bajaron del furgón y se encaminaron hacia la casa, cada uno centrado en sus pensamientos. La alarma ya había dejado de sonar, y el silencio volvía a reinar en la noche.

—Hay restos de comida en la cocina —les dijo Campaña en el vestíbulo.

—¿Algo más, Manuel?

—A simple vista, no.

Con las luces de la casa encendidas, Villa y Font, cada uno por su lado, llevaron a cabo una inspección visual. Villa fue a la cocina. Encontró en la basura el envase de cartón de unas hamburguesas precocinadas, un yogur vacío, cáscaras de plátano y manzanas

podridas. En la nevera, había un refresco de cola y más yogures. Sí, sin duda alguien había estado viviendo en esa casa.

Font regresó con algo en la mano.

—Mira, Teresa. Estaba en el salón —le dijo Villa mostrando el llavero de un Mercedes—. Me apuesto lo que quieras a que es del coche de las huellas que encontramos en la nave industrial donde mataron a Isabel.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Villa.

—En el garaje —respondió Campaña.

Villa y Font fueron para allá. Al encender la luz parpadeante del techo, vieron que el coche estaba en perfectas condiciones.

—El modelo es el mismo: un Coupé Clase C —dijo Font.

—Esto confirma que Ferrer estuvo en la escena del crimen —dijo Villa—. Tiene que conocer por fuerza al psicópata del soplete. Tiene que saber su nombre, apellidos y dónde localizarlo.

—Pero ¿dónde se ha metido? Se escabulle como una serpiente de cascabel.

—Como si supiera que veníamos a por él.

—¿Qué insinúas?

—Nada.

Registraron el coche de arriba abajo. Solo encontraron un paquete de pañuelos, que guardaron y precintaron en una bolsa. Quizá hubiese rastro de ADN y con suerte de Ferrer. Cuanto más pruebas recabaran relacionando a Ferrer e Isabel, más cerca estarían de resolver el caso.

Por último, en la guantera, encontraron los documentos del coche, y anotaron el número de bastidor para averiguar su procedencia.

—Ferrer supo que Isabel era un peligro —le dijo Font a Villa, camino al coche—, así que la citó haciéndola creer que confesaría algo de la trama de corrupción, pero en realidad quería que el del soplete la matara.

—El del soplete no es solo un sicario, Font. Igual que en el caso Abebi, es el que maneja los hilos.

23

Álvarez entró en la oficina y lanzó el periódico al aire. Voló unos metros formando una parábola y aterrizó en el suelo con un ruido seco, entre las mesas de Villa y Font. Los dos policías, turnándose al volante, apenas habían dormido unas horas en el coche de vuelta a Madrid.

—Ahí lo tenéis —dijo Álvarez con desprecio—. Por si queréis echarle un vistazo al artículo de La Época sobre Isabel.

Se metió en su despacho con un portazo. Villa y Font intercambiaron una mirada de indignación.

Siguieron con lo suyo, preparando el encuentro con Mónica Benítez. Habían confirmado lo que el abogado Alfonso Ruiz les había revelado, que el chalé de Sotogrande pertenecía a una de las empresas de Benítez. Lo que significaba un indicio más de su vínculo con Ferrer.

Font fue quien cogió el periódico del suelo. Lo desdobló y leyó la noticia donde se informaba de la muerte de la periodista. Estaba encabezado por una fotografía de Isabel que no había visto antes. Miraba sonriente a la cámara de medio perfil. Reconoció al fondo la redacción de La Época.

Se detallaban las extrañas circunstancias de su muerte. Además daba a entender que el motivo del crimen era el reportaje que llevaba sobre la corrupción en el Ayuntamiento de Madrid.

Los padres, Carmen y Alberto, hablaban sobre el carácter de Isabel. Su entrega y vocación desde pequeña, cuando en un

cuaderno entrevistaba a compañeros de clase. Nadie de su entorno familiar se extrañó cuando se graduó con honores en Periodismo. Después cursó un máster privado y enseguida encontró empleo como becaria en La Época.

Al final de la noticia, leyó cómo Espinosa dejaba en mal lugar a la policía. Les acusaba de ineficiencia, ya que después de tres días aún no se había producido ninguna detención. Además, según fuentes internas, no existía una línea clara de investigación.

—Joder, menudo capullo este Espinosa —dijo Font—. ¿Quieres leerlo?

—No —respondió ella, sin levantar la vista del portátil.

Font descolgó el teléfono fijo.

—Voy a llamar a los padres de Isabel.

—Bien pensado.

Font habló con Alberto. Se disculpó por la tardanza en contactar con ellos. Les explicó que andaban sobre la pista de Joaquín Ferrer y su círculo de amistades. A pesar de que la conversación fue breve, Villa comprobó que su compañero fue capaz de transmitir confianza y empatía.

Unos minutos más tarde, Villa llamó a Mónica Benítez para requerirle que se presentara en la Jefatura hoy mismo para ser interrogada.

—¿Sobre qué asunto? —preguntó Benítez.

—Su relación con Joaquín Ferrer.

—¿De qué se me acusa?

—Esta es solo una llamada para citarla. Hoy a las cinco de la tarde.

—Allí estaré con mi abogado.

Villa colgó.

—¿Y bien? —le preguntó Font.

—Está nerviosa.

Villa se levantó y se acercó al tablón donde se exponía la información del caso. Añadió las fotos de los pañuelos encontrados en el coche, y la del coche mismo, el Mercedes Coupé. Habían confirmado que estaba a nombre del concejal.

Solo quedaba pendiente el análisis del ADN encontrado en los pañuelos y en los restos de comida. Villa dedujo que pertenecerían a Ferrer.

Bajo la foto de Chari, estaba el nombre de Amir Faras. El nombre a quien estaba la línea que ella usaba hacía dos años. Consultó el reloj. Le pareció el momento idóneo para indagar en la pista que el colega de Font le había pasado.

El locutorio «Mabad» estaba ubicado en una calle estrecha de Lavapiés, muy cerca de la parada de metro que da nombre a la barriada. En el escaparate, se anunciaban llamadas baratas a Marruecos, Pakistán y Senegal. Cuando Villa y Font empujaron la puerta, se oyó una campanilla.

Un hombre de unos treinta años atendía a una mujer vestida con una túnica. En las paredes, colgaban anuncios de habitaciones compartidas. Los policías esperaron hasta que la mujer terminó su gestión. El sonriente hombre la despidió en árabe.

—Buenos días —dijo Villa, mostrando la placa—. Inspectora Villa, Policía Nacional. Buscamos a Imran Malik.

El hombre, de complexión fuerte y con una barba descuidada, les miró con recelo.

—Soy yo.

—¿Eres el dueño del negocio? —le preguntó Font.

—Sí, señor.

—¿Desde hace cuánto?

—Nueve años.

Font se giró hacia Villa y asintió levemente. Él debía de ser el contacto al que se refería su colega de San Sebastián.

—Venimos solo de visita, Imran —dijo Font, para evitar tensión.

—Vale.

—Nos han dicho que eres el hombre al que acudir cuando se necesita información sobre tarjetas prepago con altas falsas.

—Le han informado mal.

—Solo será un minuto —dijo Villa, mirándole fijamente—. No venimos a por ti, ¿entendido?

—Sí.

—Queremos pedirte un favor. Si lo haces, estaremos en deuda contigo. Si no nos ayudas, no pasa nada, nos iremos tranquilamente. Pero perderás la oportunidad de tener un as bajo la manga cuando lo necesites.

Imran se pellizcó el labio inferior. Miraba a uno y otro como si quisiera leer sus mentes.

—¿Qué quieren saber? —preguntó.

—Estamos buscando información sobre alguien que ha usado el nombre de Amir Faras, hace ya tiempo, un par de años.

Malik negó con la cabeza.

—No me suena.

—Pero sabemos que conoces a gente que sí le puede sonar —dijo Font—. Pregunta por ahí.

—Amir Faras… —repitió el joven para sí mismo.

—Correcto —dijo Villa, dejando su tarjeta de visita sobre la mesa, que Malik cogió y leyó con interés—. Llámanos cuando tengas algo, por insignificante que sea.

Malik abrió un cajón del mostrador y la guardó.

—No prometo nada.

Font le guiñó un ojo.

—Está bien, solo inténtalo.

La campanilla sonó. Los policías se giraron hacia la puerta. Un hombre mayor con un gran bigote entraba saludando en árabe. Se despidieron de Malik y salieron del locutorio. El ambiente en la calle estaba cargado de humedad, se avecinaba lluvia.

—Espero que no haya sido una pérdida de tiempo —dijo Villa.

24

Mónica Benítez cruzó las manos sobre la mesa de interrogatorios. Brillaban sus uñas esmaltadas. Junto a ella se encontraba su abogado. Un hombre de unos treinta y pocos años. Lucía una corbata morada y una chaqueta de pana. Benítez lanzó una mirada desafiante a Villa y Font.

—Con la información que tenemos —dijo Villa, clavando la mirada en la empresaria—, podemos acusarla ahora mismo de obstrucción a la justicia, y prestar ayuda para la evasión de un sospechoso en busca y captura.

—Dígannos qué es lo quieren —dijo el abogado.

—Queremos que nos diga dónde se encuentra Joaquín Ferrer —preguntó Villa.

—Lo ignoro por completo —dijo Benítez.

El móvil de Villa vibró sobre la mesa. Le dio la vuelta.

—¿Cómo justifica que Ferrer tuviera las llaves de una casa de su propiedad?

Villa sabía que se las había entregado su testaferro, Alfonso Ruiz, pero no quiso desvelar su nombre, ya que había colaborado facilitando la dirección del chalé.

—No lo recuerdo.

—Queremos que explique cómo se producían los pagos a Ferrer para obtener la concesión de las licencias, con el fin de explotar los servicios de retirada de vehículos.

—Mi clienta niega todos los hechos —dijo el abogado, mientras Benítez miraba hacia otro lado.

—Su empresa de grúas solo genera ingresos por esos contratos municipales —dijo Font—. ¿Se da cuenta de lo que sospechoso que es?

—No se ha cometido ningún delito —dijo el abogado.

—La amistad con Ferrer es la que ha logrado jugosos contratos con el Ayuntamiento —dijo Villa.

—Todo es legal —dijo el abogado.

El móvil de Villa seguía vibrando sobre la mesa.

—Le estamos dando una oportunidad para que colabore antes de que sea demasiado tarde. Le recuerdo que esto es una investigación por asesinato. Usted es cómplice de un crimen.

—No tiene manera de probar esa afirmación —intervino el abogado—. Le aconsejo que vaya con cuidado porque si no, no dudaremos en denunciarla a usted y su compañero. Ya es la segunda vez que la interrogan.

—Haga lo que crea conveniente —replicó Villa con indiferencia.

—¿Alguna pregunta más? —intervino el abogado.

—¿Quiere colaborar antes de que sea demasiado tarde? —dijo Villa con la vista clavada en Benítez—. No habrá otra oportunidad. Tenemos pruebas que revelan su enriquecimiento ilícito a costa del Ayuntamiento.

Benítez miró a su abogado.

—Hemos terminado —dijo Villa, levantándose de golpe.

La empresaria y su abogado se marcharon de la sala. Villa respiró hondo y Font se quedó con la espalda apoyada en la pared. Los dos se miraron y, resignados por la derrota, negaron con la cabeza.

—La gente que lo tiene todo se cree con el derecho a pasar por encima de la gente —dijo Font, con la cara sombría—. Viven en su burbuja de mierda.

—Está aterrorizada.

—¿Quién, Benítez?

—Sí.

—A mí me parece que es un témpano de hielo.

—Pongámonos en su cabeza: soborna a Ferrer para conseguir los contratos de las grúas, pero de repente asesinan a una periodista que investigaba el amaño. Se arriesga a acabar en la cárcel por corrupción y cómplice de asesinato. Una mujer con una fachada social implacable, triunfadora… No, no me trago que esté tranquila. Todo su *imperio* está a punto de derrumbarse. Tiene miedo.

—Puede ser, sí.

Villa empezó a deambular por la sala, mientras dejaba a su mente que fuera asociando ideas.

—Además, Benítez me recuerda a Chari. Las dos mujeres con poder, cada una a su manera y en su contexto. Las dos conocen al psicópata del soplete y, lo que es peor, son fieles a él. Creo que Chari lo respeta e incluso lo admira, pero Benítez le tiene miedo.

—Pues lo disimula muy bien.

Villa se mantuvo en silencio un instante, y después siguió hablando.

—Benítez está viendo que la situación se le ha escapado de las manos completamente.

—¿Qué hacemos ahora?

Villa estaba a punto de responder, cuando irrumpió Álvarez.

—¿Por qué no coges el móvil? —preguntó a Villa.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Los de Fugitivos han encontrado a Ferrer. Se esconde en un hotel de Sevilla.

25

Al caer la tarde, Villa y Font llegaron en coche a la comisaría de Sevilla Centro. El viaje había sido pesado, aunque la expectativa de tener por fin a Ferrer, lo compensaba.

Nada más entrar, fueron conducidos al despacho del comisario Ángel Flores, donde les esperaba también el inspector Ismael Marín, jefe del departamento de Fugitivos.

—Teresa, cuánto tiempo —saludó Marín con una leve sonrisa, extendiendo la mano.

—Ismael, me alegro de verte —dijo Villa—. Te presento a mi compañero, David Font.

Font y Marín se dieron un apretón de manos. Villa observó que el jefe de Fugitivos tenía un aspecto cansado, y con más canas en su cabello moreno de las que recordaba.

—Bienvenidos a Sevilla —dijo el comisario Flores, un hombre corpulento de unos cincuenta años—. Supongo que estaréis deseosos de interrogar a Ferrer.

—Gracias, comisario —dijo Villa, mientras los cuatro se sentaban alrededor de una mesa de reuniones—. ¿Cómo fue todo?

—Localizamos a Ferrer en un hostal al sur de la ciudad —respondió Marín—. Se había registrado pero sin mostrar el DNI, por eso tuvimos dudas al principio y no os avisamos hasta estar completamente seguros.

—Supongo que no fue sencillo dar con él —comentó Font.

—Vuestra información sobre la casa de Sotogrande fue crucial —explicó Marín—. Establecimos un eje Madrid-Sevilla-Cádiz y nos centramos en las estaciones de tren, aeropuerto y hostelería.

—Ha sido un trabajo minucioso —añadió Flores con orgullo—. El equipo de Marín ha estado varios días picando piedra.

—Preguntamos con mucha discreción y echamos horas de vigilancia. Al final, fue una empleada de limpieza quien nos puso sobre la pista. Comentó que había un huésped con un comportamiento extraño.

—¿Qué tipo de comportamiento? —preguntó Villa, curiosa por saber el estado de ánimo de Ferrer.

—No habían podido cambiar las sábanas ni las toallas en varios días —respondió Marín—. Ferrer apenas salía de su habitación. Tuvimos que usar cámaras en los pasillos para conseguir una fotografía suya en condiciones.

—Me hubiera gustado verle la cara cuando aparecisteis —dijo Font, sonriendo.

—La detención fue sorprendentemente tranquila —dijo Marín, cruzándose de brazos—. Llamamos a la puerta, nos identificamos y nos abrió al momento. No opuso resistencia, incluso pareció aliviado.

—Como si estuviera esperando que lo encontraran —comentó el comisario.

—¿Se vio con alguien durante su estancia? —preguntó Font.

—No que sepamos —contestó Marín, negando con la cabeza—. Eso sí, la habitación estaba hecha una mierda, nos dio la sensación de ser un tipo errático, desorganizado.

—Imagino que no ha dicho nada —dijo Villa.

—Nada relevante —respondió Marín—. Bueno, solo ha pedido un vaso de agua con gas.

El comisario Flores se levantó y se acercó a su escritorio.

—Supongo que querréis trasladarlo a Madrid cuanto antes —dijo, revisando unos papeles—. Ya tenemos lista toda la documentación.

—Lo antes posible —confirmó Villa, poniéndose también de pie—. Tenemos muchas preguntas que hacerle.

Más tarde, en los calabozos, un agente les acompañó a la celda de Ferrer. Durante el camino, Villa recibió la llamada de Científica en

la que confirmaban que las huellas de los neumáticos del Mercedes encontrado en Cádiz, eran las mismas que las halladas cerca de la escena del crimen de Isabel.

Villa y Font se sorprendieron al ver al concejal. El hombre que aparecía en las ruedas de prensa y entrevistas rebosando juventud y éxito, tenía la cara demacrada y una palidez extrema. Llevaba un jersey grueso y un pantalón de chándal, un estilo alejado de sus trajes y camisas de primeras marcas.

—Vaya guerra que nos has dado, Joaquín —dijo Font.

—¿Quiénes sois?

—Somos la inspectora Villa y el agente Font. Estamos investigando el asesinato de Isabel Lanzas.

—Ella estaba investigando el chiringuito que tenías montado con Mónica Benítez —añadió Font.

Sentado en un banco de cemento, Ferrer apretó los labios.

—¿La conocías? —preguntó Font.

—Había oído hablar de ella.

—¿Sabes quién la mató? —preguntó Villa.

—No —respondió, frotándose las manos en los pantalones.

—Su muerte os ha venido de maravilla. Ella estaba a punto de descubrir el pastel, y todos ibais a acabar en la puta cárcel —dijo Font, con los brazos cruzados.

—Sabemos que te viste con Isabel en la nave industrial. Hemos encontrado las huellas de tu Mercedes.

Para sorpresa de los policías, Ferrer rompió a llorar. ¿Se avecinaba una confesión?

—Ayúdanos y te ayudaremos, Joaquín —dijo Villa.

—Quítate el peso de la cabeza y te sentirás mucho mejor —añadió Font.

Ferrer se secó las lágrimas con los dedos. Desvió la mirada hacia la ventana con barrotes que daba a un patio interior. Los últimos rayos del sol del día iluminaban la celda. Hizo un gesto de abatimiento con los brazos y negó con la cabeza. Parecía como si estuviera manteniendo un diálogo interno consigo mismo.

—Buenos días, caballeros —dijo un hombre con acento andaluz, asomándose por la puerta.

Los policías se giraron. Vestía un traje azul y una camisa del mismo color. Sonrió con amabilidad.

—¿Qué quiere? —preguntó Font.

—Me llamo Gonzalo De Miguel. Soy el abogado del Sr. Ferrer.

El concejal pareció el primer sorprendido.

—¿Mi abogado?

De Miguel le entregó un pañuelo de tela para que se secara las lágrimas.

—Así es, Sr. Ferrer. Desde este momento, cualquier pregunta que tengan estos señores primero irá dirigida a mí. Vengo para ayudarle. Está en buenas manos.

Apoyó una mano sobre el hombro de Ferrer, y le dedicó una sonrisa forzada. El concejal le miró con un cierto temor. Asintió con la cabeza, como si entendiera la amenaza que encerraban sus palabras.

—No, quédeselo —dijo De Miguel, cuando Ferrer quiso devolverle el pañuelo. El abogado se volvió hacia los policías—. Necesito hablar con mi cliente a solas. Gracias.

A regañadientes, Villa y Font salieron del calabozo.

—No me jodas, estaba a punto de confesar —se lamentó Font.

—Esta gente está bien informada —dijo Villa—. ¿Quién habrá avisado al abogado? ¿Benítez?

—Por cierto, hay que llamar a la esposa.

—La llamo ahora.

Villa pulsó el contacto de Susana Ferrer en su móvil. Mientras subían las escaleras, los tonos se fueron sucediendo hasta que descolgó.

—Dígame que lo ha encontrado —dijo la Sra. Ferrer, cuando Villa se identificó.

—Lo tenemos, está en Sevilla. Lo vamos a trasladar a Madrid lo antes posible.

—¡Por fin, Dios mío, no puedo creerlo! —exclamó—. ¿Cuándo podré verle?

—De momento solo pueden comunicarse por teléfono. Si él quiere hablar con usted, la llamará.

Después de finalizar la llamada, a Villa le llamó la atención que no le preguntara cómo estaba su marido de salud. Había desaparecido durante cuatro días, un tiempo en el que le hubiera podido pasar cualquier cosa.

Decidió llamar a Álvarez.

—Jefe, ya hemos hablado con Ferrer, aunque solo unos minutos.

—¿Os lo traéis para Madrid?

—Sí.

—¿Ha dicho algo?

—Su abogado no le ha dejado.

—Joder…

Al colgar, se dio cuenta de que Font no estaba con ella. Pensó que se habría ido al baño, así que aprovechó para, en la sala de descanso, conseguir una botella de agua. Pasados unos minutos, al ver que Font no aparecía, le llamó al móvil. No contestó.

—¿Dónde se ha metido?

Algo le impulsó a volver al calabozo. A medida que se fue acercando, empezó a oír el murmullo de una tensa conversación. La puerta estaba entreabierta, al empujarla descubrió a Font agarrando por la ropa a Ferrer, quien cerraba los ojos, asustado.

—Me cago en tus muertos, cabrón —le decía, amenazándole con el puño cerca de su cara—. Vas a hablar porque yo te lo digo. ¿Quién fue, eh?

—¡Font! —exclamó Villa.

Su compañero soltó de mala gana al concejal. Salió del calabozo sin mirar a Villa.

—¿Está bien? —preguntó la inspectora a Ferrer.

En silencio, el concejal se tumbó sobre el banco en posición fetal. Villa interpretó que no deseaba hablar. Con paso apremiante, alcanzó a Font en las escaleras.

—Puedes ahorrarte tu discurso, compañera —dijo él—. Me lo sé de memoria.

Villa miró a un lado y otro para asegurarse que nadie les escuchaba.

—¿Quieres que te expulsen del Cuerpo? ¿Eso es lo que quieres?

—Quiero detener al asesino y que esos corruptos terminen en la cárcel.

—¡Yo también! ¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza?

Font apretó las mandíbulas. Evitaba mirar a Villa.

—¿Algo más? ¿Puedo retirarme, jefa?

—¡Te he hecho una pregunta!

Font se alejó sin decir nada más. Villa se llevó una mano a la frente. No daba crédito a lo sucedido.

26

Era de madrugada cuando Villa y Font entraron en la sala del Grupo 7, en la Jefatura. Iban a informar a Álvarez sobre Ferrer. El inspector-jefe les esperaba en su despacho, impaciente, tomando un sorbo de una bebida energética.

—El juez ha enviado a prisión provisional a Ferrer —informó Villa, dejándose caer en una de las sillas frente al escritorio—. Sin fianza por riesgo de fuga.

Álvarez asintió, satisfecho.

—¿Y qué hay de las pruebas que recogisteis en la casa de Sotogrande?

—El ADN de los restos de comida coincide con el de Ferrer —respondió Font, que permanecía de pie junto a la puerta—. Pero no el de los pañuelos.

—¿De quién puede ser?

Villa se removió incómoda en la silla. Llevaba horas dándole vueltas a una idea.

—Se me ha ocurrido algo —dijo, mirando a Álvarez—. Voy a pedir a Criminalística que comparen ese ADN con el encontrado en la escena del crimen de Salvador Ortega.

—El proxeneta del caso de Abebi —dijo Álvarez.

—Correcto. Podría ser el ADN del asesino del soplete.

—¿Crees que el asesino ayudó a Ferrer a fugarse?

—Es una posibilidad remota —respondió Villa—, pero si coincide, tendríamos una conexión directa entre ambos casos.

Álvarez se frotó los ojos por el cansancio.

—Está bien. Mantenme informado de cualquier resultado —se levantó de su silla—. Por hoy es suficiente. Todos necesitamos descansar.

Villa y Font se dirigieron hacia la puerta. Álvarez recogió su chaqueta y apagó la luz de su despacho.

—Buen trabajo con Ferrer —añadió Álvarez antes de salir—. Al menos tenemos a uno de los implicados entre rejas.

Los tres bajaron juntos hasta la planta baja. En el aparcamiento, Álvarez se despidió con la mano y se dirigió hacia su coche. Villa y Font se quedaron solos.

El silencio entre ellos era incómodo. Villa no había olvidado el comportamiento de Font con Ferrer en Sevilla. Había perdido los estribos y había estado a punto de agredir físicamente al detenido.

—No voy a decir nada a Álvarez sobre lo que pasó con Ferrer —dijo finalmente Villa, mientras caminaban hacia sus respectivos vehículos.

Font se detuvo y la miró con alivio.

—Gracias.

—Pero necesito saber de dónde salió eso, Font —dijo Villa—. No puedo trabajar con alguien que puede perder el control de esa forma en cualquier momento.

Font apretó las mandíbulas. Soplaba un viento helado. La luna apenas se distinguía entre nubes que parecían humo.

—No quiero hablar de eso —murmuró.

—Pues yo creo que deberías —replicó Villa—. Lo que hiciste podría haberte costado el puesto. Además, podrías haber comprometido toda la investigación.

Font respiró hondo como si estuviera conteniéndose.

—Fue un error. No volverá a ocurrir.

Villa lo observó detenidamente. Había algo más ahí, una sombra que Font ocultaba. Podía sentirlo. Pero también sabía que presionarlo ahora, con los dos agotados, no serviría de nada.

—De acuerdo —concedió—. Pero si vuelve a pasar algo similar, no tendré más remedio que reportarlo.

Font asintió en silencio y se dirigió hacia su coche. Villa lo observó alejarse, preguntándose qué escondía su compañero. En sus años en el Cuerpo había visto a muchos policías con problemas personales que acababan afectando a su trabajo. Algunos, los más afortunados, lo superaban.

Sacudió la cabeza y sacó las llaves de su bolsillo. Ya pensaría en ello mañana, después de dormir unas horas. Ahora mismo, lo único que quería era llegar a casa, darse una ducha caliente y olvidarse por un momento del asesino del soplete, de Ferrer y de la mirada perturbadora de Font cuando había agarrado al concejal por la ropa.

Mientras se alejaba de la Jefatura en su coche, Villa se acordó de Isabel. Sentía que en algún momento de la investigación, habían perdido su punto de vista. Isabel no era un número frío de expediente, sino una periodista que anhelaba exponer la verdad. Cayera quien cayera. Y por eso la asesinaron brutalmente.

En la autovía de Toledo, Villa tomó el desvío hacia la nave abandonada donde encontraron el cadáver de Isabel. No había una sólida razón que justificara su presencia allí, solo el deseo de regresar a la escena del crimen por si algo se le había pasado.

Aparcó frente a la entrada. Salió del vehículo y echó un vistazo a su alrededor. Aquello era un páramo. Sus pasos crujieron sobre la tierra cuando se dirigió a la entrada, cuyo precinto policial había desaparecido. Se internó en la penumbra y paseó la mirada por si reconocía algún cambio respecto a su anterior visita. La nave tenía el mismo aspecto siniestro. Un lugar horrible para morir.

Fue hasta el ala opuesta donde se encontró el cadáver. Pisó viejos cartones, ropa quemada, planchas oxidadas de hierro y baldosas rotas.

Villa fue caminando lentamente hasta la escena del crimen. Se imaginó a Isabel llegando en su coche, quizá nerviosa. Seguramente quien la estuviera esperando la atacó enseguida. Necesitaba de ella una información que sabían que no iba a entregar de buenas maneras. Ya la habían amenazado, según su compañero del periódico, pero ella no iba a abandonar la investigación.

¿Qué información necesitaba el asesino del soplete? Con toda probabilidad, el nombre de la persona que le había puesto sobre la

pista del amaño de los contratos municipales. La figura de Ferrer había distraído a Villa de una de las claves.

Sin duda, mediante la tortura se lo habrían arrancado y quizá ahora ese confidente estaría desaparecido o muerto. Si estaba vivo, ¿cómo encontrarlo? Había revisado la agenda de arriba abajo. Todo era un misterio.

Se volvió a compadecer de Isabel. Sus gritos de dolor debieron de resonar en toda la nave. Sin poder evitarlo, volvieron los propios recuerdos de Villa. La irrupción en el aparcamiento, el miedo, la violencia al tirarla al suelo, el pasamontañas, y esa mirada de odio y diversión del psicópata cuando encendió la llama del soplete.

No estaba segura de si evocar todo aquello era bueno para el caso. Por un lado, se obligaba a actuar de manera objetiva con el fin de que las emociones no la desviaran del camino correcto. Sin embargo, su mente no dejaba de exigirle justicia también para ella misma. Y eso le hacía vulnerable. Odiaba sentirse así.

Se puso de cuclillas frente al lugar donde los chicos encontraron el cadáver. ¿Por qué el informante confió en Isabel? ¿Qué vio en ella? Para encontrarlo debía adentrarse en el trabajo de Isabel. Se le ocurrió que el primer paso podría ser leer sus reportajes en La Época.

A su espalda, se oyó un ruido metálico.

Sobresaltada, Villa se incorporó de inmediato llevándose la mano a su pistola.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz firme, desenfundando—. Policía. Identifíquese.

El sonido de pisadas apresuradas resonó en el extremo opuesto de la nave. Villa avanzó con cautela, manteniendo el arma en posición de disparo. La luz de la luna que se filtraba por los ventanales rotos apenas iluminaba la nave.

—¡He dicho que se identifique! —repitió, notando su pulso acelerado.

Recorrió con la mirada el suelo polvoriento hasta detenerse en una figura encogida tras unos escombros. Era un hombre delgado, con barba y llevaba ropa sucia. Levantó las manos temblorosas.

—No dispare, por favor —balbuceó.

—¿Qué hace aquí? Esta zona está acordonada por la policía.

—Solo estoy buscando un sitio para dormir. Vengo aquí, cuando hace frío.

Villa bajó el arma, aunque mantuvo la distancia.

—¿Viene aquí con frecuencia?

El hombre asintió, frotándose los brazos.

—Casi todas las noches —contestó—. ¿Qué pasa? Últimamente viene mucha gente por aquí.

—¿Qué quiere decir?

El hombre dudó antes de responder.

—Vino un tipo anoche y me hizo preguntas.

Villa sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿Qué tipo? ¿Cómo era?

—Normal —respondió, encogiéndose de hombros—. Me preguntó sobre alguien que mataron aquí. Si había visto algo.

—¿Y qué le respondió?

—La verdad, que no vi nada. Esa noche estaba en otro sitio.

Villa guardó el arma.

—¿Le dijo quién era?

—No, pensé que era policía, como usted.

Villa sacó su cartera y extrajo un billete de cincuenta euros.

—Si vuelve a verlo, o si alguien más viene a hacer preguntas, quiero que me llame —le tendió el billete junto con su tarjeta—. Mi número está ahí.

El hombre palpó el billete antes de guardarlo en el pantalón. Se quedó con la tarjeta en la mano.

—Descuide, lo haré.

—Cuídese.

—Igualmente.

Villa se alejó, pensativa. Así que un hombre vino haciendo preguntas sobre el crimen… Podría ser cualquiera.

27

Al día siguiente, Teresa se despertó en la cama de Leo. Después de la visita a la nave industrial, se había ido directa a su piso sin avisarle. Leo vivía en Getafe, en un *loft* abuhardillado de suelos de parqué y vigas de madera.

—Buenos días —susurró él.

Sintió sus labios besando su hombro desnudo.

—Buenos días —dijo Teresa, desperezándose.

Leo buscó su boca y se besaron con pasión. Su mano de pianista acarició sus pechos y lentamente fue bajando por el vientre, por su cicatriz… hasta que llegó a su sexo. Teresa sonrió. Le encantaba que Leo no se cansara de desearla.

—Tengo que marcharme —le dijo.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Me esperan.

—¿Y qué? A mí también.

Teresa se dio la vuelta. Leo se puso encima y se introdujo dentro de ella, que dejó escapar un gemido. Cuando terminaron, se quedaron abrazados.

—Me ha gustado que te presentaras de repente —dijo Leo.

Teresa pensó lo que iba a decirle.

—Sentí el impulso.

—¿Por qué? ¿Te sentías sola?

Volvió a tomarse un instante para responder. Los rayos del sol se filtraban por la persiana, creando una penumbra que envolvía sus

cuerpos.

—Un poco.

—Ven siempre que quieras. Ya lo sabes.

—Lo haré —Le acarició el pecho—. ¿Y tú, te sientes solo?

—A veces, cuando estoy rodeado de gente. Todos van a lo suyo.

—Somos egoístas.

—Bastante.

—No quiero ver el mundo de una manera negativa.

—Pues tienes el trabajo perfecto para ello, cariño.

Teresa sonrió. No le faltaba la razón. ¿Hasta qué punto ser inspectora de homicidios había cambiado su carácter? ¿Se habría vuelto más pesimista, más solitaria, más fría? ¿Qué futuro le esperaba?

A su pesar, Teresa se levantó y se vistió con la ropa del día anterior. Aun sin saber la hora con exactitud, sabía que ya iba con retraso a la Jefatura. Se fue al baño para lavarse la cara y recogerse el cabello con una coleta. Después, se despidió de Leo con un beso en la boca.

—¿No vas a desayunar? —le preguntó él.

—Más tarde picaré algo.

Salió del *loft*, cogió el ascensor y bajó a la calle. Cuando se subió al coche, su hermana la llamó al móvil. Al descolgar, lo primero que oyó fue a Elena soltando una risita nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa.

—¡Vas a ser tía!

—¿Qué? ¿En serio? —exclamó, embargada por una inesperada oleada de emoción—. ¡Eso es maravilloso! ¿De cuánto estás?

—De dos semanas. Quería que vinieras a cenar a casa para ver tu cara al decírtelo, pero estás tan ocupada…

—Ya —admitió Teresa.

—No te preocupes, lo importante es que ya lo sabes. ¿Estás contenta por mí?

—¡Claro que sí! Es una noticia increíble. ¿Lo sabe mamá?

—Sí, y está muy contenta. Ya me está proponiendo nombres para niño y niña. Le digo que ya habrá tiempo para eso, pero no escucha.

—Dale un abrazo a Ramiro de mi parte.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti.

Teresa colgó y respiró hondo. Iba a ser tía. Casi no podía creerlo, una criatura entre sus brazos. Le dio la sensación de que la vida pasaba demasiado deprisa para unos, y para otros iba a paso de tortuga. ¿Cuándo le tocaría a ella?

En media hora llegó a la Jefatura. Contó a Font su visita a la nave industrial, y lo que averiguó gracias al hombre que encontró allí: que hay alguien más investigando.

—¿Por qué fuiste sola a la nave? —le preguntó Font, apoyado sobre el borde de la mesa.

—Fui en busca de inspiración.

—No lo entiendo.

—Se me ocurrió que vamos a leer los reportajes de Isabel. Quizá encontremos alguna pista que nos ayude a saber quién fue su confidente. Isabel era una chica joven, con poca experiencia, ¿por qué alguien iba a confiar en ella? Creo que la respuesta está en su trabajo. El confidente la conocía.

Font asintió.

—¿Qué buscamos en concreto?

—Conocer a fondo los temas sobre los que escribió para el periódico.

Font inclinó la cabeza a un lado. Tenían por delante una tarea ingente.

—¿De cuántos reportajes estamos hablando?

—No lo sé. Empezaremos a leer los que estén en internet.

—Manos a la obra —dijo Font, frotándose las manos—. ¿Quieres un café?

Villa negó con la cabeza. Mientras Font iba por el suyo, ella empezó a buscar en la web del periódico. Encontró un listado de artículos firmados por Isabel Lanzas.

El primer reportaje denunciaba el estado precario de una residencia de ancianos. Relataba la crónica de una visita haciéndose pasar por un familiar. Enumeraba todo aquello que le llamaba la atención: paredes desconchadas, pasillos sucios, ancianos

descuidados y comida escasa. Incluía también testimonios anónimos de familiares y de un empleado.

Los familiares expusieron casos graves de desatención médica, y su impotencia ante la falta de respuesta del director y de la Comunidad de Madrid. Un empleado se quejaba de los dobles turnos, y de los escasos recursos para atender con garantías.

Villa pensó que Isabel llevaba el periodismo en la sangre. No dudó de que la hubiese esperado una carrera relevante. Su manera de denunciar era sutil, sin caer en el amarillismo, dejaba que los hechos hablaran por sí mismos. A pesar de su juventud, daba la impresión de ser una veterana.

El siguiente reportaje estaba fechado una semana después. Abordaba el aumento de los delitos menores en barrios como La Latina o Arganzuela. Hurtos menores, robos en viviendas y *alucinajes* se habían disparado en los últimos meses. Isabel aplicaba el mismo patrón que en su pieza sobre la residencia, primero hablar con los afectados y después con las autoridades.

Una jubilada llamada Esther, que llevaba toda la vida viviendo en Aluche, contaba que había sido víctima de dos tirones de bolso en menos de una semana. Le robaron las llaves y el monedero por segunda vez.

Además de los testimonios de los vecinos, ofrecía estadísticas oficiales que corroboraban el alarmante ascenso de la inseguridad. Así como declaraciones de representantes de asociaciones de vecinos, que exigían soluciones ya.

Pensó que el confidente debía de ser alguien que trabajaba con Ferrer. Sin embargo, ya había estudiado a cada uno de sus colaboradores sin encontrar nada sospechoso.

El móvil de Villa sonó. Al contestar, una voz se identificó como la ayudante de la jueza Pérez.

—El abogado de Joaquín Ferrer nos acaba de comunicar que su cliente ya está listo para ser interrogado.

—¿En qué cárcel está?

—En Soto del Real.

—Bien, le interrogaremos allí.

28

A LAS DIEZ Y CINCO, Villa y Font aparcaron su vehículo en el estacionamiento de la cárcel Soto del Real. Soplaba un viento frío que calaba en los huesos. Al tiempo que caminaban hacia la entrada de las visitas, observaron la estructura de vallas metálicas y altos muros de cuyo entramado emergía una imponente torre.

Se encontraron con una nube de periodistas. Los policías se miraron estupefactos. ¿Irían a agobiarles con preguntas sobre Joaquín Ferrer? Enseguida cayeron en la cuenta de que el motivo de su presencia era otro. Un conocido banquero encarcelado por estafa era el centro de su atención.

Villa y Font se sintieron aliviados y se alejaron. Sin embargo, justo antes de entrar, uno de los periodistas se acercó a ellos. Era Jose Espinosa.

—Qué casualidad —dijo, con un tono amistoso.

—Tenemos prisa —dijo Villa, cortante.

—¿Venís a ver al concejal, eh?

—Corre, que se te escapa —dijo Font, señalando a los periodistas que perseguían al banquero.

—Ya tengo las imágenes que necesitaba —dijo Espinosa, encogiéndose de hombros—. Además, el pobre no va a hacer ningún tipo de declaración. Nunca lo ha hecho.

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó Font.

—*Off the record*, ¿podéis al menos confirmar que venís a hablar con Ferrer?

—No —respondió Villa.

—Si nos dais la exclusiva, en las noticias hablaremos bien de vosotros.

—Pierdes el tiempo, plumilla —espetó Font.

—Que te den —replicó Espinosa—. Prepararemos algo gordo que os estallará en las narices.

—Ten cuidado con lo que haces —advirtió Font.

Villa pensó que iba a atizarle, pero suspiró con discreción cuando vio a su compañero abrir la puerta y desaparecer.

Al cabo de unos minutos, entraron en la sala de visitas. Ya estaban sentados Joaquín Ferrer y su abogado, Gonzalo de Miguel. Se produjo un saludo frío.

Villa estudió la expresión de Ferrer. Parecía más entero que cuando hablaron en la comisaría de Sevilla. Se había afeitado y vestía una chaqueta sobre una camisa limpia, aunque sus ojeras delataban las horas de insomnio.

—¿Cuál fue su relación con Isabel Lanzas?

Ferrer intercambió una mirada con su abogado, quien de una manera muy leve asintió con la cabeza.

—Era una periodista que insistía mucho en reunirse conmigo, pero como me encontraba muy ocupado siempre le decía que no. No sé de qué manera consiguió mi móvil personal, pero mi respuesta fue siempre una negativa rotunda a que nos viésemos. Siento mucho lo que le ha pasado a esa pobre chica, pero yo no la maté.

Villa se fijó en que De Miguel parecía muy complacido por la respuesta de su cliente. Estaba apoyado sobre el respaldo de la silla y, de vez en cuando, miraba fijamente a los policías como si quisiera analizarlos.

—Aparece su nombre en la agenda de Isbel —dijo Villa.

—No es cosa mía lo que ella haya escrito.

—¿Alguien de su departamento se reunió con ella?

—Lo dudo mucho.

—Isabel estaba investigando los contratos del Ayuntamiento con la empresa Magna Security —dijo Font—. Es más, tenía en su poder una auditoría interna en la que se informaba de las irregularidades

en la adjudicación. Una auditoría que nunca salió a la luz. ¿Qué nos puede decir de este tema?

—No sé de qué auditoría está hablando —respondió Ferrer sin dudar—. Yo no me encargaba de esas cosas.

—En ese informe se recogían las irregularidades en la contratación de la empresa Magna Security, de la que es dueña Mónica Benítez, una íntima amiga suya.

—Puedo poner la mano en el fuego por la licitación de esos contratos. Son completamente limpios. Que se les adjudicara a esa empresa fue porque se cumplieron los requisitos.

—¿Y el dinero encontrado en su despacho y en su domicilio?

Ferrer carraspeó.

—Ahorros de la familia.

Font sonrió con descaro, Villa se mostró impasible.

—Nos llama la atención de que al día siguiente a la muerte de Isabel, usted desaparece y se refugia en un chalé de Sotogrande, propiedad de Mónica Benítez.

—Fue casualidad. Estaba muy estresado por el trabajo en el Ayuntamiento, y necesitaba unos días de descanso.

—No avisó a su esposa.

—Mi cliente ya ha respondido a su comentario —intervino el abogado alzando una mano.

—¿Cómo justifica que su coche, un Mercedes Coupé, estuviera aparcado en los aledaños de la nave industrial? —preguntó Font.

—Alguien lo usaría para incriminarme.

—¿Quiere decir que se lo sustrajeron, lo usaron en la nave para que las huellas quedaran impresas en el barro, y lo volvieron a dejar en su casa?

—Probablemente fue así. No encuentro otra explicación.

—Háblenos de su amistad con Mónica Benítez —dijo Villa.

—Su marido y yo solemos jugar al pádel, así que de vez en cuando quedamos para cenar con nuestras esposas.

Villa pensó que la respuesta concordaba con la de la empresaria, cuando fueron a hablar con ella a su despacho.

—Benítez le consiguió una casa para refugiarse.

—Como le he dicho, somos amigos.

—Además, vigila un almacén en San Fernando de Hares que es de su propiedad. ¿Para qué lo compró?

El abogado miró de soslayo a Ferrer.

—Inversión inmobiliaria —respondió el concejal.

—Está usted en el centro de toda esta trama de corrupción, Sr. Ferrer. Todos ustedes irán cayendo uno a uno. Será acusado de cohecho, enriquecimiento ilícito y cómplice de asesinato —dijo Villa —. ¿Se piensa que va a salir absuelto de todos estos cargos?

Ferrer bajó la mirada.

—No maté a esa chica. No soy un asesino.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Villa, mirándole fijamente.

—No lo sé —respondió Ferrer, y por primera vez Villa percibió un destello de miedo en sus ojos.

—Si sabe algo más, Sr. Ferrer, este es el momento de hablar — dijo Villa.

De Miguel colocó una mano sobre el hombro de su cliente.

—No dirá nada más. Este interrogatorio ha terminado.

—¿Es así, Sr. Ferrer?

El concejal asintió con la cabeza repetidas veces. Villa y Font se levantaron de la mesa y se marcharon.

29

Villa y Font salieron de la cárcel con una amarga sensación. El interrogatorio a Ferrer no había arrojado los resultados que esperaban.

—Es un cobarde —dijo ella—. Está claro que sabe más de lo que dice, pero tiene miedo.

—¿Miedo del asesino del soplete?

—Tiene que ser de él, no hay otra opción. Lo mismo que Mónica Benítez.

El trayecto de vuelta a la Jefatura transcurrió en silencio. Mientras conducía, Villa evocó el momento en el que dos años atrás, en el aparcamiento, oyó la voz del asesino del soplete. Fue cuando se dirigía a la puerta del ascensor. Nunca olvidará esas tres palabras dichas con una siniestra calma:

—Buenas noches, inspectora.

Él era el hombre a quien temía Chari, Ferrer, Benítez y quizá alguien más. El hombre que maneja los hilos en la sombra y, además, se encarga del trabajo sucio. Su perversa firma, el soplete, demostraba su furia incontrolable. Desde un punto de vista psicológico, no solo quería matar, sino dejar claro que odiaba el mundo y deseaba vengarse.

Villa repasaba mentalmente cada detalle del caso actual. Excepto Alfonso Ruiz, el testaferro, ninguno de los implicados quería colaborar. Era como si entre los más cercanos al asesino, incluida Chari, tejieran un pacto de miedo y silencio.

Al llegar a la Jefatura, Álvarez los abordó apenas cruzaron la puerta de la oficina.

—¿Qué tal con Ferrer? —preguntó, llevándose las manos a los bolsillos de su pantalón.

—Niega haberse visto con Isabel —respondió Villa—. Además, jura que todos los contratos con Magna Security son legales.

—¿Le creéis?

—Ni por un momento —respondió Font—. Está mintiendo, pero no tenemos pruebas concluyentes que lo vinculen directamente con el asesinato. Las huellas de los neumáticos de su coche no son suficientes.

Villa oyó su móvil y contestó de inmediato. Era Romero, de Criminalística.

—Tenemos los resultados del ADN encontrado en los pañuelos del chalé de Cádiz.

—¿Y bien?

—No coincide con el de la escena del crimen de Salvador Ortega.

Villa chasqueó la lengua. Agradeció la llamada a Romero y colgó. Después miró a Font y Álvarez, que la observaban expectantes.

—El ADN de los pañuelos del coche no coincide con el que encontramos en el escenario del crimen de Salvador Ortega.

—Mierda —masculló Font—, pensaba que teníamos algo.

—Entonces seguimos sin saber quién estaba con Ferrer en el chalé de Sotogrande —dijo Álvarez.

—Correcto —dijo Villa.

La inspectora se acercó al tablón del caso.

—Vamos a revisar todo otra vez —dijo, señalando la anotación *valioso AGM* de la agenda de Isabel—. Tenemos que averiguar quién es su confidente.

Font se puso junto a ella.

—Sigamos leyendo los reportajes de Isabel —dijo él—. Quizá lo encontremos ahí.

—Vale.

En ese momento, Calde y Novoa entraron con aspecto cansado.

—¿Qué tal el juicio? —preguntó Font.

—Un coñazo —respondió Novoa, dejándose caer pesadamente en una silla—. La defensa alega que hubo una rotura en la cadena de custodia de las pruebas.

Calde y Novoa habían estado trabajando durante casi ocho meses en el caso de Ernesto Viñas, un profesor de gimnasio acusado de asesinar a su exnovia. La investigación había comenzado cuando encontraron el cuerpo de Laura Bermejo en su apartamento de Malasaña, con signos de estrangulamiento y evidencias de que había intentado defenderse.

El caso, aunque no había generado titulares nacionales, sí había provocado cierta conmoción en el barrio donde había vivido la víctima.

—Pero lo dejamos claro —añadió Calde—. Seguimos el protocolo al pie de la letra. Cada evidencia fue documentada, fotografiada y almacenada según el procedimiento.

Calde era siempre meticuloso con los procedimientos, casi obsesivo, y le dolía que cuestionaran su trabajo.

—El abogado defensor intentó confundir al jurado —continuó Novoa—. Nos preguntó por qué tardamos tres horas en precintar la escena del crimen.

Villa había estado en situaciones similares. Sabía cómo un buen abogado defensor podía transformar un procedimiento correcto en una supuesta negligencia.

El móvil de Villa sonó de nuevo. Se extrañó al leer en la pantala «Número desconocido».

—¿Diga?

—Soy Ferrer.

El cuerpo de Villa se tensó.

—¿Joaquín?

Álvarez y Font se miraron. Calde y Novoa se callaron de golpe.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

—Necesito protección.

—¿Por qué?

—Sé quién mató a Isabel Lanzas.

—¿Quién lo hizo?

Se instaló un silencio.

—¿Joaquín?

—Se lo diré en persona a cambio de protección —dijo en voz baja—. Vengan a la cárcel y hablemos. No estará mi abogado. Esto es entre ustedes y yo.

—Vamos para allá —dijo Villa, antes de colgar.

Mientras se guardaba el móvil, se dirigió a sus compañeros.

—Ferrer quiere confesar.

Villa y Font se identificaron en la cárcel Soto del Real. El mismo funcionario que les había atendido por la mañana, les condujo a la sala de visitas.

—Voy a buscar al recluso —les dijo, dando media vuelta.

—Gracias —dijo Villa.

Los policías se sentaron. Font consultaba los mensajes de su móvil. Villa tamborileó sobre la superficie de la mesa. Llevaba esperando mucho tiempo el momento en el que conocería el nombre y los apellidos del hombre que la torturó.

—Hay que preguntarle por qué nos ha citado sin su abogado, y por qué ha cambiado de opinión —dijo Font.

—Dijo que quería protección.

—Entonces está amenazado o se siente amenazado por el asesino.

—Al estar en la cárcel es un objetivo más fácil.

Villa se puso de pie, impaciente.

—¿Cuánto tarda, no?

—Te veo nerviosa.

—Para nada —replicó, aunque sabía que no era verdad.

Fue hasta una de las ventanas enrejadas y miró hacia el patio interior. Había una cancha vacía de fútbol sala. Se acordó de los recreos del colegio. Los niños con el balón y las niñas jugando a la comba. Un pensamiento le llevó a otro y se acordó de que iba a ser tía. Casi se le había olvidado.

—Voy a ser tía, ¿te lo he dicho? —Villa volvió a la mesa.

Font sonrió.

—Enhorabuena. Así que vas a ser la tita Teresa…

—Eso parece.

—Ser tía es lo mejor. Puedes mimar al niño todo lo que quieras.

—Me lo dijo mi hermana esta mañana, y no me he vuelto a acordar hasta ahora.

—Normal, no damos abasto.

La conversación quedó interrumpida a causa de unos gritos que se oyeron a lo lejos. Extrañados, salieron al pasillo. El funcionario corría hacia ellos.

—¡Vengan conmigo, rápido!

—¿Qué pasa? —preguntó Villa.

—Ferrer está muerto —respondió con la cara pálida.

—¿Cómo?

Le siguieron hasta el módulo y, una vez allí, entraron en el área de las celdas. El funcionario se detuvo en una con la puerta abierta de par en par. Les rodeaba un murmullo creciente de los demás presos.

Villa y Font vieron a Ferrer colgado por el cuello de uno de los barrotes de la ventana. Sus ojos estaban abiertos y la lengua fuera en una tétrica mueca. Las piernas colgaban como las de un monigote. Por el color azulado de su cara, Villa dedujo que llevaba muerto unas dos o tres horas.

—¡Se ha suicidado! —exclamó el funcionario.

Font y Villa se miraron. ¿Suicidio o asesinato?

—Mierda —dijo ella.

30

En cuanto el juez de guardia declaró la muerte oficial de Joaquín Ferrer, Villa y Font se marcharon de la cárcel Soto del Real. Estaban jodidos. Habían estado a punto de obtener la pista clave con la que cerrar el caso. Sin embargo, toda esa esperanza se había desmoronado de golpe.

—Por mucho que diga la autopsia que fue un suicidio, yo lo tengo claro —dijo Font.

—Yo también, es un asesinato.

—¿Cómo sabían que íbamos a hablar con él?

—No lo sé. Ese asesino tiene ojos y oídos por todas partes.

—Es más peligroso de lo que pensamos.

Villa asintió.

—Siempre va un paso por adelante, como en el caso de Abebi. Está muy informado. Tiene comprado a medio mundo.

—Volvamos a la búsqueda de la identidad de AGM —dijo Font, en el coche.

—Sí, de momento es el único hilo que tenemos.

Se subieron al coche. Anochecía.

—¿Vamos a la Jefatura? —preguntó Font.

—Vamos a avisar a Susana Ferrer de lo que ha pasado.

Font resopló.

—Tenemos que hacerlo antes de que se entere por la prensa —añadió Villa.

—Ya.

Villa se quedó en silencio.

—¿En qué piensas? —le preguntó Font.

—¿Y si es un policía?

—¿El asesino?

Villa asintió.

—No me jodas, Teresa.

—Eso también explicaría muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Que no hubiera constancia de lo que dijo Espinosa. Que Isabel le contó que un policía fue a hacerle preguntas sobre la amenaza de muerte.

—¡Es verdad, eso no consta en el expediente! —exclamó Font, y se frotó las manos—. Este caso se pone cojonudo.

—Tranquilo, que sea policía es solo una suposición.

—Pero que tiene sentido.

Villa suspiró. Si era cierto su sospecha, el caso cobraba una nueva dimensión. Ya no podían estar seguros de nada.

Media hora más tarde, se presentaron en el chalé de La Moraleja. La empleada del servicio doméstico les invitó a pasar al salón. Más allá de las ventanas que daban a la solitaria piscina, el cielo se había cubierto de una densa capa de nubes oscuras. Les preguntó si deseaban tomar algo y los policías respondieron que no, gracias.

Font contempló el paisaje en silencio, ensimismado en sus pensamientos. Con el móvil en la mano, Villa leyó en el chat familiar algunos mensajes de su hermana sobre su embarazo.

La Sra. Ferrer apareció vestida con una chaqueta beige y una falda larga. Un collar dorado destacaba sobre su jersey blanco. Les lanzó una mirada llena de extrañeza.

—Siéntese —ordenó Villa—. Tenemos que hablar de su marido.

—¿Qué ha ocurrido?

Villa esperó hasta que la Sra. Ferrer se sentó con ellos. Carraspeó antes de hablar.

—Su marido ha muerto.

—¿Cómo? —Susana Ferrer miró a Font con los ojos empañados.

—Lo que le voy a decir es muy delicado —dijo Villa, e hizo una pausa—. Se le ha encontrado en su celda, ahorcado.

La Sra. Ferrer se quedó inmóvil durante unos segundos, después rompió a llorar. Su cuerpo se contrajo en espasmos. Villa le puso una mano en el brazo. Apareció la empleada doméstica, alarmada, a la que Font pidió un vaso de agua para la señora. Ella asintió y se marchó a la cocina.

—Es imposible que se haya suicidado —dijo la Sra. Ferrer, intentando calmarse—. ¿Qué piensan ustedes?

Villa no quiso compartir lo que de verdad opinaba. Eso la alarmaría innecesariamente.

—Es sospechoso, pero veremos qué dice la autopsia.

Villa se fijó en que su compañero salía del salón, hablaba con la empleada y desaparecía por las entrañas de la casa. ¿A dónde iría?

—Lo han matado, inspectora —dijo la Sra. Ferrer, con la voz entrecortada.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Ese es su trabajo, ¿no?

La empleada regresó con el vaso de agua, que la Sra. Ferrer cogió con temblorosas manos.

—No, no puede ser que esté muerto —dijo, más para sí misma—. ¿Dónde está?

—En el Anatómico. Cuando se encuentre dispuesta, tiene que hacer un reconocimiento.

La Sra. Ferrer asintió mientras una lágrima corría por su mejilla colorada.

—Tengo que informarle que su marido me llamó anoche para concertar una visita. Por eso mi compañero y yo estábamos en la cárcel cuando el funcionario le encontró.

—¿Para qué quería hablar con usted?

—Quería protección a cambio de desvelar el nombre del asesino de Isabel Lanzas.

La Sra. Ferrer suspiró largamente y volvió a llorar. Villa miró hacia las escaleras esperando a que Font apareciese. ¿Dónde se había metido?

—Me he de vestir, quiero verle —dijo la Sra. Ferrer, levantándose tan deprisa que se desequilibró.

Villa la sostuvo por un brazo, pero la Sra. Ferrer se zafó. Por el rabillo del ojo, Villa vio a Font bajando las escaleras.

—Puedo sola, gracias.

—Como quiera.

Se despidieron y salieron al exterior en dirección al coche.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —le preguntó Villa.

—Pregunté dónde estaba el baño y, aprovechando el momento, di una vuelta a ver qué encontraba.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Se nos puede caer el pelo!

—¿Quieres saber lo que he descubierto?

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Quieres saberlo sí o no?

Malhumorada, Villa se subió al coche. Font se encogió de hombros y se subió también. En silencio, cruzaron el umbral y se incorporaron a la calle.

—Fui al dormitorio de ella.

—¿Qué? ¿Cómo se te…

—En su portátil vi que acaba de hacer una transferencia de dos mil euros —interrumpió Font.

—¿Y eso de qué nos sirve? Ya tenemos acceso a sus cuentas.

—No recuerdo ese movimiento bancario. A lo mejor tiene una cuenta secreta —dijo, mostrando en su móvil la fotografía de la transacción—. Averiguemos el destinatario, a lo mejor nos llevamos una sorpresa.

—¿Cuándo fue hecha?

—Ayer.

—Cuando detuvimos a Ferrer…

Font sonrió, pero Villa se mantuvo seria.

—No vuelvas a hacer algo así, David.

31

En la oficina del Grupo 7, Villa y Font contemplaban el tablón del caso. Ella se frotaba las sienes mientras ordenaba sus pensamientos. Font tachó la foto de Ferrer y escribió debajo «fallecido». Después, colgó la foto que había hecho de la transferencia justo debajo de la imagen de Susana Ferrer. ¿Y si fuera una pista decisiva?

Villa sacó su móvil y buscó un contacto que no había utilizado en meses.

—¿Natalia? Soy Teresa Villa.

—¡Villa! —La voz al otro lado sonaba genuinamente sorprendida —. ¿Qué tal en Homicidios? ¿Ya has detenido a algún asesino en serie?

—Estoy en ello —respondió Villa, con una media sonrisa—. ¿Sigues en Inteligencia Financiera?

—Sigo hundida entre cuentas bancarias y transferencias sospechosas. ¿Qué necesitas?

—Rastrear una transferencia. Dos mil euros enviados desde la cuenta de una persona llamada Susana Ferrer.

—La mujer del concejal que apareció ahorcado. Lo he visto en las noticias.

—Correcto. Necesito saber quién recibió ese dinero.

—Sabes que necesitas una orden judicial para...

—Lo sé —la interrumpió Villa—. Pero no tengo tiempo. Si encuentro algo, la conseguiré. Solo necesito saber si merece la pena.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—Te debo una desde aquella operación en Vallecas —dijo, finalmente Natalia—. Estoy liada, pero dame el número de cuenta y te llamo en cuanto pueda.

—Gracias.

Colgó y miró a Font, que se había puesto de nuevo con los reportajes de Isabel.

—A ver si conseguimos algo —le dijo—. Ni una palabra a Álvarez de esto.

Font se giró hacia el despacho del inspector-jefe. Estaba reunido con Calde y Novoa. Hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

Villa se quedó mirando el móvil. Había otra llamada que necesitaba hacer desde hacía días, pero en privado.

—Ahora vuelvo, voy a la sala de interrogatorios —le dijo a Font, según se iba por la puerta.

—Tráeme un café bien cargado.

Se metió en la sala y cerró la puerta. Sentándose en el borde de la mesa, pulsó el contacto.

—¡Teresa! —la voz de Barrios, su antiguo compañero sonaba animada—. ¿A qué debo el honor?

—¿Cómo estás, Saúl?

—Bien, sigo disfrutando de mi jubilación forzosa. Pensé que iba a aburrirme, pero no paro. He descubierto que me gusta dar charlas. Además, paso más tiempo con mi mujer, así que encantado de la vida.

—¿Estás escribiendo otro libro?

—Sí, pero no me has llamado para interesarte por mí, ¿verdad?

Villa respiró hondo.

—Estoy siguiendo la pista del asesino del soplete.

—¿Y eso?

—Ha vuelto a matar. La víctima ahora es una periodista que investigaba un caso de corrupción municipal.

—¿El mismo *modus operandi*?

—Idéntico. Quemaduras de soplete. En este caso, parecida a la mía.

Villa se levantó y comenzó a deambular por la sala.

—Hay algo más. Creo que podría ser un policía.

—¿Un policía? —Barrios sonaba incrédulo—. ¿Por qué piensas eso?

—La víctima recibió la visita de alguien que se identificó como policía días antes de su muerte. No hay registro oficial de esa visita, y hay otras cosas que no cuadran.

—Si es compañero, ten el doble de cuidado, Teresa.

—Lo sé —Villa se detuvo frente a la ventana que daba al pasillo —. Por eso te llamo. Necesito que me ayudes a recordar. ¿Hubo algo en el caso Abebi que pudiera revelar esa conexión? ¿Algo que pasáramos por alto?

—Han pasado dos años —Barrios hizo una pausa—. Siempre pensamos que el jefe era Besnik.

—Hasta que hablé con Chari y supimos que había alguien más.

—Sí, pero nunca pensamos que el malo fuera un policía.

La puerta se abrió y Font asomó la cabeza.

—Villa, Álvarez nos busca.

Ella asintió.

—Tengo que dejarte, Barrios. Te mantendré informado.

—Recuerda: no confíes en nadie.

—Lo haré.

Villa colgó y se guardó el móvil.

—¿Qué quiere? —preguntó a Font mientras salían al pasillo.

—No lo sé, pero parece alterado.

En su despacho, Álvarez tenía mirada fija en la pantalla de su ordenador.

—¿Habéis visto esto? —giró el monitor para que pudieran ver la portada de La Época del día siguiente.

Bajo la fotografía de la silueta de un hombre, cuyo rostro no se podía identificar debido a que estaba ensombrecido, se leía: «Isabel conocía a su asesino». Se incluía una entrevista exclusiva con el novio de la periodista.

—¿Novio? —dijo Villa—. No teníamos constancia de ningún novio.

—Exactamente —Álvarez señaló la pantalla—. Leed la entrevista.

Villa se inclinó sobre la mesa. En la entradilla, el periodista explicaba que se había citado con el novio en una habitación de un

céntrico hotel, acordando no revelar su identidad por motivos de seguridad.

—«La conocí en la facultad de Ciencias de la Información» —leyó Villa—. «Yo estudiaba Publicidad, pero teníamos amigos comunes y empezamos a hablar en la cafetería».

Font se acercó para leer por encima de su hombro.

—Dice que era alegre, ambiciosa, que quería tener un programa de televisión por las mañanas...

Villa siguió leyendo en silencio hasta detenerse en un párrafo.

—Aquí está lo interesante. Dice que Isabel estaba nerviosa en los días previos a su muerte, que creía que la seguían.

—«Ella hablaba mucho de Joaquín Ferrer» —leyó Font—. «Pero no estaba segura de si era el cabecilla o un peón más».

—Y luego esto —Villa señaló la pantalla—: «Hay gente en este país que está por encima de la ley y la policía los cubre».

—Genial —Álvarez dio un golpe en la mesa—. Ahora tenemos a un testigo fantasma acusándonos de encubrimiento.

—Hemos examinado minuciosamente la vida de Isabel —dijo Villa —. Hablamos con sus padres, compañeros, analizamos sus conversaciones por correo... En ningún momento apareció un novio.

—Sus padres dijeron específicamente que no tenía pareja —añadió Font.

—Según los registros telefónicos, no había llamadas o mensajes que indicaran una relación.

—Sea quien sea ese supuesto novio —dijo Álvarez—, está dando información que podría comprometer el caso. Quiero que vayáis ahora mismo al periódico y averigüéis quién es.

—¿Y si Espinosa se niega a revelarlo? —preguntó Font.

—Entonces tendrá que explicárselo a su señoría —Álvarez se puso de pie—. Ya me encargaré yo de hablar con ella si es necesario.

Villa y Font salieron del despacho.

—¿Crees que existe de verdad? —preguntó Font, mientras iban por el pasillo.

—No lo sé —respondió Villa, pensativa—, pero tengo la sensación de que Espinosa está jugando a algo.

32

En la sede de La Época, Villa y Font mostraron sus placas en la recepción. Pidieron hablar con Saturnino Ruiz, el redactor jefe. El recepcionista marcó una extensión en el teléfono fijo, entabló una breve conversación y después se ofreció a acompañarles. Los policías rechazaron su ayuda. Ya sabían el camino.

—¿Eres de derechas o izquierdas? —le preguntó Font a Villa.

—¿A qué viene eso ahora?

—Tengo curiosidad por mi compañera. ¿Derecha o izquierda? Lo que respondas estará bien, no voy a juzgar.

—¿A ti qué te importa?

—Vale, ya sé de qué pie cojeas.

—No, no lo sabes. No te hagas el listo. Además, eso no se pregunta.

—¿Por qué? Estamos en el siglo veintiuno.

—Porque es personal.

—Si quieres, te digo a quien voté en las pasadas elecciones.

—No me interesa.

—Pues te lo voy a decir.

—Te he dicho que no me interesa, pesado.

—Está bien, te lo diré ya que insistes. Voté a la izquierda.

Silencio.

—Así que eres de derechas —dijo Font—. Lo digo por tu reacción.

—¿Mi reacción?

—Sí, te ha salido una arruga —Se señaló el entrecejo—. Eso es que no te ha gustado mi respuesta, por lo tanto, eres de derechas. No pasa nada, ¿eh?

—Qué interesante lo que estás contando.

—¿A qué sí? —replicó Font, sonriendo.

Llegaron a la redacción. Un par de periodistas tecleaban con furia. Espinosa saludó a los policías inclinando levemente la cabeza. Al fondo, vieron cómo Saturnino les hacía una seña desde su despacho acristalado.

Pasaron al lado del puesto de Isabel, que tenía un ramo de flores sobre la mesa. Saturnino les recibió estrechando la mano con efusión, después les invitó a sentarse, aunque no lo hicieron.

—Ya imagino por qué están aquí.

—Queremos el nombre de ese supuesto novio de Isabel —dijo Villa.

—Pues no lo sé —dijo Saturnino.

—Llame a Espinosa —replicó Font.

Saturnino se asomó por la puerta y de viva voz le pidió que viniera. Se instaló un silencio incómodo mientras le esperaban. Villa consultó su reloj. Le molestaba no estar en la Jefatura, trabajando en el caso. Impaciente, leyó un mensaje de Leo que tenía desde hacía rato. «¿Vienes esta noche?». Le respondió que sí con otro mensaje.

Cuando Espinosa entró, se dirigió solo a su jefe.

—¿Todo bien?

—Jose, quieren hablar contigo.

Espinosa miró a los policías y se reacomodó las gafas.

—Queremos el nombre —dijo Villa.

—¿De quién?

—Ya lo sabes —dijo Font.

—Un periodista nunca revela sus fuentes.

Villa dio un paso hacia él.

—Te arriesgas a ser acusado de obstrucción a la justicia.

—Será de obstrucción a la policía —corrigió Espinosa—. La justicia se imparte en los juzgados.

—Te doy una última oportunidad para que colabores —dijo Villa.

—No voy a decir más, asumo las consecuencias —Espinosa se cruzó de brazos—. Quizá a vosotros no os importa, pero si matan a mi fuente jamás me lo podré perdonar.

—No salgas de la ciudad —dijo Villa, clavándole la mirada a Espinosa—. Tendrás noticias de la jueza.

—Muy bien —dijo Espinosa.

Los policías se despidieron fríamente y salieron del despacho. No fue hasta que pisaron la calle cuando pudieron hablar con libertad. Eran las ocho y veinte, y ya era de noche.

—Ahora habrá que invertir un valioso tiempo en abrir una diligencia contra Espinosa —dijo Villa, con resignación.

—Me encargo. Lo haré con mucho gusto. Espero que su señoría envíe al calabozo a ese tipejo.

El móvil de Villa sonó. Deseó que fuera Natalia con buenas noticias.

—Inspectora, soy Alberto Lanzas —la voz sonaba angustiada—. Perdone que la llame así, pero acabamos de ver la portada del periódico para mañana en internet, y estamos muy alterados.

Villa cerró los ojos por un momento. Lamentó no haberse acordado de ellos en ningún momento desde que vio la portada.

—Lo entiendo perfectamente, Alberto.

—Queremos saber sobre ese novio de Isabel del que habla el periódico, nosotros no teníamos noticia hasta ahora —el tono de Alberto era de indignación y desconcierto—. ¿Cómo es posible que ustedes no nos hayan dicho nada?

—Le aseguro que nosotros tampoco sabíamos nada de ese supuesto novio —respondió Villa con calma—. Acabamos de salir del periódico. Hemos exigido al periodista que revelara la identidad, pero se ha negado rotundamente. En la investigación forense que hicimos del móvil y del ordenador de Isabel, no encontramos nada que apuntara a que mantenía una relación sentimental.

—Ella era más de llamar directamente, estaba harta del móvil —dijo Alberto con voz quebrada—. ¿Verdad, Carmen?

Villa escuchó un murmullo de asentimiento al fondo.

—Mi esposa quiere hablar con usted —dijo Alberto.

Hubo un breve murmullo mientras se pasaban el teléfono.

—Inspectora, somos sus padres, tenemos derecho a saberlo todo —dijo Carmen—. ¿Qué pistas tienen ahora mismo?

—Estamos buscando al confidente, a la persona que le desveló a Isabel toda la trama de corrupción de la que Ferrer y Benítez se beneficiaban —respondió Villa—. Pensamos que es alguien que trabaja para al Ayuntamiento. Por eso estamos revisando todas las crónicas y reportajes que ella escribió, e investigando los nombres que nos llaman la atención.

—Hasta que no encuentren al asesino no descansaremos en paz —dijo Carmen muy afectada—. Tienen que encontrarlo, y cuando lo hagan, quisiera hablar con él para preguntarle por qué tuvo que matarla.

Villa sabía que aquello era imposible, pero decidió no confrontarla.

—Les mantendremos informados de cualquier avance. Se lo prometo.

—Un momento —Carmen pasó de nuevo el teléfono a su marido.

—No puedo creer que ese periodista pueda entrevistar a alguien cercano a mi hija —dijo Alberto, molesto—, ¡y encima no quiere desvelar su nombre! ¡Es indignante!

—Nosotros tampoco lo entendemos, pero estamos haciendo todo lo posible para averiguarlo.

Unos minutos después, finalizó la llamada. Villa suspiró a la vez que se guardaba el móvil en el pantalón.

—Más presión, ¿eh? —dijo Font.

—Será mejor que nos vayamos a casa a dormir unas horas.

—Sí, nos lo merecemos.

33

En el barrio de Atocha, Font subió lentamente las viejas escaleras de la pensión Don Miguel. Notaba su cuerpo rígido como una tabla de planchar.

Al llegar al recibidor, María José, una mujer de unos sesenta años levantó la vista de su libro.

—Buenas noches, David. Se te ve cansado, ¿qué tal el día?

Font sonrió.

—Mejor, imposible —respondió apoyándose en el mostrador—. ¿Y el tuyo?

La mujer sacó la llave de la habitación de un casillero, y se la entregó en la mano.

—Aburrido, como siempre. Por cierto, te he cambiado las sábanas, y he dejado la ventana abierta un rato para que se ventile. Olía a tigre.

—Gracias, eres un ángel.

Font caminó por el pasillo. Las lámparas tenían pinta de tener cien años, y en las paredes se veían aquí y allá manchas de humedad. El sonido de un televisor se escapaba por el resquicio de una de las puertas.

Abrió su habitación. Era pequeña pero funcional: una cama con una colcha antigua, un armario, una mesita de noche, una tele colgando de la pared y un escritorio con una precaria silla. La única decoración era un cuadro al óleo de Don Quijote y Sancho Panza.

Los ruidos de la calle llegaban a través de la ventana. Voces airadas, ruido de contenedores, coches pasando, sirenas a lo lejos. La cerró y se sentó en el borde de la cama.

Dejó su pistola Beretta y la placa sobre la mesita de noche. Se quitó la chaqueta, dejándola caer sobre la silla. Se desnudó y después entró en el baño.

La ducha tenía poca presión y el agua tardó en calentarse. Font se quedó bajo el chorro con los ojos cerrados, dejando que el agua se llevara el cansancio del día.

Después, se tumbó sobre la cama, aún desnudo. El colchón, demasiado blando, se hundió bajo su peso. Font miró al techo desconchado durante unos minutos. Escuchó a una pareja follando en la habitación de al lado.

Estiró el brazo hacia la mesita y cogió su pistola. La sostuvo sintiendo su peso con el cargador. Poco más de un kilogramo.

Se llevó el cañón a la boca. El sabor metálico le resultó familiar. Cerró los ojos. Los segundos parecieron horas, mientras su dedo acariciaba el gatillo. Un disparo y todo se acabaría.

Finalmente, apartó el arma y la dejó sobre la mesita.

—Cobarde —murmuró.

Se levantó, buscó su móvil en los pantalones y volvió a la cama. Abrió la galería de fotos, y comenzó a desplazarse hasta encontrar la carpeta que buscaba. «Sonia».

Las fotos mostraban a una mujer de unos treinta años, con el pelo castaño y una sonrisa que iluminaba su cara. En algunas aparecían juntos: en la playa, en un restaurante, en el parque. Se detuvo en un vídeo y lo reprodujo.

Sonia bailaba descalza en el salón de un piso, con una copa de vino en la mano. Su risa llenó la habitación, tan real que por un momento Font casi pudo sentir su presencia.

—¡David, deja de grabarme! —exclamaba entre risas, intentando tapar el móvil con la mano.

—¿Por qué? Quiero tener el recuerdo de esta noche.

Reconoció su propia voz, aunque le pareció que pertenecía a otra persona en una época remota.

Font tocó el collar que colgaba de su cuello, la pequeña brújula de plata. «Para que siempre encuentres tu camino de vuelta a mí», le había dicho Sonia al regalárselo por su cumpleaños.

Pero ella se había ido a un lugar donde él no podía seguirla. Un lugar del que no había camino de vuelta.

El collar con la brújula era como un ancla que lo mantenía clavado a un mundo, aunque a veces sentía que no era el suyo.

Siguió pasando fotos y vídeos, cada uno era un puñal que se clavaba más profundo. Sonia en el hospital con una sonrisa débil. Sonia durmiendo, con los efectos de la medicación marcados en su cuerpo cada vez más delgado. La última foto juntos, donde él sostenía su mano mientras ella miraba por la ventana del hospital.

En la calle, alguien gritó de repente. Un coche tocó el claxon. La pareja de al lado había pasado a la fase de la discusión. La vida continuaba a su alrededor.

Font dejó caer el teléfono sobre su pecho y miró de nuevo al techo. Las grietas formaban patrones que había memorizado durante sus noches de insomnio. Se preguntó, como tantas otras veces, qué habría pasado si hubiera estado en casa aquella noche. Si hubiera llegado una hora antes de la comisaría. Si hubiera visto las señales.

¿Habría evitado que ella se suicidase con las pastillas?

34

Cuando Teresa llegó al *loft* de Leo eran pasadas las nueve. Él la había estado esperando. Se besaron con un cálido abrazo.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Leo.

—Uf…

Leo sonrió y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Con eso lo dices todo.

—¿Y el tuyo?

—Tranquilo. Ningún encargo de última hora, hubo un cliente descontento con el diseño, pero enseguida le dimos otra opción y le encantó. Hasta he salido un poco antes. Un auténtico milagro, vamos.

—Deberíamos cambiar de trabajo. Yo me voy a la agencia, y tú te dedicas a resolver crímenes.

—No, yo sería un inspector de homicidios terrible. Las cárceles se quedarían vacías.

Teresa se rio. Mientras Leo iba a la cocina, sacó su pistola y la guardó en un cajón de la cómoda. Unos minutos después, cenaban una ensalada de pollo con tomate.

—El mexicano estaba cerrado —dijo Leo.

—No pasa nada.

—Han abierto un tailandés cerca de la Catedral. Tenemos que ir.

—Me encantaría.

—Por cierto, se me olvidaba —Leo cogió su vaso de cerveza—. Hay que brindar.

—¿Por qué? —dijo, cogiendo su vaso de *ginger ale*.

—Vas a ser tía. ¿Se te ha olvidado?

—No, para nada.

—Ramiro está que parece un niño en la noche de Reyes. Dice que no se lo puede creer.

—Normal.

—Esta mañana me ha enseñado una cuna que quiere comprar.

—¿Tan pronto?

—Ya lo conoces. Le gusta tenerlo todo controlado. ¿Qué te ha dicho tu madre?

—No he tenido tiempo ni de hablar con ella. Estoy hasta arriba.

—Has elegido una profesión difícil —dijo, estrechándole la mano con suavidad—. Nunca te he preguntado por qué elegiste ser policía. ¿Hay alguien en la familia que lo fue?

—No, yo soy la primera. Estudié Derecho y pasé unos meses trabajando con mi padre, pero lo dejé.

—¿Por qué?

—No era fácil trabajar con él, muy exigente. Me di cuenta de que había estudiado Derecho solo para complacerle.

—Y te buscaste tu propio camino.

—Sí. Por el trabajo en el despacho, había conocido a mujeres policías. Hablé con ellas y me animaron.

—¿Y cómo se lo tomó tu padre?

Teresa recordó esa pesadilla recurrente en la que aparecía ella en medio de una casa en llamas. Su padre se marchaba sin socorrerla, abandonándola. Sufrió esa pesadilla por primera vez cuando ingresó en la Academia. La última, cuando la trasladaron a Homicidios.

—No muy bien. Nunca quiso saber nada sobre mi trabajo.

—Él se lo perdió.

Teresa le sonrió, agradecida por su comentario. Se iba haciendo tarde, así que recogió los platos y los llevó a la cocina. Descubrió que se sentía bien al contar a Leo algo tan íntimo. ¿Había llegado la hora de desvelarle el motivo de la cicatriz?

Sonó su móvil sobre la mesa. Número desconocido. Pensó que sería Natalia, de Inteligencia Financiera.

—Hola, compañera —dijo, al descolgar.

—Buenas noches, inspectora.

Enseguida reconoció la voz. La voz del asesino del soplete, susurrante y venenosa. Fue como viajar en el tiempo y volver al aparcamiento, el lugar donde la torturó. Sintió un nudo el estómago.

—¿Qué quieres?

—Tranquila, inspectora. Solo quiero avisarte de que si sigues con el caso, voy a quemarte otra vez.

—Tus amenazas no me dan miedo.

—Pues deberían. Porque si no abandonas, iré a por ti de una manera que no esperas.

Teresa colgó y dejó el móvil sobre la encimera. ¿Cómo había conseguido su número? Se dio cuenta enseguida de que eso no era lo importante.

—¿Todo bien? —preguntó Leo.

—¿Qué?

—Que si todo bien. Te he oído hablar con alguien.

La voz del asesino resonó en su mente. Buenas noches, inspectora.

—Sí, todo bien.

—¿Seguro?

—Sí, pesado —respondió, apartándose.

Fue a la cómoda, abrió el cajón y cogió su pistola. Caminó hasta la puerta.

—¿Te marchas? —preguntó Leo, perplejo.

—Lo siento, tengo que irme. Ha surgido algo, ya te llamaré.

Antes de que Leo pudiera decir algo más, Teresa salió dando un portazo. Bajó por las escaleras a toda prisa. Salió a la calle y respiró el aire frío de la noche. Deseaba sentir en lo hondo de su corazón que el miedo quedaba atrás.

35

A PRIMERA HORA de la mañana en la Jefatura, Villa compartió con Álvarez y Font la llamada del asesino. La amenaza había sido alta y clara. Si no dejaba el caso, debería asumir las consecuencias.

—Lo primero será ponerte protección —dijo Álvarez—. Mínimo, un Zeta las 24 horas delante del portal.

—No lo quiero, jefe.

—No es una pregunta, Teresa. Va a pasar, te guste o no.

—¿Puedes mudarte? —preguntó Font.

—¿Adónde voy, al piso de mi hermana? Sería ponerle en peligro a ella. No, ni hablar. Ahora estoy prevenida de que algo puede pasar. No es lo mismo que cuando me atacaron en el aparcamiento, que no lo esperaba.

—Un hotel sería una buena idea.

—No me gustan los hoteles. Cuando llegue a casa, tomaré medidas. Además, solo voy a dormir.

—¿Dónde dejas el coche? —preguntó Font.

—En un aparcamiento público y cerca del puesto de control. Ahí no se atreverán.

—Hay que tener cuidado, compañera —dijo Font.

—David, déjame hablar a solas con Teresa.

—Sin problema.

Se levantó y, al pasar por el lado de su compañera, le puso una mano sobre el hombro. Al salir, Font cerró la puerta. Álvarez miró a Villa.

—¿Necesitas algo? —le preguntó.

—Estoy bien.

—¿Ayuda psicológica?

—De momento, no.

—Ese cabrón te la tiene jurada.

—Le desmontamos su negocio de chantaje sexual, y tuvo que buscarse otro. Supongo que no le hizo mucha gracia.

—Hazme un favor. No hagas locuras.

—No lo haré, jefe.

El móvil de Villa vibró en su bolsillo trasero. Otra vez «número desconocido». Le mostró la pantalla a Álvarez.

—¿Es él?

—No lo sé.

Villa contestó.

—Teresa, por fin —dijo Natalia—. Te he estado llamando.

—Perdona, no he podido. Ya sabes cómo es esto.

—No te preocupes. Escucha, tengo lo que me pediste. ¿Preparada?

—Sí.

—La transferencia es a un banco español, el BBVA. El nombre a quien va dirigido es una empresa, Everest S.L.

—Everest…

—Sí, no tengo más datos, pero con eso podrás tirar del hilo.

—Muchas gracias, Natalia. Como te dije ayer, te debo una.

Al colgar, Villa le dijo a Álvarez que tenían una pista. Se fue a hablar con Font, que estaba delante del portátil leyendo los reportajes de Isabel Lanzas. Una vez que le contó la llamada de Natalia, Font consultó «Everest» en sus fuentes internas. No les llevó ni un minuto dar con un nombre: Agustín García Mesa.

Villa y Font cruzaron una mirada de sorpresa.

—¡AGM! —exclamó Villa.

—¡Un misterio menos!

Chocaron la palma de la mano. Calde y Novoa, que estaban sentados en sus escritorios, los miraron como si se hubieran vuelto locos.

—Voy a buscarle en Sidenpol —dijo Villa.

—Yo en Argos.

En unos diez minutos, habían elaborado un perfil de García Mesa. Tenía cuarenta y un años, divorciado y con una hijo. Vivía en Alcobendas. Actualmente era empleado de una empresa de seguridad llamada NASE. Lo llamativo era que había trabajado para Magna Security, la empresa de Mónica Benítez.

—No hay duda de que es el confidente —dijo Font.

—*Valioso AGM* —Villa leyó la nota en el tablón del caso—. ¿Cuánto tiempo estuvo trabajando para Magna?

—Siete años.

—Más que suficiente para conocer los chanchullos de la empresa. Pero ¿cómo llegarían a conectar Agustín e Isabel? Me cuesta creer que Agustín leyera su nombre en el periódico, y se dijera que iba a confiar en ella —Villa se acarició la barbilla, pensativa.

—Revisemos los reportajes de Isabel, quizá su nombre esté ahí.

—O el nombre de la empresa, NASE.

En su portátil, Font accedió a la carpeta donde había acumulado los archivos de los reportajes. Con el buscador del programa, fue uno por uno revisando los términos Agustín García Mesa y NASE.

—Hay una coincidencia —dijo a Villa.

—¿De qué va el reportaje?

—«Tragedia en el Wizink Center».

—¿De cuándo es?

—El año pasado. «El caos en un concierto de la cantante pop Lucía Velarde provoca tres muertos y decenas de heridos. Diversos testimonios señalan a la organización por recortes en el presupuesto de seguridad.

La noche del pasado sábado se volvió trágica para los asistentes al concierto de Lucía Velarde, uno de los eventos más esperados del año. Antes del inicio del espectáculo, la caída de una barandilla en una de las salidas principales, provocó una estampida que resultó con la muerte de tres asistentes».

—Sigue leyendo más abajo, tiene que haber algo —dijo Villa.

—Las autoridades han iniciado una investigación oficial para averiguar las causas del grave accidente. La Época ha contactado con vigilantes de seguridad y responsables que trabajaron esa

noche, quienes, bajo condición de anonimato, han señalado alarmantes deficiencias en el dispositivo de seguridad.

"El personal no era suficiente para controlar la cantidad de gente que había", comenta un agente de amplia experiencia en eventos multitudinarios. "Nos pidieron reducir los puntos de control para agilizar la entrada, pero eso comprometió la capacidad de reacción".

Otro responsable señaló directamente a la organización. "Todo se hizo con un presupuesto ajustadísimo. Los protocolos no se cumplieron. Se priorizó llenar el aforo por encima de todo".

La empresa organizadora y las compañías de seguridad contratadas, Magna Security y TotalSer, han rechazado emitir declaraciones oficiales, limitándose a expresar su consternación y disposición a colaborar con las autoridades».

—Eso es —dijo Villa—. Isabel investigó un accidente y habló con varios vigilantes de seguridad.

—La conexión entre ellos —dijo Font—. Pasado un tiempo, Agustín contacta con Isabel para darle el soplo sobre Magna. Ya confiaba en ella.

—Por desgracia, eso le trajo la muerte —dijo Villa, y no pudo evitar la mirada hacia la foto de la periodista en el tablón.

—¿Con quién hablamos primero, con Agustín o Susana Ferrer?

—Con Agustín, puede que su vida corra peligro.

36

Como el móvil de Agustín García estaba apagado o fuera de cobertura, Villa y Font fueron a la sede de NASE. Se encontraba en el barrio de Atocha. Era un edificio discreto y pintado de gris, el color corporativo de la empresa. NASE no era una referencia en el sector de la vigilancia, pero se mantenía a flote en un mercado muy reñido.

Eran las once pasadas. Llovía con timidez y se veía algún paraguas que otro por la acera. Aparcaron en un lugar prohibido, se bajaron y entraron en la sede. Una mujer de cabello rizado les preguntó el motivo de su visita.

—Queremos hablar con Agustín García Mesa —dijo Villa, después de identificarse.

La mujer hizo la gestión correspondiente, y pidió a los policías que esperasen en el recibidor, un lugar confortable de sofás y mesas a juego.

—¿Crees que Agustín estará trabajando como si no pasara nada? —preguntó Font—. Se habrá enterado de la muerte de Isabel y se habrá largado de la ciudad.

—Si no coge el teléfono, por algún sitio tendremos que empezar.

—¿Alguna teoría por la que Susana Ferrer le enviaría dos mil euros?

—Para que no contara a los medios lo que sabía de Magna Security.

—Pero sabemos que sé lo contó a Isabel.

—A lo mejor les hacía un doble juego. Por un lado, cobraba por callar. Por otro, su conciencia le obligaba a confesar la verdad.

—De manera anónima.

Un hombre menudo con chaqueta y camisa se acercó frotándose las manos. Se presentó como el subgerente de la empresa.

—Me han dicho que buscan a Agustín.

—¿No está? —preguntó Villa.

—Me pidió unos días libres para asuntos personales, y todavía no ha vuelto. ¿Algún problema?

—¿Cuándo se los pidió? —preguntó Font.

—La semana pasada.

—¿De repente?

—Sí, de repente.

—¿Es habitual en él?

—No, para nada.

—¿Qué cargo tiene?

—Coordinador de equipo.

Villa le entregó su tarjeta y pidió al subgerente que la llamara si contactaba con Agustín. Salieron del edificio y subieron al coche. Siguiente parada: su domicilio, en la calle Guzmán el Bueno.

—Nos movemos más que un taxi —se quejó Font.

—Me da que Agustín ha desaparecido —dijo Villa, arrancando e incorporándose al tráfico.

—Parece lo normal, teniendo en cuenta que puede ser el siguiente en morir.

—Habrá que dar un aviso para que lo busquen, como a Ferrer.

—Vamos primero a ver si está en casa.

En un semáforo en rojo, Villa aprovechó para consultar su móvil. Había un mensaje de Leo. «¿Todo bien?». Le respondió casi sin pensar: «Sí, hablamos luego». Aunque *luego* podía ser más tarde o incluso mañana. Sintió una punzada de culpabilidad. Leo se merecía algo más que una respuesta de compromiso, pero en ese momento le costaba darle más.

—¿Álvarez sabe que sospechamos que el asesino del soplete es un policía? —preguntó Font.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no estamos seguros, y no quiero que se ponga nervioso. Sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Por supuesto, te expresas como un libro abierto —dijo su compañero con ironía.

—Prefiero evitar presiones suyas y de la gente de arriba.

—Ah, vale.

—Álvarez siempre ha sido muy corporativista.

—Lo pillo.

Villa no había expresado lo que pensaba en realidad. Que notaba a Álvarez extraño. Su preocupación por ella a raíz de la llamada del asesino del soplete, no encajaba con su carácter. Cuando estuvo ingresada en el hospital por el ataque en el aparcamiento, no fue a visitarla.

Un poco más tarde, llegaron a la calle Sotomayor, cerca de la parada de metro Guzmán el Bueno. Aparcaron en doble fila y bajaron, rodeados de edificios de viviendas. Apenas si había algún negocio de cara al público, como una peluquería o una sala de apuestas. Llamaron al portero automático. Nadie contestó. Villa y Font se miraron con resignación.

—¿Qué hacemos, entramos en su casa? —preguntó Font.

Villa negó con la cabeza.

—Podría estar dentro, escondido para que no le encuentren.

—O muerto.

—No quiero arriesgarme. Tendremos que hacerlo con una orden. También necesitamos acceder a los registros telefónicos de su número.

—A lo mejor la ex de Agustín sabe dónde está.

—Vamos primero a hablar con Susana Ferrer, que nos diga el motivo de la transferencia.

El móvil de Villa sonó cuando volvieron al coche. Al descolgar, una voz de hombre se identificó como el subinspector Guerrero, de la comisaría de San Blas.

—Hemos detenido a un hombre por agresión y pregunta por usted.

—¿Quién?

—Alberto Lanzas.

—¿Quién es la víctima?

—Un periodista, un tal Jose Espinosa.

—Vamos para allá —dijo Villa, y colgó.

—¿Qué pasa?

—Otro problema. Alberto ha agredido a Espinosa.

Villa arrancó y metió primera.

—Llama a Álvarez, David. Dile lo que ha pasado con el padre de Isabel, y que llame a la jueza Pérez para que nos permita entrar en el piso de Agustín.

37

En la comisaría de San Blas, el subinspector Guerrero les estaba esperando. Era un hombre de ojos grandes y francos. Mientras les llevaba a los calabozos, les contó que la agresión había sucedido a eso de las nueve. Cuando los agentes llegaron al lugar de los hechos, se encontraron al detenido en el suelo y siendo sujetado por varias personas.

El periodista sangraba por una brecha en la cabeza. Alberto le había intentado golpear con un martillo. Por suerte, Espinosa se apartó a tiempo aunque le rozó en la ceja.

—Lo que los agentes pudieron recabar de los testimonios es que el agresor estuvo esperando al periodista en la cafetería de enfrente —explicó Guerrero—. Cuando le vio salir, fue directo a por él. Lo podía haber matado.

—¿Qué ha dicho el detenido? —preguntó Font.

—Que lo siente, pero que tenía que hacerlo por su hija.

Entraron en el calabozo. Alberto Lanzas se puso en pie y se frotó las manos, nervioso. Estaba despeinado y con magulladuras en la cara. Seguramente producidas durante el forcejeo en la calle.

—¿Ya puedo volver a casa? —preguntó con ansia.

—Buena la has liado —dijo Font.

—Ese hijo de puta sabe quién mató a mi Isabel, y no lo quiere decir para vender más periódicos. Él tendría que estar aquí y no yo.

—¿Admites que agrediste a Espinosa? —preguntó Villa.

—Sí.

—Vas a tener que responder a la justicia.

—¡Estamos desesperados! ¡El asesino de mi hija anda por ahí, y nadie hace nada!

—¿Y te parece esta la mejor solución? —replicó Font—. Podías haberle matado. ¿De qué te hubiera servido, eh?

Alberto se quedó callado, cabizbajo. Se sentó en el camastro, suspiró y se llevó las manos a la cara.

—Por favor, no se lo digan a mi mujer —dijo, entre sollozos.

—¿Espinosa lo ha denunciado? —preguntó Villa a Guerrero.

—Sí, claro.

—Será mejor que te busques un abogado —aconsejó Villa.

Alberto se quedó callado.

—¿Está todo el papeleo hecho? —preguntó Villa a Guerrero.

—See lo hemos enviado todo al juez de guardia.

—¿Quién es?

—Cano.

—¿Tienes el teléfono de su señoría? —preguntó Villa.

—Lo tengo arriba.

—Lo necesitaré, voy a llamarle.

Salieron del calabozo y, al cabo de unos minutos, Villa hablaba con el juez Cano para solicitar que pusiera a Alberto Lanzas en libertad provisional. Villa le explicó el contexto que había impulsado a Lanzas a la agresión. Le dijo que no había riesgo de fuga, y que no se iba a acercar a la víctima.

—¿Se hace usted personalmente responsable de lo que pueda suceder, inspectora?

—Sí, señoría.

El juez se tomó unos segundos para reflexionar.

—Bien, envío ahora mismo la diligencia.

—Gracias.

Quedaba poco para la una del mediodía, cuando Font y Villa salieron de la comisaría de San Blas y se subieron al coche con Alberto en el asiento de atrás. Iban a llevarle a su casa.

Villa recibió un mensaje en el móvil. Álvarez la informaba de que la jueza había dado el visto bueno y que había firmado la orden. En

cuanto colgó, llamó a los GOIT para que uno de los técnicos fuera al edificio a abrir el portal y el piso de Agustín.

—Dejamos a Alberto y vamos para allá —le dijo a Font.

—A ver qué encontramos en su piso —dijo Font con discreción, mirando de reojo a su compañera.

—Ojalá que esté escondido.

—No entiendo cómo se permite que la prensa publique entrevistas falsas —se lamentó Alberto—. Ese periodista debería estar encerrado y el periódico, clausurado.

Villa le examinó por el retrovisor. Ella se había jugado su reputación por él. Lo último que deseaba era que tuvieran que controlarle para que no cometiera ninguna locura.

—Le he dado al juez mi palabra de que no te vas a meter en ningún lío.

—Se lo agradezco, inspectora. No se preocupe por mí —hizo una pausa y añadió—. Es que se oye hablar de mi hija todo el tiempo en los medios, telediarios, noticias, por la radio… No paran. ¿Por qué? ¿Es que no hay otras cosas sobre las que hablar?

—Nos guste o no, en este país hay libertad de prensa —dijo Font.

—Pero no para lo importante, esa supuesta libertad es para vender más a costa de inocentes. Alguien tendría que poner unos límites.

Villa comprendía la frustración de Alberto. Cuanto más se hablara sobre su hija, más difícil resultaba pasar el duelo.

—De la agenda que encontramos en su casa, estamos extrayendo una información muy importante —dijo Villa, queriendo dar un giro en la conversación—. Creemos que hemos averiguado la identidad del confidente.

—¿Ah, sí?

—Ahora lo estamos buscando para hacerle unas preguntas.

—¿Sospechan que fue él quien la mató?

—No, creemos que fue otra persona, alguien con un pasado criminal y muy bien conectado que trabajaba para la trama de corrupción con Ferrer y Benítez.

—Tenemos que encontrarle cuanto antes —añadió Font—. Esa es nuestra prioridad.

Alberto dejó escapar un suspiro.

—Dios mío, qué mundo oscuro este en el que vivimos.

Se creó un silencio. Estaban a punto de llegar al piso de Alberto, en el barrio de Chamberí.

—La agenda se la regalamos cuando se matriculó en Periodismo —dijo con tono nostálgico—. A ella le gustaba mucho el papel, tocar las cosas y le gustaba menos el ordenador. ¿Qué haremos con sus libros, con su ropa, con sus cosas? No lo sabemos todavía. Carmen dice que quiero dejar su habitación tal y como está.

Villa apretó los labios. Era difícil no sentir el dolor de un padre que ha enterrado a su hija. Estacionaron delante del portal. Antes de bajarse, Alberto se dirigió con voz temblorosa a los policías.

—Por favor, encuentren a quien se llevó la vida de mi Isabel.

—Lo haremos —prometió Villa.

Vieron cómo Alberto se alejaba en dirección al edificio.

—Deberíamos hablar con Espinosa para que quite la denuncia —dijo Font.

—Me parece una buena idea, pero eso tendrá que esperar. Ahora vamos al piso de Agustín.

38

Eran las dos y cuatro minutos de la tarde. Villa y Font regresaron al portal 66 de la calle Sotomayor. Bajaron del coche con una pregunta rondando por sus cabezas. ¿Qué se encontrarían en el piso de Agustín García?

Un operario del GOIT, Grupo Operativo de Intervenciones Técnicas, les estaba esperando. Villa lo conocía. Se trataba de Iñaki Pastor, al que algunos llamaban el Mago por su capacidad para abrir puertas con cerrojo en menos de cinco segundos.

Villa le presentó a Font y se estrecharon la mano.

—Será un trabajo fácil —le dijo Villa—. Dos cerraduras.

Pastor era corpulento, con manos grandes como guantes de béisbol.

—Eso espero. Hoy llevo un día movidito.

Font pulsó el timbre del telefonillo del piso de Agustín. Como esperaban, nadie contestó.

—Adelante, compañero —dijo Villa a Pastor.

En un abrir y cerrar de ojos, estaban dentro del portal. En silencio, subieron a la cuarta planta por el ascensor. Después, se dirigieron a la puerta B. Del piso de enfrente, se oyó el persistente ladrido de un perrito.

Villa pulsó el timbre. Una, dos veces. Otra vez silencio. Los policías se apartaron para que Pastor pudiera desplegar su magia. La puerta se abrió con un chasquido y Font entró primero.

—¡Policía!

Mientras sacaban sus pistolas, recorrieron un pasillo bañado por la penumbra.

—¡Policía! —volvió a exclamar Font.

Villa le hizo un gesto con la mano a Font para indicarle que iba a entrar en una habitación. Font asintió y siguió avanzando.

Villa buscó el interruptor de la luz. Al encenderse la lámpara, comprobó que se encontraba en el salón. Estaba patas arriba. Los cojines y una silla, por el suelo. La mesita del centro, bocabajo. La alfombra, arrugada, y las cortinas, caídas. ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Teresa! —gritó Font a lo lejos.

Supo que había encontrado algo. Quizá a Agustín inconsciente o muerto. Salió al pasillo y entró en lo que parecía ser un dormitorio de un niño. Vio una cama pequeña. En un estante de la pared, había una consola y sus mandos. Recordó que Agustín tenía un hijo de siete años.

Font estaba de espaldas, agachado bajo la luz del techo. Había un cuerpo tendido en el suelo. Al aproximarse, vio que la cabeza tenía una mancha de sangre reseca. Era un cadáver.

Sintió una punzada de angustia en el estómago. Habían llegado tarde. Pero la sorpresa fue descubrir que no era el cadáver de Agustín García Mesa, el antiguo empleado de Magna Security, sino el de Susana Ferrer.

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó Font—. No lo entiendo.

Estaba amordazada, con la cabeza a un lado y los brazos pegados al cuerpo. La espalda estaba a la vista y, entre el sujetador y la falda, una espantosa quemadura.

Llegaron los de Científica y el forense. Después, el juez de guardia y la secretaria judicial. Villa y Font les explicaron a su señoría detalles generales del caso. El juez escuchó con atención, les formuló un par de preguntas, y a continuación fue al dormitorio donde yacía el cadáver de Susana Ferrer.

Mientras tanto, Villa y Font llamaron a las puertas de los vecinos para recabar testimonios. Villa no consiguió hablar con ninguno,

pero sí Font.

Un anciano llamado Miguel, vestido con una bata sobre el pijama, le contó que a eso de las ocho de la tarde escuchó un ruido. Le pareció un grito, pero no estaba seguro si era de auxilio, porque en el edificio se alquilan pisos turísticos y los inquilinos suelen ser muy ruidosos. Font anotó los datos de contacto del vecino, y agradeció su colaboración.

Cuando Toni Gavira, el forense, salió al rellano, Villa y Font fueron a su encuentro.

—¿Qué nos puedes contar? —le preguntó la inspectora.

Gavira se quitó los guantes de nitrilo y resopló. Se oyó al ascensor ponerse en movimiento desde otra planta. Alguien subía, seguramente los de servicios fúnebres.

—Lo más relevante es que la torturaron y mataron aquí, por eso tiene *livor mortis* en el vientre.

—¿Hora aproximada de la muerte? —preguntó Villa.

—Mínimo dos horas —respondió Gavira sin vacilar—. Diría que entre las siete y las nueve.

Font asintió. Coincidía con la declaración del vecino.

Las puertas del ascensor se abrieron y los policías se sorprendieron al ver a Jose Espinosa. Tenía un apósito en la frente.

—¿Qué haces aquí? —espetó Font.

—Mi trabajo —respondió, esbozando una sonrisa de orgullo.

—No puedes estar aquí.

—Solo quiero saber la identidad de la persona fallecida y me voy. Está relacionado con el caso de Isabel.

—¡He dicho que fuera! —exclamó Font, mientras se aproximaba a él.

—Está bien, está bien —dijo Espinosa, dando un paso hacia atrás —. Tarde o temprano, me enteraré.

El periodista desapareció dejando en el ambiente un aire de indignación. Los policías esperaron unos minutos hasta que salió el juez y la secretaria. Les indicó a los policías que esperaba el atestado en veinticuatro horas, y que la llamaran con cualquier cosa. Se despidió con cordialidad.

—Podéis pasar —dijo uno de Científica desde el pasillo—, ya hemos terminado.

—¿Habéis encontrado el móvil de la víctima? —preguntó Font.

—Ni rastro. Tampoco el bolso.

La inspectora fue al dormitorio y Font al salón. Ahora disponían de la calma necesaria para llevar a cabo una rigurosa inspección visual.

Villa encendió la luz. La cama de matrimonio estaba hecha. Sobre la mesita de noche había un dibujo enmarcado. La mezcla de colores, los rudimentarios trazos y el tamaño de las figuras indicaban que debía de haber sido obra de un niño de entre cinco o seis años. Con toda probabilidad, el hijo de Agustín García.

En los cajones encontró ropa interior, un cortaúñas, lubricante y condones. El armario reveló algo importante. El guardia de seguridad había salido de improviso de viaje. Había numerosas perchas vacías, cajones entrecerrados y zapatos por el suelo.

Se fijó en una camisa de color azul con el emblema de Magna Security cosido en la manga. Supuso que Agustín la guardaría de recuerdo de su pasado en la empresa.

—¿Alguna pista? —preguntó Font, que ya había terminado su parte.

—Parece que en algún momento salió a toda prisa.

—Cuando se enteró de la muerte de Isabel. Pensó que sería el siguiente. Pues sigue en paradero desconocido.

Villa asintió, al tiempo que cerraba la puerta del armario.

—¿Y qué hacía Susana aquí? —preguntó Font.

—Tenemos que averiguar cuál era la relación entre ellos, y por qué le hizo la transferencia de dos mil euros. Hay que hablar con los empleados de Susana, quizá nos den alguna pista.

Font consultó la hora en su enorme reloj de pulsera.

—¿Vamos al chalé?

39

Para sorpresa de Villa y Font, los empleados del matrimonio Ferrer no arrojaron ningún dato valioso para la investigación.

Primero hablaron con la asistenta, Mariana Vázquez. Era una mujer de origen ecuatoriano que llevaba trabajando en la casa cuatro meses. La noticia de la muerte de la señora la dejó conmocionada, y los policías tuvieron que esperar unos minutos hasta que se calmara para hablar con ella.

Font le enseñó una foto de Agustín y le preguntó si lo conocía. Mariana negó con la cabeza. Villa le pidió que comentara sus impresiones sobre el matrimonio Ferrer.

—Eran correctos conmigo. Me pagaban bien y tenía mis papeles. Trataba más con la señora. El señor estaba siempre fuera. Los fines de semana estaba más en casa, pero estaba en su despacho o salía a jugar al golf. No tenían costumbres raras, ya me entiende. Tampoco era de mi interés lo que hacían. Yo me quedaba en mi cuarto cuando terminaba mi jornada y me ponía a ver la televisión o hablar con mi mamá.

—¿Cómo vio a la Sra. Ferrer cuando se enteró de la muerte de su marido? ¿Estaba triste?

—La vi nerviosa. Se encerró en su cuarto y no quiso ni comer, y eso que ella estaba siguiendo una dieta para ganar peso.

Después entrevistaron a Genaro, el jardinero. Lo habían conocido cuando se presentaron a preguntar por Joaquín Ferrer. Llevaba siete años trabajando para el matrimonio. La reacción de Genaro fue más

contenida que la de Olga, aunque también se le vio afectado. Se pasó la mano varias veces por su cara de grandes mofletes, mientras su voz se quebraba.

—Yo me paso dos o tres días a la semana. Paso el cortacésped, quito las malas hierbas, cuido de las plantas, podo el seto… Tengo libertad de movimientos por el jardín. Mi relación con ellos es buena, aunque hablaba más con la señora. Ella estaba pendiente de los geranios y las buganvillas. El señor apenas estaba en la casa. Solo hablaba con él si tenía que pagarme las facturas de los materiales o herramientas, que yo compraba con mi dinero.

Font le enseñó la foto de Agustín. Genaro dijo que no lo conocía.

—¿Cómo era la relación entre los Ferrer? —le preguntó Villa.

Genaro inclinó la cabeza hacia un lado. No parecía muy cómodo hablando sobre ellos.

—No sé qué pasaba de puertas para adentro, pero al principio los veía a los dos, juntos. Hablaba con ellos en la cocina o en el jardín. Con el tiempo, ya casi hablaba solo con la señora. Si había problemas entre ellos, sinceramente no lo sé.

—¿Hablaba usted con Mariana sobre ellos?

—Alguna que otra vez, sí. Recuerdo que una vez me dijo que no se tocaban.

—¿Qué quiere decir, que no había muestras de cariño? —preguntó Font.

—Sí.

—¿Y usted qué piensa sobre eso?

—Puede ser que tuviera razón, aunque tampoco me fijo en esas cosas. A mí me pagaban por cuidar el jardín y hacer alguna que otra chapuza en la casa. Nada más.

Los policías agradecieron la colaboración de ambos empleados, y se marcharon hacia la Jefatura. En una hora estarían hablando con la exmujer de Agustín, a la que habían llamado previamente para que compareciera.

—¿Qué piensas? —le preguntó Villa a Font.

—Es posible que hubiera un distanciamiento en el matrimonio, pero ¿es eso tan importante? Quiero decir, que sabemos que los cabecillas eran su marido y Mónica Benítez. Susana podía ser un

peón más en el juego, otro testaferro como la esposa de Alfonso Ruiz.

—Susana estaba al tanto de todo. Sigo pensando que la transferencia de dos mil euros era para callar la boca a Agustín, que hacía un doble juego con Isabel.

—Resumiendo, los únicos que pueden saber la identidad del asesino son Agustín y Benítez.

—Y Chari —añadió Villa.

En la sala de interrogatorios, Villa y Font tenían delante a la ex mujer de Agustín García, Raquel Fonseca. Vestía una sudadera con capucha y unos pantalones de malla. Trabajaba como profesora de Educación Física en un instituto. Era de tez morena, cabello largo recogido en una coleta y tenía una mirada algo dispersa, aunque quizá se debía a los nervios.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Agustín o habló con él? —preguntó Villa.

—Hará cosa de una semana, algo así. Vino a casa a recoger a Pablo para pasar el fin de semana con él.

—Necesitamos saber el día exacto.

—Pues, a ver, fue al día siguiente de ir yo al dentista… —Cerró los ojos por un instante—. El martes de la semana pasada.

Villa tomó nota en el portátil. Para esa fecha, Isabel Lanzas aún seguía con vida.

—¿Dónde se vieron?

—Me llamó por teléfono y me preguntó por el niño, que qué tal estaba.

—¿Le notó extraño, nervioso?

—No, para nada. Normal, como siempre.

—¿Era habitual ese tipo de llamadas para preguntar por su hijo?

—No, que yo recuerde era la primera vez.

—¿Ocurrió algo más fuera de lo acostumbrado en su interacción con él?

Raquel se encogió de hombros. Hablaba en un tono bajo y lento, como si midiera sus palabras.

—No que yo recuerde —dijo, aunque enseguida rectificó—. Bueno, ahora que lo pienso. Me sorprendió una cosa, una pequeña

discusión.

—¿Sobre qué?

—El uso del móvil de Pablo. Siempre habíamos acordado que solo lo usara una hora al día, pero mi hijo me había dicho que su padre le dejaba más tiempo. Se lo dije a Agustín y se puso… Se cabreó bastante y discutimos. No es lo habitual.

—¿Terminó su divorcio de manera amistosa?

—Se puede decir que sí, aunque con el tiempo lo gestionamos mejor. Él me engañó y decidí separarme. Claro, no le sentó bien, intentó que volviéramos pero no quise.

—¿Conoce la vida actual de su exmarido, su trabajo, sus relaciones?

—Más o menos —dijo, moviendo la cabeza a un lado y otro—. Sabía que trabajaba en otra empresa de seguridad. Mi hijo me había dicho que hablaba mucho por el móvil con una mujer, así que supuse que era su pareja, pero no le pregunté. Hacemos vidas por separado.

—¿Le dijo el nombre?

—Sí, pero no me acuerdo. Era…

—¿Susana, Mónica, Isabel...? —preguntó Font.

—Susana.

Villa y Font intercambiaron una mirada.

—¿Y sobre su familia, sabe dónde viven sus padres?

—Su padre está en una residencia en Zaragoza. Sé que de vez en cuando va a verle.

—¿Sabe de algún sitio donde crea que puede estar? En el piso de unos amigos, de una amiga…

—No me ocurre nada, la verdad —dijo al fin—. Él ha sido poco de divertirse. Siempre más bien de trabajar y trabajar, un obseso.

Cuando dieron por finalizadas las preguntas, justo antes de salir de la sala, Raquel se giró hacia los policías.

—¿Qué le digo a Pablo sobre su padre? Me hará preguntas.

—Lo que usted considere más oportuno —respondió Villa—. En cuanto tengamos noticias, le llamaremos.

Cuando se quedaron a solas, Villa le dijo a Font lo que pensaba.

—Para mí que esos dos estaban liados.

—¿Ya no piensas que Agustín chantajeaba a los Ferrer?

—No, he cambiado de opinión. Se me hace raro que Agustín lo hiciera delante de su hijo, encaja mejor que estuvieran liados.

—Siendo un empleado de seguridad vinculado a Magna, seguro que habría entrado en contacto con Susana de alguna manera.

Villa se quedó inmóvil de repente. Había atado dos hilos que estaban sueltos.

—Claro, el almacén de Alcalá de Henares. Él era el encargado de su seguridad.

—¡A lo mejor está escondido allí!

40

ATARDECÍA. En el polígono industrial de Alcalá de Henares reinaba la calma. Villa y Font bajaron del coche, justo delante del almacén de los Ferrer que registraron tres días atrás.

—Si no lo encontramos ahí dentro, le preguntaremos a Manolo —dijo Villa, señalando el bar.

—Vale.

Villa se fijó en un coche blanco que aparcaba a lo lejos, entre dos vehículos. Le pareció extraño que nadie saliera del vehículo. Font abrió la puerta del almacén y entraron con cautela. Una suave luz de crepúsculo se colaba a través de las ventanas. Al igual que en su primera visita, el lugar estaba vacío.

Se dirigieron a la oficina. Al llegar al umbral, vieron en el suelo una bolsa deportiva.

—¿Será de Agustín? —preguntó Font.

—Descubrámoslo. Llama a Científica, que traigan a un equipo.

—Vale.

Villa fue al coche a por un juego de guantes de nitrilo, que se enfundó según regresaba junto a Font.

—Hay manchas de sangre —dijo su compañero, señalando la pared.

—Serán de Agustín.

Villa abrió la bolsa. Había mudas de ropa, un cepillo de dientes, un peine y unas llaves. Siguió hurgando en los bolsillos laterales.

—Cuando se enteró del crimen de Isabel, se refugió aquí —dijo Villa.

—Pero le encontraron, y se lo llevaron para matarlo por ser el confidente.

De repente, Villa se puso de pie con los brazos en jarras. Algo en su mente hizo clic cuando su compañero había dicho «confidente».

—¿Qué ocurre? —preguntó Font, al ver que su compañera parecía ausente.

—No, él no fue —respondió mirándole fijamente.

Font se quedó sorprendido.

—¿Cómo que no? ¿Entonces quién?

—Fue Susana.

—¿Susana Ferrer? ¿Cómo lo sabes? —preguntó, desconcertado.

—Isabel lo anotó en su agenda el día que iba a citarse con ella: Ferrer. Pensamos que se refería a Joaquín, pero era Susana. Por eso la han matado. No hay otra explicación posible. Además, la tortura del soplete está reservada a quienes dañan a la organización.

—¿Y lo de la agenda, *valioso AGM*?

—Agustín fue quien las puso en contacto, pero era Susana quien de verdad conocía de primera mano cómo funcionaba la red de corrupción.

—Sí, es verdad. Tiene sentido que fuera Susana.

—Mientras vienen los de Científica, vamos a hablar con Manolo.

Unos minutos después, entraron en el bar. El dueño vestía la misma rebeca sobre la que colgaban las gafas. Al ver a los policías, les saludó con un movimiento de la cabeza y se acercó a ellos, dejando por el camino el trapo que llevaba entre las manos.

—El otro día, cuando hablamos con usted —dijo Villa apoyándose en la barra—, nos dijo que solía ver a un vigilante rondando por el almacén de enfrente.

—Sí.

—¿Reconoce a este hombre? —Font le mostró en el móvil la foto de Agustín García.

Manolo se puso las gafas y dedicó un instante a rebuscar en su memoria.

—Podría ser él, sí. Me encaja con la edad y el aspecto, aunque nunca le vi de cerca.

Agradecieron al dueño su testimonio, y se marcharon de vuelta al almacén.

—Resumiendo —dijo Villa—. Susana y Agustín se conocen a causa del almacén. Era él quien se encargaba de echarle un ojo cuando trabajaba para Magna Security. A lo mejor, un día le avisó a ella de algo y se conocieron.

—Y estalla el romance. Susana quiere divorciarse de Joaquín, pero este no quiere. ¿Cuál es la única forma de conseguirlo? Un escándalo público.

—Que detengan a su marido, que lo metan en la cárcel.

—Agustín le dice que conoce a una periodista, que es Isabel.

—Y a Susana le parece bien.

—Pero el malo se acaba enterando de que Isabel está husmeando donde no debe y la mata. Pero antes ella confiesa el nombre de Susana Ferrer.

—¿Por qué entonces Joaquín deja todo y sale huyendo?

—No huía de la policía, sino del asesino del soplete. Susana era su responsabilidad y había fallado.

—Agustín se ausentó del trabajo justo al día siguiente de que Joaquín se *suicidara* —dijo Font, dibujando unas comillas en el aire —. Supo que irían cayendo todos y él también, así que se escondió en el almacén.

—Los malos lo encontraron. Le usaron para tender una trampa a Susana, porque no iban a ir a su casa a buscarla al ser el centro de atención en ese momento. Se hicieron pasar por él de alguna manera, por mensajes, para que fuera a su piso y allí la pillaron y se vengaron. ¿Encaja todo?

—Sí, pero aún no tenemos lo más importante. La identidad del asesino del soplete.

Villa estaba a punto de decir algo, cuando vio a lo lejos que alguien entraba en el almacén.

—¿Quién es ese?

—No parece un compañero de Científica. Demasiado pronto.

—¡La bolsa de Agustín sigue ahí!

Los policías intercambiaron un centelleo en sus ojos, y echaron a correr en dirección al almacén.

41

Al entrar en el almacén, Font y Villa vieron la melena canosa del periodista José Espinosa. Estaba tomando fotos con el móvil.

—No me jodas, ese otra vez —dijo Font.

—¿Cómo se ha enterado de…? —Villa calló de repente, consciente de que no merecía la pena formularse esa pregunta. No era la primera vez que el periodista demostraba estar bien informado.

Pensó que el coche blanco que antes le llamó la atención era de Espinosa. Les había seguido desde la Jefatura.

—¡Eh! —gritó Font.

Espinosa se giró hacia ellos y guardó el móvil. Los policías se acercaron con un cabreo monumental. El periodista no hacía más que entorpecer su investigación.

—¿Qué coño haces aquí? —Le soltó Font.

—¿Tú qué crees? —replicó Espinosa, que seguía con el apósito en la frente—. Esto es noticia, amigo. Estoy en mi derecho de ejercer la libertad de prensa.

—Borra esas fotos —ordenó Font.

—Ni de coña.

—Que las borres o yo te las borro —dijo Font, a un palmo de su cara.

—David… —intercedió Villa.

—No pienso darte el móvil —dijo Espinosa.

—¡Que me lo des!

—Vete a tomar por culo —dijo el periodista, apartándose.

Font no dejó que fuera muy lejos. Le cogió de la ropa. Forcejearon. El móvil cayó al suelo y se oyó el tintineo de un objeto metálico. El policía le atizó un puñetazo en el estómago y Espinosa se desplomó. Font iba a darle una patada, pero Villa le detuvo.

—¡David, ni se te ocurra!

—¡Nos está jodiendo el caso!

Villa empujó a su compañero.

—¡Vete al coche y espérame allí!

Font sacudió la cabeza con las manos en jarras. Respiraba como una bestia salvaje, y miraba al periodista como si quisiera matarlo.

—¡Haz lo que te digo! —insistió Villa.

Durante unos segundos, nadie supo qué iba a pasar. El silencio era tenso. Villa estaba dispuesta a todo con tal de evitar una falta grave de su compañero. El periodista seguía en el suelo, con las gafas mal puestas, tosiendo y con una mano en el vientre. Por fin, Font empezó a caminar en dirección a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Villa a Espinosa.

—Tu compañero debería estar en un psiquiátrico.

—Y tú delante de un juez.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por inventarte entrevistas.

El periodista se levantó y se sacudió los pantalones. Después, cogió su móvil y comprobó que no hubiera sufrido ningún daño.

—No me vengas con eso de que solo haces tu trabajo —dijo Villa.

—Es que es la verdad.

—Lo que es verdad es que parece que te interesa más el morbo que saber quién mató a Isabel.

—¡Te equivocas! ¡Me interesa más que a nadie!

—¡Pues déjanos trabajar!

—La prensa puede ser de gran ayuda, lo que pasa es que nos veis como el enemigo.

Villa se fijó en un pequeño objeto que brillaba en el suelo. Debía de haberse caído en el forcejeo. Se agachó para cogerlo. Era una pluma estilográfica de Montblanc, de color negro.

¿Dónde he visto antes una pluma parecida?, pensó.

Al darse cuenta de que guardaba parecido con la pluma que encontraron en el dormitorio de Isabel, sintió un estremecimiento.

Espinosa intentó recuperarla, pero Villa se apartó y la siguió examinando. Le quitó el capuchón y vio que el plumín también tenía un relieve artesanal.

—Tú se la regalaste a Isabel —le dijo a Espinosa.

—¿Qué?

—La pluma de dos mil euros.

—No sé de lo que estás hablando. Te has vuelto loca.

—¿Desde cuándo salías con ella?

—Me marcho. No quiero oír más tonterías.

—La entrevista que hiciste al novio de Isabel te la hiciste a ti mismo. Tú eras su novio.

—Se equivoca, estoy casado —dijo, levantando la mano y mostrando su alianza.

—¿Por qué dijiste en la falsa entrevista que Isabel conocía a su asesino?

—No voy a decir nada más —dijo, y dio medio vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

—Entonces acompáñanos a la Jefatura.

Espinosa se detuvo de repente.

—Vas a hacer una declaración mientras registramos tu casa y requisamos tus dispositivos. También vamos a buscar tus huellas en la pluma de Isabel. Búscate a un abogado, o dile a tu mujer que te lo busque.

El periodista seguía inmóvil.

—¿Por qué dijiste que Isabel conocía a su asesino? —preguntó Villa—. Es la última vez que te lo pregunto. Si me dices la verdad, quizá te ayude.

Espinosa bajó por un momento la cabeza, derrotado. Después empezó a hablar sin mirar a Villa.

—Después de que pusiera la denuncia por las amenazas por teléfono, un hombre se presentó en la casa de sus padres y la amenazó de muerte también. Yo estaba en el piso. Sus padres se habían marchado a una boda en Toledo.

—¿Viste a ese hombre?

—Unos segundos, a través del espejo del vestíbulo.

—¿Cómo era?

—Tendría unos sesenta años, con una cara huesuda.

—¿Qué más viste?

—Nada más.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que dejara de husmear donde no le importaba, que habría consecuencias si no lo hacía.

—¿Isabel lo denunció?

—Creo que no. A mí no me dijo nada.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Poco, unos meses.

—¿Y le regalaste una pluma de dos mil euros? —preguntó Villa, extrañada.

Espinosa se encogió de hombros.

—Estaba enamorado de ella.

Villa se quedó pensando en qué hacer con Espinosa. El protocolo obligaba a que prestara su testimonio por los cauces oficiales. Sin embargo, quizá hubiera visto al asesino del soplete, y eso podría ser de gran ayuda. Si el asesino había localizado a Isabel, también podría hacer lo mismo con el periodista si se enteraba de que lo conocía. Debía protegerlo.

—Vete a casa y no hables con nadie de esto.

—¿Me devuelve la pluma? —preguntó, tendiendo la mano.

—No, me la quedo de momento. Ah, y mañana a primera hora quiero que te presentes en la Jefatura.

—¿Por qué?

—Para hacer un retrato robot del hombre que amenazó a Isabel.

El periodista enfiló hacia la salida.

—Una cosa más —le dijo la inspectora, y Espinosa se giró—. No nos vuelvas a seguir.

Unos minutos después, Villa salió del almacén y subió al coche. Antes de que Font le reprochara haber dejado marchar a Espinosa, le enseñó la pluma.

—Se le cayó en el forcejeo. ¿No te recuerda a otra?

Font la examinó.

—¿A la de Isabel?

—Correcto.

Villa le explicó lo que había averiguado del periodista. Lo excitante era que obtendrían una descripción de alguien que podría encajar con el asesino del soplete.

—Sesenta años, cara huesuda —dijo Villa, evocando las palabras de Espinosa.

—¿Sigues pensando que puede ser un policía?

—Sí.

—Pero ¿cuántos policías de esa edad hay en el Cuerpo? ¿Cien, doscientos? Además, ¿cómo vamos a llegar hasta él? ¿Descartando nombres en un fichero de Excel?

—Lo sé, necesitamos más datos —dijo Villa, arrancando el motor del coche—. Volvamos a la Jefatura.

42

En las oficinas del Grupo 7, Villa, Font y Álvarez repasaban lo sucedido durante el día. En el tablón, habían cambiado de sitio la imagen de Susana Ferrer, y ahora colgaba junto a la de Isabel y Joaquín.

—Tres muertes ya —Álvarez negaba con la cabeza.

—Cuatro, si contamos la de Salvador Ortega en el caso Abebi.

—Y el caso no deja de complicarse —dijo Font—. Sospechamos que Susana era la confidente de Isabel.

Álvarez se le quedó mirando.

—¿Por qué haría algo así?

—Ella quería que todo estallara por los aires —respondió Villa—, y así librarse de su marido. Con él en la cárcel, ella se quedaba con el control del patrimonio y sería libre para seguir con su amante, Agustín.

—Pero el plan le salió torcido —Font chasqueó la lengua.

—Me cuadra que Susana facilitara las capturas de la auditoría a Isabel —dijo Villa—. Se enteraría por Joaquín y accedió a esos documentos.

—Tengo una pregunta —dijo Font, mirando el tablón—. Si Joaquín no iba a verse con Isabel la noche en la que murió, ¿quién avisó al asesino de que ella estaría en la nave abandonada?

—Buena pregunta —señaló Álvarez.

—Es cierto —dijo Villa, asintiendo—. Quizá el asesino llevaba días vigilando a Isabel.

—Puede ser, sí —dijo Font—. O la seguía un cómplice.

Villa recordó la sospecha que tenían de que el asesino era un policía.

—O intervinieron sus comunicaciones —apuntó.

Álvarez se apoyó sobre el borde de una de las mesas.

—Estáis cerca de algo, chicos, pero el tiempo se nos echa encima. Seis días ya con este caso, es mucho. Además, puede que haya otra muerte.

—Sí, la de Agustín —dijo Font—. Aunque sigue *oficialmente* desaparecido.

—Sabemos que salió a toda prisa de su casa y nadie lo ha vuelto a ver —dijo Villa.

—Quizá está fuera del país —dijo, Álvarez mirando el tablón.

—No lo creo, jefe. En la bolsa no encontramos ninguna documentación personal, y esa sangre será la de él. Espero que los de Científica nos lo confirmen pronto. Si es así, no doy un duro por él.

Villa cogió una hoja en blanco y la colocó en el centro del tablón. Con un rotulador rojo, dibujó una gran equis. Todo convergía sobre él. Después de dos años, estamos cerca, pensó.

—El asesino del soplete —dijo Font.

—Mañana tendremos su retrato robot —dijo Villa, e inspiró hondo sin dejar de mirar la equis.

—Gracias a Espinosa —dijo Font.

—Ese idiota nos lo podía haber dicho antes —dijo Álvarez—. Hemos perdido un tiempo valioso. ¿Es de fiar, Teresa?

—Creo que sí —Villa señaló la foto de la pluma estilográfica de Isabel—. Fue él quien se la regaló.

—Otro romance prohibido —dijo Font—. El amor entre Agustín y Susana ha sido lo que ha desencadenado los asesinatos.

—No, ha sido la avaricia —corrigió Villa—. La avaricia de unos pocos.

—Lo mismo da —zanjó Álvarez—. Hay que resolver el caso, ya sea una causa o la otra. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Me gustaría volver a hablar con Benítez —respondió Villa.

—No va a decir nada —objetó Font.

—Sigo pensando que está espantada por todos los crímenes —dijo Villa—. Una cosa es ser corrupta y otra cómplice de los asesinatos. Se está jugando mucho. Cuando la trajimos aquí para interrogarla, la vi tocada.

—Pues hay que encontrar la manera de llegar a ella —dijo Font.

—Sí, pero de una manera discreta —dijo Villa.

Antes de que se marcharan a casa, Villa recordó el incidente de su compañero con Espinosa, y lo vinculó con el intento de agresión a Ferrer en la comisaría de Sevilla. Había algo oscuro en él que ella empezaba a vislumbrar.

—¿Estás bien? —le preguntó a Font.

—Sí, ¿por qué?

—Por lo del almacén, por lo de Ferrer. ¿Qué pasa? ¿De dónde viene eso?

Font se tomó un instante para responder.

—Es complicado. No lo sé.

—¿Quieres hablar?

—Otro día.

—Anda, vete a casa y descansa.

En cuanto Villa abandonó la Jefatura, se dirigió en coche al loft de Leo. Era tarde, pero tenía ganas de disculparse por marcharse de una manera tan abrupta la noche anterior. La llamada del asesino del soplete le había afectado y no pudo controlar su reacción. Seguro que lo comprendería. Con Leo se podía hablar.

A pesar de la hora, Leo la recibió con una sonrisa resplandeciente. Se besaron en la boca y después fueron al salón. Sonaba una música relajante que a Teresa le pareció que surgía de todas partes, como una ola que te envuelve.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó a Leo.

—Esperándote.

Teresa sonrió.

—¿Ah, sí?

—Sabría que vendrías.

—¿Lees la mente?

—Solo la tuya.

Se entrelazaron las manos y se volvieron a besar, esta vez durante un largo rato. Teresa acabó descansando la cabeza sobre su pecho.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó Leo, rodeándola por el hombro.

—De eso quería hablarte, de lo que pasó anoche.

—Te escucho.

—Recibí una llamada de un hombre que me amenazó. Estamos detrás de él y quiso asustarme. No te puedo contar los detalles, pero me puse nerviosa y me fui. Necesitaba aire.

—¿Te amenazó de muerte?

—Sí.

—Joder… No sé cómo alguien puede recibir una amenaza de muerte y seguir con su vida. ¿Es la primera vez que te pasa?

—Sí, de una manera tan personal. Bueno, conozco a ese hombre.

—¿Y no está detenido?

—No sé su identidad, pero lo conozco.

Leo, confundido, buscó su mirada.

—¿Qué quieres decir?

Ella se llevó la mano a un costado.

—Me atacó en un aparcamiento con un soplete, me quemó —dijo, sintiendo cada palabra como una llamarada en su interior.

—¿Por eso tienes esa cicatriz?

Teresa asintió.

—Pensé que iba a morir —dijo, sintiendo un nudo en el estómago.

—Dios, qué hijo de puta.

—Mi hermana y tú sois los únicos que lo sabéis.

Leo la besó en la coronilla.

—A tu madre no se lo has dicho para no preocuparla.

—Correcto.

Teresa notó un hormigueo extraño. Acababa de traspasar una frontera de la que ya no había vuelta atrás. Compartir su intimidad con Leo suponía un gran paso en su relación.

Sentía que al liberarse había una parte de ella de la que había perdido el control, esa parte que mantenía oculta detrás de la placa de policía. Tenía que convencerse a sí misma de que eso estaba bien, que mostrarse vulnerable no significaba ser débil.

43

VILLA CONDUJO a Jose Espinosa a Científica para que uno de los técnicos confeccionara el retrato robot, siguiendo sus indicaciones. Entre el policía y el periodista se respiraba una cierta tensión por lo sucedido el día anterior.

La metolodogía para la elaboración de el retrato robot, había cambiado a lo largo de los años. Ahora la Policía Nacional y la Guardia Civil usaban un potente *software* en lugar del boceto a mano alzada.

En la base de datos del programa informático, se almacenaba una gran cantidad de segmentos faciales: ojos, nariz y boca. Una de las novedades más útiles para los investigadores de casos que se alargaban en el tiempo, consistía en la capacidad de envejecer la cara.

Villa presentó a Espinosa al especialista encargado, llamado Montes. Un hombre con pinta de contable. Camisas a cuadros con manga corta y un bolsillo lleno de bolígrafos. Los especialistas dominaban la técnica del «retrato hablado», es decir, la descripción verbal de los rasgos a través del relato del testigo. Como la memoria es engañosa, se necesita una gran habilidad para interpretar las descripciones.

—Como le dije a la inspectora —dijo Espinosa—, solo vi a ese hombre unos segundos, y a unos cinco o seis metros.

—No se preocupe —dijo Montes—. Relájase, y primero intente situarse en el lugar en el que vio al sospechoso.

Villa estaba de pie, a una prudente distancia para que Montes pudiera trabajar con comodidad, creando un clima de confianza con el periodista. El especialista preguntaba con calma. ¿Alto? ¿Bajo? ¿Marcas?

Romero, de Criminalística, la llamó al móvil.

—Por si te interesa, el ADN de Susana Ferrer tampoco coincide con los pañuelos encontrados en la casa de Cádiz.

Villa asimiló la noticia como una pista más que debía descartarse.

—Gracias, Romero.

Poco a poco, el retrato se fue componiendo en la pantalla. Villa respiraba hondo, frustrada, porque ella no podía aportar ningún dato. Cuando fue atacada con el soplete, uno de ellos llevaba un pasamontañas y después el aparcamiento se quedó a oscuras.

Una hora después, Espinosa y Montes dieron el retrato por finalizado. Villa se puso entre los dos hombres. Ante ella, un hombre de ojos penetrantes. Tendría unos sesenta años, pelo corto y con pómulos salientes. ¿Podría ser el retrato del asesino del soplete?

Montes se despidió. Villa acompañó a Espinosa a la salida. Antes de cruzar el umbral, le lanzó una pregunta.

—¿Hay algo más sobre Isabel que no nos hayas contado?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Manteníais la relación cuando ella murió?

—No, ella quiso dejarlo y yo lo respeté. ¿Existe alguna forma de que pueda recuperar la pluma que le regalé? Me gustaría tenerla como recuerdo.

—Tendrás que hablar con sus padres. ¿La querías?

—Mucho.

—¿Fuiste tú quien se pasó por la nave industrial hace dos noches en busca de algún testigo?

Espinosa abrió los ojos, sorprendido.

—Yo también quiero encontrar al hombre que la mató —dijo, con un hilo de voz.

Al cabo de unos minutos, Villa colocaba el retrato robot en lugar del folio en blanco de anoche. A un lado, los asesinatos. Al otro,

Chari y sus vínculos con el caso anterior. Arriba, la imagen de Agustín García Mesa. Debajo, las anotaciones de la agenda de Isabel.

—Otro paso más —murmuró Villa.

—¿Ahora qué hacemos? ¿Vamos enseñando el retrato por las comisarías a ver si alguien le reconoce? —ironizó Font.

—Sería demasiado arriesgado.

—¿Entonces?

—Ya se nos ocurrirá algo. ¿En qué estabas?

—Estudiando el patrimonio de Agustín, que acaba de llegar. Sus cuentas bancarias, movimientos tarjetas, números de teléfonos, deudas, propiedades…

Se sentó en su puesto y le mostró a Villa la pantalla del portátil.

—Esta es la matrícula de su coche, un Skoda Sportline. ¿Damos un aviso para que lo encuentren?

—Sí, pero antes regresemos al polígono industrial de San Fernando. A lo mejor está aparcado cerca del almacén. De alguna manera Agustín tuvo que llegar allí.

Eran cerca de las diez y media cuando llegaron al polígono. De las naves industriales salían persistentes ruidos de sierra, taladros o martillazos. El bar Manolo estaba cerrado. Varios jóvenes corrían por la acera a pecho descubierto, lo que significaba que había cerca un gimnasio.

—Nos dividimos —dijo Villa—. Cada uno por un lado del almacén.

—Vale.

Villa fue examinando los coches aparcados en busca del Skoda. Agustín era un hombre joven, fuerte. Qué menos que dos personas para llevárselo contra su voluntad. La sangre en el suelo indicaba que se produjo violencia. Agustín se resistió, pero acabaron derrotándole.

De repente, vio a un Skoda aparcado entre una furgoneta y una moto. El coche estaba a unos veinte metros del almacén. Llamó a Font por el móvil.

Mientras Font acudía a reunirse con ella, llamó a Álvarez para decirle que lo habían encontrado, y que una grúa tenía que venir a recogerlo para que lo analizaran en busca de huellas.

Font apareció trotando.

—Estos modelos tienen cámaras de seguridad —dijo, al ver el coche.

—¿Para conducir?

—Sí, pero también para grabar cuando está aparcado. A lo mejor ha grabado algo. No está muy lejos de la puerta del almacén.

—¿Cómo se accede a la información, se envía a un servidor?

—Se vuelca en un *pendrive* que está enchufado en un lugar que no se ve a simple vista. Me acuerdo de un caso en Girona, con un Skoda también implicado. Pertenecía al dueño de un puticlub de carretera. Los del GOIT lo desmontaron por completo porque se sospechaba que guardaba documentación falsa de las prostitutas a las que explotaba. Casualmente se encontraron con un *pendrive* que contenía imágenes de mafias rivales saboteando el coche.

—Pero ¿la cámara está activa 24 horas?

Font asintió.

—Es posible que grabara algo, sí.

—Eso sería genial.

44

PASADA la una de la tarde, los padres de Agustín se presentaron en la Jefatura a requerimiento de Villa. Horas antes había informado por teléfono a su madre, Blanca, que su hijo llevaba oficialmente veinticuatro horas desaparecido.

La intención de Villa era la de ponerles sobre aviso de que su hijo estaba involucrado en una trama de corrupción, y de que debían prepararse para lo peor.

Blanca y Lorenzo eran los propietarios de una ferretería en el Ensanche de Vallecas. Un empleado se quedó a cargo del negocio, mientras ellos acudían al encuentro con la policía. En la sala de interrogatorios, se les veía tensos y desconcertados por encontrarse hablando con dos policías de Homicidios.

Villa les informó de que se habían producido varias muertes y, aunque pensaban que su hijo era inocente, debían localizarlo y hablar con él.

Lo primero que les pidió era que llamasen a Agustín desde sus móviles. Lo hicieron, pero no contestó.

—Hemos encontrado en un almacén una bolsa de deporte con varios objetos personales —les dijo Villa—. Quiero que nos diga si la reconocen.

A través del portátil, Font les enseñó la imagen. Lorenzo respondió enseguida. Era un hombre calvo, y con una barba canosa.

—Sí, es su bolsa.

—Se la regalamos cuando cumplió los diecisiete —dijo su madre, una mujer de mirada dulce, cabello corto y teñido de un rubio pálido —. Necesitaba una para ir al gimnasio.

—No sabía que aún la conservaba.

—¿Y los objetos personales? —preguntó Font, refiriéndose a las mudas de ropa, el cepillo de dientes, un peine y el juego de llaves.

—No me suena nada de eso —respondió Lorenzo, y miró hacia su mujer.

—A mí el peine y la ropa sí, lo demás no.

El matrimonio mantenía el contacto visual y físico en todo momento. Villa pensó que era un matrimonio bien avenido.

—¿Qué saben de la vida personal de su hijo? ¿Salía con alguien? —preguntó Font.

—Nos dijo que salía con una mujer que se llamaba… —respondió Lorenzo.

—Susana —completó Blanca—. Estaba casada. Le dije que eso no me gustaba para nada, y que…

—Un momento —interrumpió el marido—. ¿Todo esto tiene que ver con las muertes que han aparecido en la prensa? ¿Los Ferrer y esa chica periodista?

—Correcto —respondió Villa.

El matrimonio cruzó una mirada de honda preocupación.

—Sabía que pasaba algo, lo sabía —Se lamentó Blanca.

—¿Dónde creen que puede estar su hijo? —preguntó Villa, reconduciendo la conversación.

Blanca volteó la cabeza hacia su marido, que se pasaba una mano gruesa por la mejilla.

—Mis padres viven en Cangas de Onís, en Asturias —respondió Lorenzo—. A lo mejor está con ellos.

—Llámelos.

Lorenzo volvió a sacar su móvil. Buscó el contacto y presionó el botón. Los tonos de la llamada se sucedieron, hasta que se cortó.

—Están afuera, cuidando de los animales —aclaró Lorenzo—. No están pendientes del teléfono.

—Pero no entiendo —dijo Blanca—, ¿por qué Agustín no acude a ustedes? ¿De qué está huyendo?

—Su vida está en peligro y no confía en nadie —respondió Villa.

Blanca tragó saliva. Lorenzo la cogió del brazo. A Villa le dio la impresión de que los dos luchaban por no dejarse dominar por las emociones.

El móvil de Font vibró sobre la mesa. Leyó un mensaje de un compañero que le extrañó: «Tienes que ver esto». Al abrir el chat, vio que se trataba de un vídeo.

Mientras Villa hablaba con el matrimonio, lo reprodujo. Enseguida las imágenes le dejaron estupefacto.

—Teresa —le dijo, haciéndole un gesto apremiante con la cabeza —. Tenemos que hablar.

Sorprendida, Villa dijo al matrimonio que regresaban en un minuto. Salieron al pasillo.

—¿Qué ocurre, David?

—Mira, me han reenviado esto.

Le entregó el móvil y dio un paso atrás. Villa tuvo un mal presentimiento. Aun así, apretó el botón y el vídeo se reprodujo.

Reconoció enseguida su dormitorio y se llevó un sobresalto. Pero eso no era lo más grave. Salía una mujer joven. Se dio cuenta de que era ella misma. La sorpresa se convirtió en angustia. Estaba sobre la cama, desnuda, practicando sexo con Leo. El vídeo no contenía audio. Los cuerpos en silencio se acariciaban, se abrazaban, se fundían.

Si el vídeo le había llegado a Font, significaba que se había hecho viral dentro del Cuerpo. Todo el mundo iba a verla desnuda o ya la había visto. Sintió una oleada de indignación, vergüenza y rabia.

Detuvo el vídeo. Ya no quería ver más. Recordó las palabras del psicópata que le advirtieron de que, si seguía con el caso, se atuviera a las consecuencias.

—Lo siento, compañera —dijo Font—. Es una cabronada. Quien haya hecho esto es un hijo de puta. ¿Estás bien?

—Ha sido él, el psicópata del soplete —replicó dándole el móvil.

Font no sabía qué más decir.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Villa.

—Termina el interrogatorio y dile al jefe que ahora vuelvo —respondió sin mirarle.

Villa se marchó con paso apremiante por el pasillo. Se metió en el baño y se encerró en uno de los cubículos. Sus manos empezaron a temblar. Se sentía ultrajada, agredida, violada. ¿Por qué a ella?

45

En el coche, Álvarez no paraba de llamarla al móvil. Ya se habría enterado de lo del vídeo y, lo que es peor, lo habría visto. Circularía como la pólvora por todo el Cuerpo de Policía, compañeros, compañeras, jefes…

Debió haberlo previsto. Sabía que el asesino había sido el líder de la red que chantajeaba a jueces, políticos, empresarios grabando sus encuentros sexuales con prostitutas.

Además. Cuando fue a visitar a Chari a la cárcel, le advirtió que se anduviera con ojo. A su alrededor, hubo infinidad de señales y ella las había ignorado todas.

No, no puedo dejar que esto me afecte, pensó.

Necesitaba contárselo a alguien, sacarlo de sus entrañas. Llamó a su hermana y habló con el manos libres.

—Teresa, ¿a qué se debe tu honrosa llamada? —respondió Elena con buen ánimo.

—No vas a creer lo que me está pasando.

—¿Qué? —preguntó con un tono grave.

—Me han grabado con Leo. En mi cama, follando.

—¿Quién te ha grabado?

—Alguien que me la tiene jurada.

—¿Leo?

—¡No!

—Vale, Teresa, tranquila.

—Todo empezó con un caso de hace dos años —dijo, calmándose —. No te puedo dar muchos detalles.

—Lo sé.

—El vídeo se estará difundiendo entre compañeros y… —No pudo continuar. Tenía un nudo en la garganta.

—¿No puedes pararlo?

—¿Cómo?

—Eres policía, Teresa. Algo podrás hacer, digo yo.

Villa apretó las manos sobre el volante. Le dominaba la impotencia.

—No, no puedo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a mi piso y después a buscar a Leo. ¿Tú has recibido algo extraño en el móvil?

—No, yo no. También le puedo preguntar a Ramiro. Dios mío, no puedo creer que esto esté pasando.

Villa dobló una esquina y a unos doscientos metros vio su portal.

—Yo tampoco. Hablamos luego.

—Vale, llámame en cuanto puedas.

Detuvo el coche en doble fila, puso el intermitente de emergencia y se bajó con urgencia. ¿Cuándo había tenido lugar la grabación? No lo podía determinar con exactitud. ¿Habría más grabaciones de ellos, o de ella sola? Tampoco lo podía saber y eso la angustió todavía más.

En su piso, fue derecha a su dormitorio. Por el ángulo del encuadre del vídeo, dedujo que la cámara estaba dentro de la rejilla del aire acondicionado. ¿Seguiría ahí?

Cogió un banco de mimbre del salón y lo situó justo debajo. Después fue a la cocina a por un cuchillo. Su mente la torturaba una y otra vez con imágenes del vídeo.

Insertó el filo en el marco de la rejilla. A simple vista, no encontró una rozadura que revelara que alguien la hubiera extraído. Lo que la llevó a pensar que quien fuera que hubiera entrado en su casa, era un profesional.

Tirando con fuerza, la desencajó. La cámara no estaba. Cogió el móvil, activó el flash y proyectó la luz por el interior del conducto.

Solo vio el revestimiento de metal. Al menos dos veces habían entrado en su piso. Una para instalarla y otra para llevársela.

Tengo que cambiar ya la cerradura, pensó.

Inspeccionó todos los rincones del piso en busca de cámaras o micrófonos. Incluso detrás del cartel colgado en la pared de la película Pulp Fiction. No encontró nada, pero su desasosiego continuaba.

Como el móvil no dejaba de sonar, lo puso en modo silencio. Llamó a un cerrajero de emergencias, y a la media hora ya estaba la cerradura cambiada.

Cuando iba a marcharse, colocó un trozo de cinta adhesiva en la puerta, pegado al marco. Si alguien entraba en su piso, lo sabría.

Cogió el coche y se fue a la agencia de Leo, en la calle Serrano, muy cerca de la Puerta de Alcalá. ¿Habría recibido el vídeo? Elena seguía sin comunicarle que lo había recibido. Por lo tanto, quizá el psicópata solo lo había enviado a su entorno profesional. Un detalle más de que era un policía.

La agencia se situaba en la última planta de esos edificios antiguos con ascensores al aire, anchas escaleras y una robusta arquitectura. Llamó al timbre, se oyeron unos tacones sobre el parqué y una mujer abrió la puerta.

—¿Está Leo? Necesito hablar con él.

—¿Quieres pasar?

—Dile que salga. Es urgente.

Villa se quedó esperando en el descansillo. Se agarró al pasamanos y miró hacia abajo. Tres pisos la separaban del suelo. Sintió un escalofrío. ¿Cuántos metros de altura? ¿Veinte, treinta? Una caída limpia y toda la angustia se acabaría.

—Teresa, ¿todo bien? —dijo Leo a sus espaldas.

Villa se giró y se acercó a él. Leo vestía un jersey azul marino y unos vaqueros. En su cara había inquietud. Villa no pudo evitar analizar su reacción. ¿Y si estaba implicado? ¿Y si era otro de los compinches del asesino del soplete?

—No.

—¿Qué pasa?

—Alguien ha difundido un vídeo. Salimos tú y yo en la cama.

—No lo entiendo. ¿De qué vídeo estás hablando?

Su reacción le parecía auténtica, pero ya no se fiaba de nadie.

—Se lo han reenviado a mi compañero, y seguramente muchos compañeros más lo estarán viendo o reenviando.

—¿Sabes quién ha sido?

—Creo que sí.

—¿Qué sale exactamente en el vídeo?

Leo se acercó para tocarla, pero Villa se apartó.

—Tú y yo, follando en mi cuarto. ¿Necesitas más datos o con eso es suficiente? —le dijo, siendo consciente de su sarcasmo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Tú qué crees?

—Vale —dijo Leo, entendiendo el ánimo de Teresa—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Nada. Si quieres, pon una denuncia.

—Hagamos una cosa. Vamos a tomar un café y hablar sobre esto. Dame unos minutos para que avise a mi jefe de que me voy a ausentar.

—No puedo. Solo he venido a avisarte.

—Está bien, pero hablemos esta noche.

—Vale —dijo ella, sin mucha convicción.

Leo se aproximó de nuevo, pero Villa se dirigió a las escaleras.

—Ya hablaremos luego —le dijo.

—Te llamaré.

Villa se alejó pensando que esta nueva batalla tendría que librarla sola.

46

En el coche, Villa pensaba en cuál sería su siguiente movimiento. Consultó la hora. Las 14:36. Tendría que volver a la Jefatura para seguir estudiando con Font el entorno de Agustín. Respiró hondo.

Se acordó de Malik. No la había llamado. Vendría bien dejarse caer por el locutorio, y recordarle que estaban a la espera de sus noticias.

El móvil volvió a sonar. Era Álvarez. Ya no podía ignorarlo por más tiempo.

—Teresa, ¿se puede saber dónde coño estás? ¿Por qué no coges el teléfono?

—He tenido que poner patas arriba mi piso.

—¿Encontraste algo?

—No.

—¿Seguro que eres tú la del vídeo?

—Sí, soy yo.

—¿Sospechas quién lo puede haber filtrado?

—El asesino del soplete. Me amenazó y, además, siempre sospechamos, en el caso de la desaparición de Abebi, que dirigía la red de chantaje sexual.

—O sea que ese cabrón está familiarizado con grabar vídeos a esc0ndidas.

—Sí.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo estás?

—Jodida.

—Hay que hablar con Asuntos Internos.

—No va a servir de nada, jefe.

—Me da igual, Teresa. Es lo que vamos a hacer y punto —dijo con firmeza—. ¿Necesitas algo? ¿Te sientes segura?

—Estoy bien, jefe. Gracias.

—Ven a la Jefatura.

—Vale.

En el barrio de Lavapiés, al cabo de un rato, Villa aparcó el coche sobre la acera y fue caminando hasta el locutorio «Mabad». A pesar del frío, las calles estaban animadas, los turistas paseaban y residentes de todas partes del mundo se dejaban ver en los bares. Pero Villa no estaba pendiente de eso.

Encontró a Malik detrás del mostrador. En cuanto reparó en ella, desvió la mirada. Villa esperó a que terminara de despachar a un cliente.

Pensó que era un milagro que un locutorio siguiera abierto con la competencia de las nuevas tecnologías. Por eso, la policía los tenía siempre en el punto de mira. Blanqueo de capitales, drogas de toda clase, mercadeo de identidades falsas. A nadie extrañaba que las redadas fueran habituales.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó Villa.

—Ocupado, muy ocupado estos días. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Igual que todos, Malik. Nadie dijo que esto de vivir fuera sencillo. ¿Cuándo nos dirás algo?

—No lo sé, es muy difícil lo que pide. Sospecharán de mí.

—Seguro que encuentras la manera.

—Necesito más tiempo.

—No lo tengo.

Una señora entró con un carrito de la compra, y se quedó cerca de la puerta. Malik le habló en árabe.

—¿Quieres que venga todos los días? —le preguntó Villa.

—No, no hace falta —dijo, cada vez más incómodo.

—Si hace falta, vendré mañana y pasado —Le miró fijamente—. Créeme, no voy a dejar de venir, Malik.

—¿Me avisará si van a hacerme una inspección?

—No lo puedo prometer, pero llegado el caso tendrás a alguien que hablará bien de ti si te imputan por algo.

—No es mucho.

—Es lo que hay —Sonrió y se alejó del mostrador—. Hasta mañana, Malik.

Eran poco más de las cuatro de la tarde. Villa aparcó en la Jefatura. Dejó escapar un largo suspiro. Debía enfrentarse ahora a las miradas curiosas de los compañeros.

Se bajó, entró en el edificio y se dirigió a la segunda planta. El trayecto se le hizo eterno. Se iba cruzando con unos y otros. La saludaban con un gesto, una sonrisa, pero ella notaba que algo había cambiado. ¿Era preocupación, burla o desprecio?

En la oficina del Grupo 7, todos voltearon la cabeza cuando ella entró. Calde, Novoa, Álvarez y Font. Cuando les saludó con un escueto hola, sintió vergüenza y humillación. Se sentó en su puesto y los cuatro se acercaron.

—Lo que te ha pasado es una putada —dijo Calde, rodeándola por los hombros.

—¿Ya lo has denunciado, no? —preguntó Novoa, el veterano del Grupo 7.

—Sí, en la comisaría de Arganzuela.

—Pero eso te pilla lejos de casa —dijo Calde.

—Tenía que hacer una visita.

—Conozco a uno ahí —dijo Novoa—. Le diré que se trata de una compañera.

—Teresa, tómate el día libre y ya hablaremos —dijo Álvarez.

—No, gracias, jefe. Quiero trabajar, en casa me subiría por las paredes.

—Tienes que descansar —insistió.

—De verdad que estoy bien.

—Si necesitas algo, dínoslo —dijo Novoa—. Ese cabrón no puede salirse con la suya.

—Los del BCIT se emplearán a fondo en encontrar el origen del vídeo —dijo Calde.

A pesar de que se sentía agradecida por el apoyo, una parte de ella no deseaba ser el centro de atención.

—¿Alguna novedad, David? —le preguntó a Font.

—Ha ido una patrulla a visitar a los abuelos de Agustín al pueblo, y no han visto nada extraño. Ellos afirman que no le han visto.

Villa inclinó la cabeza como diciendo «no sabemos si es verdad o no».

—Y los de Criminalística han confirmado que la sangre encontrada en la bolsa es de Agustín.

—No es una sorpresa.

—Se lo he dicho a los padres.

—¿Cómo han reaccionado?

—Mal, se temen lo peor.

—Entonces el cargador de móvil que encontramos era suyo. Agustín usaba el almacén como su refugio.

—Eso parece.

—¿Los del GOIT han dicho algo del coche de Agustín?

—Nada.

Villa se puso a revisar los registros telefónicos de Agustín. Encontró varias llamadas a Susana el día que se encontró el cuerpo de Isabel. Eran llamadas de larga duración, de más de media hora.

La transferencia bancaria y el testimonio de sus padres, probaba la relación entre ellos pero ¿desde cuándo?, ¿desde que Magna Security se encargara de vigilar el almacén?

Levantó la vista para fijarse en las fotografías de Susana y Agustín, colgadas del tablón. En medio estaba la de Joaquín Ferrer. No, no debió de ser fácil ese romance clandestino, y de qué manera tan brusca había terminado.

Siguió estudiando los registros. El día de la muerte de Susana Ferrer, sobre las cinco de la tarde había varias llamadas entrantes desde el número de ella.

Lo que Villa supuso era que Susana fue víctima de una trampa, que pensó que encontraría a Agustín en su piso y por eso fue. Pero

en realidad el asesino la estaba esperando. Por desgracia, carecía de los móviles para acceder al contenido.

Se levantó y se acercó al tablón. Se puso delante del retrato robot del asesino. No la conocía bien si pensaba que difundir el vídeo iba a detenerla. Tarde o temprano le encontraría.

—¿Has encontrado algo en los registros? —le preguntó Font.

Villa desplazó la mirada hacia las fotos de Chari y Benítez. Las dos que debían de conocer al asesino. Intuía que Benítez era la más débil, pero necesitaba un golpe de efecto para que hablase.

—Hay que hablar con su señoría.

—¿Para qué?

—Vamos a registrar la empresa de Benítez, hay que darle un susto.

47

Villa, Font, y dos agentes más llegaron en coche a la entrada de Magna Security. La tarde caía sobre Madrid con una fina lluvia que humedecía las aceras. Se detuvieron en la barrera de seguridad y se identificaron al vigilante.

—Tenemos una orden judicial para registrar el despacho de Mónica Benítez —dijo Villa, al volante.

El vigilante efectuó una llamada y después les franqueó el paso. Villa aparcó en el mismo lugar que en su primera visita. Los cuatro se bajaron y entraron al vestíbulo. El mismo hombre trajeado que les recibió aquella vez, apareció delante de ellos.

—¿Puedo ver la orden? —le preguntó a Villa, que le entregó el documento.

Sin esperar su aprobación, Villa siguió su camino hacia el despacho de Benítez.

—Espere un momento —objetó el hombre.

—No puedo esperar —replicó la inspectora.

Subieron por la escalinata y recorrieron los bonitos pasillos de mármol. Había un cierto aire de agitación. Empleados se movían de un lado a otro y miraban al grupo de policías con nerviosismo. ¿Intentarían deshacerse de algún documento comprometedor? A Villa solo le interesaba hablar con Benítez, conectar con ella.

Llegaron al gigantesco despacho. La empresaria no estaba y Villa torció el gesto. Font guio a los agentes para empezar el registro,

mientras que Villa empezó a abrir los cajones de la mesa. Descubrió un bolso de cuero con pinta de valer un par de miles de euros.

—Benítez está aquí —le dijo a Font, enseñando el bolso.

Intercambió una mirada con su compañero como diciendo «voy a buscarla», y salió. En el pasillo, se acercó a una chica joven con pinta de becaria.

—¿Dónde está Mónica?

—No… lo sé —respondió, balbuceando.

Villa recorrió las dependencias una por una. La sala de conferencias, los aseos, el área de descanso, etc. Los empleados la miraban con curiosidad y recelo, y algo en esas miradas le recordó a la de sus compañeros en la Jefatura a causa del vídeo. De una manera irracional, se sintió juzgada y culpable. No podía evitar seguir reprochándose haberse tomado a la ligera las amenazas previas.

Descartó que Benítez se hubiera marchado a casa. Hubiera sido una medida desproporcionada. La orden judicial no podía haberla pillado de improviso, pues sabía que la policía estaba detrás de ella.

Si no la encontraba pronto, pediría una orden para entrar en su domicilio. Si Benítez jugaba a esconderse, Villa no se iba a rendir. Subió una planta y siguió recorriendo despachos y salas. Entró en el aseo de mujeres y después en el de hombres. Fue mirando por debajo de los cubículos, hasta que en el último descubrió unos tacones. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Mónica, tenemos que hablar.

Silencio.

—No pienso irme de aquí hasta que salgas —dijo Villa.

Más silencio.

—¡Mónica! —exclamó, volviendo a golpear en la puerta.

—No tengo nada que decir —dijo la empresaria con voz frágil.

Villa sacó el retrato robot del bolsillo trasero de su pantalón, y se lo mostró por encima de la puerta.

—Sabemos que lo conoces —dijo Villa—. Este es el asesino de Isabel, Susana y seguramente quien mandó asesinar a Joaquín. Y aún no sabemos qué ha pasado con Agustín, tu antiguo empleado. No creemos que tú hayas ordenado los asesinatos. Una cosa es

llevarse dinero público y otra bien distinta es asesinar. Tienes que ayudarnos a detenerlo, Mónica. Hay que pararle o morirá más gente.

Reinó de nuevo el silencio, aunque esta vez oyó la respiración agitada de Benítez.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó Villa.

Benítez se aclaró la garganta.

—Mi padre ya trabajaba con él. Es alguien que arregla problemas, y eso es muy útil.

—¿Cómo se llama?

—Si te lo digo, vendrá a por mí.

—Te protegeremos.

—¿Igual que a los demás?

—Ellos no pidieron protección.

—Ya tengo quien me proteja. Soy la dueña de esta empresa.

—¿Vas a estar toda la vida mirando detrás de tu espalda? ¿Saltando cada vez que suene un timbre? ¿Cada vez que vayas sola por la calle? Eres la única que queda con vida.

Como Benítez se quedó callada, Villa guardó el retrato en su pantalón.

—Como quieras… —le dijo.

Estaba a punto de marcharse, cuando oyó murmurar a Benítez.

—¿Qué? —dijo, Villa acercándose a la puerta.

Benítez se aclaró la voz.

—Juan Prieto, se llama Juan Prieto.

—Gracias —le dijo, pero Benítez no contestó.

—¿Quieres protección?

—Lo que quiero es que lo detengas cuanto antes.

—Lo haremos.

Al salir del aseo, Villa dejó escapar un largo suspiro. Juan Prieto, te tengo, por fin. Mientras regresaba al despacho para reunirse con Font, cogió el móvil y llamó a Álvarez.

—Tenemos un nombre —dijo, conteniendo la euforia.

—¿De quién?

—El asesino. Juan Prieto. ¿Te suena de algo?

—Así de primeras, no.

—Puede ser un policía.

—¿Un policía? ¿Cómo lo sabes?

—Intuición.

—No me lo has dicho antes.

—No estaba segura.

Benítez gruñó.

—Venid para la Jefatura, tengo que hablar con Font.

Villa se despidió y colgó. En el pasillo de la segunda planta, vio cómo los agentes se llevaban un par de cajas. Detrás de ellos, Font salió del despacho. Al verle, Villa sonrió.

—Tenemos un nombre.

—Bien hecho, compañera.

Font alzó la mano y Villa chocó su palma.

—Estamos más cerca de detener al cabrón que te ha hecho esas putadas —dijo Font.

—Esto no es personal —dijo Villa.

—Claro que sí.

Font llevaba razón, pero si Villa lo admitía sería como admitir que no estaba siendo profesional, que se dejaba llevar por sus emociones.

Mientras se dirigían al coche, en su móvil hizo una rápida búsqueda en internet, «Juan Prieto, policía». Ansiaba comprobar hasta qué punto se parecía su imagen real al retrato robot.

En la lista de resultados, leyó en voz alta el titular de un periódico.

—«Comisario detenido por corrupción».

—Puede ser él —dijo Font—. ¿Qué dice?

Villa apretó el enlace y se abrió en el navegador una página con la noticia. Enseguida apareció una fotografía de Juan Prieto. Le sorprendió el parecido que había logrado su compañero Montes gracias al testimonio de Espinosa. Su cara huesuda era lo más característico. Frente pequeña, nariz alargada y una barbilla puntiaguda. Las facciones de un asesino.

—Le pillaron con mucha pasta que tenía guardada en su despacho y en su casa. El dinero venía del narcotráfico.

—Otro que se pasó al lado oscuro.

Villa siguió leyendo.

—Fue comisario en Zaragoza durante unos cuatro años, y tuvo como mentores a compañeros que vivieron la etapa de la transición después de la muerte de Franco.

—Su escuela fue de los que atizan primero y preguntan después. ¿Qué más dice?

—Que fue expulsado de la Policía, pero que no fue imputado.

—¿Cómo eso es posible? —dijo Font, incrédulo.

—No lo dice. Supongo que estará bien relacionado y guardará secretos de gente importante.

—Va a ser difícil atraparle.

—Si fuera fácil, sospecharía.

48

En la Jefatura, Villa y Font informaron a Álvarez del turbulento pasado de Juan Prieto. Se sorprendió también de que ese hombre no hubiera pisado la cárcel.

—¿Benítez va a firmar su testimonio? —preguntó el inspector-jefe.

—No, la conversación en el aseo no ha sido oficial. Dudo que cambie de opinión. Tiene miedo.

—Los ordenadores incautados los tienen ya los técnicos —intervino Font—. Sobre la documentación, he revisado que Magna Security tiene otros contratos municipales además del de las grúas, vertederos, hospitales, depósitos de agua, etc.

—Joder, qué bien montado —dijo Álvarez.

—Hay que localizar a Prieto —dijo Villa.

—¿Qué pruebas tenemos en contra de él? —preguntó Álvarez.

—Compararemos sus huellas con las encontradas en la escena del crimen de Salvador Ortega —dijo Villa.

—¿En ese caso antiguo de Abebi, no? —preguntó Álvarez.

—Sí, se encontraron unas huellas parciales. Si encajan, tenemos una prueba definitiva contra él.

—David, ven a mi despacho —dijo Álvarez—, tenemos que hablar.

—Claro, jefe.

Villa se sentó en su puesto y decidió seguir investigando a Prieto en fuentes abiertas. Encontró una imagen del excomisario más

joven. Hizo clic en la imagen y se cargó una noticia.

En un acto oficial, un Prieto sonriente recibía una medalla al mérito por la incautación de media tonelada de heroína, y la detención de siete personas.

No era precisamente lo que más le interesaba de Prieto. Buscó la noticia que había compartido con Font en Magna Security, y siguió leyendo.

Fue interesante descubrir cómo Asuntos Internos lo acabó atrapando. Gracias a que sus compañeros interceptaron un cargamento, Prieto se puso nervioso y consultó con sus credenciales varias operaciones en curso en el puerto de Valencia, lo que llamó la atención de la unidad.

En el registro de su casa encontraron 172.000 mil euros en el sótano, y casi un millón de euros en su despacho, en una caja fuerte. Los agentes tardaron un día entero en contar el dinero. Villa se frotó los ojos y se recostó sobre la silla. De héroe a villano.

Supuso que Prieto después de ser expulsado, se lo montó por su cuenta. Sin duda, la red de extorsión sexual, es decir, el caso Abebi, fue un negocio lucrativo que lideró.

Villa se preguntó si la ira y la crueldad con la que mataba tenía su razón de ser en la expulsión del Cuerpo. Debió de ser humillante.

Font salió del despacho. Su cara expresaba un hondo malestar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Villa.

Cogió de la mesa unos papeles y una libreta, y se lo guardó todo en el bolsillo lateral del pantalón.

—Suspendido de empleo y sueldo, de momento. Tengo que buscarme un abogado.

—¿Cómo?

—Espinosa al final puso la denuncia. Le pudo más su orgullo que ayudar a que resolvamos el caso.

—No puede ser. Si acordamos…

—Pues así es la vida, Teresa —Se encogió de hombros con resignación—. Ahora tendrás que lidiar sola con Prieto.

Se puso su chaqueta de cuero.

—Espera, que voy a hablar con Álvarez —dijo Villa, levantándose del asiento.

—Me voy, llámame con lo que sea —dijo, y le guiñó según se dirigía a la puerta.

Villa negó con la cabeza. No sabía con quién estaba más cabreada, si con Álvarez o Espinosa.

—Jefe, ¿qué ha pasado?

—Nos llegó la denuncia y David lo ha admitido —respondió, y se encogió de hombros—. No puedo hacer más.

—¿Puedes pausarlo unos días?

—Siéntate, Teresa —dijo, señalando la silla—, también tengo que hablar contigo.

—¿Conmigo?

Álvarez asintió lentamente.

—Ha pasado una semana desde que se encontró el cadáver de Isabel, y el caso se está complicando de cojones. Tres muertes y una de ellas de un político, así que ya te imaginarás el revuelo que eso ha creado. Además, está la agresión de Font, lo del vídeo... Esto es demasiado para ti, Teresa. Demasiado para cualquiera.

Villa intuyó que su jefe estaba dando rodeos antes de comunicarle algo importante. De repente, lo vio claro.

—¿Me estás apartando del caso? —preguntó, inclinándose hacia delante.

—Es por tu bien —respondió sin apartar la mirada.

—Estoy perfectamente, ¿a qué viene todo esto?

—Ya te lo he dicho, no me lo hagas más difícil. Páseme el informe y se lo haré llegar al Grupo 6. Ellos se encargarán. Desde mañana tendrás otro caso.

Villa se puso de pie y dio un golpe en la mesa.

—¿Qué tipo de jugarreta es esta? ¿Justo cuando estamos cerca del asesino, vas y me apartas? ¿De qué lado estás?

—¡No me gusta lo que estás insinuando! ¡Cuidado con lo que dices!

—¡Ese caso es mío! —exclamó Villa, señalándose el pecho.

—¡Es demasiado personal! ¡Vas a comprometer la investigación! ¿Es que no lo ves?

—¡Lo que veo es que tú la estás entorpeciendo! ¿Es por lo del vídeo, verdad? ¡Confiésalo!

—¡Es por todo! ¡Los muertos, el asesino, la corrupción! ¡Es una orden de arriba!

—¡Mentira!

Álvarez se puso de pie como impulsado por un resorte. Sus ojos echaban fuego.

—¡Largo de mi despacho!

Villa se fue dando un portazo. Se marchó de la sala justo cuando llegaban Novoa y Calde, que se quedaron sorprendidos al ver a su compañera marcharse con cara de enfado.

Villa bajó por las escaleras a toda prisa, llegó a la planta baja y de ahí salió al aparcamiento. Ya era de noche y la ciudad estaba iluminada. El vaho salía por su nariz mientras se dirigía a su coche. La rabia la consumía por dentro. Apartada del caso, ¿quién se lo iba a decir? Le parecía una jugada muy sucia de Álvarez.

—Me han apartado del caso —dijo a Font cuando le llamó—. Dice que se lo va a dar al Grupo 6.

—¿Qué? Estoy alucinando.

—Yo también.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Que me lo estoy tomando a nivel personal.

—A ese tío se le ha ido la pelota completamente.

—No sé qué pasará por su cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé todavía, ¿y tú?

—Tampoco, pero no puedo quedarme quieto. Llámame si tienes algo, ¿vale?

—Vale.

Se despidieron. Villa sacó las llaves del coche, abrió la puerta y se sentó frente al volante. Respiró hondo y consultó su reloj. Encendió el motor y cuando estaba a punto de meter primera, se dio cuenta de que algo le pasaba. Se detuvo. Una lágrima luchaba por salir de su ojo. Con la yema del dedo, la secó antes de que se deslizara por la mejilla.

49

En pleno centro de la ciudad, Villa caminaba con determinación hacia la Fundación Telefónica. Había visto en las redes sociales que Barrios estaría allí. Le vendría bien hablar con él. Quizá le ayudara a encontrar una salida, porque de una cosa estaba segura: no iba a abandonar.

En la recepción, la inspectora preguntó por la charla que daba Saúl Barrios. Le indicaron el lugar y recorrió el camino hasta la entrada a la sala principal, donde una azafata alzó la mano.

—El aforo está completo —dijo.

Villa sacó su placa y se la mostró, a lo que la azafata respondió abriéndole la puerta. Entró justo cuando Barrios estaba en el escenario, dirigiéndose a la audiencia con un micrófono en la mano. Su bastón descansaba apoyado contra el atril. A pesar de haberlo visto varias veces desde el incidente, Villa nunca terminaba de acostumbrarse al hecho de su cojera.

Se quedó cerca de la puerta para escucharlo. Villa echó un vistazo a las caras del público, y comprobó que le miraban con un gran interés.

—Por mi larga trayectoria, puedo afirmar que conozco bien a los psicópatas —dijo Barrios, bajo la luz que lo enfocaba—. No todos son asesinos, y muchos viven entre nosotros. Son nuestros vecinos o compañeros de trabajo, gente aparentemente normal. Pueden ser incluso políticos… La diferencia es que los psicópatas criminales llevan al extremo su deseo de manipular, controlar y dominar.

Interrogarles, sacarles información, comprobar su inhumana frialdad, es una experiencia que deja huella en el alma de un policía.

Barrios se había granjeado una reputación mediática como experto en crímenes. Era invitado asiduo en la televisión, pódcast y YouTube, e incluso había escrito un libro de memorias sobre su experiencia como policía.

Villa sintió un pellizco de orgullo por su excompañero de fatigas. Resultaba asombrosa la manera en la que había superado la desgracia de su lesión. Ese maldito disparo que le había dejado con una cojera permanente. El mismo caso que terminó con la quemadura de Villa en la espalda. El caso que a los dos les dejó huella y los unió para siempre. El caso Abebi.

—Ser policía durante casi treinta años fue duro, muy duro pero también fue una aventura extraordinaria —continuó Barrios—. Lo que aprendí se convirtió en grandes lecciones que me han acompañado en mi vida, porque es cierto que Dios aprieta, pero no ahoga. Por eso, cuando te falta el aire lo que hay que hacer es sentarse, inspirar hondo y volver a aprender a respirar.

El público prorrumpió en aplausos y la charla se dio por terminada. Barrios cogió su bastón y desapareció por una puerta al fondo del escenario. Villa le siguió, recorriendo un largo pasillo enmoquetado.

En la zona reservada a los ponentes de la charla, Villa y Barrios se fundieron en un cálido abrazo. La esposa del antiguo policía, Laura, saludó también con mucho afecto a la inspectora.

—Teresa, qué sorpresa —dijo Barrios, apoyándose en su bastón —. No sabía que vendrías.

—No quería perderme una de tus charlas.

—Sigues igual que siempre, no sabes mentir.

Villa sonrió. A pesar de que trabajaron juntos en un solo caso, fue tan intenso que llegaron a conocerse muy bien.

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

—Es urgente.

Barrios asintió. Se quedó pensando dónde podían encontrar algo de privacidad.

—Espérame aquí, cariño —le dijo Barrios a su esposa.

—Claro —dijo Laura.

—Sígueme —dijo Barrios a Villa, apoyándose en su bastón mientras avanzaba por el pasillo.

Villa recordó la última vez que se habían visto.

Había transcurrido un año desde el fin del caso Abebi y la jubilación forzosa de Barrios. Se vieron en una cafetería cerca de la Jefatura. Al verle con el bastón, sintió una punzada de remordimiento. Aquella noche en la casa de Besnik salió mal y, de no haber sido así, aún seguiría siendo su compañero.

—Te veo bien —le dijo a Barrios.

Su caminar era lento, pero su mirada continuaba siendo astuta. Había cambiado su gabardina con bufada, por una chaqueta entallada que le quedaba elegante.

—Pues díselo a mi mujer, que está harta de verme en casa —dijo Barrios, sonriendo.

Su excompañero le comentó que iba a publicar un libro de memorias sobre su carrera en Homicidios. Algo así como una recopilación de los casos más impactantes. Entre ellos, estaba el caso Abebi.

—Quiero enviarte el manuscrito para que me des tu opinión —le dijo Barrios—. Eres la única del Cuerpo a la que se le voy a dar.

—Me siento honrada —dijo, guardándolo en su bolso.

Días después, cuando terminó de leerlo le llamó para darle la enhorabuena, y le pidió que la avisara cuando saliera publicado. Quería que se lo firmara. Barrios dijo que la invitaría a la presentación, sin embargo, llegado el momento Villa no pudo asistir.

El recuerdo se disipó. Después de avanzar por un concurrido pasillo, llegaron a una pequeña sala vacía.

—Aquí podemos hablar en privado —dijo Barrios, sentándose con cuidado y colocando el bastón a un lado.

Villa se dio cuenta de que sus ojos brillaban, como si le resultara imposible ocultar su entusiasmo por recuperar las sensaciones de los viejos tiempos. Sacó el móvil y le enseñó una foto del asesino.

—Se llama Juan Prieto. ¿Te suena?

—Así de primeras, no.

—Comisario expulsado del Cuerpo por corrupción.

Barrios seguía mirando la imagen.

—Necesito información sobre él.

—¿De qué tipo?

—Todo lo que puedas sobre él. Direcciones, negocios, contactos... cualquier cosa que me ayude a localizarlo.

Barrios torció el gesto.

—Me han apartado del caso, Saúl —añadió Villa—. No puedo hacer averiguaciones de manera oficial. Eres mi única opción.

—¿Te han apartado del caso? ¿Por qué?

—Dice Álvarez que es demasiado personal.

—Siempre igual, su carrera primero. Nunca va a cambiar —Suspiró—. ¿Sabes que me estás pidiendo que me meta en un lío?

—Lo sé, y no te lo pediría si no fuera importante.

Barrios suspiró.

—Está bien. Si me das tiempo puedo preguntar por ahí, pero no te prometo nada.

—Cualquier dato será bienvenido.

—¿Crees que es la misma persona que te hizo la quemadura?

—El patrón es el mismo. No tengo ninguna duda.

—Te avisaré en cuanto consiga algo, pero dime, ¿cómo estás tú?

—Bien, bien.

—No me mientas otra vez, Teresa.

Villa sonrió. Barrios era una de las pocas personas en quien confiaba plenamente.

—Jodida.

Barrios le puso una mano sobre su antebrazo.

—No hay tiempo para charlas motivacionales, pero recuerda que las personas somos adictas al sufrimiento, nos encanta. Aguanta, Teresa, puedes con eso y mucho más.

—Gracias, Saúl.

—Te avisaré en cuanto tenga algo sobre Prieto.

Se despidieron en el pasillo con un abrazo breve pero intenso. Villa emprendió el camino hacia la salida de la Fundación, con la esperanza de que su antiguo compañero pudiera conseguir la información que tanto necesitaba.

Sin nada más que hacer, decidió marcharse a casa, pero enseguida se dio cuenta de que algo en su interior se lo impedía. ¿Miedo? Había revisado su piso de arriba abajo sin encontrar cámaras o micrófonos y, aún así, no se fiaba.

Condujo unos quince minutos hasta la Jefatura. Saludó a los de la garita, aparcó y subió a la segunda planta. Eran poco más de las diez. Con alivio, comprobó que no había nadie. Reparó en que sobre su puesto había un nuevo atestado. Pensó que Álvarez se lo habría dejado, así que lo leyó.

La comisaría de Fuencarral-El Pardo informaba de un homicidio de un hombre de nacionalidad serbia. La víctima había entrado en el domicilio con la intención de robar, y el dueño del piso lo había acuchillado varias veces.

La responsabilidad de Villa sería comprobar que no hubiera ningún cabo suelto. A primera vista, agradeció que no fuera un caso complicado, en apariencia.

El despacho de Álvarez estaba abierto, así que aprovechó para colarse y tumbarse en el sofá. Solo quería dormir unas horas.

Consultó el móvil y comprobó que había llamadas perdidas y mensajes de audio de Leo y Elena. Primero, escuchó el de su hermana.

—¿Cómo estás? Te llamo pero no contestas. Supongo que estás liada. Ay, quiero hablar contigo sobre el vídeo, que me cuentes. ¿Sabes algo más? Llámame, estoy preocupada.

Villa le replicó con otro mensaje de audio.

—Sí, tranquila, todo bien dentro de lo que cabe. El trabajo me mantiene ocupada. Intento no pensar en eso demasiado, que no me afecte mucho. Ya te iré contando. Besos…

Después escuchó el de Leo.

—¿Vas a venir esta noche? Quiero hablar contigo, y que me des más detalles de ese vídeo. Estoy por ir mañana a hablar con un abogado y presentar una denuncia. ¿Le ha llegado a alguien de tu familia? Llámame a cualquier hora.

Villa no le llamó. De una forma estúpida e irracional, no podía evitar culparle.

50

En la comisaría de Fuencarral-El Pardo, Villa fue recibida por la comisaria Arana y el agente Colmenero. Los tres se sentaron en el despacho para hablar de lo ocurrido en el domicilio de Carmelo y Asunción Elías.

—La víctima es un joven llamado Adrian Nikolic —dijo Arana, de unos cuarenta años, pelo corto y gesto calmado—. Tiene antecedentes pero poca cosa. Sin oficio conocido, es decir, que vivía de las chapuzas que iban saliendo a través de conocidos.

—Por lo que leí, el victimario reconoce los hechos —afirmó Villa.

—Sí, Carmelo ha confesado que fue él quien le asestó las puñaladas.

—Me lo dijo en cuanto le interrogué en su propia casa —añadió Colmenero, un hombre espigado—. Tuvo miedo de que Nikolic le hiciera algo a su mujer.

—¿Ha hablado ya el detenido con su señoría?

—Sí, y se ha ratificado —respondió la comisaria—. Carmelo irá a prisión preventiva. De la mujer se está encargando Asuntos Sociales. Por lo visto, a veces tiene pérdidas de memoria y se desorienta. Una verdadera lástima.

—No hay mucho que investigar, inspectora —dijo Colmenero—. La víctima entró en el piso sin forzar la cerradura. Carmelo le escuchó, cogió un cuchillo de la cocina, forcejearon y le clavó el cuchillo.

—¿Cuántas veces? —preguntó Villa.

—No lo sé, pero el charco de sangre era enorme —respondió el agente—. Más de dos o tres, seguro.

Villa pensó que en el informe de la autopsia obtendría esa información.

—¿Y la actitud de él cómo fue cuando le detuviste?

—Tranquila, muy tranquila. Lo que le preocupaba era qué le iba a pasar a su mujer. Su primera llamada fue a su hijo, que vive en Londres.

—¿Tranquilo o resignado?

—Diría que un poco los dos.

—La conexión entre víctima y victimario es que Nikolic, hará como un par de semanas, hizo unas reformas en el piso de arriba —dijo Arana.

—Sí, varios vecinos lo han confirmado —añadió Colmenero—. Lo veían entrar y salir manchado de yeso.

—¿Y los que le contrataron qué dicen?

—Que no es verdad —respondió el agente—. Pensamos que fue un trabajo sin contrato, en B, por eso están asustados de recibir una multa y lo niegan todo.

—La víctima estaba en España sin papeles —dijo la comisaria.

Villa se puso de pie, deseando que el caso no le distrajera mucho del asunto de Prieto. ¿Sería verdad que Álvarez iba a traspasar el caso al Grupo 6? ¿O querría enterrarlo para siempre?

—Voy a hacer una inspección a la escena del crimen.

—Colmenero la acompañará —dijo la comisaria—. Si necesita cualquier cosa, háganoslo saber.

El agente sonrió a Villa, que bajó la cabeza. Se preguntó si habría visto el vídeo de ella y Leo. Sintió una repentina rigidez en sus hombros.

—¿Todo bien, inspectora?

—Todo bien, agente —respondió ella, impasible.

Salieron de la comisaría. En la acera, Villa recibió una llamada.

—Buenos días, ¿Teresa Villa?

—¿Quién es?

—Me llamo Juan Alonso del BCIT. El motivo de ponerme en contacto con usted es en referencia a la denuncia que ha

interpuesto por la difusión de un vídeo personal.

Tarde o temprano, Villa esperaba la llamada. El BCIT se encargaba de la investigación de delitos cometidos en internet.

—Sabemos que usted es compañera —continuó Alonso—. Antes de nada, sentimos por lo que está pasando.

—Gracias.

—Queremos ayudar. ¿Cuándo nos podremos ver? ¿Puede pasarse por el centro de Canillas?

—Estoy ocupada. Prefiero que sea en la Jefatura.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, a última hora de la tarde.

—Allí estaremos.

La llamada terminó y Villa dejó escapar un discreto suspiro. No le quedaba otra que asumir su papel de víctima. ¿Por qué le costaba tanto?

Villa y Colmenero llegaron al bloque de pisos de la calle del Monasterio de Montesclaros, en el barrio de Valverde. Cerca del portal, había un periodista y un cámara informando en directo del suceso. Los dos policías pudieron entrar sin llamar la atención.

—¿Cómo están las estadísticas de robo en domicilios en el distrito? —preguntó Villa, mientras subían por el ascensor.

—Normal, por robo con fuerza en inmuebles este mes hemos tenido cinco.

La puerta del piso de los Elías tenía las cintas policiales preservando la entrada.

—Parece que Nikolic era un experto, porque entró sin hacer un rasguño —dijo Colmenero, señalando la cerradura.

Ya en el interior, a Villa le llegó un olor a pastilla de caldo. Primero, inspeccionó el salón. En apariencia, todo en orden. Una cómoda antigua, un espejo colgando de la pared y un sofá que se veía en buen estado. La televisión era pequeña, de 32 pulgadas y tenía el piloto encendido. Sobre la mesa principal, una fina capa de

polvo. Lo que indicaba que los de Científica habían buscado huellas dactilares.

En la cocina, le sorprendió ver los restos de sangre esparcidos no solo por el suelo, sino por la puerta de los armarios y la lavadora.

—El cuchillo estaba aquí —dijo Colmenero señalando un rincón, cerca del cubo de la basura.

—¿Fuiste tú quien acudió al aviso?

—Junto a mi compañero.

—¿Qué os contó la mujer? —preguntó Villa, mientras seguía paseando una mirada atenta por toda la escena.

—Nada, estaba como aturdida. En ningún momento salió del dormitorio. Carmelo no la dejaba ni a sol ni a sombra. El matrimonio daba un poco de pena, la verdad.

Villa descorrió la cortina de la ventana, y se asomó a un patio interior. Paredes blancas, ropa tendida y cañerías.

—¿A qué hora fue el aviso?

—A las tres y doce de la mañana.

Villa fue abriendo armario por armario. En uno había ollas, sartenes y platos. En otro, latas, aceite, pasta y pan de molde. En el frigorífico no cabía ni un alfiler. Estaba atiborrado de comida.

En la pared contraria, había una estantería. Un lado estaba destinado para productos de limpieza y el otro para vasos, tazas, manteles y botes con pastillas. Como no alcanzaba a ver el último estante, se trajo una silla del salón, se descalzó y, ante la atenta mirada de Colmenero, se subió.

Justo al lado de unos elegantes vasos de cristal, había un espacio vacío de unos treinta centímetros. Un detalle revelador le llamó la atención. Mientras que alrededor de los vasos se observaba una capa de polvo, la superficie vacía se veía limpia. El brusco contraste entre un lado y otro formaba una especie de rectángulo. Villa infirió que había habido un objeto ocupando el espacio.

—¿Qué había aquí, lo sabes? —preguntó a Colmenero.

—Ni idea.

Villa se dijo que lo comprobaría con las fotos hechas por los de Científica. Quizá fuera un detalle insignificante, pero debía revisarlo. Se bajó de la silla y la colocó en el salón.

—¿A qué se dedicaba Carmelo?

—Tenía una escuela de idiomas.

—¿Y Asunción?

—Ama de casa.

Abrió un cajón y encontró una serie de viejas carpetas del mismo color, puestas una encima de la otra. Con un rotulador, habían escrito en una «Luz»; en otra, «Agua». Dentro, había numerosas facturas. Fotografío algunas.

—El matrimonio pasará mucho tiempo solo —dijo ella.

—Sí, eso parece.

Villa abrió una tercera carpeta que decía «Varios». Había facturas con la tinta térmica a punto de secarse y que costaba leer, aunque también les hizo una fotografía.

Pasaron al dormitorio. Lo primero que le llamó la atención fueron unas gotas de sangre en la mesita de noche, cerca del teléfono fijo.

—Se supone que de ahí Carmelo llamó a Emergencias.

Villa asintió.

—¿Cuántos años le pueden caer? —le preguntó Colmenero.

—Como ha confesado, unos seis o siete —respondió la inspectora, mientras abría el armario ropero.

Las prendas de la mujer, a la izquierda. Las del hombre, a la derecha. Estaban bien colocadas, al igual que los zapatos y pantuflas. Un calendario colgaba de una de las puertas. Villa se fijó en anotaciones que indicaban citas médicas para la próxima semana. En uno de los cajones, encontró un pequeño cofre bañado en plata. Al abrirlo, encontró pulseras, pendientes y anillos.

—Carmelo no nos ha dicho que falte algo —dijo Colmenero.

—Parece que vivían modestamente, me pregunto qué esperaba encontrar Nikolic en esta casa.

—Criptomonedas seguro que no —dijo Colmenero, sonriendo—. A lo mejor lo típico, dinero debajo del colchón.

Un cuarto de hora después, terminó la inspección y bajaron a la calle.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Colmenero.

—Vamos al piso de Nikolic a hablar con sus compañeros de piso.

Antes de subirse de nuevo al coche, se fijó qué negocios había cerca por si necesitaba recurrir al material de las cámaras de vigilancia. Un banco, una agencia inmobiliaria y un pequeño supermercado de barrio. Había algo que a Villa no le acababa de encajar. Si Nikolic había entrado a robar, ¿por qué estaba todo tan ordenado?

51

A POCOS METROS del mercado de Usera, Villa y Colmenero aparcaron en la acera entre dos árboles recién podados. El edificio donde Nikolic había vivido era modesto, de solo tres plantas y con tuberías y cables a la vista. La presencia de los policías atrajo miradas de unas mujeres chinas sentadas en un banco.

—Viven en el bajo —dijo Colmenero.

Llamaron al telefonillo. Mientras esperaban, Villa se fijó en que Colmenero miraba hacia la calle, hacia el suelo, carraspeaba. Parecía que se sentía incómodo. Pensó otra vez que él había visto el vídeo de Leo y ella, y no puedo evitar sentirse humillada.

—¿Hay algo que quieras decirme? —le preguntó a bocajarro.

—¿Sobre el caso? No.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Colmenero echó la cabeza hacia atrás.

—No sé de qué está hablando, inspectora.

—Sí lo sabes —dijo, mirándole—. No te hagas el tonto.

En el telefonillo, una voz con marcado acento del este preguntó qué querían. Villa dijo que era policía, y que tenían que hablar con los compañeros de piso de Adrian Nikolic.

Un instante después, se oyó el zumbido metálico. Colmenero empujó la puerta y entraron al vestíbulo. Villa decidió que no iba a seguir con la conversación sobre el vídeo. Corría el riesgo de que las emociones se apoderaran de ella, y que dijera algo de lo que se arrepentiría después.

Un hombre de unos treinta años, bajito, salió del piso para recibirles. A pesar de ser invierno, llevaba solo una camiseta de tirantes y pantalones cortos. Villa le mostró la placa.

—¿Cómo se llama usted?

—Ivan Vlahovic. Pero vengo de Anatómico, ya he hablado con la policía.

—¿Ha identificado el cadáver?

—Sí, y hablado con familia de Belgrado.

—¿Podemos pasar? —preguntó Colmenero.

Vlahovic dejó escapar un largo suspiro, y después gritó en su idioma hacia el interior del piso. ¿Advertía a alguien de que la policía iba a entrar? Finalmente, asintió y se apartó para despejar la entrada. Cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué quieren?

—Lo primero es saber quién vive aquí.

—Somos ahora tres y primo mío durmiendo en sofá. Pero soy único que habla español.

—¿Cuál es el cuarto de Nikolic? —preguntó Villa.

Sin mediar palabra, Vlahovic los condujo hacia un pequeño dormitorio que constaba de una cama, una mesita de noche y un armario. Había ropa desperdigada por el suelo, y olía a cerrado. En la pared, había una estampa religiosa.

—Era buen hombre —se lamentó Vlahovic.

—¿Desde cuándo compartían piso?

—Dos años más o menos.

—¿Trabajaba con él?

—A veces sí, a veces no.

—¿Qué le contó sobre el trabajo en la calle del Monasterio?

—¿Qué? No entiendo.

—Sobre el trabajo que le había salido —dijo Colmenero.

—Tenía que arreglar un baño, pero no dijo más. Era persona reservada con sus cosas. Le gustaba estar solo en su cuarto, con móvil viendo vídeos o escuchando radio de Serbia. Echaba de menos su país.

—¿Qué más trabajos ha tenido?

—Muchos —respondió Vlahovic, apoyado en el marco de la puerta—. Repartidor, mudanzas, limpiando cristales… La *cosa* está mala en nuestro país. Adrian fue trabajador, superviviente.

Villa recordó los antecedentes de Nikolic. Consumo y posesión de marihuana, por lo que fue arrestado en dos ocasiones. Posteriormente, una pelea en un bar por el que ocasionó lesiones. Fue condenado a seis meses y recibió una orden de deportación.

—¿Y en Serbia a qué se dedicaba? —preguntó Villa.

—No lo sé, nunca pregunté —Vlahovic se encogió de hombros.

Villa pensó que debería pasarse por el Anatómico Forense para revisar las pertenencias de Nikolic. Tenía curiosidad por saber si iba a encontrar un juego de ganzúas. Si no lo encontraba, cabía la posibilidad de que hubiera otra persona implicada en el intento de robo.

Más tarde, Villa regresó sola a la calle del Monasterio de Montesclaros, para obtener información de los vecinos que contrataron a Adrian Nikolic.

Al igual que antes, había un periodista y un cámara de televisión cerca del portal. Pero esta vez entrevistaban a una mujer de mediana edad, que sujetaba un carrito de la compra.

Este tipo de casos eran muy jugosos para los programas matinales. Villa supuso que se trataba de una vecina del edificio, quizá alguien que conocía a Carmelo y Asunción.

Aprovechando que el portal estaba abierto, Villa se coló y subió por el ascensor hasta el tercer piso. Llamó al timbre de la puerta C, y esperó mientras echaba una ojeada al rellano. Según Colmenero, no se mostraron colaborativos con él, pero esta vez Villa esperaba que sí.

Gracias a la información del catastro, supo que los propietarios del inmueble se llamaban Pedro Gimeno Rosell y Alejandro Oliva Márquez. Sin antecedentes. Pulsó el timbre de nuevo. Si no lograba hablar con ellos, tendría que enviarles un requerimiento para hacerlo en la Jefatura.

Se oyeron pasos, después un cerrojo. La puerta se abrió lo suficiente para que se asomara la cara desconfiada de un hombre de unos treinta años.

—¿Qué quieres?

Villa le enseñó la placa.

—Ya he hablado con la policía —dijo, cortante.

—Soy la inspectora encargada del caso y conmigo es con quien tiene que hablar ahora.

El hombre suspiró de mala gana.

—No conocemos al señor ese que ha muerto. Está perdiendo el tiempo.

—Si no habla conmigo ahora y me cuenta todo lo que sabe, le enviaré una citación para que se presente a las seis de la mañana. Si no se presenta, el juez lo tipificará como desacato y obstrucción a la justicia, y le pondrá una multa. ¿Me ha entendido?

La expresión del hombre cambió por completo. De la tirantez pasó a la resignación.

—Vale, vale —dijo, abriendo la puerta.

Villa esperaba pasar el salón, pero el hombre se plantó en el pasillo y se cruzó de brazos.

—¿Es usted Alejandro o Pedro? —le preguntó.

—Yo soy Álex.

—¿Para qué contrató a Adrian Nikolic?

—Nosotros no…

—No me interesa si le contrató con papeles o de manera ilegal —interrumpió Villa, con un gesto de la mano—. Ese no es mi trabajo.

Álex llevaba una sudadera con capucha y unos vaqueros. De tez morena y complexión delgada, parecía una de esas personas que se mordisquean las uñas en momentos de nerviosismo.

—Soy *coach* deportivo y mis clientes son todos *on line* —dijo con las manos en los bolsillos del pantalón, un poco más relajado—. Quería pintar el cuarto donde trabajo, darle un nuevo aire porque tenía pensado abrir un canal en YouTube.

—Fue usted quien lo contrató.

—Pedro y yo. Fue una decisión de los dos.

—¿Cómo contactaron con él?

—En un anuncio que vimos en la biblioteca, en el tablón que hay en la entrada. Teníamos un presupuesto muy… limitado, y pensamos que sería una buena idea probar. Total, solo era insonorizar, pintar y colocar algunos enchufes.

—Me gustaría ver el cuarto.

—Mmm… vale —dijo Álex, y la dejó pasar.

La habitación era de unos diez metros cuadrados, con una ventana que daba al interior del edificio. Olía a pintura y las paredes estaban resplandecientes de blanco. Una mesa antigua de sólidas patas, con cajones y elegantes acabados, acogía a un ordenador de sobremesa conectado a un monitor externo.

—¿Cuántos días le llevó hacer el trabajo?

Villa se acercó a la ventana. Apartó la cortina y miró hacia las ventanas del piso inferior. Se obtenía una excelente visión de la cocina de Carmelo y Asunción.

No era descabellado imaginar que Nikolic, por azar, descubrió en un descanso a uno de los dos del matrimonio haciendo algo que atrajo su atención. ¿Y si vio cómo Carmelo o Asunción guardaban una caja repleta de dinero en efectivo? Eso explicaría que Nikolic fuera directo a la cocina.

—Tres mañanas.

—¿Hay algo más que me quiera contar sobre él?

—¿Cómo qué?

—Problemas con él, actitud extraña, algo que le llamara la atención...

—Por mi parte, no. Él venía a eso de las diez, se ponía a trabajar escuchando la radio en su idioma y terminaba a eso de la una. Pero si quiere, le puedo preguntar a Pedro. Él ahora está trabajando en el hospital. Podría enviarle un mensaje de audio.

—Si tiene algo relevante que decir, hágamelo saber —le dijo, entregándole una tarjeta con sus datos de contacto.

Se despidió de Álex agradeciendo su colaboración. Mientras bajaba por el ascensor, intentó ponerse en la piel de Nikolic. Quizá le diera por fumar un cigarrillo y de repente ve a Carmelo o Asunción en la cocina.

Pensando que nadie los ve, uno de ellos guarda dinero o joyas en una caja. Esa caja podría ser lo que faltaba en lo alto del mueble. Después del crimen, la escondieron en otra parte para no dar explicaciones a la policía. Era una hipótesis con la que trabajar.

Salió del portal y, antes de que subiera al coche, sonó el móvil. En la pantalla, vio el nombre de su hermana. Estuvo tentada de ignorarla, pero sabía que no podía rehuirla más.

—Teresa, ¿te pillo en buen momento? —le preguntó su hermana.

—Dime.

—Nada, solo quería saber cómo estabas.

Abrió la portezuela del coche y se sentó frente al volante.

—Bien, bien.

—No puedo creer que sigas trabajando después de lo que ha pasado con ese vídeo.

Villa notó que le temblaban los dedos.

—Es lo que toca.

—¿Se sabe algo?

—Aún no he hablado con nadie. Estoy muy liada.

—Deberías ir al psicólogo.

—Estoy perfectamente, Elena —dijo intentando no mostrarse irritada—. Mamá sigue sin saberlo, ¿verdad?

—Yo no le he dicho nada.

—Vale —dijo—. Es lo único positivo de todo esto.

—Teresa, conmigo no tienes que fingir.

Villa sintió un nudo en la garganta y cerró los ojos.

—A veces, un compañero me mira —Se aclaró la garganta— e imagino que está pensando en el vídeo.

—No sabes lo que está pensando. Nadie puede leer la mente de otro.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Creo que me voy a pedir una baja temporal.

—No me parece una mala idea. ¿Cuándo?

—O incluso pedir un traslado. No sé cuándo, supongo que cuando termine los casos que llevo.

—Piénsalo con calma, ¿vale?

Se despidió de su hermana y se puso en marcha. Tenía que regresar a la Jefatura y dar parte a Álvarez.

52

En la Jefatura, Villa aparcó el coche y se dirigió a la segunda planta con las manos en los bolsillos y la cara seria. Se cruzó con compañeros a los que saludó con un leve gesto de la cabeza. A lo lejos creyó oír risas que se clavaron en lo más profundo de su ser.

Una voz interior le decía que no estaban relacionadas con el vídeo, que podía tratarse de una conversación sobre cualquier otro tema. Sin embargo, otra voz le decía que sí, que se burlaban de ella.

Escuchó la voz de Álvarez en su despacho hablando por teléfono. Debía informarle de su primera toma de contacto sobre el caso de Adrian Nikolic, pero prefirió evitarlo. Empezó a rellenar el atestado, cuando el inspector-jefe salió de su despacho.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien —respondió, con la mirada fija en su ordenador—. Parece que Nikolic vio algo por la ventana que provocó que cometiera el robo en el piso del matrimonio. Uno de los dos estaría guardando dinero o joyas en la cocina.

—¿Cuándo vas a hablar con ellos?

—Primero hablaré con Carmelo y, según lo que me diga, con Asunción. Sus pérdidas de memoria no la hacen una testigo fiable.

—Habla primero con ella. Nunca se sabe.

—De acuerdo —dijo con sequedad.

—Voy a la cafetería. ¿Quieres un café?

—No —respondió sin mirarle.

Álvarez dudó un momento, pero acabó por marcharse. Villa se alegró de que se fuera. Lo último que deseaba era hablar con él de su estado de ánimo a causa del vídeo.

Unos minutos después, la llamaron desde abajo para indicar que habían llegado los compañeros del BCIT. Villa los recibió en la sala de reuniones. Eran un hombre, Juan Alonso, y una mujer, Estela Jurado. Después del protocolario apretón de manos, los tres se sentaron a la mesa.

Empezó a hablar Jurado. Tendría entre treinta y cuarenta años. Transmitía calma y determinación. Lamentó la situación que estaba sufriendo Villa, y le pidió permiso para formular unas cuantas preguntas. Villa accedió.

Durante unos veinte minutos, Jurado y Alonso se esforzaron en entender el contexto del vídeo. Dónde se había producido la grabación, cómo y cuándo, además de conocer la identidad de la otra persona. También le preguntaron quién le informó del vídeo y en qué momento. Villa mantuvo una actitud profesional, aunque cada pregunta hurgaba en la herida.

—¿Sospecha de alguna persona en particular? —preguntó Alonso.

—No lo puedo desvelar —respondió Villa—. Forma parte de una investigación en curso.

Jurado anotó su respuesta como si fuera un detalle más de un robo a un supermercado, o lo que fuese.

—Así que es una venganza por un motivo laboral —dijo Alonso.

—Recibí una amenaza telefónica ambigua, sin especificar lo que iban a hacerme, pero hice caso omiso.

Jurado informó que establecerían una línea cronológica de los hechos, con la ayuda de la aplicación en la que se difundió el vídeo.

—Haremos todo lo posible —afirmó Jurado—, pero frenar un vídeo viral es complicado. Por suerte, parece que no ha trascendido fuera del Cuerpo, ¿verdad?

—No tengo constancia.

—Inspectora, ¿necesitas algo?, ¿protección, ayuda psicológica?

—Estoy bien, gracias.

Unos minutos después, Villa salió de la reunión con un malestar en el estómago. Pensó que era el estrés de exponer su vulnerabilidad ante dos desconocidos.

A la hora del almuerzo, Villa y Font habían quedado en uno de los bares de la calle Argumosa, en el barrio de Lavapiés. Rodeados del murmullo de otras mesas, pidieron el menú del día. Villa le contó el nuevo caso que tenía entre manos, y su reunión con los compañeros del BCIT.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Font.

—Bueno, lo llevo.

—¿La otra persona del vídeo ya lo sabe?

—Se lo conté. Era mi obligación.

—¿Es tu novio?

—Algo así —dijo, inclinando la cabeza a un lado—. ¿Sabes? Me estoy dando cuenta de que no sé mucho de ti. ¿Tienes pareja?

Desde la muerte de Sonia le había costado establecer relaciones duraderas, pero no era un tema del que le apeteciese hablar. En el día a día, deseaba mantener la mente ocupada para no pensar en ella.

—Estoy libre como un taxi. ¿Me quieres emparejar con alguien?

—Solo es curiosidad.

—Que sepas que soy un gran partido.

—¿Y eso?

Font sonrió mientras atacaba unas lentejas que olían de muerte.

—Como que «¿y eso?». Salta a la vista.

—Si tú lo dices… —dijo Villa, picoteando de la ensalada de la casa—. ¿Por dónde vives?

—En una encantadora pensión de Atocha.

—Los alquileres están por las nubes, claro.

—Ya te digo, ni vendiendo un riñón. Y tú, ¿por dónde vives?

—En López de Hoyos, cerca del Retiro.

—¿Es tuyo?

—Sí, mío, bueno, del banco. Todavía lo estoy pagando.

—¿Tienes hijos?

—No, ¿y tú?

—No que yo sepa. ¿A qué se dedica tu novio?

—Trabaja en una agencia de publicidad, es diseñador gráfico.

—Interesante.

—Sí.

Font terminó su plato y bebió un sorbo de agua. Villa aún seguía saboreando la ensalada.

—Qué bien —Sonrió él—, aquí estamos, un policía suspendido y otro apartado del caso contándonos nuestras cosas. Nadie nos quiere, Teresa.

—Parece que no, David.

—Antes de que se me olvide quería decirte algo.

—Dime.

—Si por lo del vídeo necesitas hablar, desahogarte o pegar cuatro gritos, aquí me tienes. También si un compañero te dice algo, me lo dices y haré que parezca un accidente.

Villa sonrió.

—Gracias.

Trajeron los segundos, filete empanado con patatas fritas. Cuando terminaron de comer, incluyendo el postre, pagaron y se fueron. Eran casi las dos de la tarde. Villa debía volver a la Jefatura, pero no iba a hacerlo sin visitar una vez más el locutorio de Malik. Esa era la razón por la que había quedado con Font.

—Malik se alegrará de vernos —dijo él.

—Somos ya uña y carne.

—En México dicen uña y mugre.

Villa sonrió. Era una conversación trivial, pero disfrutaba de la normalidad del momento.

—Me gusta la comida mexicana —dijo ella.

—Pues yo odio el picante.

Unos minutos después, entraron en el locutorio Mabad. Malik estaba fuera del mostrador, ayudando a un hombre mayor a conectarse a internet. Cuando vio a los policías, bajó la cabeza y murmuró algo en su idioma.

—Dudo mucho que haya dicho buenas tardes —dijo Font a Villa.

Se fueron al mostrador a esperar.

—La última vez que vine le dije que vendría todos los días —dijo Villa.

—A este paso acabarás aprendiendo árabe.

—¿Quieres dejar de hacer bromas? Esto es serio.

—No puedo. Es mi mecanismo de defensa contra el mundo.

Malik terminó con el hombre y fue al mostrador.

—¿Otra vez aquí? —les dijo con un tono de reproche, aunque su voz tembló ligeramente—. Como la gente empiece a hablar, perderé clientes.

—¿Tienes algo? Si no, vendremos mañana —dijo Villa, mirándole fijamente.

Malik apretó los labios. Había algo de inocencia en él, como si le fuera imposible disimular.

—¿Qué es lo que tienes sobre Amir Faras? —insistió Villa.

—Esta tarde la llamo —dijo Malik en voz baja.

—No, esa oportunidad ya pasó. Dínoslo ahora.

Malik miró hacia el hombre mayor, que estaba concentrado en la pantalla del ordenador. Al comprobar que seguía ocupado, se volvió hacia Villa.

—Mañana se va a reunir con un abogado en un bar de la calle Rodio. No sé la hora, puede que por la tarde.

—¿Quién se va a reunir?

—El que usa el nombre de Amir Faras para los contratos de móviles.

—¿Es este? —preguntó Font, enseñando la fotografía de Juan Prieto en su móvil.

Malik se tomó su tiempo para examinar la imagen.

—No lo sé, nunca lo he visto.

—¿Estás seguro de la reunión? —preguntó Villa.

—Es lo que me han dicho.

—¿Cómo se llama el abogado?

—No lo sé. Por favor, váyanse, si se enteran de que…

—No te preocupes por eso. No diremos nada a nadie.

—¿Hemos terminado? —pregunto Malik con brusquedad—. Tengo cosas que hacer.

Villa le agradeció la colaboración y los dos policías salieron del locutorio. La inspectora sintió una oleada de frío y se abotonó la chaqueta.

—Tengo que ir a la comisaría de Fuencarral y seguir con el caso de Nikolic —dijo Villa, consultando su reloj.

—Como tengo tiempo libre, voy a ir al bar a inspeccionarlo.

—¿Seguro que quieres seguir con esto? Como te pillen…

—Se me cae el pelo, lo sé. No me importa.

Villa asintió, como reconociendo su compromiso con el caso. Se alegró de unir fuerzas con alguien en quien confiar.

—Mándame un mensaje con lo que sea.

—A la orden —dijo Font.

Villa y Font se alejaron en direcciones opuestas. Ahora solo quedaba esperar que la información de Malik fuese buena, y que el asesino cometiera un error. Un solo error, era todo lo que necesitaban.

53

La esposa de Carmelo, Asunción, y su hijo Javier se personaron en la comisaría de Fuencarral-El Pardo. Lo primero que llamó la atención de Villa, al entrar en la sala de interrogatorios, fue que Asunción se agarraba al brazo de su hijo.

—Buenas tardes —dijo la inspectora.

Se sentó y dejó sobre la mesa el atestado. Asunción transmitía un aire desvalido. Tenía el cabello gris algo revuelto y una mirada que había perdido brillo, aunque se percibía cálida y honesta. Llevaba un enorme abrigo que le hacía parecer más pequeña de lo que en realidad era.

—Les informo de que esta comparecencia tiene solo el objetivo de recoger el testimonio de doña Asunción —dijo, para tranquilizarles.

—¿Sabe usted que tiene un delicado estado de salud? —preguntó el hijo, vestido con traje y corbata.

—Soy consciente —Se dirigió a Asunción—. ¿Cómo se encuentra?

—Nerviosa, no ando bien de la memoria —dijo, y su hijo le palmeó la mano en un gesto cariñoso.

—Esto será breve —dijo Villa, esbozando una sonrisa—, no se preocupe.

—Solo cuenta lo que recuerdes y ya está, mamá —añadió su hijo.

—Vale.

—¿Qué recuerda de la noche del martes? —preguntó Villa, entrelazando sus dedos sobre la mesa.

Se instaló un breve silencio mientras Asunción se esforzaba por recordar. La inspectora y el hijo, que rondaba los cincuenta años, intercambiaron una mirada comprensiva.

—Carmelo tenía una gotita de sangre en la punta —dijo señalándose la nariz—. Estaba hablando con alguien por teléfono.

Villa supuso que la sangre pertenecía a Nikolic.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Debía de ser con la policía —intervino su hijo.

—¿Qué más, Asunción?

—Carmelo me dijo que me quedara en el cuarto, que no me preocupara de nada.

—¿Por qué le dijo eso?

—Porque había un… problema en la cocina. Ah, Carmelo tenía una gotita de sangre en la nariz —dijo, repitiendo algo que acababa de decir.

—¿Esperaron juntos a la policía?

—No lo sé.

—Entonces en ningún momento salió del dormitorio, ¿verdad, doña Asunción?

—No.

—Cuénteme qué hicieron antes de irse a dormir.

—Estuve hablando por teléfono con Nati, como siempre.

—Mamá, Nati murió hace unos años.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Nati fue una mujer que ayudaba a mi madre a limpiar —dijo Javier a la inspectora.

Villa buscó en el atestado la fotografía del armario de la cocina. Cuando la encontró, se la mostró a Asunción.

—Aquí falta algo, ¿verdad? —les preguntó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el hijo.

—Porque la repisa no tiene polvo.

—¿Sabes qué falta? —preguntó Javier, volviéndose hacia su madre.

Asunción respondió sin vacilar.

—La fuente.

—¿La fuente? ¿Quiere decir la ensaladera?

—Sí, eso es.

—Debe referirse a la que perteneció a mi abuela —dijo Javier.

—¿Dónde está?

—No lo sé, estará por la casa —respondió Javier.

—¿Por qué iba a estar una ensaladera por la casa? Su lugar es la cocina.

—A lo mejor se rompió —dijo Javier.

—¿Y ha mirado en el trastero? —preguntó Asunción.

—¿Qué trastero? —preguntó Villa, desconcertada—. No figura ningún trastero en el informe.

—Es alquilado —aclaró el hijo—. Cuando mis padres compraron la casa, lo hicieron sin trastero. A medida que fueron acumulando cosas, necesitaron más espacio.

—¿Dan su permiso para que sea inspeccionado?

Las facciones de Javier se endurecieron. De repente, el papel de hijo abnegado quedó atrás.

—¿Me puede explicar qué tiene que ver la ensaladera con todo esto? Mi padre, un hombre de 74 años, se ha defendido como buenamente ha podido de un ladrón que ha entrado en su casa. No se confundan, la víctima es mi padre y, como no quede en libertad, les voy a armar un buen follón, se lo garantizo.

—Eso lo tendrá que decidir un juez —dijo Villa, manteniendo la calma—. Yo estoy a cargo de la investigación.

—Pero ¿qué investigación ni qué narices? Está claro lo que ha pasado, ¿por qué quieren darle mil vueltas a algo que se cae por su propio peso? ¿Es así cómo ocupan su tiempo?

—Si no me facilitan la llave del trastero, pediré una orden al juez y entraremos por la fuerza.

—Usted debería estar investigando al ladrón —dijo, señalando a Villa con el dedo—. Seguro que ha cometido otros robos.

—¿Van a entregarme la llave?

—No sabemos dónde está.

—¿A qué vecino se lo alquilaron?

—No lo sé y mi madre tampoco —respondió Javier, desafiante.

Villa miró a Asunción para confirmarlo, pero ella se encogió de hombros. Madre e hijo se marcharon envueltos en una ola de indignación, pero a Villa algo en la actitud del hijo le pareció sospechosa. De repente, se había puesto a la defensiva y eso le resultó extraño.

La inspectora pensó en sus opciones. La primera consistía en pedir a la comunidad de propietarios el listado de quienes posean un trastero.

Después contactar uno por uno hasta dar con el dueño. Si no lo convencía para darle la llave, tendría que pedir una orden judicial. Todo el proceso le llevaría unas 24 horas. Tiempo más que suficiente para que Javier pudiera acceder al trastero, y manipular cualquier evidencia.

Su otra opción era seguir su instinto.

54

Anochecía en Madrid. La temperatura había bajado unos grados. Frente al portal del edificio de la calle del Monasterio, Villa llevaba casi dos horas vigilando en un coche camuflado.

Esperaba que de un momento a otro apareciera Javier, el hijo de Carmelo y Asunción. Su estómago rugió de hambre. Cogió el móvil y llamó a Font.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—En un bingo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, extrañada.

—Pasar el rato. No pensarás que iba a estar de vigilancia todo el día.

—¿Estás de broma, no?

—Claro, en realidad voy de camino al locutorio de Malik.

—¿Y eso?

—No sé, tengo tiempo. A ver qué hace nuestro hombre.

—¿Fuiste al bar?

—Sí. Un lugar tranquilo, elegante, cocina de autor. Me pusieron una tapa de alcachofa, al principio me dio repelús pero al final la probé y estaba riquísima.

—¿Algo más que sea relevante?

—Tienen reservados. Seguro que ahí será la reunión. También me di un paseo por el barrio para localizar cámaras de vigilancia.

—Bien hecho.

—¿Te ha llamado Barrios?

—No, aún no.

—Hablemos luego que voy a entrar en el metro.

Villa colgó. Consultó su reloj y suspiró. En la radio, un grupo de tertulianos desgranaba el nuevo tema de actualidad, el homicidio de Nikolic.

Algunos criticaban la dureza del código penal en los casos en los que un intruso irrumpe en un domicilio ajeno, y pone en riesgo a una familia vulnerable. Pedían la absolución de Carmelo.

Otros que la defensa no puede exceder de ciertos límites, que ha de ser proporcional a la agresión. Aunque moralmente la sociedad apoyaba a Carmelo, tenía que rendir cuentas a la justicia.

Su móvil sonó y leyó en la pantalla el nombre de Álvarez, que estaba al tanto del motivo de su vigilancia.

—¿Todavía nada? —le preguntó a Villa.

—La cosa sigue tranquila.

—¿Cuánto tiempo más vas a esperar?

—No lo sé, jefe.

—Todo ese esfuerzo y tiempo empleados, dudo de que merezca la pena. Tienes la confesión del anciano, ¿qué más quieres?

—Algo me huele mal.

Álvarez suspiró.

—Si hoy no aparece el hijo, mañana termina el informe y se lo pasamos a su señoría.

En silencio, Villa hizo un gesto de desacuerdo.

—Como quiera, jefe.

—Bien, nada más. Que sea leve la vigilancia.

—Gracias —dijo con sequedad, y colgó.

Al cabo de una hora, Villa vio recompensada su larga espera. Un taxi se detuvo delante del portal. Javier Elías se bajó de él. Se aproximó con decisión, introdujo la llave y se metió en el edificio. Hora de entrar en acción.

Villa salió del coche, cruzó la calle y llegó al portal antes de que se cerrara la puerta. Oyó los pasos de Javier bajando por la escalera hacia el sótano. Le siguió con cautela.

Al llegar, vio al fondo varios trasteros. El pasillo se doblaba hacia la derecha. Le llegó el ruido de una llave insertándose en la

cerradura, y de la puerta al abrirse rozando el suelo. Bien, estaba a punto de descubrir el trastero de la familia Elías.

Caminó un poco más en sigilo. Cuando se asomó, descubrió a Javier delante de una estantería con varias cajas en las que había bolsas, sartenes y demás objetos. En lo alto, unas maletas y una mochila de alpinista. A un lado, había varios cuadros apoyados en la pared y más allá la caja de un televisor.

—Aléjese y no toque nada —dijo Villa.

Javier soltó un respingo, pero enseguida se recuperó. Una solitaria bombilla iluminaba desde el techo.

—¿Qué quiere?

—Sospecho que intenta deshacerse de evidencias —dijo Villa con firmeza—. Obedezca, de lo contrario lo detendré por obstrucción a la justicia.

—¿Qué atropello es este? Esto es una propiedad privada.

—Si intenta cometer un delito, la cosa cambia.

—¡Solo he venido a coger unas cosas para mi madre!

—¿Qué cosas?

Javier echó una desesperada ojeada a la estantería. Resultaba evidente que estaba improvisando una excusa.

—Unas cosas que me ha pedido.

—Le diré lo que voy hacer —dijo Villa entrando en el trastero, que no llegaría a los diez metros cuadrados—. Voy hacer una inspección visual y si todo está en orden, me marcharé.

—¡No tiene derecho!

—Se equivoca, y ahora échase a un lado o le pongo las esposas —dijo, llevándose una mano a la espalda.

El hijo obedeció a regañadientes. Villa empezó por las cajas más a mano. Abrió la primera. Se liberó un desagradable olor a cerrado. Era ropa de cama. Buscaba un objeto que tuviera unos treinta centímetros de anchura, y que cupiera en el armario de la cocina. De reojo, miraba a Javier por si intentaba coger algo y salir corriendo, o incluso agredirla.

Abrió una bolsa que olía a pintura seca. Encontró brochas sucias, trapos descoloridos y unas láminas de corcho. Siguió con la

inspección. En un pequeño arcón de madera, encontró una foto de Javier con nueve o diez años.

—Si le gusta, se la puede quedar —dijo él con socarronería.

Villa hizo caso omiso y siguió con lo suyo. En una bolsa deportiva, había camisetas térmicas en buen estado y varios CD sueltos. Llevaba cinco minutos y empezaba a pensar que quizá se había equivocado. ¿Un exceso de celo?

Con los brazos cruzados, Javier resoplaba con impaciencia. Villa alzó los brazos hacia el último estante, donde descansaba la mochila. Carmelo no había dispuesto de mucho tiempo para esconder lo que fuese que ansiaba esconder la noche del homicidio, por lo que no debía de ser complicado encontrarlo.

Abrió la mochila. Al ver una vieja caja de galletas, sintió un cosquilleo en el estómago. Los colores habían perdido brillo por el paso del tiempo, pero las dimensiones encajaban con el espacio del armario de la cocina. ¿Era esto lo que Javier estaba buscando?

Sacó la caja con las dos manos. Dentro, había paquetitos sueltos de galletas, lo que al principio fue una inesperada desilusión. Enseguida se dio cuenta de que parecían comestibles. Lo que resultaba una contradicción con el viejo aspecto de la caja.

Rebuscó y encontró un sobre blanco y abultado. Lo abrió y encontró un fajo de billetes de cien euros.

¿Cuánto dinero podría haber? Al menos diez mil, calculó. Villa pensó que Nikolic quizá hubiera visto a Carmelo guardando el dinero. Supuso que sería un golpe fácil y decidió hacerlo.

Pero ¿por qué Carmelo había ocultado la caja a la policía? ¿De dónde procedía ese dinero? Tampoco se trataba de una cantidad tan desorbitada.

—Dígame qué ha encontrado —preguntó Javier, nervioso—. Exijo que me lo diga.

—Se lo diré en su momento —dijo, fulminándole con la mirada.

Villa continuó rebuscando en la caja. La luz era escasa y dificultaba la visión. Con la yema de los dedos, rozó algo metálico. Había algo más aparte del dinero.

Su móvil sonó de repente en el bolsillo de su pantalón. Era Font. Pensó que sería importante y descolgó.

—Dime.

—Qué raro, Teresa. El locutorio está cerrado.

Por un momento, no supo de qué le estaba hablando. Tenía que pasar de un caso a otro en una décima de segundo.

—¿Debería estar abierto? —le preguntó a Font.

—El letrero dice que cierra a las nueve, y son las ocho y media.

—Puede ser cualquier cosa, una emergencia familiar o que se encontraba mal.

—Puede ser, sí.

—Tengo que dejarte. Estoy ocupada.

—Vale.

Después de colgar, Villa se guardó el móvil. Tuvo que centrarse en el presente. ¿Por dónde estaba? Javier mascullaba a su espalda.

Apartó los paquetitos de galleta. Descubrió un disco duro con su pequeño cable para conectarlo al ordenador. Miró a Javier y este agachó la cabeza.

Villa intuyó que dentro se encontraba la respuesta por la que Carmelo había asestado varias puñaladas a Nikolic.

A eso de las nueve, Villa regresó a la Jefatura. Cuanto antes acabara con la gestión del caso de Carmelo Elías, antes podría retomar la clandestina investigación a Juan Prieto.

Al llegar a su escritorio, conectó el disco duro a su ordenador. El sistema le pidió una contraseña para acceder al contenido que, por supuesto, ella ignoraba. Los compañeros forenses se encargarán de de averiguarla, pensó.

Guardó el disco duro en una bolsita transparente, la etiquetó y elaboró el informe para la entrega formal del dispositivo para su análisis. Escuchó los pasos de Álvarez a su espalda.

—¿Cómo te ha ido?

Villa dejó de teclear, descansó la espalda sobre el respaldo de la silla y le contó lo sucedido en el trastero.

—¿Qué crees que habrá dentro? —preguntó Álvarez.

—Un motivo para matar.

El inspector-jefe se fijó en el sobre con el dinero encontrado en la caja de galletas, que también Villa había incautado.

—Entonces Nikolic ve por casualidad cómo Carmelo o Asunción metían o sacaban dinero de la caja de galletas, y piensa que será un golpe fácil —dijo Álvarez apoyado en la mesa, con los brazos cruzados—. Carmelo lo sorprende y lo mata para evitar que se lo lleve.

—Creo que lo que le preocupaba de verdad era que Nikolic se llevara el disco duro.

—Pero todo eso no cambia el hecho de que fue Carmelo quien lo mató. Las pruebas y su confesión son irrefutables. Lo que está en juego es cuántos años le caen de prisión.

—Veremos qué encuentran los técnicos.

—Buen trabajo, Teresa.

—Gracias —dijo, sin mirarle.

Cuando oyó que se cerraba la puerta del despacho, hizo una foto del tablón del caso del asesino del soplete.

55

En la habitación pequeña de su piso, Villa seguía dándole vueltas al caso del asesino del soplete. Antes, había pasado a su ordenador la fotos tomada al tablón de la Jefatura. Ahora miraba la imagen con atención, repasando las pistas y las conexiones.

Eran poco más de las once de la noche y se sentía exhausta física y mentalmente, aunque con la ilusión de que detener a Prieto estaba cada vez más cerca. Al día siguiente tendría lugar la reunión con el abogado, y allí estarían para seguirle.

De momento, no tenía pensado desvelar a Álvarez que aún seguía implicada, ni tampoco a sus compañeros Calde y Novoa. Con Font le parecía suficiente.

Se levantó del escritorio. Por segunda vez en una hora, impulsada por una ansiedad que ya formaba parte de ella, volvió a inspeccionar su piso con meticulosidad en busca de cámaras y micrófonos.

Formaba parte ya de su rutina. Desmontó la rejilla de ventilación. Después revisó el salón. Levantó cojines, apartó el sofá y miró entre libros y debajo de la mesa. A pesar de que no encontró nada, no lograba sentirse segura. La agobiante sensación de sentirse vigilada persistía.

Llamó a Font para distraer la mente, y coordinarse para el seguimiento del día siguiente.

—¿Dónde estás? —le preguntó a su compañero.

—En la pensión, molido de tanto paseo, ¿y tú?

—En casa.

—¿Comiéndote la cabeza con el caso, no?

—Es mi trabajo.

—¿Mañana nos vemos?

—Veré si puedo escaparme por la tarde, tengo mucho que tramitar en la Jefatura y tendré que hablar con la jueza que lleva el caso de Carmelo Elías.

—¿Sabes algo del Grupo 6 sobre la investigación de Prieto?

—Prefiero no preguntarles.

—Mejor, que no sospechen nada. ¿Y sobre el vídeo?

—Todo sigue igual.

—¿Te está afectando?

—Para nada. Si ese psicópata se cree que va a hacerme parar, está muy equivocado.

—Bien, me alegra oír eso.

—He estado pensando, ¿quién puede ser ese abogado con el que se va a reunir mañana?

—¿El abogado de Ferrer? No recuerdo ahora su nombre.

—Gonzalo de Miguel. Sí, puede ser él. Recuerdo que Ferrer pareció sorprendido cuando apareció de repente.

—Ferrer no se fiaba, por eso después quiso vernos pero sin él.

—Está claro que iba a confesar, pero lo mataron antes.

Siguieron hablando del caso unos minutos más y después se despidieron. Villa regresó al cuarto para seguir dándole vueltas a todo. En cuanto se sentó recibió una llamada. Era Barrios. No pudo evitar una súbita corriente de excitación. Si la llamaba era porque tenía novedades.

—Hola, Teresa, ¿qué haces?

—Me gustaría decir que descansando, pero no es verdad.

—Tenemos que hablar. Ahora, ¿puedes?

—¿Dónde?

—¿Te acuerdas dónde encontramos a Manel, el sin techo del caso Abebi?

Villa se tomó un instante para responder. Le vino a la mente la estación de Atocha, en la puerta del metro.

—Sí.

—¿En media hora?

—Vale.

En cuanto colgó, se puso la chaqueta, pegó el chivato en la puerta y cogió el ascensor. Mientras bajaba se acordó de Manel. Ese peculiar hombre que fue un testigo clave en la investigación. Cómo costó dar con él. Tuvieron que patearse el barrio, e incluso acercarse a la Casa de Campo. ¿Qué será de él y su perro? ¿Seguirá viviendo en la calle?

Salió del portal y se dirigió hacia el aparcamiento. El móvil volvió a sonar. Pensó que era Barrios y descolgó al momento, sin fijarse en el nombre.

—Dime.

—Teresa, ¿qué tal?

No era su antiguo compañero, sino Leo. Cerró los ojos, arrepintiéndose de su descuido.

—Bien.

—¿Oíste mi mensaje? Esperaba que me llamaras.

—No he podido. Estoy muy ocupada.

—Tenemos que hablar de un montón de cosas. Sé que estás dolida.

A Villa no le apetecía «hablar» del vídeo ni de su relación con él. Quería enterrarlo todo bajo tierra, por eso alejar a Leo era más fácil.

—Ya…

—Te noto ausente, Teresa. ¿Seguro que todo va bien?

—Hablamos otro día, ¿vale?

—¿Cuándo? Porque soy yo el que siempre tiene que llamar —dijo, con tono de reproche—. Desde lo del vídeo es como si…

—Es lo que hay, Leo. Ahora no puedo darte más —y colgó.

Respiró hondo a la vez que se guardaba el móvil. No estaba siendo justa con él, lo sabía. Era hasta cierto punto incomprensible, pero el vídeo le había producido una herida más profunda y devastadora que la quemadura con el soplete.

La estación de Atocha estaba envuelta en el manto de la noche. Una fila de taxis esperaba a su próximo cliente. Unas pocas personas salían y entraban, algunos con maletas. Villa dejó el coche en un aparcamiento público y fue caminando hasta la entrada del metro. A lo lejos, oyó la llegada de un tren.

Supuso que Barrios la esperaría en la parte de atrás. Dudaba de que la siguieran, pero no estaba de más tomar precauciones. Al fin y cabo, su investigación no estaba autorizada. Enseguida distinguió la gabardina de su antiguo compañero. Estaba solo y de pie, apoyado en el bastón.

Se sonrieron y se dieron dos besos.

—¿Llevas mucho esperando?

—Acabo de llegar.

—¿Hablamos aquí?

—Sí, se me hace tarde para ir a otro sitio. Mañana tengo que madrugar, me han invitado a un festival literario de novela negra.

—No paras, ¿eh?

—Me mantengo entretenido. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Qué es lo que tienes?

—He estado hablando con viejos compañeros, y he conseguido algo que puede ser muy útil. Prieto tiene un despacho privado en la calle Goya, 71. Tercera planta, puerta B.

Villa memorizó la dirección.

—¿Qué hace allí?

—Recibe a clientes de confianza. Él no les busca, son ellos quienes acuden a él.

—¿Tiene muchos?

—No lo sé.

—¿Tienes algo más?

—Por lo que me han dicho, cuando trabajaba para el Cuerpo defendía a muerte a los suyos, y a los demás los ignoraba.

Villa se acordó de Chari. Sin duda, Prieto la consideraba uno de los suyos. Gracias a eso, seguía con vida en la cárcel.

—Te debo una, compañero —le dijo.

—Atrapa a ese psicópata y estaremos en paz. Pero antes de que te vayas quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Me ha llegado el rumor del vídeo.

—No debería sorprenderme.

—No lo he visto. ¿Ha sido Prieto, verdad?

—Sí.

—Nunca en mi carrera he visto un ataque tan retorcido. ¿Lo sabe tu familia?

—Mi hermana.

—Eso está bien, Teresa. Tienes mi número para lo que necesites.

—Lo sé.

Se abrazaron y se despidieron. No estaba segura si sentía mejor o peor después de hablar con él sobre el vídeo. ¿Le convenía sentirse víctima o fingir que no había pasado nada?

Villa se giró y vio a su compañero avanzando hacia la entrada a la estación. A pesar de que se apoyaba ligeramente en el bastón, caminaba con una cierta elegancia. La elegancia que siempre le había caracterizado.

Llamó a Font y le dijo:

—Cambio de planes.

56

Durante la mañana, Villa consultó la hora cada cinco minutos. La noche anterior había acordado con Font que, mientras se producía la reunión entre Prieto y el abogado, Villa registraría el despacho del excomisario en busca de pruebas.

Ella sabía que se estaba jugando su carrera, pero no se fiaba de nadie, ni siquiera de sus compañeros Calde y Novoa. Las conexiones de Prieto podían llegar a cualquier rincón del Cuerpo de la Policía.

A la espera de que los técnicos consiguieran desbloquear la contraseña del disco duro de Carmelo Elías, tuvo que ponerse en contacto con la embajada de Serbia para que la familia de Adrian Nikolic repatriara el cadáver.

Después, se reunió con el juez y el fiscal y relató lo sucedido en el trastero con Javier Elías. Explicó su teoría de que Carmelo guardaba en la cocina el disco duro, y lo ocultó a la policía para que nadie accediera al contenido del mismo. Su instinto le decía que, cuando lo descubrieran, cambiaría por completo la percepción del homicidio.

Más tarde, una mujer de mediana edad llamada Rebeca Díaz, de Asuntos Internos, se presentó en la Jefatura para hablar con Villa sobre el vídeo sexual. Molesta por no haber sido avisada, Villa pidió que se pospusiera a otro día de la semana siguiente.

—Teresa, es importante que cuanto antes abordemos este tema —objetó Díaz.

—Ya he hablado del vídeo con BCIT. ¿Por qué ahora con usted?

—El BCIT nos ha avisado. El hecho de que el vídeo se haya extendido solo dentro de la Policía, nos hace pensar que el origen es interno. También es de nuestra competencia.

Finalmente, Villa accedió a sentarse con ella. En la sala de reuniones, Díaz le formuló una infinita cantidad de preguntas íntimas. A pesar de que Díaz actuaba con suavidad y empatía, fue un infierno similar a la anterior reunión con el BCIT.

—¿Ha mantenido relaciones sexuales con compañeros?

Villa se removió en la silla.

—Con dos, pero fue hace tiempo. No tienen nada que ver.

—Por favor, necesito sus nombres.

—Ya se los di al BCIT.

Díaz dejó el bolígrafo sobre la mesa y la miró fijamente.

—Lo siento, Teresa. Sé que no es fácil para usted, pero ellos y nosotros no compartimos la información.

Villa dio los nombres a regañadientes. Después las preguntas se centraron en Leo. También con reticencia, tuvo que ofrecer una cronología de su relación, y de las veces que habían practicado sexo y en qué lugar.

En mitad de la reunión, Villa sintió una arcada. Se levantó de repente, salió al baño y vomitó. ¿Hasta cuándo iba a durar esa ansiedad? ¿Por qué no la dejaban en paz con el vídeo? Cuanto más deseaba dejarlo atrás, más deseaba la gente exponerla a esa humillación.

Por la tarde, recibió un mensaje de Font: «Estoy delante del bar». Villa supo que había llegado el momento de dirigirse al despacho de Prieto en la calle Goya, pero necesitaba dar una excusa a Álvarez para ausentarse.

—Jefe, voy a hablar con Alex, el vecino que contrató a Nikolic —le dijo en el despacho.

—¿Para qué?

—Quiero convencerles de que declaren oficialmente, así el informe será más completo y ningún abogado listillo podrá buscarle fallos.

El inspector-jefe arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no te esperas a que sepamos lo que hay en el disco duro? A lo mejor vas a perder el tiempo.

—Prefiero adelantarme.

—Es mejor que te quedes, Teresa. Quería reunirme contigo y los demás para hacer un balance de cómo están los casos del Grupo.

—Jefe, ¿podemos hacerlo después?

—No, es urgente. Quédate, serán solo unos minutos.

Villa apretó los labios. Necesitaba una salida.

—La verdad es que no me encuentro bien, jefe. Necesito salir y despejar la cabeza. Llevo todo el día aquí metida.

Álvarez la miró fijamente por un instante, y después asintió.

—Está bien, vete.

—Gracias.

Villa salió escopetada del edificio, subió a su coche y metió primera. Con la voz, pidió a su móvil que enviara un mensaje a Font: «Voy de camino». La respuesta tardó unos minutos. «Acabo de ver entrar al abogado. Como anticipábamos, es Gonzalo de Miguel». Con casi toda seguridad, Prieto no tardaría en llegar. Debía estar preparada para entrar en el despacho cuando Font la avisara.

—Necesito un poco de magia —murmuró, según salía de la Jefatura.

Llamó a Iñaki Pastor, el Mago del GOIT.

—Teresa, ¿qué te cuentas?

—Necesito un favor.

Pastor resopló.

—¿De qué se trata?

—Un edificio normal. Dos cerraduras. Después te daré la orden.

—Joder, Teresa…

—Sé que lo que te pido es mucho, pero es importante. Es el caso del asesino del soplete.

—He oído hablar de él, sí.

—Échame una mano. Me hago responsable.

Pastor se lo pensó.

—Pásame la dirección —le dijo al cabo de un instante.

—Gracias, te debo una.

Al cabo de unos veinte minutos, Villa aparcó a unas manzanas de distancia del portal. Mientras caminaba, Font le envió otro mensaje: «Prieto acaba de entrar». Villa le escribió diciendo que estaba a punto de llegar al despacho. No tuvo que esperar demasiado a Pastor. Apareció con la calma de quien va a hacer un recado cualquiera.

—Me metes en unos líos… —dijo Pastor, negando con la cabeza.

—Créeme, no he tenido otro remedio.

Con discreción, el compañero introdujo una ganzúa en la cerradura y abrió el portal con un suave tirón. Subieron a la tercera planta. Pastor repitió la maniobra y la puerta se abrió con un chasquido.

—Espero que me envíes la autorización judicial cuanto antes, Teresa —dijo Pastor—. No me falles.

—Descuida, la tendrás.

Pastor se subió al ascensor y desapareció. Villa llamó a Font.

—Estoy dentro —le dijo—. ¿Cómo vas tú?

—La reunión se terminó. Sigo a Prieto.

El piso estaba invadido por la penumbra. Villa encendió la linterna del móvil y fue avanzando lentamente. Olía a aire rancio y tabaco. Había un cuarto de baño y una cocina pequeña en la que solo cabía una persona. El salón estaba presidido por una vieja mesa de madera, donde supuso que Prieto recibiría a sus clientes. Cerca de la ventana, había un sofá de cuero que parecía del siglo pasado.

Quizá ahí se reunieron Prieto y Mónica Benítez por primera vez. O más atrás en el tiempo, con su padre. Después del descalabro de su red de prostitución de lujo, el antiguo policía había surgido de sus cenizas y ampliado su negocio. Desde luego, era un gran emprendedor.

A pesar de que la persiana estaba medio echada, llegaba el murmullo de la calle. Había un estante lleno de libros. Villa pasó el dedo sobre la superficie y comprobó que había algo de polvo. La mesa tenía tres cajones, que fue abriendo uno a uno.

En el primero, encontró un plano de metro, tarjetas SIM y un cargador de teléfono. Contó las SIM. Cuatro. Recordó que una de las

dudas que Font y ella tenían era cómo se había enterado Prieto del encuentro de Isabel con Susana Ferrer.

¿Y si una de las tarjetas fuera un duplicado del número de Isabel? Eso apoyaría la hipótesis de que Prieto había pinchado la línea de la periodista, al saber que insistía en hablar con Joaquín Ferrer.

En el segundo cajón, había hojas en blanco, bolígrafos y un calendario del presente año. Sin duda, Prieto estaba chapado a la antigua.

Palpó el cajón por si había un doble fondo. Lanzó un hondo suspiro. Debía emplearse a fondo para encontrar una pista en la casa.

—Sigo a Prieto por la A3, sur, a la altura de Santa Eugenia —dijo Font, cuando la llamó al móvil.

—Se aleja del centro. ¿A dónde irá?

—En cuanto lo sepa, te lo digo —y colgó.

Durante los siguientes minutos, Villa inspeccionó detrás de los cuadros, palpó las paredes y pisó las baldosas en busca de un sonido hueco que delatara un escondrijo.

Se acercó también a la estantería y examinó los libros. Eran antiguos, gruesos y de cuero. Parecían sacados de alguna vieja colección de esas que se vendían a domicilio el siglo pasado, que después nadie leía.

Había libros de filosofía griega y narrativa española. Con gran estoicismo, Villa fue pasando con rapidez las páginas de cada uno. Cuando llegó al Lazarillo de Tormes, algo cayó al suelo. Villa lo recogió. Era una fotografía. Aparecían Prieto y Chari de pie en la barra de un bar, de perfil a la cámara, tomando unas copas. Detrás, una ventana que daba a la calle.

Era la primera vez que los veía juntos. No había nada en su lenguaje verbal que se pudiera interpretar que mantenían una relación sentimental. La diferencia de edad era notable. Entonces, ¿qué vínculo les unía?

Sin pensárselo dos veces, llamó a Barrios.

—No vas a creer lo que he encontrado en el despacho de Prieto.

—¿El qué?

—Una foto en la que salen Chari y Prieto en un bar.

—Qué relación más extraña hay entre esos dos.

—Parecen un mentor y su aprendiz. Es lo único que tiene sentido.

—No creo que andes muy desencaminada. ¿Has visto algo más?

—Estoy en ello. Lo más destacado, tarjetas SIM.

—¿Esperabas algo más, no?

—Sí, a ver si Font tiene más suerte. Está siguiendo a Prieto.

—Tened cuidado.

—Descuida.

Villa colgó, pero antes de guardarse el móvil hizo una foto a la imagen de Chari y Prieto. Después le aplicó el zoom, y fue analizando cada detalle.

Quería localizar el bar. A través de la ventana, vio la calle, la entrada a un garaje, un portal, una señora caminando delante de un locutorio. Cuando leyó el rótulo «Mabad» fue como si recibiera un martillazo en la cabeza. Prieto, Chari y Malik. El triángulo del mal.

Malik les había tendido una trampa.

57

Por eso Malik había sido tan solícito, por eso les había dado el chivatazo de la reunión entre Prieto y un abogado. No era una pista, era un cebo. Además, que el locutorio estuviese cerrado, debería haberles avisado de que algo olía mal. Habían caído como pardillos.

Llamó a Font, pero el teléfono estaba desconectado. Mientras bajaba a toda prisa por las escaleras del edificio, le envió un mensaje de audio.

—¡David, es una trampa! ¡No le sigas!

Minutos más tarde, aullaba la sirena del coche por la A-3 a ciento veinte por hora. Con las dos manos pegadas al volante y la mirada fija en el asfalto, Villa pensaba que a cada segundo la oportunidad de volver a ver con vida a Font se esfumaba.

La pista de Malik había sido facilitada por los compañeros de Font en San Sebastián. ¿Quién podía haber sospechado de que era un espía de Prieto? Por supuesto, había que advertirles, pero eso sería más tarde. Ahora lo importante era su compañero.

Pidió de viva voz al asistente virtual de su móvil que llamara a Font. Los tonos se sucedieron hasta que de nuevo saltó el mensaje automático diciendo que el número estaba desconectado.

Debería haberle acompañado, se lamentó Villa. Si le pasaba algo a Font, sería su culpa.

Pero ¿cómo voy a encontrarle?

Frustrada, detuvo el coche en el arcén. No sabía adónde dirigirse. Notó el cuello rígido. De repente, sin venir a cuento, recordó las

imágenes del vídeo sexual. Parecía que todo se le acumulaba de golpe.

Sacudió la cabeza para intentar concentrarse. Cogió el móvil, se conectó a internet y estudió el mapa del área. El último mensaje de Font decía que se dirigía al sur por la A3, pero no había más detalles que la ayudaran a localizarle.

Pellizcó la pantalla y amplió el mapa. Tenía el Ensanche de Vallecas a un lado, donde había un centro comercial. Al lado contrario, un enorme solar vallado en el que se anunciaba una promoción inmobiliaria.

Más al sur, al límite de la Comunidad de Madrid, se extendía otro municipio, Rivas Vaciamadrid, y no muy lejos había un vertedero llamado Las Dehesas. Villa respiró hondo, frustrada y nerviosa. El tiempo apremiaba. ¿A dónde había ido Prieto?

—Vertedero… —murmuró.

Como un rayo que la atravesara de repente, Villa recordó lo que Font había dicho en la reunión con Álvarez, después de haber registrado el despacho de Mónica Benítez. Que Magna Security tenía contratos municipales con hospitales, depósitos de agua y… vertederos.

Quitó el freno de mano, metió primera y se incorporó a la autovía. Al cabo de unos minutos, contempló desde el coche la enorme planta de residuos de color azul. Alrededor había naves más pequeñas, y más allá una amplia superficie de tierra donde bajo el suelo debían de almacenar la basura.

Anochecía. El cielo era una masa de nubes rojizas. El vertedero estaba cerrado. Villa fue recorriendo el perímetro buscando una entrada, aunque fuese a través de la reja. Lo mismo daba. Solo quería encontrar a su compañero.

Encontró un coche aparcado en posición de batería. Extrañada, frenó y se bajó. Era un Peugeot y tenía la puerta del conductor abierta. Echó un vistazo al interior. Había gotas de sangre sobre el volante. ¿Serían de Font?

Miró hacia el vertedero, que parecía un gigantesco y siniestro armatoste de metal. Pensó con angustia que Prieto había atrapado a su compañero, y que lo haría desaparecer entre los residuos.

Sintiendo que le faltaba aire, Villa se encaramó a la reja y pasó al otro lado. Con paso vivo, se fue acercando hasta el área de los depósitos, enormes tanques cilíndricos. El olor era cada vez más nauseabundo.

Escuchó unas voces a los lejos. No supo distinguir si una de ellas era la de Font. Siguió acercándose con la pistola ya en la mano. A unos veinte metros, se alzaba un voluminoso entramado de hierro de gruesas y finas tuberías. El corazón le latía a mil por hora.

Villa se movió hacia la nave más grande de todas, donde los camiones depositaban la basura. Había tres puertas, dos de ellas cerradas con persianas metálicas. La tercera, la más alejada, estaba medio abierta. De ahí salió un estruendoso ruido de maquinaria que resonó por el vertedero.

Pegada a la pared, Villa quitó el seguro de la pistola y se fue aproximando con cautela. No sabía con cuántas personas se iba a enfrentar.

Antes de asomarse al interior de la nave y precipitarlo todo, respiró hondo. Su ventaja residía en que no esperaban su presencia.

—¡Policía! —gritó Villa, apuntando con la pistola.

Lo primero que vio fue una montaña de chatarra que casi llegaba hasta el techo. Luego, un monstruoso pulpo hidráulico por encima. Cada una de sus garras era capaz de destruir lo que fuese en un abrir y cerrar de ojos.

Juan Prieto estaba de pie. Vestido con una cazadora y unos pantalones de pana, mirando hacia la grúa. Font se encontraba tumbado boca arriba sobre la chatarra, inmóvil. La frente, con una mancha de sangre. ¿Inconsciente o muerto? Sintió que todo le daba vueltas. En poco más de una semana, entre ellos se había generado un vínculo. No, no quería perderlo como perdió a Barrios en el caso Abebi.

—¡Manos arriba! —gritó Villa al excomisario.

Prieto obedeció pero, para sorpresa de ella, sonreía con arrogancia.

—Buenas noches, inspectora.

Esas tres únicas palabras recorrieron su espina dorsal en un escalofrío. Fue como volver al aparcamiento dos años atrás en una

décima de segundo. La fría penumbra, el apestoso cigarrillo, la voz afilada como una navaja y el fuego inhumano abrasándola por dentro.

—La estábamos esperando —dijo Prieto con sorna.

—¡Cállase y no se mueva!

Villa se llevó una mano a la espalda para coger las esposas. Detendría a Prieto y acudiría en ayuda de Font. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso hacia él, una bala atravesó el hombro de la inspectora.

Sintió un doloroso quemazón que hizo que abriera la mano y la pistola cayera al suelo. Dirigió la mirada hacia la chatarra. Un hombre de brazos anchos la había disparado con un rifle. Era Malik.

Villa se tapó el hombro con la mano. Estaba sangrando.

—Si se mueves, la matará —amenazó Prieto.

Se acercó y cogió la pistola de Villa. La inspectora aspiró el asqueroso olor a tabaco, como aquella noche en el aparcamiento. Con calma, Prieto apretó un pequeño botón encima del gatillo y expulsó el cartucho.

—Póngase de rodillas.

Villa obedeció. Sentía su mano empapada de sangre.

—Tarde o temprano darán con usted. Será mejor que se entregue.

Prieto le quitó las esposas e inmovilizó con ellas las muñecas de Villa.

—¿Qué le pareció lo del vídeo? ¿Brillante, verdad? —preguntó, haciendo caso omiso a sus palabras—. No diga que no se lo advertí, pero le dio igual. Ahora todos sus compañeros lo han visto. Sabía que iba a dañar su reputación y que la afectaría.

Villa revivió la vergüenza y la humillación, pero no iba a dejar que Prieto disfrutara del daño que le había causado.

—Si pensaba que eso me iba a detener, se equivocó.

—¡Nunca me equivoco! —dijo Prieto de repente, furioso—. ¡Ni si le ocurra volverlo a decirlo! ¡Solo estaba jugando, ponerla nerviosa!

—¿Es eso lo que querías hacer con Isabel?

—¡Esa niñata quería ser la periodista del año! ¡Había que actuar! ¡Soy el apagafuegos! ¡El mejor del mundo!

A Villa no le sorprendió la arrogancia de Prieto. Era un narcisista de manual. Quizá podría sonsacarle información.

—¿Dónde está Agustín?

Malik se acercó con el rifle colgado del hombro y un maletín en la mano. Por la pérdida de sangre, Villa notaba que las fuerzas poco a poco la abandonaban. Apretó los labios para no mostrarles signos de debilidad.

—¿Ese perro traidor? Olvídese de él —respondió con desdén—. Usted tienes problemas más graves.

Malik miró con seriedad a Villa. Había que felicitarle por su actuación en el locutorio. La había engañado por completo. De repente, cayó en la cuenta de que él podía haber sido el segundo hombre del aparcamiento, el que llevaba el pasamontañas.

Malik le entregó el maletín a Prieto, que se puso en cuclillas y abrió el maletín. Era negro y robusto. Desde donde estaba, Villa no pudo ver qué hacía, aunque intuyó de qué se trataba. Solo podía ser una cosa.

Prieto se puso de pie con el soplete en la mano. En la oscuridad de su siniestra mirada, Villa supo que esta vez no le dejaría una cicatriz, sino que la mataría.

—¿Agustín está muerto, verdad? —preguntó Villa a Malik.

—¡Le he dicho que se olvides de él! —cortó Prieto—. ¿Es que no hablo en cristiano?

—Se lo llevó del almacén, ¿adónde?

—Más cerca de lo que imagina, inspectora.

—¿Mandó matar a Joaquín Ferrer en la cárcel, verdad? —insistió Villa.

Prieto apretó el pulsador de ignición, se oyó un leve chasquido y una llama azulada salió de la boquilla. Con la válvula, fue regulando el combustible y el oxígeno para ajustar la intensidad. Su sonrisa de psicópata era una horrible mueca que desfiguraba su cara.

—Basta ya de estúpidas preguntas.

Prieto se aproximó a Villa, quien no podía apartar la vista de la llama. Su corazón latía desbocado.

—Considérese afortunada, inspectora. Con Isabel y Susana solo estuve una vez, pero con usted ya van dos.

Es el fin, pensó Villa. Prieto gana. Le vino a la mente su hermana y su madre, como si fuese una manera de decirles adiós.

—Tengo curiosidad, ¿nunca se ha preguntado por qué la elegí a usted? —preguntó Prieto—. ¿O se piensa que todo ha sido casualidad? ¿Que la dejé viva en el aparcamiento porque solo quería darle un escarmiento? ¿Es así de pardilla?

Villa pensó que Prieto empezaba a delirar.

—Su padre fue el culpable de que me expulsaran del Cuerpo. ¿Lo sabía? Supongo que no. Ahora por fin me vengaré de él a través de usted. La venganza está servida —dijo, acercando más la llama.

Se oyeron pasos acelerados en la entrada.

—¡Policía! ¡Manos arriba!—gritó Álvarez pistola en mano, vestido con el chaleco y la placa colgando del cuello—. ¡Tira el soplete, hijo de puta!

Junto a él aparecieron Calde y Novoa, apuntando con sus armas a Prieto y Malik, que levantó las manos. Prieto dejó caer el soplete. Villa se fijó en que la cara del antiguo comisario estaba roja de ira.

58

Aún en el vertedero, Font y Villa eran atendidos en la ambulancia. La noche era fría. Font estaba consciente, tumbado en la camilla mientras una paramédica le examinaba sus pupilas con una linternita. Prieto y Malik le habían dado una buena paliza. Calde y Novoa se habían llevado a Prieto y Malik a la comisaría más cercana, la de Usera. Álvarez fumaba un cigarrillo.

—Seguía a Prieto —explicó Font a Villa—, y al disminuir la velocidad, de repente apareció Malik apuntándome con un fusil. Me dijo que no me moviera, y después llegó Prieto y me pegó una buena hostia con algo metálico.

—Te llamé no sé cuántas veces —dijo Villa, mientras otro paramédico le aplicaba un apósito en la entrada y salida de la bala.

—Perdona que no contestara, estaba siendo atacado —dijo Font con ironía.

—Lo que importa es que ese loco por fin está detenido.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice, que era a la vez una satisfacción y un alivio.

—Ahora tenemos que esperar a que Criminalística compare la sangre de Prieto con la encontrada en el escenario del crimen de Salvador Ortega, hace dos años—dijo Villa.

—Tiene que ser la de él —dijo Font.

—Eso espero. Es el único fallo que cometió.

—De nada le valdrán sus contactos a ese malnacido para salirse de esta.

—Acabará en la cárcel y espero que le caiga prisión permanente.

—Además, pagará por lo que te hizo, Teresa. Tenemos el soplete y ha estado a punto de matarte.

Villa sintió como si no fuera ella una víctima más. Era como si Font hablara de otra persona.

En cuanto vendaron su hombro, Villa bajó de la ambulancia con el brazo en cabestrillo. A pesar de que Font insistía en que encontraba bien, los paramédicos querían llevarlo al hospital para una evaluación. Al final, le convencieron y se lo llevaron.

Álvarez y ella eran los últimos del Grupo 7 en el vertedero. Villa sabía que le tocaba ahora una conversación incómoda. El inspector-jefe dio una última calada al cigarrillo, y lo arrojó al suelo de tierra.

—Gracias, jefe. Nos has salvado la vida —dijo ella, intentando suavizar el ambiente—. ¿Cómo supiste dónde estábamos?

—Fue Barrios. No podía ponerse en contacto contigo, se preocupó, me llamó y me lo contó todo —dijo con un tono de reproche—. Localicé tu última conexión del móvil y vinimos cagando leches.

El instinto de policía de Barrios había sido providencial. Debía llamarle y agradecérselo.

—Supongo que estarás cabreado.

—Decepcionado, Teresa. Muy decepcionado por desobedecerme. Has detenido a un asesino y eso tiene mérito, quizá hasta os den una medalla, pero la relación entre tú y yo no será la misma.

—Tenía que hacerlo, jefe.

—No me vengas con gilipolleces, Villa. Disfrutas llevando la contraria. Eres como una niña.

Villa se llevó una mano al hombro. La bala había entrado y salido limpiamente, así que no había dañado ningún hueso ni articulación, solo el músculo.

—Estaba apartada del caso.

—Me pensaré seriamente abrirte un expediente, y reza para que la jueza no ponga en libertad a Prieto por entrar en su despacho.

—No lo hará. En el despacho solo encontré unas tarjetas SIM y una foto. Nada incriminatorio, solo circunstancial.

—Vete a la Jefatura y prepara las diligencias con Calde porque tú, con ese brazo jodido, no podrás escribir hasta dentro de un par de semanas —dijo, dando por terminada la conversación y marchándose hacia su coche.

—Jefe…

Álvarez se dio media vuelta.

—¿Qué pasa ahora?

—Los de Científica tienen que ponerse a buscar los restos de Agustín García, el vigilante.

—¿Dónde?

—Aquí, en el vertedero. Por lo que insinuó Prieto, intuyo que están aquí —dijo, señalando con la cabeza el montón de chatarra.

—Está bien, llámales.

Villa cogió su móvil con cierta torpeza. Antes de ponerse en contacto con los de Científica, llamó a Jose Espinosa, el periodista.

—Soy la inspectora Villa.

—Ah, inspectora —dijo Espinosa, sorprendido—. ¿Qué ocurre?

—Acabamos de detener al asesino del soplete.

—¿El asesino del soplete, detenido? ¿Cómo ha sido?

—Te ofrezco un trato.

—Soy todo oídos.

—Te doy la exclusiva de la detención sin citarme, pero a cambio quitas la denuncia contra mi compañero y Alberto Lanzas.

—¿Contra Alberto también? ¡Casi me mata!

—Lo tomas o lo dejas.

—Trato hecho.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, contenta por echar una mano a Font y al padre de Isabel.

Unos veinte minutos después, Espinosa y Villa terminaron la conversación. Enseguida llamó a los padres de Isabel para anunciarles que se había detenido al presunto asesino de su hija. Hubiera odiado de que se enteraran antes por la prensa.

59

A LAS OCHO de la mañana, Villa se despertó en su dormitorio con dolor en el hombro. Había dormido mal. Se tomó una pastilla y, después de desayunar, echó un vistazo a la portada digital de La Época.

Con un gran titular se anunciaba la detención de Juan Prieto, presunto asesino de la periodista Isabel Lanzas y tres víctimas más, sin contar la muerte sospechosa de Joaquín Ferrer en la cárcel. Por supuesto, se mencionaba también su pasado como comisario condecorado de la Policía Nacional.

Como estaba previsto, Espinosa exponía detalles del caso que ella le había revelado por teléfono, pero sin mencionarla como fuente. Esperaba que pronto cumpliera su parte del trato y retirara la denuncia contra Font y Alberto Lanzas.

Lo que la noticia no contaba era el hallazgo de un cadáver en el vertedero a última hora de la noche. Probablemente el de Agustín. Había sucedido después de la llamada a Espinosa, por lo que Villa no se lo pudo contar al periodista de La Época.

Novoa la llamó al móvil.

—Teresa, ya hemos registrado los domicilios de Prieto y Malik. Había algo comprometedor en casa del pakistaní, un pasamontañas. Creo recordar que uno de los que te atacó en el aparcamiento, llevaba uno.

A pesar de que no era una prueba sólida contra Malik, apuntaba a lo que había intuido Villa en el vertedero. Que él había sido el

segundo agresor.

—Así es —dijo, satisfecha —. ¿Qué habéis averiguado sobre él?

—Llegó a España con doce años. Uno de sus tíos fue militar. Fueron sus padres quienes abrieron el locutorio. Ahora él lleva el negocio, y se saca un sobresueldo con los móviles de prepago.

—Prieto y él debieron hacer buenas migas —dijo Villa—. No creo que Malik hable. Será otro caso como el de Chari. Preferirá pasar una temporada en la cárcel.

—Si canta, ya te lo diremos.

—Gracias, Pedro —y colgó.

A pesar del dolor en el hombro, oficialmente no estaba de baja. Tenía que cerrar el caso de Carmelo Elías y Adrian Nikolic, así que pidió una taxi para ir a la Jefatura.

Al llegar, antes de subir a la segunda planta y verse con Calde, se dirigió al departamento de Criminalística para hablar con Toni. Caminaba con ansia y, cuando se cruzaba con compañeros, bajaba la cabeza. La difusión del vídeo seguía carcomiéndola por dentro. No estaba segura de cuándo dejaría de sentirse así.

Toni se encontraba metiendo mano a la torre de un PC. Al ver a Villa, sonrió pero ella no se inmutó. Sospechó que su sonrisa también ocultaba una reacción al vídeo, que seguramente habría visto.

—¿Cómo estás, Teresa?

—Bien. ¿Has accedido al disco duro de Carmelo?

—Sí, hace un rato. Iba a llamarte. No vas a creer lo que hay dentro.

Toni dejó sobre la mesa un pequeño destornillador Torx que sostenía. Se acercó a su portátil, movió el cursor para activar la pantalla y apareció una lista de archivos.

Al fijarse en el formato, Villa supo que había imágenes y vídeos. Esto era lo que Carmelo, y después su hijo en el trastero, habían intentado ocultar a la policía. Ahora sabría el contenido.

—Prepárate —dijo Toni, haciendo clic con el ratón.

La primera imagen lo dijo todo. Una fotografía de Adolf Hitler vestido de uniforme. Un retrato en blanco y negro con el rostro

crispado, como si se dirigiera a una multitud. Villa resopló. Carmelo era un simpatizante nazi.

—Sigue, que hay más y variado —dijo Toni.

El segundo archivo era también una imagen, pero de una bandera nazi colgada de una pared. ¿Podría ser en el piso de Carmelo? Resultaba complicado saberlo porque no aparecían más detalles a la vista.

Abrió el siguiente archivo. Era el PDF del libro escrito por Hitler, *Mein Kampf*, traducido al español. Tenía algún pasaje subrayado, pero Villa no se detuvo a leerlo.

Para su sorpresa, encontró una fotografía en la que aparecía un grupo de personas de diferente edad. Estaban de pie saludando con el brazo extendido y la bandera nazi a sus espaldas. En la última fila, reconoció a un hombre mayor, con barba canosa y ligeramente encorvado. Carmelo Elías.

—Hemos visto en los metadatos que la foto es reciente, del año pasado —dijo Toni.

—No podremos identificarlos a todos. Algunos no se ven bien, están lejos de la cámara.

—Puede que el anciano, sin quererlo, nos haya echado una mano.

—¿Qué quieres decir?

Toni seleccionó un archivo con el formato .csv. Ante los ojos de Villa, aparecieron una serie de nombres con sus correspondientes apellidos. No solo eso, sino también la dirección y número de teléfono. Villa se quedó con la boca abierta.

—Deben de ser los miembros del grupo —dijo Toni.

—Sí, tiene pinta.

—El viejo tendrá algún cargo. Hay también un vídeo donde se alienta a agredir a homosexuales e inmigrantes.

—Todo esto hay que pasarlo a los compañeros que investigan los delitos contra el odio.

—Vale.

El hallazgo del material nazi no suponía un giro en la investigación, pero sí que podía explicar el ensañamiento de las numerosas puñaladas a Nikolic. ¿Una mezcla de rabia y xenofobia?

Sin duda, el juez le imputaría a Carmelo, además del homicidio, un delito de odio y asociación ilícita.

En su escritorio, con la ayuda de Calde, empezó a dictarle el informe para su señoría sobre el descubrimiento del material nazi. Lo acompañaría con un anexo donde incluiría las fotografías y vídeos encontrados en el disco duro.

Se alegró de que el caso de Nikolic estuviera a punto de cerrarse. Ella había cumplido con creces en la búsqueda de la verdad, y no había invertido demasiado tiempo. Ojalá todos los casos fueran así.

Levantó la vista hacia el panel donde Font y ella habían desplegado toda la información del caso de Isabel Lanzas. Los crímenes, los interrogatorios, los testigos, matrículas de los vehículos, los registros de la agenda, etc.

Todo el esfuerzo había valido la pena. Un asesino menos en la calle.

Al mediodía, se encontraba en el piso del barrio de Chamberí. Había que cerrar el caso para los padres de Isabel. Carmen y Alberto la recibieron con nerviosismo.

Teresa estaba sentada en el sofá, junto a Carmen. Alberto había optado por coger una silla y sentarse frente a las dos. La calefacción estaba encendida y la temperatura era agradable. Afuera, el cielo de Madrid era un cúmulo de nubes grises y espesas.

Alberto estaba despeinado y llevaba una rebeca a la que le faltaba un botón. Su expresión era seria, al igual que la de Carmen. Ambos se dieron cuenta del brazo en cabestrillo de Villa, pero no dijeron nada.

—Vengo a contaros los detalles de la investigación.

Carmen se llevó una mano al pecho. Alberto, con las manos sobre las rodillas, asintió con la cabeza.

—Hemos leído la prensa —dijo él—. Se llama Juan Prieto y fue comisario.

—¿Cuántos años le pueden caer? —preguntó Carmen.

—Eso lo decidirá su señoría. De momento, estamos a la espera de que se confirme la prueba definitiva contra Prieto. Unos restos de huellas dactilares encontrados en una escena del crimen de hace dos años.

—Ojalá se pudra en la cárcel —dijo Alberto.

—Hay otro detalle que os quería contar que descubrimos durante la investigación —dijo Villa, procurando dar a sus palabras un tono afable—. Por lo visto, Isabel tuvo una relación sentimental con el periodista Jose Espinosa.

—¿Con ese cretino? —dijo Alberto, parpadeando de asombro—. No puedo creerlo.

—Espinosa es un testigo clave. Él vio a Prieto, aquí mismo en esta casa, hablando con Isabel justo después de que ella pusiera la denuncia por amenazas.

—¿Cuándo? —dijo Carmen mirando a su marido—. No recuerdo nada de eso. Nosotros deberíamos haber estado aquí, en nuestra casa.

—Por lo visto, estaban fuera.

—Estaríamos en Oviedo, no hay otra explicación —aclaró Alberto a su mujer, y después se dirigió a Villa—. Vamos un par de semanas al año.

—Sí, será eso —dijo Carmen.

—Me tengo que marchar —Villa se puso de pie—. Os llamaré con cualquier novedad.

Carmen y Alberto la acompañaron hasta la puerta. En sus miradas, Villa creyó ver un brillo de satisfacción por saber que el culpable estaba detenido, que se haría justicia. Al menos era un consuelo.

60

Al atardecer, el Grupo 7 se reunió en las oficinas de la Jefatura para comentar las novedades del caso. Font había regresado al trabajo después de que Espinosa retirara la denuncia. Álvarez cerró el asunto y se alegró de la vuelta del agente, que fue recibido con palmadas en la espalda por parte de los compañeros.

Dos eran las novedades más relevantes. Criminalística había confirmado que el cadáver encontrado en el vertedero era el de Agustín García. La exmujer había sido informada.

Y se confirmaba que los restos parciales de la huella encontrada en la escena del crimen de Salvador Ortega, pertenecían a Juan Prieto.

—¿Cómo se comportó Prieto en el interrogatorio? —le preguntó Villa a Novoa.

—Muy frío y distante, incluso se peleó con su abogado, Gonzalo de Miguel —respondió su compañero, con los brazos cruzados—. No reconoció su implicación en ninguno de los escenarios. Dijo que no teníamos nada contra él y que saldría en muy pocos días. Tozudo como una mula.

—Pues está muy equivocado —dijo Álvarez, sentado en el borde de unas de las mesas, jugueteando con su encendedor—. En cuanto establezcamos un *modus operandi,* podremos vincularle con los asesinatos de Isabel y Susana Ferrer. Además, de la agresión a Teresa y su intento de homicidio.

—No olvidemos que el periodista de La Época lo vio en el piso de los padres de Isabel Lanzas —añadió Font—. Gracias a él, conseguimos el retrato robot.

—De lo único que se va a librar, va a ser de lo del vídeo —dijo Villa—. Será imposible rastrear el origen.

—Eso sí es una putada —dijo Font—. Me cabrea que ese malnacido no pase más tiempo en la cárcel por ese motivo.

Villa asintió.

—Malik tampoco soltó prenda en el interrogatorio —dijo Calde—, pero a lo mejor, con el tiempo en la cárcel, se ablanda.

—¿Y Mónica Benítez? —preguntó Álvarez mirando a Font y Villa —, ¿creéis que puede dar su testimonio contra Prieto?

—A ella le espera una fuerte condena por corrupción —dijo Font —, cosa que ella ya sabe. A lo mejor se le puede ofrecer una rebaja a cambio de su testimonio.

—Déjame hablar con ella, Raúl —exigió Villa.

—No —dijo Álvarez, con un gesto tajante de la mano—. Tú te vas ya a casa hasta que te recuperes del hombro. Font irá a hablar con ella.

—Nos tomaremos un té con pastas, y charlaremos largo y tendido —dijo Font, sonriendo.

—Me voy a reunir ahora con el comisario —dijo Álvarez, consultando su reloj—. Quiere saber de primera mano las últimas noticias de la detención. Ya sabe que Juan Prieto era el brazo ejecutor de la red de corrupción de Ferrer y Benítez, pero ¿cómo se enteró Prieto de la reunión de Susana Ferrer e Isabel?

—En el domicilio y en el despacho de Prieto encontramos copias de tarjetas SIM de otros números —respondió Calde—. Pensamos que pinchó la línea de Isabel, aunque no hemos encontrado el duplicado de su SIM.

—La habrá destruido —dijo Villa.

—Sí, puede ser.

Unos minutos después, Font y Villa estaban en el aparcamiento. Font se había ofrecido a dejarla en casa.

—Por fin, conduzco —dijo Font, sentado ya frente al volante.

—Aprovecha mientras puedas —replicó Villa.

Salieron de la Jefatura y se incorporaron a la avenida de Pablo Iglesias. Eran las seis pasadas de la tarde. Los brillos del sol se colaban entre las nubes.

—¿Cómo convenciste a Espinosa para que retirara la denuncia? —le preguntó Font.

—Le hice una buena propuesta.

—Imagino cuál es. He leído el reportaje y tiene un montón de detalles internos.

—No me cae bien, pero le necesitábamos.

—¿Nos queda algún cabo suelto?

—Los pañuelos de Cádiz.

—¿De quién son?

—Quizá de una persona ajena a la investigación. Un amigo que se subiera al coche, o vete a saber.

—¿Algo más?

—Creo que no.

—Yo no estaría tan seguro.

—A ver, cuál.

—¿Quién se presentó en la nave industrial después del crimen?

—Fue Espinosa. El periodista enamorado que quiere descubrir al asesino de su amante.

—¿Ah, sí? Hubiera apostado a que había sido Malik.

—Pues te equivocaste. ¿Avisaste a tus antiguos compañeros de que Malik era un doble espía?

—Claro. Por cierto, dale a Barrios las gracias de mi parte. Sin su ayuda, sería ahora un bonito cadáver en la morgue.

—Descuida, se las daré. Oye, no dejes a escapar a Benítez, ¿vale?

—Cuenta con ello —dijo Font, sonriendo—. Ah, una cosa más.

—Dime.

—No dejes que el vídeo te coma la cabeza, ¿vale?

—Lo intentaré.

En el espejo del ascensor de su edificio, Villa se vio con ojeras y el brazo en cabestrillo. Suspiró, notando el peso de los últimos días. Prieto estaba detenido, pero había dejado una dolorosa huella en su interior.

Al salir al rellano, recibió la llamada de Leo. Puso el dedo sobre el botón rojo de cortar, pero se arrepintió en el último momento.

—Hola, Leo.

—Teresa, por fin. ¿Cómo estás?

—Llegando a casa.

—¿Oíste mi mensaje?

—Lo siento, he estado muy liada.

—Tenemos que hablar.

—Vale, te llamo en estos días y quedamos.

—No, ahora.

—Es tarde, Leo.

—No, no lo es. Salgo ahora para tu casa.

—Está bien…

Se despidieron y Villa colgó. Se dio cuenta de que no le apetecía verle. Quería estar sola. Debería haberle dicho que no, pero ya era demasiado tarde. Debía afrontar la verdad de su relación.

Comprobó que el chivato seguía en la puerta, así que entró en su piso con una cierta tranquilidad. Aun así, cumplió con su rutina de inspeccionar todo el piso en busca de cámaras y micrófonos. Era imposible quitarse la angustia por completo.

Después, se tomó una ducha. El brazo en cabestrillo era una incomodidad, pero se las apañó para disfrutar del aroma a jabón y el agua caliente recorriendo su piel.

Leo apareció un rato después. Vestía su abrigo con capucha, jersey de color pistacho y vaqueros. Llevaba el paraguas, brillante por las gotas de lluvia.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, alarmado al ver su brazo inmovilizado.

—Me dispararon.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Debí hacerlo, pero era tarde y no te quería molestar.

—¿Que no querías molestarme? No lo entiendo. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Era una buena pregunta.

—No lo sé, la verdad.

Leo negó con la cabeza, y después dejó caer los brazos sobre la cintura.

—No sé qué hago aquí —dijo, serio—. Pensaba que lo nuestro iba hacia adelante, pero vamos hacia atrás como los cangrejos.

Comprendía que Leo estuviera molesto, pero en ese momento ella no podía dar más. Tenía que aceptarlo.

—Han sido unos días muy difíciles para mí —dijo Teresa.

—¿Es que siempre vas a llevar esa coraza, incluso cuando no trabajas?

—Me gustaría que fuese más sencillo, pero no lo es. Soy como soy.

—O lo acepto o aquí se acaba todo, ¿es eso lo que quieres decirme?

—Yo no he dicho nada de eso.

—No hace falta que lo digas. No me llamas, no contestas mis mensajes… Está claro.

—Mi prioridad es el trabajo, ya lo sabes.

—Ya veo que lo cumples a rajatabla.

—Es lo que hay, Leo.

—No es lo que hay, Teresa. Es lo que quieres. Son dos cosas muy distintas. Si hay voluntad por las dos partes, siempre hay un camino.

—Eso suena a slogan publicitario —dijo con desdén.

—Si es lo que quieres, sigue con tu escudo profesional —dijo Leo fríamente, y cogió el paraguas—. Que seas muy feliz, Teresa.

Sus palabras daban en la diana, pero a ella le costaba un mundo darle la razón.

—Gracias, igualmente —dijo con sarcasmo.

Leo abrió la puerta y se marchó. Teresa se sentó en la penumbra del salón, sintiendo un nudo en la garganta. El nudo de la soledad.

EPÍLOGO

El día antes de que finalizara su baja, Villa redactó la carta en la que solicitaba una excedencia por motivos personales. Consideró que no era necesario ofrecer más detalles. Todo el mundo sabría la verdadera razón. El vídeo.

Durante la recuperación de su hombro, había dispuesto de demasiado tiempo para reflexionar.

No se sentía con ánimo de enfrentarse a las miradas inquisitivas y los cuchicheos maliciosos de los compañeros. Llegó a pensar en un traslado, pero las imágenes se habían difundido por todo el Cuerpo. ¿Qué cambiaría en otro destino?

Quizá con el tiempo encontraría las fuerzas necesarias para regresar a la Jefatura. Aún le costaba dormir y comía sin apetito, desganada. Guardó la carta en el cajón del escritorio, y salió de casa para reunirse con su familia en la finca de Pedraza, Segovia.

Teresa había elegido ese momento para informarles de su decisión de solicitar la excedencia. Su madre y Ramiro conocían ya el incidente del vídeo y esperaban su decisión, al igual que su hermana.

Era un domingo soleado. Esa mañana, hizo el trayecto en coche en silencio, absorta en sus pensamientos. Casi se lo sabía de memoria, después de tantos años acudiendo con frecuencia, mucho antes de que fuera policía. Le encantaba respirar el fresco olor a campo, en contraste con el aire contaminado de la ciudad.

Se le ocurrió que podía quedarse con su madre unas semanas en la finca, en cuanto la baja se hiciera oficial. Podría pasear a solas sin miradas ni rumores a su alrededor. Estaría rodeada de pinos y sus pasos crujirían entre la broza y los helechos.

Sería una bonita manera de aislamiento. Su madre y ella almorzarían juntas en casa, o saldrían al restaurante a comer cochinillo con sus tíos, que vivían cerca.

Le vendría bien estar cerca de su madre. Era una mujer de sonrisa fácil y tierna, que se había adaptado a ser viuda mirando a la vida con practicidad. Era evidente que Elena había salido a ella, y Teresa a su difunto padre. Todo el mundo lo decía.

La recibió Ramiro en el porche, bajo el techo de pizarra. Llevaba el cabello recogido en un moño, jersey grueso y pantalones con bolsillos laterales. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que Leo y él habrían conversado sobre su ruptura. Esperaba que no dijera nada al respecto.

—Hola, cuñada —dijo él, medio sonriendo—. ¿Qué tal el viaje?

—Sin novedades.

Se fundieron en un abrazo.

—Tu madre ya ha preparado el aperitivo de siempre. ¿Tienes hambre?

—No mucha, la verdad.

Pasaron al salón, donde estaban su madre y su hermana poniéndose moradas de lomo y queso. Elena llevaba una sudadera bajo una cazadora de lana, pantalones rotos y botas de piel de oveja. Flotaba el aroma a judiones con chorizo, el plato estrella de las reuniones familiares, y que su madre guisaba de maravilla. Ramiro le sirvió a Teresa su bebida favorita, un *ginger ale*.

—¡Qué bien verte sin el cabestrillo! —le dijo su madre, que lucía un suéter blanco y largo—. ¿Qué te dijo el médico?

—Nada en especial, que ya me encontraba bien —y se dirigió a su hermana, poniéndole una mano sobre la rodilla—. ¿Qué tal el embarazo?

—De momento, solo un poco de náuseas.

—Y muchas ganas de ir al baño —añadió Ramiro.

—Sí, es verdad —Sonrió Elena.

—Qué ilusión, un nieto en la familia —dijo su madre—. ¿A qué sí, Teresa?

—Claro, mamá —respondió, sin saber muy bien si era una indirecta.

—Me gusta Esther o Darío —dijo su madre.

—Mamá, que todavía queda para saber el sexo… —dijo Elena.

—Ya lo sé, hija —y se dirigió a Teresa—. ¿Te contaron que tuve un accidente con el coche?

Teresa recordó vagamente un mensaje de audio de su hermana sobre su madre en medio de la investigación. No se había vuelto a acordar. No daba abasto con su vida.

—Sí, pero no pude llamarte.

—Solo fue el susto. No me pasó nada. Uno que se saltó un semáforo y me dio por un lado.

Durante los siguientes minutos, la conversación giró en torno a la salud de uno de los tíos. Mientras escuchaba, Teresa pensaba en cuándo les anunciaría que dejaba temporalmente la policía a causa del vídeo. Miró al otro lado de la ventana, y se maravilló con el paisaje de la sierra. Se imaginó junto a su madre paseando al caer la tarde.

Cuando el lomo y el queso se acabaron, llegó el momento de sentarse a la mesa, que su madre había preparado hasta el último detalle. Ramiro fue sirviendo una ración generosa de judías a cada una.

—Quisiera comentaros una cosa sobre mi trabajo —dijo Teresa.

Todos la miraron con interés. Entonces reparó en la silla vacía que siempre había ocupado su padre en las comidas.

Esta vez no había acudido al cementerio a visitarle como lo hizo dos años atrás, después de resolver el caso Abebi. La rígida sombra de su padre, que había planeado sobre ella durante toda la investigación, seguía presente en cada decisión importante.

Siempre fue un padre muy estricto y cruel con ella. Teresa evocó sus duras palabras en las que afirmaba, al enterarse de que entraba en la Academia de Ávila, que ella jamás sería una buena policía.

¿Cómo logró superar aquella barrera psicológica mientras Barrios y ella seguían la pista de Abebi? Enfrentándose a su miedo. No

dejándose vencer.

Recordó lo que le dijo Prieto en el vertedero.

—Su padre fue el culpable de que me expulsaran del Cuerpo. ¿Lo sabía? Supongo que no. Ahora por fin me vengaré de él a través de usted.

Villa pensó que sus palabras eran las de un psicópata que solo quería desestabilizarla. La prensa afirmaba que la caída de Prieto había sido fruto de la investigación de Asuntos Internos.

Además, de haber sido verdad que su padre estuvo involucrado, ella se hubiera enterado en su momento. No todos los días un abogado ayuda a detener a un comisario corrupto.

Ahora, pasados varios días desde lo sucedido en el vertedero, una inquietud se apoderó de ella. ¿Y si el papel de su padre fue decisivo, pero más discreto de lo que hubiera pensado? Es decir, ¿y si Prieto decía la verdad?

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó su madre, que la miraba con preocupación, al igual que Elena y Ramiro—. ¿Qué nos quieres decir?

Teresa carraspeó y bebió un sorbo de *ginger ale*. De repente, lo vio claro.

—Mañana me incorporo al servicio —dijo con orgullo.

No, no iba a abandonar. Tenía que averiguar el papel de su padre en la caída de Prieto. Al día siguiente, pediría el expediente a Asuntos Internos. Allí debería encontrar la información que necesitaba.

Pero antes, en cuanto llegara a casa, rompería en mil pedazos la carta solicitando la baja.

Los autores independientes necesitan de la generosa ayuda de lectores. Si te ha gustado la novela, considera dejar una reseña para apoyar la difusión de la misma. ¡Gracias!

Puedes conseguir GRATIS la precuela de la saga, «La chica sin rastro», si te subscribes a mi newsletter. >>>Haz clic aquí.